Tom Sharpe

La herencia de Wilt



Los problemas de Wilt nunca se acaban. Quizá, como sospecha el inspector Flint, porque está dotado de un inmenso talento para enredarse sin darse cuenta en los líos más espantosos, y de una habilidad no menos admirable para escapar de ellos revolviéndose con la inocente agilidad de una serpiente. Ahora, el politécnico en el que trabaja ha sido ascendido a universidad, pero Wilt sigue ganando lo mismo que antes, o incluso menos; es menospreciado por no ser catedrático y continua enseñando a los eternos proletarios de siempre. Y capea como puede las espesas intrigas y luchas por el minúsculo poder académico.

En casa, la cosa no está mucho mejor. Eva, su esposa, tras visitar a sus tíos en América, ha vuelto más iracunda, imperiosa y mandona que antes. Y las cuatrillizas, feroces adolescentes, estudian en un carísimo internado que a Wilt se le hace cuesta arriba pagar. Muy arriba.



Tom Sharpe

La herencia de Wilt

Wilt - 5

ePub r1.2
GONZALEZ 26.08.14

Título original: *The Wilt Inheritance*
Tom Sharpe, 2010
Traducción: Gemma Rovira
Ilustración: Albert Rocarols
Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: GONZALEZ
Corrección de erratas: IbnKhaldun & Trujano
ePub base r1.1



1

Wilt iba camino de la Universidad de Fenland en su coche. Estaba de un humor de perros porque la noche anterior había discutido con Eva, su mujer, sobre lo que les estaba costando llevar a sus cuatro hijas a un internado cuando, en opinión de Wilt, les iba estupendamente en el Convento, su antiguo colegio. Sin embargo, Eva se había mostrado inflexible: las cuatrillizas tenían que seguir estudiando en el colegio privado.

—Necesitan aprender buenos modales, y eso no se lo enseñaban en el Convento. Además, dices tantos tacos que se han vuelto unas malhabladas, y eso no pienso tolerarlo. Están mucho mejor lejos de casa.

—Si tuvieras que rellenar formularios totalmente inútiles y fingir que enseñas Informática a los analfabetos que me endilgan a mí, y que en realidad entienden mucho más que yo de esos jodidos aparatos, tú también soltarías tacos —había replicado Wilt, y había optado por no señalar que, desde que habían alcanzado la adolescencia, el repertorio de obscenidades de las cuatrillizas superaba el suyo con creces—. No puedo permitirme el lujo de seguir pagando tanto dinero durante quién sabe cuántos años sólo para que tú puedas presumir delante de tus malditas vecinas de dónde estudian tus malditas hijas. El Convento ya me costaba una pequeña fortuna, lo sabes muy bien.

En fin, que había sido una velada de lo más desagradable. Y lo peor era que Wilt no exageraba. Su sueldo era tan miserable que no sabía cómo iba a seguir pagando las facturas del internado sin rebajar el modesto estilo de vida que llevaba su familia. Como simple jefe del llamado Departamento de Comunicación, le pagaban menos que a los jefes de los departamentos académicos, a los que habían recalificado como profesores universitarios cuando la Escuela Politécnica Fenland se había convertido en universidad y que, en consecuencia, ganaban mucho más que él. Como es lógico, Eva había comentado ese detalle varias veces durante la discusión.

—Si hubieras tenido agallas para marcharte hace años, como hizo Patrick Mottram, quizá ahora tendrías un trabajo decente y mucho mejor pagado en una universidad como Dios manda. Pero… ¡ah, no!, tú tenías que quedarte en esa estúpida escuela politécnica porque «Allí tengo demasiados buenos amigos». ¡Menuda sandez! A ti lo que te pasa es que no tienes valor para largarte, ni más ni menos.

Al oír eso, Wilt cogió y se largó. Cuando volvió del pub, decidido a hablar seriamente con Eva de una vez por todas, resultó que ella había desistido y se había ido a la cama.

Pero al día siguiente, cuando entraba en el aparcamiento de la «universidad», Wilt tuvo que admitir que su mujer tenía razón. Debería haberse ido años atrás. Odiaba el

maldito Departamento de Comunicación y, de hecho, le quedaban poquísimos amigos allí. Seguramente también debería haber dejado a Eva. Pensándolo bien, no debería haberse casado nunca con una mujer tan condenadamente mandona. Eva no conocía el concepto de moderación, y las cuatrillizas eran una prueba fehaciente de ello.

Wilt se desanimó aún más cuando pensó en sus hijas, cuatro réplicas exactas de su espantosa mujer y tan gritonas y autoritarias como su madre. Mejor dicho: más gritonas y autoritarias que Eva, dado el efecto combinado de sus cuádruples esfuerzos. Las cuatro hermanas se pasaban el día enzarzadas en riñas absurdas e interminables, y Wilt estaba convencido de que el día de su nacimiento fue cuando empezó a mermar su valor para largarse.

Durante una breve época de la primera infancia de las niñas, dominada por los cambios de pañales, los biberones y la asquerosa papilla infantil con que Eva insistía en cebarlas, Wilt había abrigado grandes esperanzas para su prole, imaginando que les esperaba un futuro magnífico. Pero a medida que se hacían mayores, cada vez se comportaban peor, y pronto pasaron de atormentar al gato a torturar a los vecinos; aunque era imposible responsabilizarlas de nada, porque las cuatro eran idénticas. Al menos, ahora que estaban internas su padre no tenía que soportarlas, si bien esa liberación le estaba saliendo carísima.

Cuando llegó al trabajo, Wilt se animó al encontrar encima de su mesa una nota dentro de un sobre cerrado. Era del jefe de Administración, el señor Vark, y en ella le comunicaba que no se precisaba su presencia en la reunión del Comité de Distribución Académica, recientemente creado. Wilt dio gracias a Dios por no tener que asistir a la reunión. No creía tener la paciencia necesaria para soportar otra sesión interminable dedicada a pasar hojas y más hojas de papel y emitir dictámenes importantísimos que no afectaban a nada.

Esa circunstancia le hizo sentirse un poco mejor. Fue a ver cómo estaban las aulas, pero las encontró prácticamente vacías, con excepción de unos pocos alumnos que jugaban con los ordenadores. Faltaba una semana para que terminara el trimestre de verano, y como no había exámenes a la vista, la mayoría del profesorado y de los alumnos no encontraban ningún motivo para acercarse por allí. Y no es que aquellos vagos cabrones asistieran mucho a clase. Wilt, que había vuelto a su mesa, estaba intentando una vez más descifrar el horario del trimestre siguiente cuando Peter Braintree, el profesor de Literatura, se asomó por la puerta.

—¿Vienes a la nueva reunión absurda de Vark, Henry? —le preguntó.

—No, no voy. Vark me ha enviado una nota en la que me comunica que no hace falta que vaya, y por una vez le obedeceré.

—Y yo no te lo reprocharé. Vaya manera de perder el tiempo. Ojalá pudiera librarme yo también, porque tengo montones de exámenes por corregir. —Braintree hizo una pausa—. Supongo que no te habrás planteado…

—No, no me lo he planteado —replicó Wilt sin vacilar—. Corrige tus propios exámenes. ¿No ves que estoy ocupado? —Agitó una mano con displicencia señalando el horario que tenía delante—. Estoy intentando meter el Futuro Digital en la tarde del jueves.

Ya hacía mucho tiempo que Braintree había desistido de descifrar los comentarios más crípticos de Wilt. Se limitó a encogerse de hombros y soltó la puerta, que se cerró de golpe.

Wilt dejó el horario por imposible y pasó el resto de la mañana rellenando los formularios que el Departamento de Administración se inventaba casi todos los días para justificar su elevado número de empleados, superior incluso al de docentes de la «universidad».

—Supongo que es mejor que esos capullos no anden sueltos por la calle —murmuró para sí—; y tener tantos «alumnos» hace que los datos del paro parezcan mejores de lo que son en realidad. —Notó que estaba volviendo a ponerse de mal humor.

Después de comer, pasó una hora sentado en la Sala de Profesores, leyendo los periódicos que había amontonados allí. Como de costumbre, estaban llenos de historias terroríficas. Un niño de doce años había apuñalado por la espalda a una mujer embarazada sin motivo aparente; cuatro desgraciados habían matado a un anciano a patadas en su propio garaje; y habían soltado de Broadmoor a quince asesinos dementes después de cinco años, presumiblemente con el absurdo argumento de que en ese tiempo no les habían dejado matar a nadie. Y eso sólo en el *Daily Times*. Wilt probó con el *Graphic* y lo encontró igual de repugnante. Al final se saltó las páginas de política, que estaban llenas de mentiras, y decidió salir a tomar el aire. Fue hasta el parque, y estaba dando un paseo cuando divisó una figura que le resultaba familiar sentada en un banco.

Sorprendido, Wilt comprobó que se trataba de su viejo adversario, el inspector Flint. Se le acercó y se sentó a su lado.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —preguntó.

—Pues verá, estaba aquí sentado preguntándome qué estaría haciendo usted.

—Qué entretenimiento más aburrido. Suponía que se estaría concentrando en algo más afín a usted —dijo Wilt.

—¿Como qué?

—Pues no sé, buscando algún inocente al que detener. Eso se le da muy bien. Endilgarle delitos a quien no los ha cometido. Ya sé que estaba usted convencido de que yo era un delincuente cuando cometí la estupidez de tirar aquella monstruosa muñeca hinchable al agujero de un pilote, pero estaba borracho cuando lo hice, y además eso pasó hace mucho tiempo.

Flint asintió con la cabeza.

—Ya lo creo. Luego vino lo de las drogas, y el caso de terrorismo de Willington Road. Se vio usted implicado en todos esos sucios asuntos. No intencionadamente, de acuerdo, pero no deja de ser sospechoso que, una y otra vez, se encuentre en medio de situaciones estrambóticas. Usted debe tener, como mínimo, tendencias delictivas, o no lo sorprenderían en tantas actividades infames, ¿no le parece?

—No, no me lo parece. Y, muchas veces, a usted tampoco. Aunque he de admitir, inspector, que tiene usted una imaginación prodigiosa.

—Yo no, Henry. Le aseguro que yo no. Sólo cito a su viejo amigo y antiguo colega mío, el señor Hodge. Para usted, el comisario Hodge, por supuesto. Y puedo asegurarle que el señor Hodge no ha olvidado el atolladero en que lo metió con aquel asunto de las drogas. Todavía no lo ha superado. Si quiere que le diga la verdad, dudo que usted pudiera cometer un delito real aunque se lo pusieran en bandeja. Se le va todo por la boca.

Wilt suspiró. El inspector tenía razón, maldita sea. Pero ¿era imprescindible que todo el mundo le recordara su incompetencia?

—Bueno, y, aparte de pensar en mí, ¿qué demonios hace aquí sentado? —preguntó—. ¿Se ha jubilado o qué?

—Eso también me lo he planteado en serio —respondió Flint—. Quizá no tarde mucho en jubilarme. El capullo de Hodge se encarga de que nunca me asignen ninguna tarea interesante. Él va y se casa con la hija del jefe de policía, e inmediatamente lo ascienden a comisario, mientras que yo me quedo atado a mi mesa, rellenando formularios y haciendo sólo papeleo. Me aburro como una ostra.

—Bienvenido al club —dijo Wilt sin poder evitarlo, pese a que odiaba esa expresión—. Yo hago lo mismo: formularios, agendas, papeleo de todo tipo…, y lo único que obtengo a cambio cuando llego a casa es una bronca de Eva porque gano un sueldo miserable. Se ha empeñado en que invirtamos una pequeña fortuna para que las cuatrillizas estudien en un internado carísimo. No sé qué demonios vamos a hacer para seguir pagándolo.

Luego se pusieron a charlar de política y a despotricar de los políticos en general, y cuando Wilt miró la hora vio que era más tarde de lo que pensaba. Se preguntó si la reunión del Comité de Distribución Académica habría terminado ya.

Se despidió de Flint y regresó a su despacho. Cuando Braintree volvió a asomar la cabeza por la puerta eran más de las cuatro, y esa vez le informó de que sólo había salido un momento para ir a mear y de que el comité aún seguía discutiendo acaloradamente.

—No sabes la suerte que has tenido librándote de esa maldita reunión. Se están peleando como fieras. Por los temas de siempre, básicamente —dijo—. Bueno, sea como sea, a las seis seguro que habré terminado. ¿Me esperarás?

—Supongo. No tengo nada mejor que hacer. De buena me he librado —murmuró

Wilt mientras Braintree volvía a marcharse a toda prisa. Pasó el resto de la tarde en la Sala de Profesores cavilando, distraído, sobre la valoración del inspector Flint de su capacidad para verse implicado en delitos de todo tipo. «Se me va todo por la boca», se dijo. Habría dado cualquier cosa por volver a la época de la Escuela Politécnica Fenland. En aquellos tiempos, al menos tenía la sensación de estar haciendo algo útil, aunque eso se limitara a discutir con aprendices de técnicos y hacerles pensar.

Al volver, Braintree encontró a Wilt profundamente deprimido.

—Parece que hayas visto un fantasma —comentó Braintree.

—Es que lo he visto. El fantasma del pasado y de las oportunidades perdidas. En cuanto al futuro…

—Lo que necesitas es un trago, amigo mío.

—Tienes toda la razón. Y esta vez no será una pinta de cerveza. Lo que necesito es un whisky.

—Yo también, después de esa pelea verbal.

—¿Tan mal ha ido la reunión?

—Digamos que ha ido tan mal como habría podido ir. ¿A qué pub quieres que vayamos?

—Dado mi estado de ánimo, propongo el Hangman’s Arms. Estará tranquilo y desde allí podré volver a casa andando, o al menos dando tumbos —contestó Wilt.

—¡Eso mismo! Yo pienso tomarme unas cuantas, y tampoco voy a arriesgarme a conducir. Hoy en día, esos capullos te hacen soplar nada más verte a menos de dos kilómetros de un pub.

El bar estaba vacío cuando entraron. Era un local tan deprimente como su nombre, «el verdugo», y el *barman* tenía pinta de haber sido verdugo en el pasado; daba la impresión de que, si se le presentaba la oportunidad, no tendría ningún inconveniente en demostrar sus habilidades con cualquiera que se le pusiera a tiro.

—¿Qué os pongo? —preguntó con brusquedad.

—Dos whiskies dobles, y no te pases con la soda —contestó Braintree.

Wilt fue a sentarse en un rincón oscuro y mugriento. La situación debía de estar francamente jodida para que Peter Braintree pidiera dos dobles con poca soda.

—Bueno —gruñó Wilt cuando su amigo dejó las bebidas en la mesa redonda—, suéltalo ya. ¿Tan grave ha sido? Sí, ya veo que sí. Va, dispara.

—Brindaría con un «¡Salud!», pero dadas las circunstancias… ¡Que no te pase nada!

—Lo único que quiero saber es si van a despedirme.

Braintree negó con la cabeza y suspiró.

—No, pero todavía no estás fuera de peligro —dijo—. Te ha salvado el vicerrector. Perdón: el vicedirector. Perdóname, ya sé qué opinas de estos ampulosos nuevos títulos. Y como seguro que también sabes, Mayfield presidía la reunión y no

le caes nada bien.

Wilt torció el gesto.

—Ése es el eufemismo de la década.

—De acuerdo. Pero odia aún más al doctor Board, y como Board es jefe de Lenguas Modernas, y las lenguas son fundamentales si quieren seguir llamando universidad al centro, Mayfield no va a poder librarse de él. Pues bien, como tú eres amigo de Board, y como además a Mayfield no le caes nada bien, empezaba a parecer que la Informática lo tenía mal…

—¿Significa eso que mi puesto de trabajo está en peligro?

—Pues… sí, más bien. Pero espera, espera: el vicedirector acudió en tu auxilio señalando que la Facultad de Comunicación…, perdón, el Departamento de Comunicación…, tiene muchos más alumnos que ningún otro, y ahora que ha desaparecido la Historia y que las Matemáticas han bajado a cuarenta, lo que las sitúa por debajo incluso de las Ciencias, la universi… el instituto no puede permitirse prescindir de Comunicación. Y eso te incluye a ti.

—¿Por qué? Podrían buscar a otra persona para que ocupara mi lugar.

—Eso no es lo que opina el vicedirector. Ha acorralado a Mayfield preguntándole si se ofrecía voluntario para asumir tu trabajo, y Mayfield le ha contestado que jamás se le ocurriría ocuparse de los vándalos de tu departamento. ¡Sí, sí, el vicedirector lo tenía agarrado por los huevos! Mayfield ya se había puesto bastante pálido, pero el vicedirector todavía no había terminado. Ha dicho que tú manejabas a esos brutos hábilmente y que…

—Caramba, qué detalle. ¿De verdad ha dicho «hábilmente»?

—Sí, señor, y Board lo ha respaldado diciendo que tienes un verdadero don, además de años de experiencia en el trato con unos tíos a los que él no se acercaría ni con un AK-47 o algo peor. Hasta ha llegado a afirmar que eres «un verdadero genio».

Wilt bebió un trago de whisky.

—Debo reconocer que Board siempre ha sido buen amigo mío —murmuró—. Pero esta vez ha hecho mucho más de lo que esperaba. No me extraña que Vark no me quisiera en la reunión. —Se quedó mirando su vaso con melancolía—. Quizá sean vándalos, pero algunos de mis chicos tienen buen corazón. El truco consiste en dejarles hacer lo que les gusta.

—¿Te refieres a matar el tiempo jugando y buscando páginas porno en internet?

Wilt sacudió la cabeza.

—No pueden acceder a las páginas de pornografía. Encargué a un par de técnicos de Electrónica que bloquearan toda esa parte, y además, para descargar las cosas guarras de verdad hay que pagar, y mis chavales no tienen tarjetas de crédito. Y si las tienen son robadas, claro, y ésas no suelen servir en internet.

—Ah, bueno, eso echa por tierra el argumento de Mayfield de que nunca deberían

haberte impuesto trabajar con todos esos ordenadores —dijo Braintree.

Wilt se terminó el whisky.

—No deberían haber cerrado la escuela politécnica —declaró—. Aun así, tengo algo que celebrar: al menos, mi empleo no peligra de momento, y el vicedirector no va a dimitir en un futuro cercano. El muy cabrón cobra un sueldazo, y mientras él siga por aquí, parece que nuestro querido profesor Mayfield no tiene nada que hacer. Voy a tomarme otro whisky. No, no te muevas. Ya me levanto yo.

Esta vez los pidió triples.

—Me encantaría haber visto palidecer a Mayfield. Como profesor, no vale más que yo. Brindemos por el vicedirector y por el doctor Board.

2

Pese a la discusión con Henry de la noche anterior, Eva había pasado uno de sus mejores días. De hecho, había sido su mejor día desde hacía mucho tiempo. Llevaba unos meses cultivando la amistad de una mujer de clase alta que visitaba regularmente el Centro Social y Asistencial Armonía donde Eva echaba una mano. Lady Clarissa bajaba una vez por semana desde North Fenland para visitar a su tío, un coronel retirado que había perdido una pierna en la Segunda Guerra Mundial.

—He encontrado una residencia perfecta para el tío Harold —le dijo a Eva nada más llegar—. Se llama El Último Refugio. Está bastante cerca de aquí, en Clarton Road, y hay un médico que vive sólo dos puertas más abajo, en la misma calle. Pero lo mejor de todo es que es una residencia especial para oficiales retirados, y la supervisora tiene un hijo que estuvo en el ejército. Evidentemente, no estuvo en el ejército durante la guerra de mi tío, porque entonces era demasiado joven, si es que había nacido… Pero el caso es que fue oficial en no sé qué guerra. Ahora trabaja en el Hotel Black Bear. Es más, según la supervisora, es el director, pero todavía se pone el uniforme militar de vez en cuando, y ella está tremendamente orgullosa de su hijo.

El anciano que estaba a su lado, sentado en una silla de ruedas, con una manta de cuadros escoceses sobre las rodillas, la miró furioso y juró que él no se iba a ningún sitio llamado El Último Refugio porque ese nombre no auguraba nada bueno.

—Pues mira, es mucho mejor que algunos de los otros sitios que he visitado, y la supervisora estará encantada de acogerte. Tiene un hijo que era oficial de no sé qué regimiento, así que recibirás tratamiento especial.

Lady Clarissa se volvió hacia Eva y le explicó:

—Mi tío perdió la pierna en Arnhem.

—En el cruce del Rin, maldita sea —refunfuñó el anciano—. ¿Todavía no te has enterado?

—Bueno, qué más da. En algún lugar de Europa.

El tío Harold alzó la voz.

—¡En Alemania, demonios! —Frunció el entrecejo y añadió—: ¿Y qué pasa con las mujeres? Seguro que ese sitio está lleno de arpías. Ya tengo que soportar a demasiadas brujas.

Lady Clarissa dio un suspiro y sacudió la cabeza.

—No hay residentes femeninas. Bueno, excepto la supervisora, claro está.

Pero el anciano seguía sin estar satisfecho.

—A quién se le ocurre escoger una residencia en Clarton Road, bien cerca del cementerio…

—Tenía que elegir entre ésa u otra que se llamaba Fin de Trayecto y que, ahora que lo pienso, está convenientemente cerca del Crematorio. Quizá preferirías ésa —

propuso Lady Clarissa con dulzura.

—¡Maldita sea! ¡El Crematorio! —chilló el tío Harold—. No sé por qué no lo llamas la Incineradora. No, muchas gracias, no quiero que lo que queda de mi cuerpo acabe cocinado en un horno. Ya tuve bastante con que los condenados alemanes me achicharraran la pierna.

—Está bien; en ese caso, me encargaré de que no te incineren. Y, ya que hablamos del asunto, ¿dónde quieres que te entierren? Y no lo digo porque esté deseando que llegue el momento, querido tío.

—Hmm, debes creerte que me chupo el dedo. Sé que tienes muy buenas razones para venir a visitarme…, aunque no sabría decir cuáles, francamente. Como ya sabes, estoy más pelado que una rata. Pero lo he estado pensando y quiero que me entierren en Kenia, donde nací y me crié.

—¡Pero si Kenia está en África! Llevarte hasta allí costaría una fortuna. Y, además, está demasiado lejos para que la familia vaya a visitarte.

—¡Como si eso me importara! Hace años que nadie viene a visitarme, y eso que todavía estoy vivo. ¿Cómo va a importarme que no vengan cuando me haya muerto?

—Mira, perdona, pero no está bien que digas eso, y además no es cierto —protestó Lady Clarissa—. Yo vengo a verte todas las semanas, y ¿qué haría si estuvieras enterrado en Kenia? No tendría a nadie en los alrededores a quien visitar. Perdona que te lo diga, pero eres muy desagradecido. ¡Te he encontrado una residencia estupenda!

—Quizá sea estupenda —admitió el anciano—. Pero habrías podido buscar una con un nombre un poco más alegre.

—Mira, si no te gusta, ya intentaré encontrar otra. —Suspiró, besó a su tío en la frente y lo dejó allí, farfullando con amargura.

* * *

—Estaba deseando volver a mi hotel —le confesó Lady Clarissa a Eva cuando iban juntas hacia el aparcamiento—. Mi tío no es una persona fácil de tratar. Y me encanta que pueda venir a comer conmigo, querida. ¿Por qué no vamos juntas en mi coche?

Subieron a su Jaguar y fueron al Black Bear en silencio.

—Creo que me tomaré un jerez —dijo Eva cuando Lady Clarissa le preguntó qué le apetecía de aperitivo. Pero en lugar de un jerez dulce, que era lo que Eva solía tomar, le sirvieron un Tío Pepe. A Lady Clarissa le trajeron un *dry martini* extragrande.

—Esto está mucho mejor —suspiró tras dar un gran sorbo de su bebida y recostarse en la silla—. A ver, cuénteme. La semana pasada, en el centro social, la señorita Clancy comentó que su marido da clases en la Universidad de Fenland.

Supongo que debe ser muy buen profesor. ¿Sabe en qué universidad estudió?

—En Cambridge —contestó Eva, aunque en realidad no tenía ni idea.

—Mmm. Y no sabrá en qué *college* estuvo, ¿verdad?

—Entonces yo todavía no lo conocía, pero me ha hablado mucho de uno que se llama Porterhouse.

—¡Qué maravilla! Mi marido también estudió allí, y le encantará recibir en la mansión a un compañero de *college*. Así tendrá alguien con quien hablar. Me temo que se siente muy solo.

»Verá, querida Eva, lo que me gustaría saber es si cree que su marido estaría dispuesto a darle clases de Historia a mi hijo Edward, que tiene que presentarse al examen de acceso a la universidad. Es que se me ha metido en la cabeza que entre en Cambridge, y a ser posible en Porterhouse.

—Supongo que sí —respondió Eva con una sonrisa recatada—. Es más, estoy segura.

—Fantástico. Evidentemente, Edward debería haber salido mucho mejor preparado de su colegio privado. ¡Con el dinero que nos ha costado! Nosotros lo enviamos a uno que está cerca de Lidlow y resultó un desastre. Todavía tiene que aprobar la Historia, pese a haberse examinado tres veces. El colegio nos ha costado una fortuna, querida —repitió al tiempo que le hacía una seña al camarero—. Otro *dry martini*. Y esta vez, haga el favor de poner cincuenta por ciento de Tanqueray y menos Noilly Prat. En el que me he tomado apenas se apreciaba la ginebra, era todo vermut. Y otro fino para mi invitada.

—Huy, será mejor que no —dijo Eva, que nunca había probado el jerez seco y no le había gustado—. Es que esta tarde tengo que conducir y no quisiera que me retirasen el carnet.

—Con dos finos no va a sobrepasar el límite, querida —la tranquilizó Lady Clarissa.

Bajo los efectos del primer jerez, e influenciada por una mujer evidentemente rica que la llamaba «querida» y la trataba como a una igual, Eva cedió.

—Espero que me deje pagar esta ronda —dijo, pero, afortunadamente, Lady Clarissa rechazó su ofrecimiento.

—Me lo cargan a la cuenta de la habitación. Cuando vengo a visitar a mi tío, siempre me alojo aquí y aprovecho para ir de compras. —Encendió un cigarrillo y añadió—: Además, mi marido me lo paga todo. Es un encanto.

—Pero ¿cómo va a volver a su casa? ¿Y si la policía la para y le hace soplar?

—No pensará que voy a conducir, ¿verdad? Tengo chófer. En realidad es el mecánico del pueblo, pero hace horas extra de chófer. Le he dado la mañana libre, pero debe estar merodeando por ahí, preparado para llevarme a casa. En casa tampoco conduzco nunca si he sobrepasado el límite permitido, pero allí la policía

nunca me para. Ésa es una de las ventajas de estar casada con George. Es juez de paz —aclaró Lady Clarissa, y agregó—: Bueno, en realidad, si hubiera sido más ambicioso, seguramente habría conseguido un cargo mucho más prestigioso, pero se ha vuelto demasiado perezoso. Llevamos vidas prácticamente independientes. —Se terminó la ginebra con una gota de Noilly Prat y se levantó—. Vayamos a comer.

Eva, que desconocía la jerarquía del sistema judicial británico, se alegró de cambiar de tema. Dejó su copa de jerez y siguió a Lady Clarissa al comedor. Cuando terminaron de comer, y después de que Eva se hubiera dejado convencer para beberse una copa de vino blanco, estaba de un humor excelente. Lady Clarissa, que se había terminado la botella de borgoña blanco con que acompañaron la comida, pidió dos armañacs con los cafés, y se empeñó en que Eva probara uno. Eva dio un sorbito, pero Clarissa le ordenó que se lo bebiera todo.

—¡De un solo trago! —dijo, y se pulió su copa—. Ya verá como es un digestivo estupendo.

Eva hizo lo que le ordenaban, pero se arrepintió. Y entonces Lady Clarissa sacó el tema del sueldo que recibiría Wilt por darle clases particulares a su hijo.

—Estamos dispuestos a pagarle a su marido mil quinientas libras por semana, todo incluido. Si consigue que Edward entre en Porterhouse, recibirá una bonificación de cinco mil libras. Las vacaciones de verano duran dos meses, así que hay tiempo de sobra. Ya sé que no lo tenían previsto, y quizá ya hayan planeado unas vacaciones…

—Bueno, sí —dijo Eva con cierta dificultad—. Todos los años vamos a Lake District. —El alcohol se le había subido a la cabeza, y pensar en una bonificación de cinco mil libras la aturdía aún más.

—Bueno, pueden cancelarlo y venir con nosotros. En la finca hay una casita amueblada que pueden utilizar totalmente gratis. Y no estamos lejos de una preciosa playa de arena fina. Estoy segura de que el sitio les encantará. —Hizo una pausa antes de añadir—: Supongo que tendrá que hablarlo con su marido, y además me gustaría conocerlo.

Eva se apresuró a prevenir semejante proposición, pues le horrorizaba pensarlo. Wilt no podía causarle buena impresión a Clarissa.

—Me temo que este fin de semana ha ido a visitar a su madre, que últimamente no se encuentra muy bien.

—¡Oh, cuánto lo siento! De todas maneras, volveré a venir la próxima semana para llevar al desgraciado de mi tío a la residencia de ancianos. ¡Está hecho un viejo cascarrabias! Yo me desvivo por él, pero él nunca está satisfecho. ¿Qué le parece? ¿Podré conocer a su marido la próxima semana?

Eva dio una breve cabezada que habría podido interpretarse como un sí o como un no. Iba a tener que ensayar durante horas con Wilt para que no lo estropeara todo.

Lady Clarissa se levantó.

—Voy a echar una siestecita antes de marcharme. Ha sido un placer hablar con usted, querida. Y me alegro mucho de comprobar que tiene una talla bastante normalita.

Eva se quedó sentada a la mesa, perpleja, preguntándose qué demonios tenía que ver su talla con todo aquello. Quizá el niño fuera enano, o de talla baja o comoquiera que se llamara hoy en día. Pero Lady Clarissa debería haber preguntado por la estatura de Wilt y no por la suya, ¿no? Qué rara había sido la comida, francamente. Y, pensándolo bien, qué rara se sentía Eva después de beber tanto alcohol. Salió a la calle, cogió un taxi y dejó su coche tirado en el centro asistencial. Al llegar a casa, ella también echó una cabezadita, pese a que no la tenía planeada, y despertó varias horas más tarde en el suelo del salón, sin un recuerdo claro de cómo había acabado allí. ¡Menos mal que Henry no había vuelto y no la había encontrado allí!, pensó al volver en sí.

Pero había sufrido en vano. Horas más tarde, la cena que había preparado con prisas para su marido seguía intacta. Pensando en el cambio que supondría el dinero de Lady Clarissa, y tarareando alegremente, Eva sacó el bistec con brócoli de Wilt del calientaplatos y lo metió en la nevera. A continuación se sentó un rato más delante del televisor y vio una película, pero al final se cansó de esperar. Apagó la luz y fue a acostarse, confiando en que Wilt tuviera llave de la puerta principal. A esas alturas, ya no tenía ninguna duda de que Wilt iba a pasarse toda la noche en el pub y llegaría borracho a casa.

* * *

Wilt llegó borracho. Había pasado de los whiskies dobles a las pintas de cerveza. Y lo más alarmante: cuando Braintree y él habían salido del Hangman's Arms se habían apagado todas las farolas de esa zona de Ipford y no se veía ni torta. Se había equivocado varias veces de calle, había tenido que volver sobre sus pasos, tambaleándose, y le había costado mucho localizar la calle que conducía hasta el puente que atravesaba el río, pero al final había encontrado el camino para llegar hasta su casa. Al menos allí las farolas estaban encendidas, aunque la casa estaba a oscuras. Tardó un poco en encontrar la llave de la puerta principal, y, tras varios intentos, consiguió introducirla en lo que creyó que era la cerradura. Pero se había equivocado de cerradura. Eva había cogido tanto miedo a los ladrones que el mes anterior había hecho instalar una segunda cerradura, mucho más segura que la vieja. La llave, inútil, cayó al suelo.

—¡Mierda! —protestó Wilt con voz pastosa, y buscó la llave a tientas; pero antes de haberla encontrado, tuvo que ocuparse de las urgentes necesidades de su vejiga. Se

metió en el pequeño jardín delantero, y se disponía a orinar cuando se encendió una luz en una de las casas de la acera de enfrente, revelando a la señora Fox asomada a su ventana. Wilt se dio rápidamente la vuelta, o lo habría hecho de no haber estado tan borracho. Lo que hizo fue liarse con sus propios pies y caer de bruces en una parcela de hierba húmeda y enfangada. Se quedó allí tumbado y se consoló pensando que, al menos, la señora Fox ya no podía verlo, porque lo tapaba el seto bajo que bordeaba el jardín delantero.

Seguramente se habría quedado dormido allí mismo, pero sonó el teléfono dentro de la casa, luego se encendió la luz del dormitorio, cuya ventana tenía justo encima, y Eva bajó pisando fuerte la escalera. Wilt intentó razonar. Pese al estupor producido por el alcohol, comprendió qué había pasado: la señora Fox había llamado por teléfono a Eva para advertirle que alguien estaba intentando entrar en su casa. Intentó levantarse y no lo consiguió, así que fue gateando hasta la puerta principal y a través del buzón suplicó a Eva que lo dejara entrar.

—¡Sólo soy yo! —chilló. Pero Eva no le escuchaba. Estaba demasiado ocupada discutiendo si debía llamar a la policía o no. Wilt trató de oír lo que decía. Las únicas palabras que entendió fueron: «No, la policía no. Voy a cerrar la puerta con doble cerrojo». Y: «Gracias por llamar. Sí, claro que se lo diré a mi marido».

Eva colgó el auricular y esperó. La señora Fox, como Eva, tenía fobia a los ladrones. Se tomó su tiempo para volver a acostarse y apagar la luz. Eva jamás se lo habría revelado a su vecina, pero, después de oír la sarta de palabrotas al otro lado de la puerta, estaba convencida de que conocía la identidad del «intruso».

Wilt reanudó sus súplicas.

—¡Soy yo! Déjame entrar, por lo que más quieras. Estoy empapado y si me quedo mucho rato aquí fuera… —Iba a decir que pillaría una neumonía, pero Eva había tenido un ramalazo de inspiración y le interrumpió. Quería vengarse de lo grosero que había sido con ella la noche anterior.

—¿Quién es «yo», si se puede saber? —preguntó para alargar la agonía de Wilt.

—¡Por amor de Dios, sabes perfectamente quién soy! ¡Henry, el capullo de tu marido!

—Pues no lo pareces. Y quienquiera que seas, es evidente que estás borracho.

—¡Me importa un cuerno si lo parezco o no, estoy calado hasta los huesos! Y sí, vale: estoy borracho.

—Si eres quien dices ser, debes tener la llave —observó Eva, decidida a prolongar la tortura—. ¿Por qué no abres tú mismo?

—¡Porque se me ha caído! —gritó Wilt a través del buzón—. ¿Por qué has apagado la luz de fuera? No veo ni torta. Aquí fuera está oscuro como boca de lobo.

Eva se planteó volver a encender la luz, pero decidió cambiar de táctica.

—Voy a llamar a la policía —anunció al mismo tiempo que echaba la cadena de

la puerta haciendo todo el ruido que podía.

—¿Te has vuelto loca? Sólo me faltaba eso.

En eso hasta Eva tenía que darle la razón. La idea de que empezaran a llegar coches de policía, seguramente con las sirenas puestas, y de que al día siguiente toda la calle tuviera algo sobre lo que cotillear no resultaba nada atractiva. Aun así, Eva quería prolongar un poco más el martirio de Wilt. Encendió la luz del techo, dejó la cadena de la puerta echada, abrió un poco la puerta y se asomó por la rendija. Wilt, con la cara manchada de barro, tenía un aspecto horrible.

—Usted no es mi marido —sentenció Eva—. No se parece a él en nada.

—Ya basta, Eva. ¡Voy a derribar la puerta! —amenazó Wilt—. Si no me abres ahora mismo, voy a cruzar la puta calle y me voy a mear por el puto buzón de la señora Fox. A ver qué dicen entonces los vecinos.

—Bueno, creo que te dejaré entrar —decidió ella rápidamente; cerró un poco la puerta y soltó la cadena. Para cuando había vuelto a abrir, Wilt estaba en el suelo y vomitaba en un arriate de flores—. Está bien, ya puedes entrar —añadió cuando su marido hubo terminado de vomitar.

Wilt intentó levantarse, pero no pudo. Entró en la casa a gatas, mientras Eva, con una sonrisa de satisfacción en los labios, salía al jardín en camisón y buscaba la llave que se le había caído a Wilt. Una vez dentro, cerró la puerta con llave y miró a su marido con asco. Era la primera vez que lo veía tan borracho, y estaba impaciente por ver la resaca que tendría a la mañana siguiente. Seguro que entonces no estaría en condiciones de oponerse al plan que tenía preparado para él.

—Sube directamente al baño y date una ducha. Luego puedes dormir en la habitación de invitados. Ni se te ocurra meterte en la cama conmigo.

Y se volvió a la cama, dejando que Wilt se arrastrara solito hasta el piso de arriba.

Media hora más tarde, después de intentar darse una ducha y caerse dos veces al suelo, Wilt, magullado y resentido, entró en la habitación de invitados. Se encontraba fatal y se quedó dormido enseguida.

* * *

A la mañana siguiente llamó a la «universidad» para decir que estaba en cama con un virus y que no podía ir a trabajar. Pero no le cogieron el teléfono.

—Hoy es sábado —le recordó Eva—. Claro que no vas a trabajar. El fin de semana nadie va a trabajar.

Wilt dio gracias a Dios y volvió a acostarse. Al poco rato lo despertó Eva, que había aprendido más de lo que creía del tratamiento recibido en casa de su tía Joan el verano anterior. La tía Joan la había echado de la Mansión Starfighter de Wilma, Tennessee —para ser más exactos, la habían echado a patadas—, y como

consecuencia de ello, la actitud de Eva se había endurecido. Había soportado años de borracheras y aberraciones por parte de Henry, y estaba decidida a poner en práctica las técnicas de represalia de la tía Joan. Ya iba siendo hora de que se defendiera.

—Escúchame bien —le espetó después de sacudir a Wilt hasta despertarlo y destaparlo del todo—. Harás exactamente lo que yo te diga.

Se quedó mirando, asqueada, el cuerpo desnudo de su marido.

—Por amor de Dios —gimoteó Wilt—. ¿Qué quieres, que me muera de frío?

—Hace calor. Si tienes frío, es culpa tuya. Anoche llegaste borrachísimo.

—Vale, es verdad. Estuve de celebración con Peter.

—¿De celebración? ¿Y qué celebrabais, si se puede saber?

—Es una larga historia. ¿Tengo que explicártelo ahora?

—Sí.

—Pues mira, celebrábamos que no me han despedido. ¿Estás satisfecha?

—Menos mal —dijo Eva. Iba a marcharse, pero en el último momento cambió de opinión. Conocía bien a su Henry y sabía que mentía siempre que le convenía. Esta vez Eva no iba a dejarse engañar.

—¿Y desde cuándo iban a despedirte? Y no me importa que sea una larga historia. Quiero saber la verdad.

Wilt se quedó mirándola con los ojos inyectados en sangre y deseó con toda su alma que Eva nunca hubiera ido a Estados Unidos a visitar a su tía. Hasta entonces, ella nunca se había metido con sus resacas, y no estaba seguro de poder enfrentarse a una Eva más autoritaria aún, y menos en el estado en que se encontraba.

—Deja que me tape y te lo contaré —gimoteó.

Eva le echó la sábana y la manta por encima.

—Adelante. Cuenta.

—Primero se suponía que tenía que asistir a la reunión del CDA —empezó él.

Eva no soportaba que su marido empleara esos malditos acró… anacró…, esas abreviaturas.

—¿Qué es el CDA?

—El Comité de Distribución Académica. Se encarga de decidir qué cursos eliminan y, por supuesto, qué jefe de departamento es el siguiente en recibir la patada. Sin embargo, el Departamento de Comunicación no se considera suficientemente académico, así que no me pidieron que asistiera a la reunión. Peter me contó lo que había pasado. El capullo de Mayfield quería que me sustituyeran.

—Pero ¿qué pinta él en todo eso?

Wilt suspiró.

—Pues que es el presidente del CDA, por si te interesa.

—¿Y?

—Por suerte, el vicedirector también participaba en la reunión. Dijo que no

podían echarme porque no hay nadie más capaz de manejar tan bien como yo a los inútiles de Comunicación, y señaló que ningún otro departamento tiene tantos putos alumnos. ¿Me sigues?

Eva asintió con la cabeza.

—Vale. Luego, por si fuera poco, preguntó a Mayfield si quería sustituirme, y el muy cabrón se calló al instante. Me dijo Peter que el muy gilipollas casi se desmaya sólo de pensarlo, y ya no volvieron a hablar de reemplazarme.

—Menos mal —dijo Eva, casi convencida. Siempre podía comprobarlo hablando con Peter Braintree.

—Y ahora, ¿me dejas seguir durmiendo?

—No, nada de eso. Te quiero levantado, vestido y en el piso de abajo dentro de quince minutos. Tengo que darte una noticia muy emocionante.

Wilt dio un gruñido. Sabía por experiencia qué entendía Eva por «emocionante», y no tenía nada que ver con lo que entendía él.

3

Wilt bajó la escalera a trompicones; sólo le quedaban dos minutos después de ponerse a toda prisa los calzoncillos que llevaba la noche anterior, que fue lo único que encontró a mano. Eva estaba sentada a la mesa de la cocina, con un vaso de agua y unas aspirinas que mantenía lejos del alcance de su marido.

—Mira, Henry —dijo en voz muy alta—, te he encontrado trabajo para este verano. Mil quinientas libras por semana, todo incluido. ¿No te parece maravilloso? Quiere que su hijo estudie en Cambridge.

Wilt se dejó caer en una silla y se sujetó la cabeza con ambas manos. Todavía tenía un dolor tremendo.

—¿Quién quiere que su hijo estudie en Cambridge? Y ¿qué quieres decir con «trabajo»? Y ¿mil quinientas libras por semana? —Con ese sueldo, el trabajo no podía ser tan maravilloso. Y ¿qué demonios significaba «todo incluido»?

—Lady Clarissa Gadsley. Te ofrece un empleo temporal.

—¿Haciendo qué?

—Dándole clases particulares a su hijo, Edward Gadsley, en Sandystones Hall. Lady Clarissa quiere que te encargues de que apruebe el examen de acceso de Historia, y yo le dije que estarías encantado.

—¡Genial! —dijo Wilt—. Y me paso las vacaciones de verano preparando a un zoquete de lo más pijo para que entre en Cambridge, ¿no? Supongo que no se te habrá ocurrido pensar que hace treinta años que no enseño Historia, y que cuando la enseñaba era a Yeseros Dos y a unos patanes incapaces siquiera de recordar dónde está Austria.

—No puede ser tan difícil, y, además, tienes dos meses para lograrlo. Conseguiremos suficiente dinero para que las niñas sigan en Saint Barnaby’s y, al mismo tiempo, haremos vacaciones gratis.

—Quizá tengas… Espera un momento. ¿Qué quieres decir con eso de vacaciones gratis? Yo no tendré vacaciones ni nada que se le parezca.

Eva sonrió y procuró no mirar los manchados calzoncillos de Wilt.

—Lady Clarissa nos ha ofrecido una casita amueblada en la finca, totalmente gratis —dijo—. Y cerca de allí hay una playa preciosa.

—No lo dudo. Y muchas posibilidades de que yo no llegue a verla jamás. En lugar de eso, me pasaré horas y horas encerrado con un tarado, tratando de hacerle entender las causas de la Revolución Francesa, o al menos de hacerle recordar en qué siglo se produjo. Ahora que lo pienso, creo que ni yo mismo lo recuerdo.

—Pues será mejor que lo averigües —le dijo Eva—. Y rápido.

—Está bien, dejemos el tema de momento. Me duele demasiado la cabeza sólo de pensarlo. Estoy muerto de hambre, anoche no cené, y supongo que también me he

perdido el desayuno.

—Bueno, ¿y quién tiene la culpa de eso? —Eva contempló el lamentable estado de su marido y al final transigió—. Si vas a darte una ducha y metes esos asquerosos calzoncillos en la lavadora, te prepararé unos sándwiches.

Wilt suspiró y fue al piso de arriba.

—Menuda mierda de vacaciones —masculló por el camino.

—Te he oído —le gritó Eva—. ¡Otra vez diciendo palabrotas! Tendrás que acostumbrarte a no emplear ese lenguaje tan ordinario, porque vamos a codearnos con gente muy fina.

Wilt prefirió no expresar su opinión al respecto y entró en el cuarto de baño.

* * *

Media hora más tarde, cuando bajó vestido con pantalones grises y camisa, encontró a Eva hablando por teléfono, comunicándole la espantosa noticia a Mavis Mottram para darle envidia. Se llevó los sándwiches de pan integral y sardinas al salón y se plantó delante del televisor, donde daban un partido de críquet que no le interesaba lo más mínimo.

En realidad reflexionaba sobre el cambio que había experimentado su mujer desde que regresara de Estados Unidos el año anterior. Wilt no sabía a qué se debía esa transformación, y Eva se negaba a contárselo. De hecho, Eva se negaba a decir ni una sola palabra sobre lo que le había pasado en Wilma, Tennessee, el verano anterior. De vez en cuando murmuraba «Mala puta» cuando creía que él no podía oírla. O eso o «Foca asquerosa». Fuera como fuese, estaba más claro que el agua que el viaje para visitar al tío Wally y la tía Joan, acompañada de las cuatrillizas, había sido tan desastroso como la aventura de Wilt en busca de la Vieja Inglaterra, que había coincidido en el tiempo.

Wilt había acabado en un hospital psiquiátrico; después de cabeza en la parte de atrás de una camioneta, y luego lo habían involucrado falsamente en la desaparición de un ministro en la sombra. La excusa que había dado Eva para justificar su adelantado regreso era que el tío Wally había tenido dos infartos. En secreto, Wilt sospechaba la mano, o mejor dicho las manos, de sus hijas en la desgracia de Wally Immelmann, pero como no lo soportaba y lo encontraba repugnante, no le importaba mucho. Lo único que sí encontraba inquietante era la nueva determinación de Eva de dominarlo, un rasgo que evidentemente había adoptado en la América Imperial. Y de hecho «dominar» era un término demasiado suave. Como «controlar». Desde el verano anterior, Eva se había empeñado en que Wilt hiciera lo que ella quería y cuando ella quería.

Pues bien, Wilt no tenía intención de pasarse el verano doblegándose ante unos

malditos esnobs que sin duda alguna lo tratarían con condescendencia. ¿Y qué clase de tarado era ese hijo al que querían que diera clases particulares? Estaba pensando dónde demonios podría encontrar el programa de Historia de bachillerato cuando Eva entró con paso decidido.

—Ah, estás aquí —dijo ella—. Que sepas que le he dicho a Lady Clarissa que habías estudiado en Porterhouse, y resulta que su marido, Sir George, también estudió allí, así que ya tenéis tema de conversación.

Wilt se quedó mirándola con la boca abierta.

—¡Por amor de Dios, pero si yo no iba a Porterhouse! Yo estaba en Fitzherbert. ¿Y esperas que charle con ese capullo sobre los viejos tiempos en el puto Porterhouse y sobre quién lo dirige actualmente? Seguro que va cada año para asistir al Banquete Anual y que de vez en cuando hace uso de su derecho a comer allí. No tardará ni cinco minutos en descubrir que soy un impostor.

—Bueno, seguro que puedes enterarte de esos detalles, y si no, dejar que hable él.

—¡Y un carajo! —refunfuñó Wilt.

—Mira, ésa es otra palabra que tendrás que dejar de usar —le espetó Eva, y abandonó la habitación. Wilt dio otro gruñido, salió detrás de Eva y se dirigió hacia la puerta de la casa. Tras asegurarse de que llevaba encima las llaves buenas, salió al sol de la tarde. Necesitaba salir de aquella casa y hablar con alguien que estuviera cuerdo.

Wilt fue a los huertos municipales a ver a su viejo amigo Robert Coverdale. Robert llevaba años viviendo allí, en un cobertizo; decía que prefería eso a vivir en su casa, que, como él decía, estaba «infestada de arpías. A saber: mi mujer y sus dos hermanas solteras. Bueno, solteronas».

Wilt lo encontró a cuatro patas, desherbando el arriate de espárragos. Al ver a Wilt, el anciano se levantó.

—Parece que vengas de la guerra —comentó, y entró en el cobertizo para alcanzar otra silla.

—Así es como me siento —admitió Wilt, y se sentó—. Mi mujer…

—No me cuentes nada —lo atajó Robert, y encendió su ennegrecida pipa—. Ya sé cómo son, te lo aseguro. Tienes suerte de que tu mujer no tenga hermanas. Mírame a mí, que tengo que aguantar a dos. Dos brujas solteras, eso es lo que son. ¿Qué te ha hecho Eva esta vez?

Wilt se lo contó, y no olvidó recordar a su amigo que, pese a no tener cuñadas, tenía que aguantar a cuatro hijas diabólicas.

—El sexo se paga caro —dijo Robert—. Creo que lo mejor son las amebas. Viven solas, completamente solteras, y cuando les apetece tener descendencia, sencillamente descartan una parte de sí mismas y dejan que la otra mitad lleve su propia vida. La solución perfecta. Sin responsabilidades, sin complicaciones y sin

exigencias. Y lo mejor de todo: nada de sexo. Y desde luego, nada de empleos en vacaciones dando clases a un zopenco que, para colmo, es hijo de un conde, o lo que sea que haga el tío ése en North Fenland.

—Y por si fuera poco, el padre estudió en Porterhouse y Eva le ha contado a su mujer que yo también estudié allí.

—¿Qué es eso de Porterhouse? Tiene nombre de filete.

—Es un *college* de Cambridge, y creo que el peor ejemplo. Lleno de trogloditas con enormes cuentas bancarias y sin cerebro. Ni siquiera entiendo por qué ese tarado cree que necesita tener aprobada la Historia para entrar allí. Todo parece indicar que cumple de sobras los requisitos de admisión.

—Suerte que nunca fui a la universidad —dijo Robert—. Me coloqué de aprendiz de carpintero nada más terminar los estudios, y gané todo ese dinero que mi mujer todavía no se ha gastado fabricando muebles «antiguos» y vendiéndolos. Cuando las cosas iban mal también hacía cocinas y suelos de parquet.

Una hora más tarde, cuando Wilt se marchó a su casa, se sentía mucho mejor. El bueno de Robert tenía claras sus prioridades. Cocinaba en una cocina Primus, en invierno calentaba la choza con una estufa de queroseno, se alumbraba con una lámpara de aceite, y no se metía con nadie. Nadie lo molestaba, porque poca gente sabía que vivía allí, y los titulares de los huertos vecinos le agradecían que les vigilara las hortalizas y se asegurara de que no se las afanaban. Y no tenía que preocuparse por una mujer rezongona, por unas hijas imbéciles ni por un empleo de mierda.

Wilt se preguntó si habría mucha lista de espera para que te concedieran uno de aquellos huertos.

4

En North Fenland, Lady Clarissa dejó en su casa al joven con el que había pasado la noche en el Black Bear, guardó el uniforme de chófer en el maletero del Jaguar y condujo cinco kilómetros más hasta su casa para anunciarle la buena nueva a Sir George.

—¿Que has hecho qué? —preguntó él con fastidio, porque Lady Clarissa lo había despertado de la siesta.

—Lo he organizado todo para que Edward apruebe el examen de acceso —explicó ella—. Y además he encontrado una residencia para ancianos excelente para el tío Harold. Se llama El Último Refugio.

—Un nombre muy adecuado. Y seguro que es condenadamente cara. Pues no olvides que soy yo el que suelta la pasta para pagar la manutención del viejo diablo, aunque sólo Dios sabe por qué lo hago. Es tu maldito tío, no el mío.

—No hay ninguna necesidad de que pagues nada —replicó ella con frialdad—. Ya pagaré yo.

Sir George casi sonrió.

—Sí, y yo me lo voy a creer. Pero no importa. Por un instante he pensado que ibas a decirme que lo traías aquí. Eso fue lo que insinuaste cuando te fuiste.

—¡Ay, eres tan pesimista! Y me tomas por idiota.

—En algunos aspectos… —Dio un suspiro—. Bueno, no importa. ¿Qué es eso de que vas a poner a tu condenado hijo a estudiar?

Ahora le había llegado el turno de suspirar a Clarissa.

—También es hijo tuyo. Al menos lleva tu apellido. Aunque no te guste, Edward es tu hijastro.

—Ya lo sé. Y también sé que tu primer marido murió en un paso a nivel sin barrera…, y no se lo reprocho, la verdad.

—¿Se puede saber qué quieres decir con eso? ¿Es otro de tus horrorosos comentarios socarrones sobre Edward?

—No sobre nuestro pequeño Eddie, como a ti te gusta llamarlo.

—Yo no lo llamo Eddie, y, como sabes muy bien, de pequeño no tiene nada… Pero ¿qué es eso que no le reprochas a mi difunto esposo? Al menos él no era tacaño como tú.

—Cierto. Pero sí le reprocho que fuera excesivamente generoso y que te consintiera todos tus absurdos y caros caprichos. Lo que he querido decir es que no le reprocho que se quitara la vida. A mí también se me ha pasado por la cabeza alguna vez, pero la verdad es que no soy partidario de convertirte en una viuda rica, como hizo él, el muy idiota. Y te aseguro que no quiero que tu hijo Eddie herede mi finca.

—¿De qué demonios estás hablando? —le espetó Lady Clarissa—. Mi primer

marido sufrió un terrible accidente con el tren de las cinco y cuarto procedente de Fakenham.

—¡Paparruchas, y tú lo sabes! Esa historia es la que hicisteis circular para poder cobrar el seguro, querida. Si se hubiera sabido que se había suicidado, no habrías visto ni un céntimo. No me vengas con cuentos.

—¡Típico de ti! ¡Siempre supones lo peor! —gritó ella, y salió muy indignada de la habitación; pero volvió al cabo de pocos minutos—. ¿Dónde está la cocinera? Quiero una taza de té.

Sir George se levantó y colocó bien el retrato de su madre, colgado encima de la chimenea.

—No tengo ni idea. Pregonando sus atributos sexuales en Norwich, quizá. Seguro que allí hay montones de tipos a los que les gustan las mujeres delgadas. Resumiendo: la he despedido.

—¿Que la has despedido?

—¿Tienes que repetir todo lo que digo? Sí, la he despedido. Me temo que tendrás que preparar el té tú misma. Ah, y que esté fuerte. No soporto el té flojo.

Lady Clarissa se sentó en un diván junto a la ventana y se quedó mirando con odio la espalda de su marido.

Había confiado en encontrar a Sir George de buen humor cuando ella volviera a casa, pero estaba aún más malhumorado de lo habitual. Ojalá se hubiera casado con un hombre más afable.

—¿Se puede saber por qué la has despedido? ¿Acaso porque estaba delgada y se mantenía así, pese a todos tus intentos de engordarla? Bueno, voy a prepararme una taza de té, pero no creas que te voy a preparar otra a ti. Y, hablando de peso, esta noche quizá adelgaces un poco, porque no pienso preparar la cena. Por mí, puedes morirte de hambre.

—Ah, no te preocupes: esta noche ceno fuera —replicó él, y se dio la vuelta con una sonrisa en los labios—. Y, por cierto, voy a darme un baño y a cambiarme.

Y, dicho eso, salió muy decidido de la habitación.

En la cocina, Clarissa se negó a que la actitud de su marido le hiciera perder la calma. A saber con quién iba a salir esa noche. Cuando volviera a casa dormiría en su dormitorio, como de costumbre. Y con un poco de suerte y la ayuda de su acostumbrada ingesta excesiva de brandy después de la cena, dormiría bien y a la mañana siguiente se mostraría más dispuesto a aprobar sus planes. Clarissa no tenía nada de que preocuparse.

* * *

Wilt tampoco. La charla con el viejo Coverdale lo había animado. Además, cuanto

más lo pensaba, más le interesaba ver cómo vivía la aristocracia rural. Y North Fenland era una región del país que siempre le había gustado. Los inviernos eran fríos, por supuesto, pues el viento del este entraba directamente desde los Urales, sin encontrar obstáculos en las llanas extensiones de las estepas ni en la llanura del norte de Alemania. Los veranos, en cambio, debían de ser suaves, y sin duda tranquilos, con sólo algún que otro centro turístico abarrotado de repugnantes veraneantes junto al mar.

Si Eva estaba en lo cierto respecto a Sandystones Hall y la finca tenía jardines y su propio lago, quizá hasta fuera un lugar agradable. Allí Wilt estaría lejos del mundo y podría pasear a su antojo por el bosque cuando no estuviera haciendo empollar al chico… Quizá, después de todo, pudiera hacer algo parecido a unas vacaciones. Eva y las cuatrillizas podrían pasar el día en la playa, mientras él ganaba sus mil quinientas libras semanales, con lo que quizá conseguiría que su mujer dejara de quejarse continuamente.

Cuando Wilt hubo terminado de cenar y se hubo acostado, solo, en su habitación, casi estaba deseando que llegaran las vacaciones de verano. Fue un fin de semana relativamente tranquilo, y el lunes, cuando Wilt volvió a su despacho en la Universidad de Fenland, estaba casi de buen humor.

5

En Sandystones Hall, Clarissa todavía meditaba sobre aquella conversación mientras paseaba por el jardín. De pronto se quedó mirando el agua del foso. Estaba verde y turbia, como siempre, y le recordó a la sopa que les había servido para comer la mujer del ayudante de jardinero. Clarissa sospechaba que, en caso de haber podido elegir, habría preferido agua del foso calentada a aquella sopa. Sir George había probado una cucharada e inmediatamente se había levantado de la mesa para tirar aquella cosa asquerosa por la ventana.

—¿De dónde demonios ha salido esa mujer? —preguntó—. ¿De una planta de tratamiento de aguas residuales?

—Es la mujer de Herb.

—Dios mío. Me extraña que Herb siga con vida. Debe tener un estómago de hierro si ha sobrevivido hasta ahora, con lo mal que cocina ella.

—Es lo más parecido a una cocinera que he podido encontrar en el pueblo. Si sigues con la mala costumbre de despedir a las cocineras decentes, sólo porque son demasiado delgadas para tu gusto, no esperes que te encuentre una sustituta *haute cuisine* de la noche a la mañana. Le diré que no vuelva a darnos sopa porque estamos los dos a régimen.

Sir George había ido hasta el aparador, donde estaba la licorera con el coñac.

—¿Qué haces? —preguntó su mujer al ver que se servía una copa—. Nunca bebes coñac durante la comida.

—Es para quitarme el sabor de la sopa —explicó él tras escupir un trago en el foso—. ¡Seguro que esto mata a los putos peces!

Si bien el resto de la comida no había estado tan mal, tampoco podía afirmarse que les hubiera gustado. Sir George había comparado el pudin de maicena con una medusa extraordinariamente obesa, y por desgracia la mujer de Herb lo había oído y se había ofendido. Clarissa había intervenido, atribuyendo el desafortunado comentario de su marido al licor que había bebido a la hora de comer, pero le había sorprendido que Sir George se hubiera librado de que la cocinera le tirara el susodicho pudin por la cabeza.

Después Sir George había ido a ver un partido de críquet, y había avisado de que no sabía a qué hora regresaría. A Clarissa le tenía sin cuidado, pues no tenía ninguna prisa por verlo. En general, podía decirse que habían pasado el resto del fin de semana relativamente tranquilos. Como era de esperar, Sir George había explotado con relación a las malditas mil quinientas libras que su mujer había prometido pagar al puto profesor particular y al maldito alojamiento gratuito para su maldita esposa, pero todo eso Clarissa ya lo había previsto, y le había asegurado que no tenía que preocuparse por nada.

—Si ese tipo consigue hacerlo entrar en Porterhouse, pronto te librarás de Edward. Además, vosotros dos tendréis tema de conversación. Podrás recordar tus viejos tiempos en Cambridge.

—¿Cómo dices? Ese tipo debe ser un genio si consigue meter a tu hijo en esa maldita universidad o en cualquier otra. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Wilt, Henry Wilt.

—¿Wilt? No me dice nada ese nombre. Y a nada es a lo que va a quedar reducido con lo que va a tener que esforzarse para que ese hijo tuyo apruebe el examen. Eso suponiendo que sea tan inteligente como tú aseguras.

—Tiene que serlo. Al fin y al cabo, es profesor de la Universidad de Fenland.

—De todas maneras, yo no dejaría de vigilar a Eddie. No sé, ese desgraciado podría ser un pedófilo, y quién sabe si no se pondrá a hacer guarradas con tu hijo. Sí, será mejor que lo vigiles de cerca.

—¡No digas barbaridades, George! Aunque Eddie no estuviera lo bastante crecidito para cuidar de sí mismo, que lo está, después de conocer a su mujer, estoy absolutamente convencida de que Wilt no tiene nada de degenerado. Porque si no, su mujer lo habría matado hace mucho tiempo. Con sus propias manos.

Y, con ese misterioso y amenazador comentario, había dejado sufriendo a su marido.

Mientras paseaba por el jardín, Lady Clarissa planeaba las tácticas que emplearía en el futuro. De momento había conseguido calmar a la mujer de Herb, y creía poder seguir controlando la situación si le prohibía volver a servirles sopa de cualquier clase y la convencía para que se limitara a las salchichas y la carne asada con patatas y verduras variadas. De postre no sería mala idea pedirle que preparara pudin de arroz o tapioca —Sir George odiaba ambas cosas—, y de vez en cuando una macedonia de frutas, para que él comprendiera que ya iba siendo hora de que contrataran a una cocinera de verdad.

De hecho, cuanto más lo pensaba, más conveniente le parecía tener una razón más para viajar con frecuencia a Ipford. Le diría a George que había allí una agencia estupenda donde podrían contratar a una cocinera de primera categoría. Clarissa creía que últimamente su marido empezaba a sospechar de sus excursiones a Ipford, y no podía arriesgarse a que descubriera qué era lo que en realidad iba a hacer allí. Clarissa sonrió para sí al pensar en la suite que siempre reservaba en el Black Bear.

Decidió que, pensándolo bien, tendría que volver muy pronto allí, para inscribir al tío Harold en El Último Refugio y asegurarse de que el marido de la señora Wilt estaba capacitado para darle clases particulares a Edward. Si la presencia de un hombre educado en la casa hacía que George estuviera menos irritable, el beneficio de su plan podía ser doble. Pero tendría que prevenir al señor Wilt —¿cuál era su nombre de pila? ¿Henry?— para que evitara los temas de los impuestos y la política a

toda costa. Hombre prevenido vale por dos.

Así de animada y contenta estaba cuando volvió a la casa a buscar la llave de la casita de invitados donde pensaba alojar a Wilt y a Eva. Iría hasta allí y comprobaría que estuviera relativamente limpia y que no se hubieran colado murciélagos ni ningún otro intruso inoportuno. Por si acaso, se llevó una libreta para anotar cualquier cosa que hiciera falta comprar. Pero encontró la casita arreglada; sólo necesitaba una limpieza somera. Suponía que las niñas podrían compartir un dormitorio. Eva había comentado que sus hijas eran adolescentes, y Clarissa confiaba en que no distrajeran demasiado a Edward. Aunque, de momento, su hijo no había mostrado ningún interés por las chicas.

Lo cierto era que, en realidad, no había mostrado ningún interés por nada en sus breves visitas a casa durante el curso escolar. Bueno, aparte de una tendencia bastante alarmante a tirar piedras contra cualquier cosa que se moviera. Cuando Edward estaba en la mansión, ni los animales pequeños ni los niños pequeños estaban a salvo. Había habido un par de roces lamentables con algunos vecinos, quienes parecían no aceptar el argumento de que si sus hijos entraban en la finca, la culpa la tenían sólo ellos. Mucho escándalo por nada, francamente. Al fin y al cabo, ¿qué importancia tenían unos cuantos puntos de sutura aquí y allá? Además, el niño tampoco era nada guapo antes de que le cosieran la cara.

Lady Clarissa suspiró mientras caminaba hacia la casa, y pensó que si George se hubiera interesado un poco más por Edward —si se lo hubiera llevado a cazar o a pescar, por ejemplo—, quizá habrían podido evitarse todas esas molestias. Entró en el salón, se tomó dos enormes *dry martinis* y decidió pasar el resto del día en la cama, sabiendo que su marido volvería tarde, como de costumbre. Por suerte, dormía en otra habitación y era demasiado viejo para interesarse sexualmente por ella.

* * *

En el número 35 de Oakhurst Avenue vivía alguien que compartía su opinión sobre la comodidad de dormir en habitaciones separadas: Henry Wilt. Para empezar, ponía freno a los intentos espasmódicos y completamente indeseables de Eva de despertarlo para tener relaciones sexuales mediante lo que ella llamaba «estimulación manual». Cuando eso sucedía, Wilt solía fingir que dormía, aunque sin mucho éxito. Una vez Eva había consultado a Mavis Mottram, quien le había aconsejado el empleo de la presión escrotal como una forma infalible de despertarlo.

—Yo siempre la utilizo cuando tengo ganas de guerra con Patrick —había dicho—. Nunca me ha fallado.

A Wilt sí. Él lo llamaba «el método cascanueces», y en las pocas ocasiones en que Eva había utilizado ambas manos, había saltado de la cama chillando, exigiendo una

explicación de por qué intentaba castrarlo.

—¡Si lo que pretendes es demostrar que eres más fuerte que un toro, pruébalo con dos nueces! —le había gritado Wilt una noche, y había bajado cojeando a la cocina a buscar un cuenco de nueces. Su reacción había surtido el efecto deseado desde el punto de vista de Wilt, si bien no desde el de Eva.

Era inevitable que los gritos de Wilt despertaran a las cuatrillizas cuando éstas venían a casa del internado, y muchas veces las niñas salían corriendo de sus dos dormitorios para preguntar qué había pasado.

—Nada —gimoteó Wilt en esa ocasión mientras subía la escalera a paso de tortuga, sujetando el cuenco con una mano y su escroto con la otra—. Es que mamá tiene hambre.

—¿De nueces?

—Sí, de nueces. Ya sabéis que siempre dice que son muy buenas para la salud.

—¿Y por qué andas tan encorvado? —había preguntado Penelope aquella noche memorablemente atroz.

—Porque me ha confundido con un árbol —gruñó Wilt, y cerró la puerta del dormitorio.

Las cuatrillizas no se dejaron engañar. La penetrante voz de Emmeline pudo oírse con toda claridad: «Mamá ha vuelto a ponerse cachonda —dijo a sus hermanas en el rellano—. Me parece que le ha dado por el sadomasoquismo».

Ese comentario consiguió sofocar el apetito sexual de Eva. Se levantó de la cama, asomó la cabeza por la puerta y les armó una buena a las cuatrillizas. Luego volvió a meterse en la cama y también le armó una buena a Wilt, pero, afortunadamente, sin hacerle nada que pudiera dejarlo inválido.

Esa noche, Wilt se acostó con la consoladora idea de que, al fin y al cabo, tener a las cuatrillizas en casa durante las vacaciones tendría sus ventajas.

6

Entretanto, en la comisaría de policía, el inspector Flint mataba el tiempo mirando por la ventana y meditando sobre aquel eterno enigma, el señor Henry Wilt. Desde el verano anterior, cuando Flint había sentido una gran liberación al encontrar a Wilt apaleado, había llegado a la conclusión de que aquel tipo era una especie de víctima nata, con un don especial para meterse en situaciones catastróficas y salir de ellas como una anguila engrasada. Por otra parte, tenía una capacidad verdaderamente innata, y a veces diabólica, para el subterfugio, y para dar, en los interrogatorios, respuestas de una incoherencia tan alucinante que, en más de una ocasión, habían llevado al propio Flint al borde de la locura. El inspector había buscado «subterfugio» e «incoherencia» en el diccionario en la biblioteca pública, y había confirmado que ambas palabras podían aplicarse a Henry Wilt. De hecho, el tipo era casi admirable, a su diabólica manera.

En cambio, la opinión de Flint sobre el comisario Hodge era todo lo contrario. Hodge no tenía absolutamente nada que pudiera admirarse. Hablando en plata: Flint lo odiaba, y lo habría llamado «papanatas de mierda» en la cara si Hodge no hubiera tenido influencias en puestos más elevados de la cadena de mando.

En lugar de eso, le expresó su opinión en privado al sargento Yates, quien demostró compartir los sentimientos de Flint hacia el comisario refiriéndose a Hodge como «ese pedazo de capullo». Fuera brillaba el sol. Mientras contemplaba el parque desde la ventana, el inspector se preguntó, distraído, qué estaría tramando Wilt.

* * *

Wilt no tenía ningunas ganas de someterse a la inspección de Lady Clarissa.

—Tienes que comportarte y dar la mejor imagen que puedas —le había repetido Eva hasta la saciedad—. Y no te olvides de comentar que estudiaste en el Porterhouse College de Cambridge.

—Dicho de otro modo, que mienta como un bellaco, ¿no? Ya te he dicho que jamás pisé ese *college*.

—No está bien que me digas eso, y además sólo es una mentirijilla. Tienes que impresionar a esa mujer.

—Sí, claro. Y ella sólo tiene que llamar por teléfono al *college* y preguntar si es verdad que estudié allí. ¡Entonces sí que va a quedar impresionada! ¡Ya te digo! Y seguro que el capullo de su marido me pregunta en qué regatas participé y qué opino del nuevo director, que seguramente debe ser una mujer, para más inri.

Eva lo miraba con expresión de desconcierto.

—No veo qué tienen que ver las regatas con todo esto. Todos hemos ido en barco

alguna vez. Hasta yo he ido en barco… Fue en Norfolk Broads, y ahora que lo pienso, lo pasé muy bien.

—Tienen que ver con el remo, querida. Los alumnos de Porterhouse son muy buenos remeros. Ese *college* ha ganado muchas veces la Head of the River, y es famoso por estar lleno de *hearties*. Por cierto, ¿sabes qué diferencia hay entre un *hearty* y un *arty*?

—No —contestó Eva—, no lo sé. Pero si estás hablando de homosexuales, no me interesa el tema.

—Nada más lejos de mi intención —replicó Wilt—. Lo que intento hacerte entender es que cuando yo estudiaba en Fitzherbert, un *hearty* era un universitario de licenciatura, un alumno, para que me entiendas, al que se le daban bien los deportes. Un *arty*, por el contrario, era un patoso. Y si hubiera que ponerme a mí en alguna de las dos categorías, sería en la de *arty*. ¿Queda claro?

—Clarísimo, como siempre —dijo su mujer—. Jamás habría dicho que se te diera bien nada.

—De acuerdo —dijo Wilt—. Por otra parte, ese tal Gadsley debe haber sido remero o jugador de rugby, y como le has dicho a su mujer que yo estudié en Porterhouse, el muy condenado seguro que me hablará de deportes. Bueno, eso suponiendo que se moleste en fijarse mínimamente en mí, claro. Tendré que ingeniármelas para apartarme de su camino.

—Estarás tan ocupado dándole clases a su hijastro que ni siquiera verás a Sir George. Además, seguro que él está muy ocupado haciendo de terrateniente: jugando al golf, cazando, pescando… En fin, haciendo todas esas cosas con las que se entretienen los terratenientes.

—Tienes razón, pero si puedo evitarlo, tampoco me voy a pasar todas las horas del día, todos los días de la semana, dando clases al chico.

—Por supuesto que no. Serán unas maravillosas y tranquilas vacaciones para todos nosotros —dijo Eva, y subió a seguir haciendo las maletas, contenta de ver que Henry entendía perfectamente la importancia de la entrevista con Lady Clarissa.

—¿Tranquilas? —masculló Wilt—. Lo dudo mucho. —Y mientras pensaba que con toda probabilidad las cuatrillizas crearían el caos allá donde fueran, siguió leyendo sobre la Primera Guerra Mundial, pues, por lo visto, el tribunal encargado de examinar a Edward había basado su programa en la historia moderna de Europa.

* * *

Entretanto, en el colegio Saint Barnaby’s, en Sussex, la directora estaba reunida con dos maestras del centro, la señorita Sanger y la señorita Young, sobre las cuatrillizas.

—Ya no sé qué hacer con ellas —iba diciendo la señorita Young—. Prácticamente

todos los días arman un lío en su residencia. Anoche, por ejemplo, sonó la alarma de incendios a las dos de la madrugada y tuvimos que evacuar los dormitorios. ¿Quién creen que fue la responsable? Una de esas horribles hermanas Wilt, por supuesto.

—¿Está absolutamente segura? —preguntó la directora.

—No puedo demostrarlo, pero sí, estoy segura. En primer lugar porque no había fuego, y en segundo lugar porque Sandra Clalley me dijo que una de ellas, Emmeline, creo, había salido del dormitorio poco antes de que sonara la alarma, con el pretexto de ir al lavabo. Cuando la chica volvió a meterse en la cama, habían roto el cristal de la alarma.

—Pudo haberlo roto otra persona, antes.

—Hmm, le daría la razón de no ser porque la chica llevaba guantes, guantes de piel. Eso fue lo que me contó Sandra.

—¿Ha hablado de ello con Emmeline? ¿Qué dice ella?

—Me miró con cara de perplejidad y tuvo la desfachatez de decir que no sabía nada de guantes de piel ni de alarmas de incendio. No sé, quizá fuera otra de las hermanas… Sigo sin poder distinguirlas. En fin, Emmeline acusó a Sandra Clalley de mentir y de tratar de buscarle problemas porque estaba celosa de ella y de sus hermanas.

—Es que podría ser verdad. Recuerden que no es la primera vez que Sandra inventa historias absurdas sobre otras alumnas —intervino la señorita Sanger—. Mi opinión es que no es una chica en quien se pueda confiar. Anna Mayle estuvo a punto de ser expulsada porque Sandra la acusó de haberle robado todas sus bragas de la lavandería mientras ella estaba en la enfermería con mononucleosis infecciosa. Y resultó ser una mentira como una catedral. Al final las encontramos detrás de una de las lavadoras.

La directora asintió con la cabeza.

—La señora Bluwell admitió haber dejado un montón de ropa interior húmeda encima de la lavadora, así que las bragas de Sandra habrían podido caerse detrás. No se encontró ninguna prueba de que Anna hubiera tenido nada que ver. Además, su padre es obispo, y la chica siempre se ha portado muy bien. No creo que podamos pedir al señor y la señora Wilt que se lleven a sus hijas del colegio sólo porque Sandra Clalley las haya acusado de hacer sonar la alarma de incendios en plena noche.

—¡Es que lo de la alarma de incendios no es lo más grave! —exclamó la señorita Young, y procedió a describir el catálogo de las fechorías, por decirlo con palabras suaves, cometidas por las hermanas Wilt, y la señorita Sanger la respaldó en casi todos los casos. Para cuando terminó la reunión, la directora no tuvo más remedio que admitir que era muy difícil saber cuál era la mejor forma de tratar a las cuatro chicas. Al final accedió a escribir al señor y la señora Wilt y decirles que iba a tener

que plantearse pedirles que se llevaran a sus hijas del colegio el año siguiente si no mejoraba su comportamiento.

—Seguramente será una pérdida de tiempo —suspiró la señorita Young cuando iba por el pasillo con la señorita Sanger—. ¿Alguna vez has visto a su madre? —La señorita Sanger negó con la cabeza—. Es una mujer tremendamente vulgar. Y cuando digo vulgar quiero decir vulgar. La verdad es que no entiendo cómo la directora admitió a esas chicas en el colegio.

—Seguramente porque su padre es jefe de no sé qué facultad universitaria —apuntó la señorita Sanger.

—A mí me parece que es porque en el colegio nunca había habido cuatrillizas. Y porque han disminuido bastante las matriculaciones. Supongo que tener a unas cuatrillizas en el colegio nos hace parecer interesantes. Esas pequeñas zorras son exclusivas, desde luego, pero en un sentido verdaderamente espantoso. Espero que hagan algo realmente atroz y que las expulsen. No las soporto más.

Se despidieron y la señorita Young se dirigió a su casa con una expresión muy desagradable en la cara.

* * *

Samantha, escondida entre los arbustos que había junto a la ventana del despacho de la directora, esperó hasta que oyó salir a la profesora de la habitación y fue corriendo a informar a sus tres hermanas.

—Esa foca piensa escribir a papá y mamá para advertirles que si el trimestre que viene no nos portamos bien, tendremos que irnos del colegio.

—La señorita Young dijo que el que Emmy hiciera saltar la alarma de incendios era la gota que colmaba el vaso. Nos considera una manada de salvajes.

—¡Me encanta! Son unas pijas. Sobre todo esa zorra de Young. Voto por hacerle algo a su coche —propuso Emmeline—. Así aprenderá.

—¿Como qué? ¿Meter una patata por el tubo de escape, como hicimos en casa con el de aquel viejo asqueroso, el señor Floren? Tuvo que hacer desmontar el motor de arriba abajo para descubrir qué había pasado.

Emmeline negó con la cabeza.

—No, algo mucho mejor. Algo que le destrozará el motor y que le impedirá conducir durante una larga temporada.

—Podríamos meter azúcar en el depósito de gasolina —propuso Penelope, pensativa—. Pero lleva su tiempo. El azúcar cubre los pistones y las válvulas poco a poco y al final el motor se casca.

—Espera, ya sé —intervino Josephine—. He oído decir al mecánico que arregla nuestro coche que el carburo de silicio puede joder un motor para siempre.

—¿Y de dónde vamos a sacar carburo de silicio? El azúcar es más fácil.

—¿Y si cierra con llave el tapón del depósito? —preguntó Samantha.

—La semana pasada, cuando nos llevó a Martha y a mí al dentista, no lo cerró —aportó Emmeline—. Tuvo que poner gasolina y se bajó del coche y desenroscó el tapón, pero las llaves seguían en el coche.

—¿Cómo? ¿Dejó el motor en marcha?

—Claro que no. No es idiota perdida. Apagó el motor y dejó las llaves en el contacto; eso significa que el tapón debe ser de esos que no se cierran con llave. No será difícil vaciar un paquete de azúcar en el depósito.

—Sí, claro. Y que el azúcar se quede pegado alrededor de la entrada del depósito para que ella lo vea. No seas tonta —dijo Samantha, descartando esa sugerencia.

—¡Anda ya! —replicó Emmeline—. ¿Habéis visto alguna vez a alguien escudriñando en el interior del depósito de gasolina de su coche? Incluso cuando repostan, sólo miran el surtidor para ver si funciona correctamente y cuánta gasolina están echando.

—De todas maneras, deberíamos comprobar si el azúcar se disuelve en alcohol —comentó Penelope—. Podríamos utilizar una colonia que tengo y comprar un paquete de azúcar en la tienda del pueblo.

—No hace falta. Tengo un poco de azúcar en mi taquilla. Lo robé en la clase de Cocina cuando la señora Drayton no miraba. Podemos usarlo —ofreció Emmeline.

Unas horas más tarde habían intentado disolver azúcar en agua de colonia, sin éxito, y luego en agua caliente, donde evidentemente sí se disolvió.

—¡Genial! Sólo tenemos que disolver un montón de azúcar en agua caliente y guardarlo en una botella. Así, la señorita Young no encontrará rastros aunque mire.

—Se marcha a Escocia a pasar las vacaciones de verano. Si esto funciona, tendrá que ir en tren, y le estará bien empleado. ¡Ya sé! ¡Ya sé! Tendríamos que hacerlo cuando esté a punto de finalizar el curso, y así es posible que el coche se le estropee por el camino, y, con suerte, a kilómetros y kilómetros de un taller.

Y, felices con su plan, las cuatrillizas salieron de detrás de la caseta del campo de hockey y se separaron.

7

En casa, Wilt estudiaba como loco los apuntes de Historia correspondientes al curso de bachillerato. Tenía intención de repasar algunos puntos con Braintree mientras se tomaban una cerveza en el Dog and Duck, tras haberse cortado el pelo siguiendo las instrucciones de Eva.

—No puedes parecer un futbolista de esos que salen en la televisión —había dicho su mujer, decidida a conservar el optimismo pese a la carta de advertencia que acababa de recibir de Saint Barnaby's—. Así que no permitas que te lo dejen demasiado largo. Y he llevado tu traje a la tintorería. Tienes que parecer verdaderamente elegante y ser muy educado.

—Estaré suficientemente elegante con mi mejor chaqueta de sport, que al menos me queda bien. Porque no puedo decir lo mismo de ese ridículo traje que me compraste. Además, mi chaqueta es la clase de prenda que llevan los profesores universitarios. Te aseguro que no se ponen trajes de rayas rosas.

—Está bien, si insistes puedes ponerte la chaqueta de sport. Yo sigo pensando que te sienta mejor el traje.

—Quizá a ti te lo parezca, pero sé perfectamente que con él no iba a impresionar a un adinerado terrateniente —dijo Wilt antes de volver a concentrarse en sus apuntes. Por suerte, el examen de Historia de acceso a la universidad era mucho más interesante de lo que él recordaba. Y, además, suficientemente violento para interesar incluso al adolescente más lerdo y, sin duda, más engreído.

—Tendrás que ir pronto a la peluquería y… —continuó Eva, pero Wilt la interrumpió:

—Al barbero —dijo—. Ya sé que es una palabra pasada de moda, y que se refiere a una época más elegante en que los hombres llevaban la barba bien cortada y también podías afeitarte, pero la palabra correcta es barbero, Eva.

—No me importa. Lo único que quiero es que no parezcas un hippy melenudo. Que te dejen la nuca y los lados bien cortos, por favor.

—Vale, ya me he enterado —dijo Wilt—. Puedes estar tranquila, no tengo ningunas ganas de que me pegues una bronca cuando llegue a casa.

—Verás, es que no he tenido un buen día —explicó su mujer, y, antes de entrar precipitadamente en la cocina, le puso en la mano la carta que había recibido de la directora del colegio.

Wilt leyó la carta de cabo a rabo y se reunió con Eva en la cocina.

—Ya me imaginaba que pasaría algo así —dijo alegremente—. Si mandas a nuestras queridas hijas a un colegio muy caro y exclusivo, no debería sorprenderte que acaben armando un lío y amenacen con expulsarlas. Lo que me extraña es que no las hayan expulsado hace ya mucho tiempo. Debiste enviarlas a un reformatorio: nos

habríamos ahorrado tiempo y nos habría salido mucho más barato.

—No van a expulsarlas. La señora Collinson sólo dice que su comportamiento debe mejorar o les pedirá que se marchen.

—Mientras hay vida, hay esperanza —dijo Wilt—. Y de que mejore su comportamiento no hay ninguna esperanza. Bueno, al menos en el futuro no tendré que costear sus macabras actividades dando clases particulares durante las vacaciones de verano.

Y antes de que Eva pudiera encontrar palabras para expresar su fastidio, Wilt ya se había retirado al salón y se había puesto a ver las noticias.

La tirantez contenida que formaba parte del matrimonio de los Wilt, y que ocasionalmente se convertía en guerra abierta, tuvo una erupción importante ese mismo día, cuando Wilt volvió de cortarse el pelo.

—¿A eso lo llamas cortarse el pelo? —dijo Eva—. Te lo han dejado demasiado largo.

—Mira, yo he pedido que me cortaran las puntas. ¿Qué querías, que me raparan la cabeza y volviera convertido en *skinhead*?

—Por supuesto que no. Pero vas a cortártelo como es debido. Ya puedes volver allí ahora mismo y asegurarte de que te lo hacen bien. Tienen que dejarte la nuca y los lados bien cortos. Y otra cosa: esa chaqueta de sport tiene los codos agujereados, así que quiero que te pongas el precioso traje que te compré.

—Si crees que un traje gris claro con rayas rosas va a impresionar a Sir Sabueso y a Lady Paparruchas…

—Sir George y Lady Clarissa Gadsley, por amor de Dios…

—Conque Sir George, ¿eh? Seguro que le hacen los trajes a medida en Savile Row.

—¿Qué tiene de especial ese Bujarrón o comoquiera que se llame?

—Savile Row, Eva, Savile Row. Es donde están las sastrerías más caras de Londres. Lady Paparruchas y Sir Gadsley no me alojarían en su casa si me presentara ataviado con un traje de rayas rosas de tela brillante. Bueno, de tela brillante de rayas rosas.

—¿Qué te pasa, Henry? ¿Estás borracho? —preguntó Eva con recelo—. Ya me ha parecido que tardaban mucho en cortarte el pelo. Ven aquí y échame el aliento.

—¿Que te eche el aliento? Madre mía, ¿es que nunca tienes suficiente? ¡Primero me buscas un trabajo de mierda enseñándole a un cretino de clase alta cosas que debería haber aprendido hace años, y luego decides lo largo que tengo que llevar el puto pelo! Pues mira, ya estoy harto. Llevaré el pelo como me dé la gana, ¿me oyes?

* * *

Dicho eso, Wilt salió de la casa y volvió en bicicleta a la peluquería de caballeros para darle al peluquero las instrucciones de Eva.

—Dice que me lo ha dejado demasiado largo y que tiene que cortármelo más de la nuca y de los lados.

—¿Quién, su mujer? —preguntó el barbero, comprensivo.

Wilt asintió con la cabeza.

—Qué raro que no le haya pedido que se lo corte al rape —añadió el barbero.

Wilt se estremeció.

—Dice que no puedo parecer un futbolista. Y todo este jaleo porque tengo que conocer a no sé qué Lady. ¡Ni que fuera a ver a la reina!

—Bueno, seguro que no lo confunden con Bob Geldof.

—Menos mal —replicó Wilt.

El barbero sonrió.

—Supongo que si sólo tuviera clientes como él, no seguiría en este negocio.

Cogió una maquinilla eléctrica y le vació un poco los lados a Wilt.

—¿Cree que con esto será suficiente, o a su mujer le parecerá poco?

—Seguro que le parece poco, pero a mí no —contestó Wilt, y se levantó de la silla. El barbero sacudió el pelo de la bata y se la quitó. Wilt se miró la cabeza con gravedad.

Y entonces entró Eva. Wilt volvió a sentarse en la silla, y el barbero volvió a atarle la bata y empezó a recortarle la nuca, guardándose de mirar a su cliente y a la fiera de su mujer.

Hasta que Wilt no ofreció un gran parecido con una oveja preparada para la primavera, su mujer no cedió y se declaró satisfecha. Wilt empujó su bicicleta hoscamente hasta la casa detrás de Eva, que no disimulaba su satisfacción, y fue a acostarse antes de que ella pudiera seguir cebándose con él.

A la mañana siguiente, Eva le llevó el desayuno a la cama, en un intento de desagraviarlo y de ponerlo de mejor humor antes de su entrevista con Lady Clarissa. Quizá su plan hubiera funcionado, de no ser porque también había escondido toda la ropa de Wilt excepto el trajecito de marras. Cuando bajó del dormitorio, Wilt estaba de un humor de perros.

—¡Esto ya está mucho mejor!

—Te estará bien empleado si me mira y echa a correr gritando, bruja del demonio —masculló Wilt—. A ver, ¿cuándo es la entrevista con la señora?

Eva tomó la decisión táctica de, por una vez, no reprenderlo por su lenguaje. Miró la hora en el reloj de pared y dijo:

—Podemos ir con tiempo y tomarnos una taza de té. Lady Clarissa no nos espera hasta las doce y media. —Eva insistió en ir en bicicleta en lugar de coger el coche, y primero pararon en una cafetería, cerca del Black Bear. Media hora más tarde, cuando

entraron en el vestíbulo del hotel, Wilt seguía sintiéndose un idiota de marca mayor con su extravagante traje.

—Lady Clarissa los espera en el salón —anunció el recepcionista.

Eva se volvió hacia su marido y le quitó una pelusa imaginaria de la solapa.

—Si te pregunta si quieres beber algo, tienes que pedir un jerez.

Pero Wilt ya no podía más.

—No me gusta el jerez. ¿Ella qué bebe?

—Una cosa que llama *dry martini*. No sé qué lleva.

—Pues yo pediré lo mismo. Un *dry martini* hará que me sienta más seguro. Y te aseguro que necesito algo que me haga sentirme seguro, vestido como un imbécil y prácticamente calvo.

—Está bien, tómate un martini, pero que sea sólo uno. Ella los toma muy fuertes, con mucha ginebra. Sólo nos faltaría que te emborracharas. ¿Y quieres hacer el favor de dejar de decir palabrotas?

Malhumorado, Wilt la siguió hasta el salón, donde le sorprendió comprobar que Lady Clarissa no era la acartonada mujer madura que él esperaba encontrar. De hecho, era muy guapa e iba muy bien vestida. Y mejor aún: Wilt habría jurado que estaba, como mínimo, un poco ebria; y no se equivocaba, sólo que ella aguantaba muy bien la bebida.

—¡Mi querida señora Wilt! —saludó a Eva—. Y éste debe ser Henry, su inteligente marido. Dios mío, qué traje más original lleva.

Sonrió de manera incitante a Wilt, que, para su propia sorpresa, se oyó decir que era un honor conocerla.

—La señora Wilt bebe jerez, ya lo sé —continuó Lady Clarissa—. ¿A usted puedo ofrecerle…? —Lady Clarissa dejó la pregunta abierta.

Wilt apenas vaciló:

—Creo que tomaré lo mismo que usted. Es un *dry martini*, ¿verdad? —dijo, casi susurrando, y señaló la copa que ella tenía en la mano.

Lady Clarissa llamó al camarero, que acudió a toda mecha. Era evidente que la señora era una bebedora respetada en el establecimiento.

—La señora Wilt tomará un jerez dulce, un oloroso… ¿Verdad que sí, querida? A Henry y a mí tráiganos un *dry martini*. Con poco Noilly Prat.

Eva no parecía muy contenta. No le hacía ninguna gracia que la llamaran señora Wilt mientras que a su marido lo llamaban Henry. También encontraba muy inquietante la expresión del rostro de Wilt. Parecía un gato que acabara de tragarse media docena de canarios.

—Bueno, Henry, respecto a mi hijo… Edward no es tonto, lo que pasa es que no le gusta estudiar —explicó Lady Clarissa—. Dice que la Historia está «anticuada». Yo le he explicado que es inevitable que así sea, puesto que se refiere al pasado, pero

él sigue sin aceptarlo. Y la actitud de mi marido no ayuda mucho. Verá, Edward no es hijo suyo, y George se empeña en llamarlo Eddie…

Entonces Eva la interrumpió:

—Cuando dice que no es hijo de Sir George… —empezó a decir, pero se interrumpió precipitadamente, lo cual Wilt lamentó profundamente. Por un momento había pensado que Eva iba a preguntar si el chico era hijo ilegítimo.

—Mi primer marido murió en un accidente de tráfico.

—Qué horror. Lo siento mucho.

—Pues yo no, la verdad —admitió Lady Clarissa—. Ya sé que debería, pero era un verdadero plomo. En fin, no los he hecho venir hasta aquí para hablar de él.

—Nos estaba diciendo que a Edward no le gusta la Historia —le recordó Wilt—. ¿Es la única asignatura que no se le da bien?

—Bueno, el año pasado suspendió Lengua. Seguramente porque también la encontraba anticuada. Pero yo no creo que ésa sea la verdadera razón. Para Edward, suspender los exámenes de bachillerato era una forma de fastidiar a mi marido. Verán, George considera que el pasado es mucho más importante que el presente. Además, es un hombre de edad, si bien no tan anciano como mi tío Harold. Eso sí: tienen el mismo mal genio.

Wilt reflexionó sobre todo aquello y lo encontró completamente ilógico. Lady Clarissa debía de estar más beoda de lo que él había creído al principio. Wilt consiguió que Eva lo mirara a los ojos, y ella se apresuró a intervenir en la conversación:

—¿Ya ha conseguido ingresar a su tío en la residencia para ancianos?

—Ah, sí, pero tras las peleas de siempre. Primero decía que era muy ruidosa, lo cual no es cierto; y luego, cuando se enteró de que en la cocina trabajaba una mujer negra, armó un escándalo sobre el sida en África. Tuve que explicarle que esa mujer había nacido en Manchester y que hablaba con acento de Moss Side. Ha sido todo muy difícil, y mi tío sigue diciendo que no piensa quedarse allí.

Mientras escuchaba todo eso, Wilt se preguntaba con qué clase de gente iba a tener que convivir en Sandystones Hall. Decidió que prefería revelar ya que no había estudiado en Porterhouse a esperar a que lo descubriera Sir George.

—Por cierto, creo que debo decirle de entrada que fui a Fitzherbert y no a Porterhouse. —Haciendo caso omiso de la mirada de odio de Eva, añadió—: Mucho antes de que yo llegara a Cambridge, Fitzherbert era conocido como el *college* de la gente de ciudad, pero supongo que eso era mucho antes, también, de que su marido fuera allí.

—Qué nombre tan raro…, el *college* de la gente de ciudad. Creo que Fitzherbert es mucho mejor. Más elegante, no sé si me entienden —observó Lady Clarissa.

—Estoy absolutamente de acuerdo —replicó Eva, con gran alivio. Y dicho eso,

empezaron a comer. Wilt se alegró muchísimo. Aquel *dry martini* era el más letal que se había bebido jamás. La copa era desproporcionadamente grande y la ginebra, la más fuerte que él había probado. No quería ni pensar qué le habría pasado si se hubiera tomado dos. «Embotamiento total» fue la expresión que primero se le ocurrió, después de estrujarse el cerebro más rato de lo habitual. Una cosa estaba clara: Lady Clarissa era una bebedora consumada.

—¿Y cuándo termina el curso en su universidad? —preguntó a Wilt después de pedir las bebidas y de reprender brevemente al camarero. Tras estudiar minuciosamente la carta de vinos, había escogido una botella de Château Latour; el camarero le había dicho que se les había terminado y le había recomendado un burdeos muchísimo más barato. Lady Clarissa lo había aceptado a regañadientes, pero, después de probarlo, tuvo que admitir que el camarero tenía razón.

—Dios mío, ¿quién iba a decirlo? Miren, creo que de hecho prefiero éste después de dos *dry martinis* de Tanqueray —dijo cuando el camarero les hubo llenado las copas y se hubo marchado. Wilt se concentró en la pregunta anterior de Lady Clarissa.

—Estoy libre a partir de finales de esta semana —contestó.

—Pero si las cua… —empezó Eva antes de que él pudiera intervenir.

—Nuestras hijas regresan de Saint Barnaby's dentro de doce días —contestó Wilt para impedir una diatriba de Eva sobre las cuatrillizas. A los Gadsley les esperaba una desagradable sorpresa por ese lado. Quizá no se alegraran tanto de que Wilt le diera clases particulares a su hijo cuando supieran que tendrían que soportar varias semanas a las cuatrillizas campando por su casa y haciendo de las suyas.

—¿Es imprescindible que las espere? Quiero que Edward entre directamente en Porterhouse cuando vuelva a examinarse este otoño.

Wilt no dijo lo que pensaba. Aunque el chico volviera a examinarse de Historia en otoño y aprobara, lo más probable era que no entrara en Cambridge hasta el curso siguiente. Al menos eso era lo que creía Wilt. Tratándose de Porterhouse, nunca se sabía. Ese *college* era uno de los más pobres y menos prestigiosos de Cambridge. Pero a menos que Wilt estuviera completamente desconectado, también era el que menos importancia daba a los convencionalismos. Llegó a la conclusión de que, tratándose de Porterhouse, cualquier cosa era posible.

—Por tanto, le agradecería mucho que empezara lo antes posible —dijo Lady Clarissa—. Si prefiere no instalarse directamente en la casita de invitados, podría alojarse en la mansión con nosotros. Así tendría ocasión de ver cómo se lleva con mi marido…

—Estoy seguro de que no tendré ningún problema si me instalo yo solo en la casita de invitados —dijo Wilt, y le echó un vistazo a Eva—. ¿No te parece, cariño?

—Desde luego. Al fin y al cabo, nosotras sólo tardaremos unos días en llegar —

añadió Eva con falso entusiasmo. Para ella, que Wilt la llamara «cariño» era una experiencia fuera de lo corriente, y en los últimos años casi siempre había anunciado complicaciones. Además, Eva estaba desconcertada por la docilidad de Wilt. Normalmente, si podía evitarlo nunca hacía lo que los demás querían que hiciera. Pero aún la alarmaba más la forma en que Lady Clarissa, que ya se había metido dos tercios de una botella de vino entre pecho y espalda, miraba a Wilt, embobada y con todo descaro. Eva empezaba a pensar que Wilt despertaba en la señora más interés del que a ella le parecía conveniente. Iba a tener que estar muy atenta. Mil quinientas libras por semana más comida y alojamiento era mucho dinero para un simple profesor particular. La expresión que le vino a la mente fue «juegos sucios», y fue la que empleó cuando volvían a casa en bicicleta, después de comer.

—Si has pensado que quizá puedas hacer juegos sucios con esa mujer, será mejor que te lo quites de la cabeza —le gritó a Wilt cuando llegaron a una señal de stop.

Wilt le sonrió.

—Este trabajo me lo has buscado tú —gritó a la vez que se ponían de nuevo en marcha—. Además, no sé a qué viene que digas eso ahora. Sólo intentaba encajar en tus planes. Y, de todas maneras, Lady Clarissa estaba borracha como una cuba.

—De acuerdo, pero no hacía falta que la piropearas tanto.

—Creía que eso era lo que querías, cariño —replicó Wilt, dándole a esa palabra una entonación muy diferente a la que había usado en el restaurante. Al menos, todas las advertencias de Eva respecto a la necesidad de que Wilt aparentara ser una persona respetable y no se emborrachara habían funcionado.

Pedalearon en silencio hasta Oakhurst Avenue, pero nada más llegar a la casa Eva volvió a sentirse ofendida.

—No paraba de llamarte Henry, mientras que a mí me llamaba señora Wilt. Me ha parecido completamente fuera de lugar. Podría haberme llamado simplemente Eva.

—Te ha llamado «querida señora Wilt» varias veces. Al fin y al cabo, a quien contrata es a mí, no a ti, y seguramente en su círculo siempre llaman a los empleados por su nombre de pila. No sé por qué te empeñas en darle tanta importancia a una tontería como ésa.

—Bueno, pues que siga siendo una tontería, ¿vale? —lo previno Eva antes de recordar otra circunstancia sospechosa—. Y cuando se ha ofrecido a llevarte en su coche, has dado un salto de alegría. Eso tampoco me ha hecho ninguna gracia.

—Eso lo he dicho porque tú necesitarás el coche para ir a buscar a las cuatrillizas. Además, no he dado ningún salto de alegría, ni he piropeado a esa mujer. Me he limitado a hacer lo que tú me habías pedido: ser muy educado con ella. Me he puesto el traje, me he cortado el pelo bien corto… ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que la insultara?

Eva tuvo que admitir que Wilt tenía razón. Sin embargo, no le había gustado nada el interés con que Lady Clarissa había mirado a Henry. De acuerdo, era evidente que había bebido bastante antes de que ellos llegaran, pero ¿cómo podía estar segura de que no volvería a beber así mientras Henry estuviera viviendo bajo el mismo techo que ella? De hecho, lo más probable era que volviera a hacerlo.

Eva subió a hacer la cama —Henry, que todavía dormía en otra habitación, podía hacerse la suya— preguntándose qué podía hacer respecto a aquella amenaza en potencia. Para ella, lo más importante en la vida eran las cuatrillizas; tenía que garantizarles la educación que merecían. Y, además, Henry era tan asexuado que Lady Clarissa podía hacerle todas las caídas de ojos que quisiera, porque las probabilidades de que él reaccionara a ellas eran prácticamente nulas. De todas maneras, era obvio que Eva tenía que llegar a la mansión en cuanto las cuatrillizas terminaran el curso, y una vez instalada allí, no le quitaría los ojos de encima a su marido para asegurarse de que se comportaba.

8

El tío Harold —o el Coronel, que era como se había empeñado en que se dirigieran a él— no lo estaba pasando nada bien en El Último Refugio. La segunda noche de su estancia allí, nada más quedarse dormido en su habitación de la planta baja, lo despertó un fuerte estruendo en el piso de arriba, un ruido que parecía el de alguien al caerse de la cama, seguido de los pasos apresurados de la supervisora. No consiguió entender de qué hablaban los enfermeros de la ambulancia mientras subían con lo que, a juzgar por el ruido que hacían, debían de ser botas con tachuelas, pero al poco rato los siguieron otros, entre ellos el médico que vivía al otro lado de la calle, y al que llamaron enseguida. Se quedaron todos mucho rato en la habitación, al parecer en constante movimiento, y cuando por fin salieron, le llegó la sonora voz del médico —cuya máxima virtud, por lo visto, no era la discreción— desde el rellano, diciendo: «Quizá en el hospital puedan hacer algo por ese pobre imbécil, aunque lo dudo mucho. ¿Qué demonios hacía levantándose de la cama de esa manera?».

—Seguramente quería mear y se le olvidó que llevaba puesta una sonda. El general de brigada es muy olvidadizo. Y muy testarudo.

—Lo era, por el aspecto que tiene —anunció el médico.

—Debe haberse golpeado la cabeza con el armario al caer.

Cinco minutos más tarde, el Coronel oyó la sirena de un coche de policía que llegaba, y más ruido de pasos por la escalera. ¿Por qué no utilizaban el ascensor? Pasaron cinco minutos más, y entonces lo utilizaron; o mejor dicho, lo intentaron.

—¡Coño, es demasiado alto! No conseguiremos meterlo aquí… Deberían haberlo dejado en la planta baja.

—¡Cómo! ¿Y que las visitas oyeran todas las palabrotas que decía? —replicó la supervisora—. Además, siempre ponemos a los vejestorios más difíciles en la planta baja, para no complicarle más la vida al personal que tiene que levantarlos, vestirlos y esas cosas.

Desde su habitación, el Coronel decidió expresar su opinión y sus sentimientos.

—¡Yo no soy ningún vejestorio difícil! —gritó, y oyó a alguien decir que ya entendía a qué se refería la supervisora.

Entonces la supervisora abrió la puerta y asomó la cabeza por la abertura.

—No se preocupe —susurró en la oscuridad—. Vuelva a dormir como un buen chico.

—No soy ni un vejestorio ni un chico —le gritó el Coronel—. Y son ustedes los que me han despertado, subiendo y bajando las escaleras con un ruido espantoso y sin pensar en los demás. No pienso permitirlo, como tampoco pienso permitir su maldita grosería, ¿me ha oído bien? Es más, a partir de ahora, cuando se dirija a mí me llamará «señor». Y ahora ¡váyase a tomar por culo!

—¡Ay, ay, ay! —replicó la supervisora—. Mire que ha quedado una sonda libre para los ancianos malhablados que no se portan bien. —Y cerró dando un fuerte portazo.

El Coronel maldijo rotundamente a todas las mujeres y luego se quedó tumbado pensando en su deprimente futuro. Todo parecía indicar que iba a ser un futuro desagradable y seguramente breve. Su pensamiento derivó hasta los tiempos en que todavía ejercía cierta autoridad, y le parecieron muy lejanos.

Antes de volverse a dormir había tramado los rudimentos de un plan para salir de aquel horrible lugar, a ser posible antes de que aquella bruja pudiera hacer nada relacionado con los catéteres. Recordó que había oído decir que la supervisora tenía un hijo que había sido oficial de un regimiento. De ser eso cierto, sin duda el hombre tendría más respeto por cualquiera relacionado con el ejército que por la bruja de su madre. No tenía sentido ponerse a merced de Clarissa: su sobrina había dejado muy claro, cuando había ido a instalarlo en El Último Refugio, que podía escoger entre eso y el Fin del Camino, cuyo nombre era aún más espantoso y donde, según Clarissa, hasta podías oler el Crematorio los días de mucho trabajo.

No, ya estaba harto de Clarissa. Estaba convencido de saber por qué lo visitaba con tanta regularidad, y no tenía nada que ver con el amor. O, mejor dicho, nada que ver con el amor que su sobrina pudiera sentir por él.

Si encontraba la manera de enviarle un mensaje al soldado ése, quizá lograra salir de allí.

9

A la mañana siguiente, Wilt despertó sorprendentemente pronto y siguió empollando la Primera Guerra Mundial mientras se tomaba el desayuno a base de muesli de todos los días, pues, según Eva, era bueno para su salud. Eva todavía estaba en la cama, lo cual, para él, era una delicia. Seguramente, Wilt no habría estado tan relajado si hubiera sabido que su mujer tenía oscuros pensamientos sobre él y Lady Clarissa. Al final, Eva bajó con su bata malva y amarilla y sintió un gran alivio al encontrar a Henry sentado a la mesa de la cocina, enfrascado en la lectura de su libro.

—¿Qué es eso que lees?

—Sólo es una explicación de las batallas decisivas de la Primera Guerra Mundial —contestó Wilt—. He pensado que sería mejor que las repasara antes de intentar exponérselas de forma mínimamente comprensible a ese…, ¿cómo se llama? Ya sabes, el cachorro de los Gadsley… Edward. La verdad es que esa perspectiva no acaba de entusiasmarme. Es una lectura espeluznante, pero supongo que eso la convierte en más interesante para el joven bruto.

Eva no lo sabía, y tampoco le importaba. Preparó té para ella y un poco más de café para Wilt.

—Espero que lo pasaras bien anoche —dijo, sarcástica, mientras ponía la taza encima de la mesa, justo donde Wilt no podía alcanzarla—. Supongo que saliste otra vez a beber.

De hecho, Wilt había tenido que buscar refugio en el pub después de una desagradable tarde que su mujer había dedicado a insistir en que tenía que comportarse correctamente en Sandystones Hall: no podía emborracharse, ni decir palabrotas, ni tener relaciones sexuales con Lady Clarissa. Ni dejar que Lady Clarissa tuviera relaciones sexuales con él. Desesperado, Wilt había ido a casa de los Braintree y había arrastrado a Peter hasta el Duck and Dragon; se habían sentado fuera con sus cervezas, y habían estado viendo pasar las barcas por el río.

—¿Cómo es esa Lady Clarissa? —le había preguntado Peter.

—Se bebe unos *dry martinis* enormes como si fueran agua. Debe ser alcohólica…, o al menos ésa fue la impresión que tuve en la comida. Además, me sorprendería mucho que no tuviera ningún amante, por las caídas de ojos que me hacía. Lo que sí está claro es que voy a mantenerme al margen de esa clase de cosas. Y no será para darle gusto a Eva. La verdad es que a ella sólo le preocupan las mil quinientas libras semanales que van a pagarme por darle clases particulares al tarado de su hijo.

Wilt sólo había estado fuera de casa el tiempo suficiente para asegurarse de que Eva habría subido a acostarse antes que él, y de hecho estaba mucho más sobrio cuando volvió a casa.

Eva se terminó el té, fue al piso de arriba y dejó que Wilt se concentrara en su libro. Pero, para sorpresa y disgusto de Wilt, Eva volvió a bajar al cabo de un momento, y esa vez ataviada con un salto de cama transparente a través del cual alcanzó a verle las bragas de color rojo intenso. Eso sólo podía significar una cosa, y por si no quedaba suficientemente claro, Eva la expresó con palabras.

—He estado pensándolo, Henry, y he llegado a la conclusión de que ya va siendo hora de que tengamos trato carnal —dijo utilizando una expresión que Wilt detestaba.

—Si te refieres a echar un polvo… —empezó él.

—Exactamente —lo interrumpió Eva—. Hace una eternidad que no lo hacemos, y supongo que en Sandystones Hall no se nos presentarán muchas oportunidades. Además, las niñas estarán allí con nosotros, y…

Wilt la interrumpió:

—Haces tanto ruido que seguro que saben qué estamos haciendo. Y la verdad es que no importa. Ellas saben mucho más que yo de sexo. ¿Nunca has oído a Emmeline hablar de sexo? No importa; anoche no dormí bien y estoy molido. No conseguiría que se me levantara aunque quisiera. Y no quiero.

—Ya, claro; y quién sabe qué habrás estado haciendo para estar tan molido, y si tendrá algo que ver con el hecho de que últimamente duermas en otra habitación y no en la mía. Mavis Mottram dice que si fueras un hombre con un apetito sexual normal, deberías satisfacer tus necesidades, aunque no satisficieras las mías. Aunque «normal» no es el término que yo aplicaría a ninguna de tus actividades. En fin, te alegrará saber que me ha dado algunas pastillas de Viagra para que puedas tener una erección. Ya sé que otras veces no nos ha funcionado, pero dice Mavis que la dosis no era…

—¿Qué dices? ¿Que tome Viagra? Sí, hombre, y que me quede ciego —dijo Wilt, casi deseando estarlo, porque aquellas condenadas bragas eran de un rojo inflamable.

—¿Qué demonios dices? ¿Quedarte ciego?

—Ah, ¿no lo sabías? Ha salido en los periódicos. En Estados Unidos, varios hombres se han quedado ciegos después de tomar Viagra.

—No me lo creo. Seguro que sólo se masturbaban, como haces tú.

—¡Pero por favor! Si te crees eso de que…

—Claro que me lo creo. Por supuesto.

Wilt miró al techo, desesperado.

—Entonces, ¿por qué no me he quedado ciego? O me masturbo y no me quedo ciego, o no me he quedado ciego porque no me masturbo. ¿En qué quedamos?

—Supongo que hay hombres que no se masturban —especuló Eva, completamente confundida y sin saber de qué estaba acusando a Wilt.

—¿Pero la mayoría sí? Entonces, la mayoría de los hombres ciegos que ves por la calle, ya sabes, esos que van con bastón y perro lazarillo, se matan a pajas, ¿no?

—¡Pues claro que no! ¿Y cuántas veces tengo que decirte que pares de usar ese lenguaje tan ordinario?

—¿Y también compruebas si tienen vello en la palma de las manos?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque ésa es otra de las historias antediluvianas que se tragaban las mujeres estúpidas como Mavis Mottram y tú. Puedes hacer la prueba con el hijo de los Gadsley. Cuando yo iba al colegio, les decíamos a los niños más pequeños que si te hacías pajas te salía vello en la palma de las manos, y ellos siempre se las miraban para comprobarlo.

—Debías ir a un colegio muy raro.

—Todos los colegios son raros. Tienen que serlo por fuerza, teniendo en cuenta la cantidad de tarados que salen de ellos.

Y antes de que a Eva se le ocurriera algo que replicar, Henry había salido de la cocina y había recorrido el pasillo hasta la puerta de entrada.

—Me voy a la escuela a descansar un poco. Ahora que lo pienso, mientras estoy fuera puedes practicar un poco de sexo contigo misma. Esas bragas llameantes lo están pidiendo a gritos.

Dejó a Eva tratando de digerir su último comentario. Diez minutos más tarde, estaba sentado al sol frente a la choza del viejo Coverdale, con una taza de té en las manos.

—¿Tú echas de menos el sexo? —preguntó a su amigo.

—Lo dejé hace muchos años —contestó el anciano—. Supongo que es un pasatiempo sobrevalorado. Además, tendrías que ver a mi señora. Es un auténtico antiafrodisíaco. Sólo un maníaco sexual querría hacer algo con ella, y luego se arrepentiría.

—No sigas —suplicó Wilt—. Mi mujer se pasea por la casa con unas bragas que le quitaría las ganas para siempre al violador más exaltado. Se pone esa prenda horrorosa cada vez que quiere «tener trato carnal», como ella dice.

—¿Y estás seguro de que cuando dice eso se refiere a que quiere follar?

—Segurísimo —respondió Wilt con amargura—. Pero hablemos de otra cosa. Por ejemplo, de cómo voy a conseguir que ese pequeño idiota apruebe el examen si cada vez que me siento a empollar, mi maldita esposa mete su cuchara.

—¡Por lo que dices, no es la cuchara de tu mujer lo que debería preocuparte! Lo que tienes que hacer es vigilar para que no te ponga Viagra en la comida, mira lo que te digo.

Wilt, abatido, asintió con la cabeza. Todavía tenía muy reciente en la memoria la debacle que se había organizado la última vez que Eva le había administrado un afrodisíaco. A ese paso, tendría suerte si conseguía llegar a la mansión.

10

Lady Clarissa llegó a Sandystones Hall de muy buen humor. Había pasado una noche de mucha actividad en Ipford con su amante, y después de haber conocido a Wilt, también esperaba impaciente su llegada a la mansión, prevista para el fin de semana siguiente.

Evidentemente Wilt era un hombre culto, y Lady Clarissa estaba convencida de que sería el profesor particular ideal para Edward, que regresaría del colegio el lunes siguiente.

Hasta Sir George estaba más simpático de lo habitual, pues se había enterado de que un vecino suyo al que siempre había detestado había sido condenado a tres meses por conducción temeraria, y a dos años de retirada de carnet por conducir bajo los efectos del alcohol.

—Así aprenderá a no entrar en mi propiedad —añadió Sir George incoherentemente—. Ya le he advertido mil veces que no se acerque, como sabes muy bien. Bueno, por fin has vuelto. ¿Cómo le va a tu tío en esa nueva residencia de ancianos? ¿Se divierte?

—Me temo que no. No ha parado de llamarme por teléfono al hotel para quejarse del ruido del tráfico y para contarme que el general de brigada del piso de arriba se había caído de la cama justo cuando él acababa de dormirse, y que no habían podido meterlo en el ascensor porque era demasiado alto. Y que cuando se había quejado del ruido que hacían, la supervisora le había dicho que se portara bien. Tampoco le gusta que el centro se llame El Último Refugio. Dice que es un nombre morboso. Ah, sí, y tampoco le gusta dormir en lo que llama «una mortaja de ensayo».

—¿Una mortaja de ensayo? ¿Qué demonios es eso?

—Una camisa de dormir larga. Como sólo tiene una pierna, creen que la camisa de dormir resulta más cómoda que un pijama. Por lo visto, también le han dicho que estaría mucho mejor con una sonda, pero el tío Harold se niega a que se la pongan. No entiendo por qué.

Sir George sí lo entendía, pero no pensaba discutir con su mujer. A él le habían puesto una sonda después de una operación, y no deseaba a nadie tener que someterse a ese procedimiento, ni siquiera al tío Harold, que era un cabronazo de mierda. Decidió desviar la conversación hacia un tema más agradable.

—Por cierto, he encontrado a una cocinera excelente —dijo—. Lleva aquí desde el viernes, y te aseguro que es algo fuera de lo común. Se llama Philomena Jones, pero no le importa que la llamen Philly. Es asombroso lo que puede llegar a hacer con un ganso.

Lady Clarissa intentó pensar qué se podía hacer con un ganso aparte de asarlo, y sólo se le ocurrió freírlo o hervirlo.

—Primero lo unta con grasa de cerdo y mantequilla. Eso lo llama «empringado». Luego lo rellena con paté de foie y morcilla y…, ah, sí, se me olvidaba: previamente le corta el cuello y la cabeza, y vuelve a pegárselos justo antes de servirlo. Es extremadamente artística. Anoche, de postre podía elegir entre *zabaglione* o compota de ciruelas, seguido de queso Limburger, que no puede compararse a ningún otro queso que haya probado.

—Ya me lo imagino. Yo lo comí una vez y me pareció absolutamente asqueroso. Sólo con olerlo se te pasaban las ganas de probarlo para el resto de tu vida —dijo Lady Clarissa con un estremecimiento.

—Supongo que es un gusto adquirido, pero te aseguro que jamás había comido y cenado tan bien como este fin de semana. Ganso, pato, perdiz, faisán… Cualquier cosa que se te ocurra, Philly sabe cocinarla. El relleno lo va cambiando, por supuesto. También he probado uno de caracoles fritos con ajo y…

—Espera un momento. ¿De dónde saca los caracoles? Supongo que vendrán en una lata, ¿no?

—No, qué va. Los coge del huerto. Philly cree que hay que aprovechar los productos de la tierra y todas esas cosas. Es cazadora-recolectora, Clarissa. Y créeme, lo hace muy bien. Ayer, de entrante, comimos pechuga de erizo rellena. Le había quitado muy bien las púas, por supuesto. Estaba absolutamente delicioso.

—Ya, un plato tremendamente sano —dijo Clarissa con sarcasmo—. Dicho de otro modo: en cuanto te dejo solo un par de días, ignoras por completo las estrictas instrucciones del cardiólogo, que consisten en evitar las grasas y comer sólo pollo y pescado siempre que sea posible. En lugar de eso, llego a casa y te encuentro entregándote a un régimen prácticamente letal a base de ganso relleno de paté de foie y morcilla, por no mencionar el resto de repugnantes ingredientes. ¿Y se puede saber dónde demonios encontraste a esa cocinera a la que podrían confundir con Myra Hindley?

Sir George sonrió.

—Pues mira, en el tribunal. La condenaron a un mes de trabajos para la comunidad por caza furtiva. Y para ahorrar dinero, la traje aquí a cumplir su condena, lo cual significa que nos sale baratísima. De hecho no nos cuesta nada, salvo lo que come. Porque le he ofrecido comida y alojamiento, claro. Así, como estupendamente y, de paso, ahorramos.

—Perfecto —dijo Clarissa—. Una pregunta más, y luego puedes irte al cuerno: esa tal Philomena Jones ¿es gitana?

Sir George vaciló un momento, y luego contestó:

—Pues mira, no se me había ocurrido pensarlo. Vive cerca de aquí, y su compañero sentimental está condenado a seis meses por no sé qué delito. Creo que por causarle lesiones a un guardabosques. De haber sabido que su mujer, o como

quieras llamarla, era tan buena cocinera, habría utilizado mis influencias para que el tribunal le impusiera a él una condena mucho más larga.

—¡Genial! ¡Absolutamente genial! No me extraña que esa mujer quiera matarte —dijo Clarissa mirando por la ventana mientras pensaba cómo podía resolver aquello. No quería volver a quedarse viuda. Al menos, de momento. Por otra parte, no tenía intención de compartir el concepto de alta cocina de su marido. Los caracoles y los erizos de jardín eran… Trató de pensar en una descripción adecuada, pero no la encontró. Decidió cambiar de táctica—. Corrígeme si me equivoco, pero ¿verdad que está gorda?

—Como una bola de sebo —contestó Sir George—. Aunque he de admitir que no sé muy bien lo que es eso.

—Dicho de otro modo: gorda como una ballena.

—Bueno, yo no diría tanto. Quizá tenga un poco de sobrepeso, pero no llega a estar obesa.

—Tú y yo tenemos diferentes conceptos de «obesidad». La verdad es que nunca he entendido esa predilección que tienes por las mujeres enormes; no entiendo cómo te casaste conmigo. —Miró fijamente a Sir George, desafiándolo a aclarar esa última parte de su afirmación, y él tuvo, al menos, el detalle de quedarse calladito—. En fin, será mejor que vaya a ver qué aspecto tiene esa virtuosa de la alta cocina.

—Si quieres, puedes llamarla. No le importa que la haga venir aquí.

—Ya, seguro; pero prefiero ir a ver con mis propios ojos qué productos autóctonos nos está preparando para la cena. ¿Ancas de sapo del foso seco, quizá? ¿Tostadas con testículos de liebre? Eres un caso perdido, George, te lo aseguro.

Y tras hacer ese alegre comentario, Clarissa desfiló por el largo pasillo hasta la cocina, donde se encontró cara a cara con una mujer que no tenía ni el más remoto parecido con una gitana, dados su rubio cabello y su pálido cutis. Tenía la nariz bastante respingona, y unas mejillas sonrosadas que sobresalían bajo los ojos, hundidos. De hecho, sobresalía toda ella de manera grotesca por todas partes.

—Usted debe ser Philomena —dijo Lady Clarissa—, Philomena Jones.

—Puede llamarme Philly. Todo el mundo me llama así.

—¿Y es ése su verdadero nombre? No es que tenga mayor importancia, pero…

—Sí, señora, excepto el apellido. El apellido me lo inventé para presentarme ante el tribunal.

—Muy bien, pues yo soy Lady Gadsley y en adelante se dirigirá a mí llamándome «milady».

—Sí, señora. A su marido lo llamo señor Gadsley.

—A mi marido puede llamarlo como quiera, aunque a partir de ahora prefiero que me lo consulte todo a mí. Veamos, ¿con qué planea envenenarnos esta noche?

—¿Envenenarlos, señora? ¿Hay algo que le apetezca especialmente?

—Le he dicho que no me llame «señora».

Philly sonrió.

—Sí, ya lo sé, pero si la llamo «milady» tendré que hacer una reverencia, ¿no? Y, entonces, seguramente me caeré y tendré problemas para levantarme. He de tener mucho cuidado cuando me levanto de la cama. Una vez me caí delante de una apisonadora y conseguí apartarme a rastras de su camino en el último momento.

—Qué lástima —dijo Clarissa con ambigüedad—. Bueno, no he venido aquí a hablar de las desgracias que asuelan el mundo. He venido a hablar de la pirámide alimentaria.

—¿Pirámide? ¡Huy, yo no entiendo mucho de comida egipcia! Pero sé que al señor Gadsley le gustan los chicharrones por la noche, no sé si me entiende…

Lady Clarissa se estremeció.

—¿Se refiere al cerdo frito o al cerdo sin freír?

Pero la cocinera no captó la insinuación que encerraba esa pregunta.

—Bueno, no importa —dijo Clarissa mientras Philly trataba de contestar algo—. Sólo quiero que quede muy claro que no comparto la afición de mi marido por los caracoles, los erizos ni el relleno de morcilla y paté de foie, por no mencionar todas las otras formas de vida salvaje que por lo visto le ha dado a probar. Según me ha contado Sir George, no me extrañaría nada que nos sirviera fricandó de babosas o algo parecido. Es sencillamente absurdo.

—Ah, no, señora. No sé de nadie que haya pedido babosas para desayunar. Ni para cenar, ahora que lo pienso.

—Pues me alegro —dijo Clarissa—. Bueno, ¿qué nos ha preparado para cenar esta noche?

—Como el señor Gadsley siempre me pide platos sabrosos, he pensado que de entrante podríamos servir setas del bosque…

—¿Setas del bosque? —gritó Lady Clarissa—. Querrá decir champiñones, ¿no? Las setas del bosque suelen ser venenosas.

—Quizá algunas lo sean. Hay que saber escogerlas —aclaró Philomena—. Mi viejo dice que las que son blancas por arriba y más o menos blancas también por debajo se pueden comer. Las que tienen el sombrero verde son las venenosas.

—¡Ya puede eliminarlas todas del menú! No quiero matar a mi marido, al menos todavía. ¿Y de segundo plato?

—Lechón asado, con la piel curruscante y tostada. Como ya le he dicho, a su marido le gusta la carne crujiente…

—¡De eso, nada! Esta noche cenaremos algo ligero. Espárragos de lata, por ejemplo; y después, sardinas con ensalada de lechuga y judías de lata. Y de postre, queso Cheddar —ordenó Clarissa, y salió a grandes zancadas de la cocina y fue a buscar a Sir George—. Me parece muy bien que quieras morir prematuramente de

intoxicación por alimentos, pero yo no —le espetó—. Y esa criatura horrible que hay en la cocina sabe de alimentación saludable como yo de la estructura del átomo. Le acabo de ordenar que esta noche nos sirva ensalada para cenar.

—¡Oh, no! Con lo impaciente que estaba por comerme uno de sus deliciosos entrantes seguido de un lechón.

—Dudo que siguieras vivo para cuando llegara el lechón. Esa chiflada pensaba darte setas de entrante. Sí, sí, como lo oyes, querido: setas. Setas variadas. Ésas que son blancas por debajo, como la amanita faloide. Sí, sí, ya me imaginaba que eso te haría incorporar y hacerme caso.

—No, no, si no me incorporo —dijo Sir George—. Y estoy convencido de que Philly sabe muy bien lo que hace. Al fin y al cabo, es una hija de la Naturaleza. Ha vivido de lo que da la tierra desde que nació.

—Ya, y supongo que la Naturaleza también le dio de mamar.

—Ya sabes a qué me refiero. Los gitanos tienen un don para la supervivencia. Bueno, eso suponiendo que sea gitana de verdad.

—Sea lo que sea esa criatura, será mejor que te mentalices de que me voy a encargar de que sobrevivamos a sus mortíferas artes culinarias. No voy a permitir que tengas una muerte dolorosa ni que, peor aún, sufras un ataque de apoplejía y te quedes paralítico. O sea, que tengas un derrame cerebral.

—Sé perfectamente qué es un ataque de apoplejía, muchas gracias.

Lady Clarissa, perversamente complacida por la rabia del tono de voz de su marido, decidió insistir un poco más:

—Tenía un amigo que sufrió una apoplejía y que, de la noche a la mañana, se convirtió en un vegetal. Lo recuerdo muy bien. Estaba explicando que todo ese cuento, como él lo llamaba, de que la grasa obstruía las arterias era mentira. Recuerdo que se estaba fumando un puro, y que acababa de zamparse dos raciones de cerdo asado para cenar. Estaba de pie delante de la chimenea, soltando una larga perorata, cuando de pronto cayó redondo y nunca volvió a hablar. Ni siquiera volvió a mover las manos. Hacía unos ruiditos lastimosos que su mujer trataba de interpretar sin éxito. La pobre pasó tres años sentada junto a su cama, pese a que el especialista al que consultó le dijo que su marido nunca recuperaría el habla ni la movilidad. Pero ella, por lealtad, permaneció a su lado. No permitió que se llevaran a su marido a una residencia hasta que conoció a un pez gordo del Foreign Office y se enamoró de él. Y puedo decirte quién era: se llamaba…

—¡No quiero saberlo! —gritó Sir George.

—Está bien, si no te interesa, no te lo digo. El caso es que el pobre hombre vivió siete años más, reducido a muerto viviente, hasta que la palmó. Asistí a su cremación, y recuerdo que pensé que más valía que estuviera muerto de verdad cuando el ataúd empezó a deslizarse a través de la cortina hacia el horno. Porque, claro, podía no estar

muerto, ¿no? Ah, y otra cosa…

Pero Sir George ya había oído suficiente.

—Por el amor de Dios, ¿quieres hacer el favor de callarte? —gritó, y tiró el puro que tenía en la mano, un Montecristo n.° 2, a la chimenea vacía.

Pero Lady Clarissa todavía no había asestado el golpe de gracia.

—Se llamaba Henry Hogg[1]. Un nombre muy apropiado, considerando lo mucho que le gustaba el cerdo asado. Supongo que habrá quien lo llame «un final adecuado».

—No me creo nada. Seguro que te has inventado toda esta repugnante historia —dijo su marido con voz lastimera.

—No hace falta que te lo creas. Puedes buscar su nombre en el *Quién es quién*: murió en 1986. De hecho, ahora que lo pienso, será mejor que lo busques en el *Quién era quién*.

Sir George casi sonrió.

—El *Quién era quién* no existe, imbécil.

—Muy bien, pues coge el último *Quién es quién* y mira con quién se casó Leonard Nocking. Si quieres te lo digo yo, para ahorrarte la molestia: se casó con la viuda de Henry Hogg un año después de la muerte de éste. A Nocking le concedieron el título de Sir poco después por su contribución a la medicina. Era un hombre estupendo, y que yo sepa, todavía lo es.

Esa misma noche, tras una cena ligera a base de espárragos y ensalada de sardinas, Sir George entró a hurtadillas en su estudio y cogió el *Quién es quién*. Buscó la entrada de Nocking y comprobó que la bruja de su mujer le había dicho la verdad.

En la cocina, Philomena acariciaba con ternura al lechón sin cocinar. Si hubiera estado vivo, quizá le habría ofrecido un pezón. Sentía lástima por él, pues incluso después de muerto tenía que soportar el rechazo de los humanos.

11

Si el coche de la señorita Young hubiera tenido sentimientos, habría sentido algo parecido. El plan de las cuatrillizas para complicar el viaje a Inverness había dado resultado. Y, por si acaso, además del medio kilo de azúcar disuelto en agua caliente y añadido al depósito de gasolina habían metido una patata en el tubo de escape con ayuda del mango de una escoba.

Dado que previamente habían recubierto la patata de Superglue, resultó imposible retirarla sin desmontar el tubo de escape. Y, de hecho, fue la patata lo que causó el primer problema. Habían tenido que llevar el vehículo, un Honda flamante del que su propietaria estaba particularmente orgullosa, al taller del pueblo para que lo repararan. A la señorita Young, que había pedido permiso para marcharse del colegio seis días antes del fin de curso para poder asistir a la boda de su prima, no le hizo ninguna gracia, por no decir algo peor, y tenía sus sospechas acerca de quiénes eran las que habían retrasado el inicio de su viaje. Dos días más tarde, le habían devuelto el coche con un tubo de escape nuevo, y la señorita Young había continuado su camino, pero entonces entró en acción el agua azucarada.

Acababa de llegar al túnel de Dartford cuando el coche se paró. Por desgracia, era hora punta y había un tráfico infernal, así que un coche averiado en el interior del túnel era lo que les faltaba a los otros conductores, cuyos vehículos formaban una cola de varios kilómetros.

Sonaban las bocinas, los conductores maldecían —los que la señorita Young tenía más cerca decían unas cosas que ella jamás había oído y que, desde luego, no tenía ningún interés en volver a oír— y la grúa tardó más de una hora en llegar hasta ella. E, incluso entonces, la maniobra resultó muy difícil porque el Honda se había parado tan cerca del camión que tenía delante que se le había enganchado la matrícula en el parachoques, y tampoco podían mover fácilmente el coche de detrás. El conductor de este último vehículo, desesperado por huir, trató de pasar al otro carril, pero lo golpeó, causándole daños considerables, un camión francés inmenso que, de entrada, no debería haber circulado por ese carril. En total tardaron dos horas en desenganchar el Honda y sacarlo del túnel, y después de ese tiempo, la señorita Young no era la persona cuerda que horas antes se había marchado del colegio Saint Barnaby’s. De hecho, la palabra «enloquecida» la habría descrito a la perfección, y mientras la grúa se llevaba el coche, a ella la llevaron con un ataque de histeria al hospital más cercano, donde la sedaron generosamente.

—¡Mocosas de mierda! ¡Yo las mato! —gritó cuando le informaron de que como mínimo tardarían una semana en dejar el Honda en condiciones de volver a circular, y antes de que hiciera efecto la dosis masiva de tranquilizantes—. Dentro de diez días tengo que asistir a la boda de mi prima Sarah.

Los enfermeros lo pusieron en duda. También lo dudó el médico ghanés al que habían llamado para que se encargara de un asunto tan complicado. Pero para entonces la señorita Young se había quedado dormida.

A última hora de la tarde del día siguiente, nada más despertar, insistió en que quería abandonar el hospital.

—¡Tomaré un tren! —gritó, levantándose como pudo de la cama, y cuando intentaron detenerla e impedírselo, empleó un lenguaje extraordinariamente soez que ella jamás había utilizado pero que había aprendido de los conductores que habían quedado atrapados en el túnel.

—Pero si todavía está conmocionada, querida —le dijo la hermana—. No se encuentra en condiciones de ir a ningún sitio. Lo que necesita es descansar.

—Y usted necesita que la despidan —le gritó la señorita Young mientras se dirigía, tambaleándose, hacia la puerta. La hermana suspiró. Si aquella imbécil se empeñaba en marcharse, no iba a ser ella quien se lo impidiera. La vida ya era bastante difícil, y lo único que le faltaba era que una joven histérica y evidentemente culta le dijera que merecía que la despidieran.

—Me insultó empleando un lenguaje horrible —explicó más tarde al médico ghanés, que la comprendió y le dio toda la razón. Estaba acostumbrado a que los pacientes con prejuicios raciales lo insultaran—. Bueno, si se equivoca de estación le estará bien empleado —dijo la hermana con satisfacción—. En su estado, no me extrañaría nada que se equivocara.

Y eso fue precisamente lo que pasó: que la señorita Young se equivocó de estación. Dos horas más tarde, iba camino de Cardiff, y como todavía sufría los efectos secundarios de los sedantes, volvió a quedarse dormida. La hermana del hospital tenía razón: se había equivocado de estación y había hecho caso omiso de las reiteradas explicaciones del empleado de la taquilla cuando le aseguró que no tenía billetes para Inverness.

—Bueno, pues entonces deme uno que me permita llegar hasta allí en taxi.

—Escuche, señora, esto es una estación de ferrocarril, y no una oficina de taxis.

—Por supuesto. Ya lo sé. ¡Deme un billete, inútil! Tengo mucha prisa —le espetó.

Convencido de que se enfrentaba a una lunática —y muy grosera, por cierto—, al final el empleado le vendió un billete para un pueblecito galés de nombre impronunciable, con la esperanza de que hubiera allí un buen hospital psiquiátrico o, al menos, una unidad de rehabilitación, y donde los galeses no cometerían el error de dirigirle la palabra a una inglesa chiflada.

Tras dormir durante casi todo el trayecto, la señorita Young despertó sobresaltada al detenerse el tren en Cardiff. A esas alturas ya estaba lo bastante recuperada de los sedantes para entender la resistencia del empleado a venderle un billete para Inverness, y la extraña expresión de su rostro cuando le había dicho que tomaría un

taxi allí.

Decidida todavía a asistir a la boda, intentó alquilar un coche, pero resultó que, en algún momento del viaje desde que saliera del maldito colegio, había perdido su carnet de conducir. Echar pestes contra el desdichado empleado de Avis que se negó a alquilarle un coche si no le presentaba el carnet resultó reconfortante, pero no sirvió de nada. De hecho, la señorita Young no desistió hasta que el empleado la amenazó con llamar a la policía, y optó por ir al centro del pueblo a pie. Afortunadamente, conservaba su tarjeta de crédito y pudo alojarse en un hotel. Aparte de estar muerta de hambre, estaba deseando matar a las endiabladas hermanas Wilt, pues no tenía ninguna duda de que ellas eran las responsables de las horrorosas experiencias que había sufrido aquellos dos últimos días.

Al final, la señorita Young tuvo que aceptar la derrota y envió un mensaje urgente a su prima explicándole que lamentaba muchísimo perderse la boda, pero se le había estropeado el coche y estaba atrapada en Cardiff, gracias a la ineptitud de un taxista. Luego fue a su habitación y encargó unos bocadillos al servicio de habitaciones. Cuando le llevaron los bocadillos había vuelto a quedarse dormida.

12

En el colegio Saint Barnaby's, las cuatrillizas planeaban un acto final de venganza contra la señora Collinson, la directora, quien les había ordenado mantenerse alejadas de las otras alumnas hasta el inicio de las vacaciones de verano.

—¡Foca estúpida! —dijo Penelope—. Cualquiera diría que tenemos una enfermedad contagiosa. Propongo que pongamos algo horrible en su estudio cuando no nos vea.

—¿Como qué? —preguntó Samantha.

—¿Qué os parece una serpiente? Si consiguiéramos atrapar una culebra y la pintáramos de negro, a esa bruja le daría un ataque.

—¿Y de dónde vamos a sacar una culebra? Además, las serpientes me dan repelús —replicó Josephine.

—Está bien, nada de serpientes. Seguro que se nos ocurre algo que odie y que no pueda relacionar con nosotras.

—¿Y si entramos en su despacho, buscamos un montón de páginas porno en internet con su ordenador y luego la denunciamos a la policía?

—¿Y de dónde vamos a sacar su contraseña, imbécil? La última vez pudimos hacerlo porque tú adivinaste que la contraseña de mamá era «Decepcionada». Además, nos descubrió antes de que tuviéramos ocasión de enseñárselo a papá, por no hablar de llamar a Emergencias.

—Pues… ¿y si repetimos lo del azúcar en el depósito de gasolina?

—Bah, qué aburrido. Además, podrían descubrirnos —replicó Penelope—. Eso funcionó con la señorita Young, pero si no quieres que te descubran, no puedes repetir dos veces el mismo truco. Tiene que ser algo diferente y sutil, como por ejemplo…

—¿Como qué? Va, dilo.

—No se me ocurre nada. Pero hemos de pensar algo antes de que acabe el curso, si de verdad queremos librarnos de ella.

Sentadas detrás de la caseta del campo de hockey, aplicaron sus diabólicas mentes a resolver el problema, pero ninguna de las ideas que discutieron les pareció adecuada. Las cuatro estaban de acuerdo en que tenía que ser algo horrible y desagradable, algo absolutamente inconcebible —aunque público— que pusiera a la directora en una situación insostenible. Entonces tendría que marcharse ella en lugar de las cuatrillizas.

Emmeline seguía siendo partidaria de arruinar la reputación de la señora Collinson acusándola de tener algún tipo de perversión sexual.

—El otro día estuve leyendo un artículo sobre un tipo llamado Driberg. Le gustaban los calcetines de vagabundo, cuanto más sucios, mejor. Lo ponían

cachondo. Creo que los chupaba.

—¡Ay, cállate! —dijo Penelope—. Me dan ganas de vomitar.

—No me creo que seas tan inocente. Seguro que tienes unas fantasías de lo más guarro.

—¡Aquí la única pervertida eres tú, engendro!

—¡Puta!

—¡Foca!

—¡Zorra!

Tras un intercambio de insultos empleando un lenguaje cada vez más grosero, y del que hasta los conductores del túnel de Dartford habrían podido aprender un par de palabras, las cuatro hermanas acabaron en el suelo, revolcándose y tirándose unas a otras del pelo.

Desgraciadamente para ellas, el encargado de mantenimiento del colegio avisó a una monitora que las castigó sin salir de su dormitorio durante el resto de la semana.

* * *

En Sandystones Hall, Sir George tampoco estaba ya tan contento. Lady Clarissa le había impuesto una espantosa serie de comidas saludables y había sido tan maleducada con Philomena Jones que la nueva cocinera se había negado a seguir trabajando para él.

—No me importa que me envíe a la cárcel —había anunciado una noche mientras él masticaba su ensalada de lechuga romana, lentejas y zanahoria cruda, tres ingredientes que detestaba—. Los carceleros te tratan mejor que ella. —Y Philly había salido indignada del comedor antes de que Clarissa pudiera decir: «¡Adiós y hasta nunca!».

Sir George se quedó mirando a su mujer con malevolencia, y se disponía a recordarle que él era el dueño de la mansión y que, por lo tanto, estaba en su perfecto derecho de emplear a quien le diera la gana, cuando Clarissa anunció que cada vez estaba más preocupada por su tío y que pensaba ir a Ipford al día siguiente para ver cómo le iba. Añadió que, de paso, se encargaría de ver si allí podía contratar a una cocinera como Dios manda para sustituir a aquella horripilante criatura que, de haberse quedado, sin duda alguna los habría envenenado.

Al oír eso, Sir George ejerció por fin sus derechos de señor de Sandystones Hall y explotó.

—¡Al cuerno con tu maldito tío! —gritó, y tan fuerte que Philly debió de oírlo desde la cocina—. ¿Acabas de echar a la cocinera más interesante que he tenido jamás, y ahora pretendes largarte a hacerles la pelota a tus parientes y dejar que me muera de hambre? ¡Y un cuerno! Philomena se queda, te guste o no. ¡Ya puedes

meterte eso en tu mente libidinosa! O eso, o le digo a Philly que te ponga a ti de patitas en la calle. Tiene mucha más fuerza que tú.

Lady Clarissa se quedó callada unos segundos, y entonces replicó:

—Quizá esa zorra gitana tenga unas proporciones considerables, pero si le ordenas que me haga algo, le contaré a todo el mundo tus fantasías sexuales con gordas, y todos te conocerán como el amante de las bolas de grasa. No creo que llegaras a olvidar eso jamás. Me encargaré personalmente de que todos los periódicos del país envíen a sus reporteros a sitiar esta casa y a ventilar tus repugnantes deslices. Casi puedo ver los titulares de *News of the World* y del *Sun*. «Los caballeros las prefieren adiposas», «Las orgías de George el Tragón», o algo por el estilo. Y puedes estar seguro de que haré que nuestra anterior cocinera, que era excelente, testifique que la acosaste y que luego la despediste porque no estaba lo bastante gorda para satisfacer tus asquerosos gustos. Seguro que eso hará que el tribunal de divorcios se interese y preste atención. Sí, claro: también pediré el divorcio. Tengo motivos de sobras, y créeme: si sigues con esta intolerable actitud, lo pediré.

Enfrentado a ese contraataque, Sir George lamentó no vivir en una época anterior, cuando las mujeres sabían cuál era su sitio y, si contestaban demasiado a menudo, las ataban a un taburete y les daban un chapuzón en el estanque. A él, en ese momento, le habría encantado sumergir a Clarissa en el foso y sujetarle la cabeza bajo el agua un buen rato. O mejor aún, ponerle una mordaza de metal para impedirle hablar. Tras lanzarle una última mirada asesina, se encerró en su estudio con una botella de brandy para consolarse. La única solución que se le ocurría era buscarle una casita a Philly dentro de la finca e ir allí a cenar como es debido todas las noches, en lugar de tragarse alguna detestable mezcla de verduras crudas con su mujer. Siempre podía decir que había ido al club de golf a tomarse una copa.

13

La señora Collinson tampoco estaba pasando la mejor noche de su vida. Había ido a la consulta de su dentista, en Londres, para que le pusieran una dentadura nueva. La vieja había empezado a caérsele cuando sonreía, lo cual no sucedía a menudo, pero había pasado varias veces mientras daba clase de Latín a las alumnas de sexto. Desde entonces, había oído a algunas de las alumnas mayores refiriéndose a ella como «Annie la Desdentada». Entró muy segura de sí misma en el jardín del colegio, con los nuevos dientes postizos en su sitio, y aparcó el coche. Sin embargo, hacia el final de la velada, esa seguridad se había evaporado por completo. Las cuatrillizas habían vuelto a las andadas.

Esa tarde, habían bajado al río y habían visto a un joven que se bañaba desnudo. O, para ser exactos, habían encontrado su ropa en la orilla y, sin pensárselo dos veces, se habían apropiado de ella.

De pronto, Samantha tuvo una idea genial.

—Ésta es la noche libre del señor Collinson. Regresa de Horsham, cena en el pub del pueblo y se queda allí a beber —dijo mientras examinaban los pantalones abandonados y les vaciaban los bolsillos—. Y cuando llega a su casa, normalmente está borracho.

—No me extraña —intervino Emmeline—. Estar casado con esa plasta no puede ser muy divertido.

—¿Por qué no ponemos los pantalones de ese chico en el dormitorio de la señora Collinson para que su marido piense que le ha puesto los cuernos?

Las interrumpió Penelope, que había estado hurgando entre la maleza con un bastón.

—¡Mirad qué he encontrado! —gritó, emocionada, y sostuvo un condón en alto. Estaba desenrollado y parecía usado. Las cuatrillizas se quedaron mirándolo, y luego se miraron unas a otras. Entonces Josephine levantó los calzoncillos del joven, que no estaban precisamente limpios.

—¡Puaj! ¡Eres asquerosa! —protestaron las otras tres al unísono—. Pero…

Aquello era precisamente lo que necesitaban para preparar el escenario para cuando llegara el marido de la directora.

—Pensará que su mujer se la pega con un maromo —dijo Samantha, que había oído a Wilt emplear esa expresión por teléfono—. ¡Eh, fantástico! ¡Hoy ha ido a Londres! ¡La casa estará vacía!

La casa de los Collinson se hallaba a cierta distancia de los edificios principales del colegio. Y lo mejor era que estaba rodeada de un seto de tejo muy bien cuidado que les proporcionaría protección. Las cuatrillizas entraron por la puerta trasera.

—¿Y si hay alguien dentro? La señora de la limpieza, por ejemplo —dijo

Josephine—. No sé, antes de entrar deberíamos asegurarnos.

—Está bien. Ve a la puerta principal y toca el timbre. Así sabremos si hay alguien —dijeron las otras.

—¡Ya, claro! ¡Qué listas! Sois unas cobardes de mierda. —Josephine volvió pasados cinco minutos y dijo que no había contestado nadie—. Y la puerta está cerrada con llave.

—Entonces tendremos que entrar trepando por una cañería o con una escalera de mano —observó Penelope.

Pero Samantha había encontrado la forma de llegar hasta una ventana abierta del primer piso.

—Mirad esa hortensia trepadora. Los tallos son muy fuertes, os lo demostraré. —Trepó por el grueso tallo hasta el alféizar de la ventana y entró por ella en la casa. Sus hermanas se disponían a trepar también cuando Samantha se asomó y dijo—: Me parece que estoy en el dormitorio. Hay una cama doble y un armario, y también hay un cuarto de baño con maquinillas de afeitar y la bata de la foca esa colgada de un gancho detrás de la puerta.

Emmeline trepó hasta la mitad de la hortensia y le dio los calzoncillos a su hermana.

—Dentro está el condón —dijo.

Cinco minutos más tarde, las cuatrillizas habían salido del jardín sin que las viera nadie y habían vuelto a entrar en el colegio aguantándose la risa.

Eran las ocho de la tarde cuando la directora llegó de Londres, tan contenta, con su dentadura nueva. Se dio un baño y, tras dar una vuelta por el colegio, volvió a su casa, cenó y se metió en la cama. Ya dormía cuando su marido volvió del pub y, sabiendo cómo reaccionaría ella si la despertaba, se puso el pijama y se metió en la cama, tan lejos como pudo de su mujer.

Cuando tocó los calzoncillos con los dedos de los pies, se detuvo a pensar. Aquello no tenía tacto de ropa interior femenina. Y menos aún de la ropa interior de la señora Collinson, que tenía gran profusión de volantes y encaje, un detalle que habría sorprendido enormemente a las cuatrillizas. Con mucho cuidado, metió una mano debajo de las sábanas y tocó algo que ninguna mujer habría podido ponerse. Al cabo de un momento, había apartado las sábanas de su lado de la cama y contemplaba, incrédulo, los calzoncillos sucios y algo más asqueroso aún: el condón usado. Aquella visión tuvo un efecto extraordinario sobre él. De marido borracho pero considerado pasó a marido sobrio y furioso en cuestión de segundos. Los calzoncillos no hicieron nada por mejorar la situación.

Encendió la luz y se enfureció aún más. El que su mujer tuviera una aventura con alguien ya era bastante grave, pero que se hubiera acostado con un tipo que llevaba los calzoncillos sucios… No encontraba palabras para expresar la rabia que sentía.

El señor Collinson decidió actuar. Sacudió a su mujer tan enérgicamente que ésta se cayó de la cama produciendo un fuerte ruido sordo, y por el camino perdió la dentadura postiza. Miró a su marido desde el suelo, mostrándole las encías; él se erguía ante ella amenazadoramente.

—¡Puta asquerosa! —gritó—. Me marcho a trabajar y cuando vuelvo me entero de que durante mi ausencia has estado tirándote a un animal repugnante. Bueno, pues esto significa el fin de nuestro matrimonio, eso seguro. Mañana mismo iré a ver al abogado con más experiencia de Londres y le pediré que inicie inmediatamente los trámites.

La señora Collinson se arrodilló en el suelo. Que la despertara de un profundo sueño un marido enloquecido que apestaba a alcohol y la sacara de un tirón de la cama mientras la acusaba de tener relaciones sexuales con otro hombre era peor que cualquier pesadilla que pudiera imaginar. En cuanto a la amenaza de divorciarse de ella, la señora Collinson supuso que su marido estaba más borracho, muchísimo más borracho, de lo que jamás lo había visto. Le dolía la cabeza y, pese a que en general era una mujer firme y enérgica, sin dientes en la boca se sentía sorprendentemente vulnerable. Peor aún: cuando se levantó del suelo, se encontró con el condón y los calzoncillos que blandía su marido.

—Aquí tienes las pruebas —le espetó él—. Las he encontrado en tu cama. Supongo que creíste que esta noche me quedaría en Horsham y no te molestaste en librarte de ellas, ¿no? Pues mira, no me he quedado en Horsham, y no creo que tenga ningún problema para divorciarme.

La señora Collinson se dejó caer en una butaca y trató de concentrarse.

—Este escándalo te va a arruinar la vida —continuó él—. Tendrás que dejar esta casa, y el colegio, y dudo que vuelvan a darte trabajo de docente después de que se hayan presentado estas pruebas en el juicio. —Había empezado a sonreír con crueldad—. Confieso que nunca me gustó este horrible lugar, lleno de niñas pijas y depravadas. Pues mira, tú misma te lo has buscado.

Pero la señora Collinson estaba demasiado ocupada pensando. No se había acostado con nadie, y suponiendo que un hombre hubiera estado con ella, ¿por qué demonios habría dejado aquellos repugnantes objetos en su cama? Y ¿dónde estaba ese hombre? No tenía ningún sentido. Alguien debía de haber puesto aquello allí deliberadamente para perjudicarla. Pero ¿quién?

El señor Collinson salió furioso de la habitación, sujetando los calzoncillos y el condón a prudente distancia e informó a su mujer de que iba a dormir en algún otro sitio y se marcharía al amanecer.

La señora Collinson se levantó de la butaca y recuperó su dentadura, y con ella, parte de su dignidad. Estaba poniéndose la bata para seguir a su marido cuando vio la ventana abierta y, debajo de ella, en el suelo, una flor de hortensia trepadora. Se

asomó por la ventana y, con la ayuda de una linterna que tenía en la mesilla de noche, vio una rama que colgaba separada del tallo principal. Era evidente que la había roto alguien al trepar por la hortensia, cuyo tallo era exageradamente grueso. La señora Collinson corrió hacia el cuarto de invitados.

—¿Y ahora qué quieres, maldita sea? —dijo su marido—. Ni se te ocurra pensar que vaya a cambiar de opinión. Voy a pedir el divorcio y…

—Quiero que salgas conmigo al jardín y que veas una cosa.

—¿Al jardín? ¿A estas horas de la noche?

—Exacto. He encontrado una cosa que hará que dejes de comportarte como un idiota.

—Está bien, pero te advierto que no va a servirte de nada —masculló él.

Bajaron al jardín y bordearon la casa hasta la fachada por la que trepaba la hortensia. La señora Collinson iluminó la rama rota con su linterna.

—¿Cómo crees que se ha roto esa rama? Y otra pregunta: ¿cómo ha llegado esto a nuestro dormitorio? —Le mostró la flor—. A ver, explícamelo. —¡Hombre, tenía que notarse que era toda una directora de colegio privado!

Su marido sacudió la cabeza.

—Cualquiera sabe. Tal vez tu amante…

—¿Insinúas que subió trepando? Si es así, veamos si tú eres capaz de hacerlo —propuso la señora Collinson—. Venga, no te quedes ahí plantado.

Pero el señor Collinson estaba examinando el tallo principal de la planta y comprendió que era imposible que un hombre adulto trepara por aquella hortensia sin arrancarla de la pared. Se volvió y miró a su mujer.

—¿Insinúas que ha sido alguna de tus alumnas? Pero ¿de dónde demonios iban a sacar esos calzoncillos, por no mencionar el condón usado? ¿Y por qué iban a hacerlo?

—No tengo ni idea, y francamente, prefiero no pensarlo. Pero espero que te hayas convencido de que no he tenido ningún lío amoroso. ¿No ves que habría sido una tontería dejar las pruebas en nuestra cama?

Volvieron a la casa, y una vez allí, el señor Collinson, avergonzado, se disculpó y se sirvió un whisky con soda.

La señora Collinson, mucho más práctica, fue al armario de los zapatos y cogió un par de zapatillas de gimnasia.

—Voy a bajar a los dormitorios, a ver si alguien se está riendo —dijo a su marido—. Creo que sé quién ha sido. Y juro que, si estoy en lo cierto, esas repugnantes criaturas se van a arrepentir.

* * *

A ocho kilómetros de allí, un joven desnudo que había pasado varias horas buscando su ropa a tientas en la oscuridad se dirigía a su casa en bicicleta, dolorosamente y sin luces, cuando un coche de la policía le hizo parar. Ya lo habían visto varios conductores, entre ellos tres mujeres maduras que habían llamado a la policía con sus teléfonos móviles para informar de que había un exhibicionista rondando por allí en bicicleta. Por desgracia, dos de esas mujeres habían pasado cuando el joven orinaba en un seto.

El joven dobló una esquina y vio que un coche de policía le cerraba el paso. Veinte minutos más tarde, estratégicamente cubierto con una manta, era interrogado por un inspector con muy mala leche a quien la noche anterior unos vándalos habían roto los cristales de las ventanillas del coche y para quien todos los jóvenes eran unos cabrones. Los jóvenes que iban en bicicleta desnudos y sin luces a las diez de la noche, y que orinaban con toda tranquilidad en los setos, pertenecían a otra categoría aún peor.

—Así que habías estado follando con una furcia y no te acordabas de dónde habías dejado la ropa, ¿no es eso? —preguntó en tono agresivo.

—No, ya se lo he dicho: fui a nadar y…

—Desnudo, ¿no?

—Está bien, lo admito: estaba nadando desnudo en el río. Había dejado mi ropa en la orilla. No existe ninguna ley que prohíba eso, y no vi a nadie por allí.

—Ya, claro. Y supongo que la ropa desapareció sola, ¿no?

El joven suspiró.

—Pues claro que no. Alguien me la robó —respondió.

—Y ese alguien es la chica con la que habías estado follando.

—Ya le he dicho que estaba solo.

—Sí, claro.

En fin, que fue un interrogatorio sumamente desagradable. Al final lo mandaron a su casa en un coche patrulla, donde tuvo que someterse a otra angustiante hora de interrogatorio por parte de su enfurecido padre, el párroco de la localidad, quien, al ver que su hijo no volvía a casa, había registrado su habitación y había encontrado un paquete de condones en un cajón.

La amenaza implícita para su reputación era demasiado para el párroco, y su furibunda reacción posterior fue demasiado para su hijo. El joven se acostó desnudo, cubierto de moretones y sin cenar. A partir de ese día empezó a opinar que el sexo estaba sobrevalorado, y a plantearse seriamente la posibilidad de hacerse sacerdote católico, para fastidiar a su padre.

14

Lady Clarissa había pasado un día muy difícil en Ipford tratando de persuadir al tío Harold de que se quedara en El Último Refugio. El tío Harold se negaba en redondo.

—No sólo es El Último Refugio: es el último sitio del mundo donde querría estar. Preferiría pasar el resto de mi vida en la cárcel. Al menos allí, si alguien grita o chilla en plena noche, puedes estar seguro de que le harán callar, y ni siquiera los prisioneros se ven obligados a llevar una ridícula mortaja de ensayo. La supervisora, la muy sádica, pretende meterme una sonda por el pito y se niega a facilitarme un orinal. Si no me llevas a una residencia decente, haré que tengas problemas con ese marido tuyo.

Clarissa no podía imaginarse cómo.

—Está bien, lo intentaré. Pero no puedo garantizarte nada.

—Pues será mejor que te lo tomes con un poco más de interés. Sé lo que haces cada vez que vienes aquí, presuntamente a visitarme. ¿Crees que Gadsley sabe que te acuestas con ese tipo que conduce el coche?

—¿De qué estás hablando?

—De adulterio. O de fornicación, si lo prefieres. Verás, el director del Black Bear es ex militar. De mucho después de mi guerra, por supuesto; pero viene a menudo a visitar a su madre, esa bruja repelente que nos han puesto de supervisora, y hemos acabado conociéndonos bastante. Me ha ayudado mucho. Los militares retirados nos sentimos muy unidos, ¿no lo sabías? Por lo visto siempre te dan la misma habitación, y, a petición mía, el director hizo instalar cámaras en miniatura. Las imágenes son interesantísimas.

»Así que, querida mía, ya estás buscándome un sitio agradable donde vivir. Primero tendré que inspeccionarlo, desde luego. Y, entretanto, me pagarás una habitación en el Black Bear. Deben estar esperándome.

—Pero si…

—Nada de peros. Haz lo que te digo.

Lady Clarissa obedeció. Sabía cuándo tenía que admitir la derrota. Esa noche, el Coronel se sentó junto a la barra del hotel y celebró su victoria con unos cuantos whiskies de malta muy generosos. Había engañado a su condenada sobrina: no había ninguna cámara, aunque el hijo de la supervisora no había tenido ningún inconveniente en confirmar sus astutas sospechas respecto a aquella ramera mentirosa. Pidió que le llevaran la carta y decidió no cortarse y pedir langosta para cenar.

* * *

Wilt había pasado casi toda la semana sentado en su despacho, leyendo una biografía del káiser Guillermo II. Dudaba mucho que el hijo de los Gadsley tuviera idea de las causas de la Primera Guerra Mundial pese a haberse presentado ya tres veces al examen. Todo parecía indicar que aquello sólo iba a funcionar si Wilt se saltaba todas las partes difíciles y se ceñía a los conceptos básicos. Había decidido que lo mejor era hacer que Edward se aprendiera de memoria todos los temas fáciles para poder regurgitarlos a su antojo: si aquel tarado tenía aunque sólo fuera medio cerebro, quizá con eso lograra aprobar.

De vez en cuando lo interrumpía algún estudiante (si es que eso podía llamarse «estudiante») para hacerle preguntas estúpidas sobre los horarios del trimestre de otoño. Y luego estaban los también mal llamados estudiantes que le hacían preguntas más o menos sensatas sobre temas estúpidos. Ese mismo año, Braintree y él se habían inventado un seminario absolutamente ridículo y lo habían incluido en el programa del trimestre de otoño antes de que lo llevaran a la imprenta. De momento, «Obesidad cultural: estudio y valoración de la contribución del sobrepeso a la civilización occidental desde la caída del Imperio Romano» tenía una demanda que superaba la oferta, y hasta había una larga cola de imbéciles ansiosos por entrar en la lista de espera.

El jueves, cuando llegó a su casa, se enteró de que Lady Clarissa había llamado por teléfono para decir que no iría a Ipford ese fin de semana como tenía pensado, y proponer a Wilt que fuera él en tren a Utterborough, donde lo recogería un taxi que ella se encargaría de enviarle.

—A mí me va bien. Cuanto menos tiempo pase encerrado con esa mujer, mejor —le dijo a Eva, y volvió a sumergirse en la historia del siglo XX alemán. Media hora más tarde volvió a sonar el teléfono. Wilt dejó que contestara su mujer.

—Era Lady Clarissa —dijo Eva—. Quiere que cojas el tren de las diez y veinte del día trece. O sea, mañana.

—¿A qué viene el cambio?

—Ha comentado no sé qué de que Edward está poniendo de los nervios a Sir George.

—Ya, y quiere que me ponga de los nervios a mí, ¿no? ¿Ha mencionado cuánto piensa pagarme por media semana?

—No he querido preguntárselo. Parecía un poco agitada. Bueno, la verdad es que me ha parecido que estaba un poco bebida. Ha empezado a decir que la cocinera era una foca y que su tío era un gordo cabrón…, ¿o era al revés? No sé, no me ha parecido conveniente interrumpirla.

—¡Maldita sea! ¡En qué lío me has metido! En fin, supongo que será mejor que suba a hacer la maleta.

—Ya me he encargado de eso —dijo Eva.

Wilt subió al piso de arriba y miró en su maleta para asegurarse de que Eva no había metido dentro el traje de rayas rosas. Lo había metido, claro. Wilt lo sacó de la maleta y lo escondió en el armario, debajo de una chaqueta. Luego se sentó en el borde de la cama y maldijo a su mujer por haberlo metido en aquel lío infernal. Estaba decidido a no llevarse una chaqueta de esmoquin; seguramente los Gadsley se cambiaban para cenar, pero él pensaba mantener una postura independiente.

A la mañana siguiente, Eva lo acompañó en coche a la estación de ferrocarril, y a las doce del mediodía ya estaba en el taxi en Utterborough, camino de Sandystones Hall.

* * *

La mansión, construida en el siglo XIX, tenía un camino de casi dos kilómetros que culminaba en un foso sorprendente. El arquitecto que lo diseñó había recibido instrucciones muy precisas de su cliente, el general Gadsley, empeñado en que Sandystones debía tener uno porque Hunstanton Hall, en Norfolk, lo tenía. El edificio en sí era un conglomerado tan extraordinario de estilos incompatibles que la opinión más extendida era que el general Gadsley —que en esa época estaba destinado en India— debía de haber cambiado de opinión cada mes, eliminando del diseño original hasta el último vestigio de coherencia arquitectónica.

Otros críticos más benévolos sostenían que las terribles experiencias del general durante la rebelión de los cipayos lo habían convertido en un adicto al opio, y que eso explicaba que enviara tan extrañas instrucciones a Inglaterra. Fuera como fuese, lo cierto es que el arquitecto, confundido con los continuos cambios de criterio, acabó desquiciado y alcohólico. Su cliente murió de dengue después de que lo picara un mosquito y no volvió a Inglaterra, así que nunca llegó a ver aquella indescriptible monstruosidad, resultado de sus muchas y variadas instrucciones.

Por suerte, el alto muro que rodeaba los jardines ahorraba a los transeúntes refinados cualquier visión accidental de la mansión. Ese efecto quedaba incrementado por el camino, innecesariamente largo y tortuoso, y por un cinturón de casi un kilómetro de bosques de hayas plantadas por posteriores generaciones de Gadsleys con el fin de ocultar lo que algunos de los descendientes más sensatos del general consideraban «la vergüenza de la familia».

Conforme el taxi se abría camino por el espeso bosque, dando con frecuencia bruscos y cerrados virajes para evitar chocar contra los troncos de los árboles y las ramas que colgaban, Wilt decidió insistir en que alguien más acostumbrado a aquel camino, que era una auténtica trampa mortal, fuera a recoger a Eva y a las cuatrillizas a la verja de la finca y las llevara hasta la mansión. Para cuando llegó a la zona ajardinada que rodeaba la mansión, Wilt estaba magullado de tanto zarandeo sufrido

en el asiento trasero del taxi, y decidido a no conducir jamás de aquella manera. Y entonces vio Sandystones Hall, que se erguía a un kilómetro de distancia.

—No sé a quién se le ocurriría ponerle un nombre tan pomposo —masculló Wilt, sorprendido al ver que aquel estrambótico edificio no era tan grande ni tan elegante como él esperaba.

—Y usted que lo diga —coincidió el taxista.

—¿Hay arena por aquí?

—Mire a su izquierda. ¿Ve ese campo de golf de nueve hoyos? Los bunkers necesitan arena. Podrían haberla traído desde la playa, desde luego… Pero yo no me lo trago. Es demasiado caro. Aunque están forrados de pasta, de eso no cabe duda. Imagínese que hasta tienen su propio cementerio y su propia capilla.

Se detuvieron junto al puente levadizo, por el que se cruzaba el foso. Al otro lado del puente se alzaba una puerta profusamente ornamentada, aunque tanto la puerta como el foso parecían exageradamente ampulosos comparados con la propia mansión, relativamente pequeña. Wilt se apeó del taxi y sacó su cartera, pero el taxista negó con la cabeza.

—Tienen cuenta —explicó. Llevó la maleta hasta la puerta y tiró del cordón del timbre. Una mujer muy gorda, con cabello entrecano y vestida de negro, abrió la puerta.

—¿Señor Wilt? Pase, por favor. Le mostraré su habitación. Me temo que la casita de invitados que le prometieron todavía no está preparada, pero le aseguro que lo estará para cuando llegue su familia. Lady Clarissa se disculpa por no venir a recibirlo, pero le ha surgido un imprevisto y ha tenido que salir. Yo soy la señora Bale, la secretaria de Sir George. También hago de ama de llaves cuando se ausenta alguno de los dos.

—He de admitir que nunca me había alojado en una casa con puente levadizo —comentó Wilt mirando los muebles, que, como el resto de la casa, eran extraordinarios. Saltaba a la vista que lo habían traído todo de India. Hasta los retratos de los antepasados que decoraban la pared de la escalera, revestida con paneles, eran de personajes ataviados con los uniformes del ejército indio durante el apogeo del imperio.

—Y ésta es su habitación —dijo la señora Bale abriendo una puerta al final de la escalera—. Esa puerta de ahí es la del cuarto de baño. Si necesita algo, sólo tiene que decírmelo. El timbre está encima del escritorio.

Pero Wilt apenas la oyó. Miraba embobado una cama enorme que parecía diseñada para dar cabida a seis adultos con sobrepeso.

—Todas las camas de la casa son del mismo tamaño —aclaró la señora Bale, quien evidentemente le había leído el pensamiento—. A las muchachas les cuesta mucho hacerlas por la mañana. Hay que rodear toda la cama para remeter las sábanas

por el otro lado. Yo, personalmente, las encuentro bastante cómodas.

Se dirigió hacia la puerta.

—Si tiene hambre, la cocina está abajo, al final del pasillo que encontrará a la derecha. Allí es donde yo como y tomo el té.

Wilt se dijo que, a juzgar por el tamaño de aquella mujer, debía de ser un té muy bien acompañado, pero se abstuvo de comentarlo y se limitó a darle las gracias mientras ella abría la puerta.

Una vez solo, se preguntó qué clase de familia sería aquélla y, por enésima vez, en qué lío se habría dejado meter. Luego, después de deshacer la maleta, salió al rellano y bajó la escalera, y se paseó por las habitaciones explorando la casa. En el interior de la mansión todo era tan raro como prometía el exterior. A través de las ventanas con vistas al puente levadizo vio una especie de lago con una capilla en el extremo más alejado, y a su derecha, un huerto rodeado por un muro con una casita al lado. Seguramente aquélla debía de ser la casita de invitados donde Wilt se alojaría con Eva y las cuatrillizas. Al final salió afuera y fue siguiendo el foso hasta la parte trasera de la casa, donde le sorprendió encontrar una verja grande y maciza encajada en un muro, y, al otro lado de la verja, un patio de grava frente a un garaje con cabida para varios coches.

—Ésa es la entrada que utiliza la familia. Hay que pulsar tres veces el timbre que tiene a su derecha para que se abra la verja —explicó una voz de mujer. Wilt miró hacia arriba y vio a la señora Bale de pie al final de un tramo de escalones, en la parte trasera de la casa—. Venga a tomar una taza de té —lo invitó.

Wilt subió los escalones y la siguió hasta lo que parecía ser la cocina, a juzgar por los fogones y los numerosos electrodomésticos. Pero el tamaño de la habitación era desproporcionado con respecto al resto de la casa.

—Siéntese —dijo la señora Bale—. Aquí, los mejores sitios para conversar son los rincones; si no, hay que gritar. Dudo que haya estado usted en un sitio más extraño que éste. Me refiero a la casa en general.

Wilt le dio la razón: era la casa más rara que había visto jamás.

—Creo que debería advertirle que Sir George también es un bicho raro —continuó la señora Bale ofreciéndole una taza de té a Wilt—. Se apellidaba Smith o algo por el estilo. Según me contó mi difunto esposo, ni era un verdadero Gadsley, ni tenía título de Sir. Por lo visto, el linaje se extinguió cuando el anciano Sir Gadsley, es decir, el verdadero Sir Gadsley, murió de paperas. Su hermana se había casado con un tal señor Smith y su hijo mayor heredó Sandystones y la finca. Dicen que él no tiene ningún derecho al título, aunque yo prefiero reservarme mi opinión. De hecho, hay quien dice que el anciano Sir Aubrey, el último Gadsley verdadero, ni siquiera tuvo paperas. —Hizo una pausa para tomar aliento—. A mí no me gustan los cotilleos, pero he oído decir que era un poco…, ya sabe…, rarito.

—¿Rarito? —preguntó Wilt, que no tenía ni idea de a qué se refería aquella mujer.

—Sí, rarito. Ya me entiende, de la acera de enfrente. Bueno, a mí no me gustan los cotilleos, pero lo que resulta de todo esto es que Lady Clarissa no tiene nada de Lady, no sé si me explico.

—A mí, cuando la conocí, me pareció una mujer muy respetable —se apresuró a afirmar Wilt por si alguno de los Gadsley estaba oyendo aquella serie de embarazosas revelaciones.

—No, no. Me refiero a que no tiene el título de Lady. Aunque Sir George fuera baronet, ella no sería Lady Clarissa, sino Lady Gadsley. Pero no lo es. Ella cree que sí, pero su título es tan real como ésos que venden por internet. O eso tengo entendido. Yo, por supuesto, nunca he…, aunque una vez a mi difunto esposo le regalaron una parcela en la Luna por su cumpleaños. ¡Ya se imagina de qué nos sirvió semejante regalo!

Wilt se sentía como si hubiera aterrizado no ya en la Luna, sino en Marte. La conversación estaba adquiriendo un tono cada vez más surrealista. Daba la impresión de que en aquella mansión todo el mundo estaba como un cencerro.

—Me estaba hablando usted de Sir George —dijo, tratando de reconducir la conversación.

—Ah, sí. Desde hace unos años es juez de paz, aunque a veces nadie lo diría, por cómo se comporta. De hecho, es mejor no llevarle la contraria para evitar que se ponga como un energúmeno.

Wilt tomó nota de ese consejo.

—Gracias por avisarme. ¿Y cómo es Lady Clarissa?

—Bebe mucho. Bueno, en realidad los dos beben mucho. Pronto tendrá ocasión de comprobarlo por sí mismo. Tengo entendido que ha venido a ayudar a su hijo Edward a aprobar no sé qué examen. No lo envidio, la verdad. El chico es más raro… Se pasa el día merodeando por aquí, tirando piedras y cosas así. En otra época, seguramente lo habrían internado en una de esas instituciones, ya sabe, para niños un poco escacharrados. Le falta un hervor, no sé si me explico. Se ha ido esta mañana, muy temprano, y desde entonces nadie ha vuelto a verle el pelo.

Dicho eso, se levantó y fue hasta una cocina enorme, donde vertió un poco más de agua en una tetera de tamaño industrial.

—¿Otra taza? —preguntó.

Wilt asintió y le dio las gracias. ¿Un poco escacharrado? Dios mío, el chico debía de ser un idiota rematado.

—Entonces, ¿usted cree que Edward no es… muy inteligente?

—Yo no sé nada. Lo único que sé es que Sir George lo odia. Bueno, en realidad no es su hijo, sino su hijastro; quizá sea por eso por lo que no se llevan bien.

—Desde luego, no parece una familia muy feliz —comentó Wilt con un suspiro—. Me sorprende que siga usted trabajando aquí.

—No tengo más remedio, porque mi marido se mató en un accidente de tráfico. Igual que el primer marido de Lady Clarissa, aunque fue en otro paso a nivel, por supuesto. Y Sir George necesitaba una secretaria, así que solicité el trabajo. Necesito trabajar, y el sueldo es bueno; por eso sigo aquí, y no me meto con nadie. Como ya le he dicho, a mí no me gustan los cotilleos.

—Claro, claro —se apresuró a decir Wilt—. Bueno, lo único que puedo decir es que me ha ayudado usted mucho ofreciéndome toda esta información. Le agradezco muchísimo lo que ha hecho. Muchas gracias.

—De nada. Es que he visto a tanta gente ingenua meterse en esta ratonera… Bueno, no, creo que «manicomio» es la palabra más indicada. Por eso he pensado que debía usted saber a qué se enfrenta. No son una pareja normal, ella se casó con él por su dinero, y en cuanto al hijo de la señora, si consigue usted enseñarle algo… —Se interrumpió de repente. Era evidente que no le gustaba hablar de Edward. Wilt cambió discretamente de tema.

—Supongo que a nadie le molestará que llame por teléfono a mi mujer para decirle que he llegado y recomendarle que, cuando venga, no entre por la entrada principal, ¿verdad? Esa ruta que atraviesa el bosque es terriblemente peligrosa. Ese otro camino, el que lleva hasta la parte trasera, me ha parecido mucho más seguro.

—La carretera vieja está pensada, precisamente, para disuadir a los visitantes no deseados. Y claro que puede utilizar el teléfono. Voy a enseñarle dónde está.

Lo precedió por un largo pasillo. Cuando iban por la mitad, giró la cabeza para asegurarse de que nadie los observaba y se detuvo junto a una puerta que quedaba medio escondida.

—Esto es un lavabo privado —explicó esbozando una sonrisa—. Sir George ha hecho instalar un teléfono aquí. A veces pasa horas ahí dentro; dice que es estreñimiento, pero estoy segura de que lo utiliza con propósitos ilegales. Para que se abra la puerta corredera tiene que iluminarla con una linterna de infrarrojos.

—¿Y qué hay dentro?

—Pues lo que hay en cualquier cuarto de baño, además de un teléfono, un fax y un ordenador. Ah, y también está insonorizado.

—Jamás había estado en una casa tan rara como ésta —murmuró Wilt, y miró a la señora Bale con recelo—. ¿Cómo sabe lo que hay ahí dentro?

La señora Bale soltó una risita.

—Un día, Sir George fue a Londres y olvidó esconder la linterna. Y se la cogí.

—¿Pero cómo sabía para qué servía la linterna?

—Porque un día, casualmente, estaba arrodillada al final de la escalera arreglando la alfombra, y él no me vio allí arriba.

—¡Caramba! Veo que usted no deja nada al azar —comentó Wilt, y se preguntó cómo demonios se las habría ingeniado para arrodillarse, con lo gorda que estaba.

—En esta casa de locos no me queda otro remedio —replicó ella con una risita.

—Ya me lo imagino. Bueno, ¿dónde está ese teléfono que puedo utilizar?

—Enfrente del estudio de Sir George. Le gusta oír lo que dice la gente.

—Gracias. Sólo quiero insistirle a mi mujer en que coja un taxi. No quiero que conduzca por el camino del bosque.

La señora Bale asintió.

—Dígale que no entre por la verja principal, sino por la que encontrará a continuación. Está pintada de negro, y por ella se accede al camino que lleva hasta la parte trasera de la casa.

Wilt transmitió todas esas instrucciones a Eva cuando consiguió llamarla al móvil.

—Es el camino que utiliza la familia, y es mucho menos peligroso —le explicó —. Si lo prefieres, podéis venir en tren y les pediré que manden un taxi a recogeros.

Eva se opuso, como siempre.

—Cualquiera diría que no sé conducir —refunfuñó.

Wilt dio un suspiro. Eva siempre se oponía a seguir sus consejos. Pero la verdad era que no conducía muy bien.

—Yo no he dicho eso. Pero ni yo iría por ese camino que recorre el bosque, y con las niñas en el coche sería muy poco sensato, y creo que con eso me quedo corto.

Al final Eva cedió y cambió de tema, lo cual produjo un gran alivio a Wilt.

—¿Ya has conocido a Edward?

—No. Por lo visto se ha ido solo a no sé dónde. Que sepas, Eva, que por lo que me han contado, debe ser un chico muy raro. Hasta cabe la posibilidad de que sea retrasado mental. Empiezo a dudar que pueda hacer algo con él.

—Tienes que hacer algo con él. —Eva había omitido mencionar la bonificación que recibiría Wilt si Edward aprobaba el examen, pensando que así tendría una baza que podría jugar si Wilt amenazaba con no realizar su trabajo—. Estoy segura de que una vez que lo hayas conocido cambiarás de opinión.

—Y quién sabe cuándo va a ser eso, si el chico se pasa todo el día en el bosque haciendo el gilipollas. Y por lo visto Sir George (que quizá ni siquiera sea Sir George, pero ésa es una larga historia que no voy a contarte ahora) lo odia. Bueno, tengo que dejarte porque esta llamada no la pago yo.

Wilt colgó el auricular, se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un hombre gordísimo de unos sesenta años que pareció sorprenderse de ver a un desconocido utilizando su teléfono.

—¿Es usted el profesor particular de mi hijastro? —preguntó con un tono de voz que Wilt asoció inmediatamente con la única ocasión en que lo habían multado por

superar el límite de velocidad.

—Sí —contestó—. Sólo estaba diciéndole a mi mujer que había llegado. La señora Bale me ha dicho que podía telefonear. Usted debe ser Sir George.

—En efecto. ¿Y usted cómo se llama?

—Wilt. Henry Wilt.

—Está bien. Tenía entendido que llegaría usted dentro de unos días. Mi mujer es tan condenadamente despistada que casi nunca sabe en qué día de la semana estamos.

Lo guió hasta su estudio y lo invitó a sentarse en una butaca mientras él se dirigía hacia una licorera y unos vasos que había en una bandeja de plata.

—Siempre me tomo un brandy después de una mañana en el juzgado —explicó—. ¿Le apetece acompañarme?

—Prefiero algo más suave —confesó Wilt—. Una cerveza, quizá.

—Como usted quiera, aunque supongo que cambiará de opinión cuando conozca a mi hijastro.

—¿Por qué lo dice? ¿No es un chico fácil? —preguntó Wilt mientras Sir George llenaba una copa de brandy, cogía una botella de cerveza, un abridor y un vaso para Wilt y se dejaba caer en una gran butaca de piel.

—Es uno de los jóvenes más condenadamente difíciles que he conocido jamás. No me sorprende nada que el primer marido de mi mujer decidiera suicidarse. De haber sabido que Clarissa tenía un hijo tan insoportable como Eddie, no me habría casado con ella. Y no es ninguna exageración. Y lo que es aún peor: esa mujer me mangonea de una forma insoportable.

Wilt no dijo nada. La mansión era un lugar desconcertante, pero las personas que vivían en ella eran aún más raras.

—Si consigue meter a ese monstruo en algún *college* de Cambridge, habrá obrado usted un milagro. Nos costó lo nuestro que lo aceptaran en un colegio privado de lo más mediocre, y para que no lo echaran de allí tuve que recurrir al soborno.

—Su mujer me comentó algo de Porterhouse. ¿Acaso estudió usted allí? —preguntó Wilt.

Sir George hizo una mueca de desprecio.

—Ya le he dicho que es muy despistada. Yo estudié en Peterhouse. Lo último que se me ocurriría sería cargar a mi antiguo *college* con esa descerebrada criatura. Aunque en realidad no existe ni la más remota posibilidad de que acepten a ese bruto en ningún *college*. Es mucho más probable que consiga una plaza en Pentonville.

—¿Se refiere a la cárcel? —preguntó Wilt. Empezaba a arrepentirse de haber rechazado el brandy.

—Supongo que acabará allí de todas formas. De hecho, es el mejor sitio para él. Así, el resto de la sociedad estaría mucho más segura.

—Alguien ha mencionado que le gusta arrojar cosas.

—¿Arrojar cosas? Ese chico es un maníaco. La de veces que he tenido que pagarle la fianza porque ha estado a punto de matar a algún gilipollas. Me temo, viejo amigo, que va a estar usted muy ocupado con Eddie.

Para cuando Sir George se hubo terminado el segundo brandy, sin dejar de perorar contra su hijastro, los sentimientos de Wilt habían sufrido un cambio radical. Si bien al principio entendía el problema que tenía aquel hombre, y pese a saber por experiencia propia lo difíciles que podían llegar a ser los chicos, estaba empezando a impresionarle un poco lo mal que Sir George hablaba del chico. Estuvo tentado de compartir con Sir George sus experiencias con los aprendices de las clases de Humanidades de la ya desaparecida Escuela Politécnica Fenland.

En sus primeros años en aquel centro, Wilt se había enfrentado todos los días a unas aulas llenas de jóvenes con cara de perplejidad que no le encontraban ningún sentido a leer *Cándido* o *El señor de las moscas*, obras que no consideraban parte de su herencia cultural; y la tarea de Wilt había consistido en tratar de demostrarles que la literatura podía proporcionarles habilidades para la vida. Ahora se llamaban alumnos de Comunicación y ya no se les pedía que pensaran ni que hablaran de nada, sino sólo que se sentaran delante de unos ordenadores y, según veía Wilt, que practicaran con aquellas máquinas hasta ser capaces de manipularlas a la máxima velocidad posible. La mayor parte del tiempo jugaban a juegos virtuales violentos o miraban sus Facebooks, donde cargaban fotografías asquerosas y ridículas, suyas y de sus amigos. Las cuatrillizas le habían dicho que las redes sociales eran «guays», a lo que Wilt había replicado que, para él, relacionarse significaba mirar a alguien a los ojos y no una maldita pantalla.

De hecho, si se paraba a pensarlo, a Wilt le deprimía mucho ver cómo habían cambiado las cosas. Aunque, por muy pesadas y maleducadas que fueran las cuatrillizas, esperaba no llegar a hablar tan mal de ellas como Sir George hablaba de su hijastro. Era evidente que, por la razón que fuera, Sir George odiaba a aquel chico.

En otras circunstancias, Wilt habría seguido haciendo preguntas, pero estaba viviendo en la casa de aquel viejo arrogante y tenía que ganar suficiente dinero para seguir llevando a las cuatrillizas a aquel maldito colegio, porque si no, Eva no lo dejaría vivir.

Aun así, se sentía un poco culpable.

Después de un tercer brandy, Sir George anunció que comería fuera y que la señora Bale le prepararía algo a Wilt en la cocina. Wilt tomó debida nota de lo que aquello significaba. No le importaba comer en la cocina. Es más: se alegraba de quitarse de en medio.

15

Lady Clarissa había pasado otro día durísimo. Había cancelado sus planes de ir a Ipford ese fin de semana cuando, pese a sus ruegos y súplicas, el tío Harold se había negado rotundamente a marcharse del Black Bear e instalarse en un alojamiento más barato. Eso significaba que ella no podría alojarse en el hotel, en parte porque su tío ocupaba la suite que solía ocupar ella. Además, la cuenta que estaba acumulando el tío Harold era astronómica, y Lady Clarissa prefería que George no la viera, al menos de momento. El maldito Coronel vivía a cuerpo de rey en el hotel. Su consumo de whisky de malta antes de las comidas y durante la tarde, a menudo seguido de una segunda botella por la noche, estaba costando una pequeña fortuna.

Lady Clarissa había pasado la noche anterior tratando de pensar en alguna manera de hacer que la estancia de su tío resultara tan desagradable que acabara deseando marcharse de allí. Había llamado por teléfono a su habitación en plena noche y le había oído maldecir al capullo que lo había despertado. Había vuelto a llamar a las tres de la madrugada, pero la tercera vez que lo intentó comprendió que su tío había descolgado el teléfono.

Después de haber dormido también ella a trompicones, no le hizo ninguna gracia que el director del hotel la despertara llamándola a las seis de la mañana para informarle de que, al parecer, su tío se había encerrado en su suite. La camarera que le llevaba el desayuno a primera hora todas las mañanas había llamado varias veces a la puerta sin obtener respuesta, y pese a que le habían llamado repetidamente desde recepción, daba la impresión de que el teléfono estaba descolgado.

—¿Por qué no entran y punto? —preguntó Lady Clarissa. Se imaginó al tío Harold arrancando el teléfono de la pared en plena madrugada y se sintió un poco culpable.

—Debe haber echado el cerrojo, porque no hemos podido abrir con la llave maestra —explicó el director del hotel.

—Ya, ¿y no pueden entrar por la ventana o por la salida de incendios?

—En esa habitación no hay salida de incendios, y la ventana está cerrada y con las cortinas echadas. No, sólo hay una forma de hacerlo, y es derribar la puerta. Antes quería asegurarme de que usted sabe que tendrá que pagar la reparación.

—¡Pues claro que lo sé, inútil! —chilló Lady Clarissa, y colgó el auricular de un golpetazo. Empezaba a estar un poco asustada de pensar en el efecto que sus llamadas nocturnas podían haber tenido sobre su tío.

Pasados unos minutos que a Clarissa le parecieron una eternidad, volvió a sonar el teléfono. Clarissa contestó con ansiedad.

—Lamento muchísimo tener que comunicarle que el Coronel ya no está con nosotros, Lady Clarissa —le informó el director.

—¿Que no está con nosotros? ¿Qué quiere decir con eso, que se ha ido? ¿Adónde? —preguntó con cierto alivio.

—Lo siento mucho, pero… —El director vaciló. Decirle a la sobrina de un huésped que lo más probable era que su tío hubiera muerto de una intoxicación etílica no era una misión agradable, pero Clarissa volvió a hablar antes de que al director se le hubiera ocurrido una forma diplomática de revelarle la noticia.

—Ya me imagino que lo siente. Yo, en cambio, no puedo afirmar lo mismo. ¡Ese hombre me estaba costando una fortuna! Pero dígame, ¿adónde ha ido?

—Cuando digo que ya no está con nosotros me refiero a que… Bueno, verá…, su tío… ha muerto. Mientras dormía.

—¿Muerto?

—Sí. Sin sufrir, por supuesto —mintió el director. La verdad era que habían encontrado al Coronel tendido boca abajo en la alfombra, con la cara morada y con un puño todavía en alto en gesto de ira. El director suponía que el pobre hombre había ido dando saltitos hasta el cuarto de baño del dormitorio, ya que no tenía cerca ni el bastón ni la pierna postiza, aunque le extrañaba que al caer hubiera arrancando el teléfono de la pared.

Como si la mañana no hubiera empezado bastante mal para Lady Clarissa, por si fuera poco había tenido que conducir ella misma hasta Ipford porque su mecánico había contraído una gripe de verano.

Para cuando llegó al hotel se sentía bastante mal, pero al menos se había resignado a la muerte de su anciano tío. Ya no tendría ningún pretexto para ir a Ipford, pero por otra parte, el tío Harold tampoco podría seguir desplumándola. Fue al despacho del director del hotel y vio que llevaba un brazalete negro que adornaba la chaqueta de su traje.

El director saludó a Lady Clarissa, que entró en el despacho y rápidamente sacó un pañuelo para disimular lo encantada que estaba y fingir que lloraba.

—¡Ay, pobre tío! —sollozó—. Confiaba en que sacándolo de aquella horrible residencia para ancianos y trayéndolo a este maravilloso hotel le levantaría el ánimo.

El director estuvo a punto de darle la vuelta a la expresión y decir que, en su opinión, el anciano había muerto precisamente por habérsele levantado en exceso el ánimo como resultado del abuso de un whisky fortísimo.

Sin embargo, se limitó a darle el pésame; pero Clarissa no le hizo ni caso, pues estaba demasiado entretenida pensando en qué iba a hacer a continuación. De una cosa estaba segura: no iba a gastarse ni un solo céntimo enterrando al tío Harold en Kenia. Pero después de todo lo que le había oído comentar a su tío sobre esa práctica, tampoco se decidía a incinerarlo. Si bien en sus últimos días se había convertido en un viejo cascarrabias, al fin y al cabo era pariente suyo, y Clarissa le debía cierto respeto.

—¿Sigue mi difunto tío en su habitación? —preguntó—. Me gustaría verlo por última vez.

El director dijo que lo entendía perfectamente; la acompañó en el ascensor y, con mucha discreción, le metió en el bolso la cuenta definitiva, a la que ya había añadido el coste de una puerta nueva.

—La dejo unos minutos para que esté a solas con él —dijo a Lady Clarissa, y bajó la escalera a toda prisa.

Lady Clarissa dejó de sorberse la nariz y entró en la habitación. A juzgar por el intenso olor a whisky, estaba claro que, aunque sus llamadas telefónicas hubieran resultado un tanto perturbadoras, la repentina muerte del tío Harold también tenía otras causas. Estaba tendido en la cama, tapado con una sábana, pero curiosamente tenía un puño levantado. Lady Clarissa intentó bajárselo, pero por desgracia el cuerpo ya estaba rígido, y por muy fuerte que apretara, el puño seguía levantándose como movido por un resorte. Clarissa desistió por temor a arrancárselo y dejar a su tío con un solo brazo, a juego con su única pierna.

Dejó de prestarle atención al cadáver de su tío y empezó a registrar la habitación en busca de las minicámaras que supuestamente había instalado el director del hotel para grabarla mientras mantenía relaciones sexuales con el mecánico. Ya sabía que debían de ser muy pequeñas y que seguramente estarían bien escondidas, pero la verdad era que no veía ni rastro de ellas. Recorrió varias veces el salón y hasta se subió a la cómoda del dormitorio para mirar mejor en el rosetón y en la moldura del techo. Al final se convenció de que no había ninguna cámara y comprendió que el viejo diablo se había marcado un farol. Maldijo a su tío en silencio, bajó en el ascensor y desafió al director.

—El Coronel me dijo que había instalado usted cámaras de vídeo en esa suite. Quiero saber si esa historia tiene algo de cierto.

El director dio un grito ahogado.

—¿Eso le dijo su tío? Qué barbaridad. Eso es ilegal, y sólo me faltaría… Es decir, estaría loco si hiciera algo así. Si esa historia hubiera llegado a saberse, habría perdido mi empleo. Y, total, ¿para qué?

—No, si yo sólo le digo lo que él me contó. No vaya a pensar que me lo creí, por supuesto.

—Eso espero. Debía estar borrachísimo cuando le dijo eso. No había querido decírselo hasta ahora, pero sospecho que a su tío lo mató la cantidad de alcohol que llegaba a beberse todos los días.

Lady Clarissa todavía tenía sus dudas, pero con empezar una discusión no iba a ganar nada.

—Supongo que sufría algún tipo de manía persecutoria. Simplemente me ha parecido oportuno que supiera usted lo que me contó. Le pido disculpas por haberlo

mencionado.

Dejó al estupefacto director mascullando furioso, volvió a su coche y llamó a información para pedir el número de una funeraria. Encontró una que no estaba lejos y se dirigió allí para organizar el funeral del Coronel.

—Pueden enviarme el cadáver a Sandystones Hall, Fenfield —dijo al director de la funeraria—. Celebraremos unas exequias privadas en el cementerio de la finca. El ataúd y el transporte los pagaré ahora. No, no necesitamos flores ni ningún tipo de ceremonia. El Coronel no tenía muchos amigos. —Extendió un cheque y se lo entregó.

—Caray, tenemos unos clientes extraordinarios —le dijo el director de la funeraria a su ayudante cuando Lady Clarissa se hubo marchado—. Imagínate: tienen un cementerio dentro de su propia finca. No quieren flores ni ceremonia alguna, y por lo que ha dicho esa mujer, creo que tampoco asistirá nadie. Sin embargo, debe estar forrada, porque ha pagado sin rechistar.

Ya en la calle, Clarissa cambió de opinión respecto a no seguir preocupándose por la presunta colocación de cámaras ocultas en su habitación. Los desmentidos del director del hotel habían sonado muy convincentes, pero, para asegurarse, Lady Clarissa decidió visitar al abogado de su tío, cuyo nombre el Coronel había mencionado en un par de ocasiones. Y, de paso, aprovecharía para ver qué decía el testamento de aquel viejo diablo.

* * *

Clarissa volvió al hotel y pidió el teléfono del despacho del abogado. Entonces llamó y pidió a la secretaria una cita con el señor Ramsdyke.

—¿Es usted clienta del señor Ramsdyke?

—¿No le digo que quiero que me dé una cita con él?

—¿Una cita? Perdone, pero…

—¿Es usted boba o qué? Haga el favor de decirle al señor Ramsdyke que soy Lady Clarissa Gadsley, la mujer de Sir George, el juez de paz, y que si no me da usted una cita para verlo inmediatamente, ambos tendrán motivos para lamentarlo.

Veinte minutos más tarde, acompañaban a Lady Clarissa al despacho del señor Ramsdyke y la invitaban a tomar asiento.

—Iré directamente al grano —dijo Lady Clarissa al hombre con bigote entrecano que estaba sentado al otro lado de la mesa—. Mi tío, el coronel Harold Rumble, ha muerto. Tengo entendido que le dejó su testamento a usted.

—¿El coronel Harold Rumble? ¿Cómo se deletrea?

—R-U-M-B-L-E.

—No tengo ningún cliente que se apellide así… —empezó a decir el señor

Ramsdyke, pero entonces vaciló—. Espere un momento. Ahora que lo pienso, un hombre llamado Grumble vino a consultarme algo hace un par de años. Creo que quería demandar a un motorista… ¿O era a una casa de huéspedes? Recuerdo que no estaba muy bien de salud y que le aconsejé que hiciera testamento. ¿Tenía su tío una pierna ortopédica?

—Sí, así es. Y precisamente he venido a hablar de su testamento. Mi tío acaba de morir.

El rostro del señor Ramsdyke se ensombreció, pues eso echaba por tierra sus esperanzas de conseguir dos nuevos clientes adinerados.

—En ese caso, debe haber muerto intestado, porque no siguió mis consejos. A menos, por supuesto, que fuera a otro bufete de abogados. Aunque afirmó que no tenía nada que legar.

—¿No le entregó ninguna caja? —insistió Lady Clarissa—. ¿Para que usted se la guardara en su cámara acorazada?

—¡Válgame Dios, no! —exclamó el señor Ramsdyke—. De hecho, nosotros no tenemos cámara acorazada. Tenemos cajas fuertes, pero no una cámara. Lo que sí tenemos es mucho espacio libre para nuevos clientes… —añadió en un último intento de hacer picar a Lady Clarissa.

—Me sorprende que tenga clientes, francamente —dijo ella, poniéndose en pie, y abandonó la habitación dando un portazo.

Lady Clarissa salió del despacho del abogado con sentimientos encontrados. Por una parte, era evidente que su tío se había burlado de ella. Pero, por otra, se había matado bebiendo, rápida y convenientemente. Maravillosamente reconfortada por ese pensamiento, Clarissa recogió su coche y puso rumbo a Sandystones Hall.

16

En el colegio Saint Barnaby's, la directora todavía no tenía ni idea de quién había trepado hasta su dormitorio para poner el condón y los calzoncillos en su cama de matrimonio. Había entrado sigilosamente en el dormitorio para ver qué hacían las cuatrillizas Wilt, y en lugar de encontrarlas riéndose por lo bajo, las encontró profundamente dormidas. Ellas habían sido las primeras sospechosas, pero la directora todavía no tenía ninguna prueba. Había interrogado a las monitoras, aunque por razones obvias no había entrado en detalles y se había limitado a explicar que le habían gastado una broma en su casa. Las monitoras se quedaron tan sorprendidas como lo estaba la directora.

—Aquí pasa algo raro —especuló una de ellas—. Seguramente tendrá algo que ver con su marido. Cuando sale solo, siempre vuelve borracho.

—Pero la directora ha preguntado por las chicas de los dormitorios —dijo otra.

—Quizá el muy cerdo haya intentado acostarse con alguna alumna.

—¡Cómo iba a hacer eso! ¡Sería una locura!

—Todo es posible. Siempre se emborracha cuando va a Horsham por asuntos de trabajo.

Al final llegaron a la conclusión de que en el fondo no tenían ni idea de la causa del nerviosismo de la directora, aunque sospechaban que las odiosas hermanas Wilt tenían algo que ver.

La llamada de una enfurecida señorita Young, que por fin había conseguido llegar a Inverness, no hizo más que aumentar la perplejidad de la señora Collinson. La señorita Young le comunicó que pensaba quedarse en Escocia y dejar su empleo de maestra. La directora sabía que era una excelente profesora, tal vez la mejor del colegio, y no podía permitirse el lujo de perderla.

—Pero ¿por qué? Si su decisión tiene algo que ver con su sueldo, no tengo ningún inconveniente en aumentárselo considerablemente.

—Mi decisión no tiene relación alguna con el dinero que gano, sino que está relacionada con esas cuatro diabólicas criaturas. No puedo demostrarlo, pero apuesto a que le hicieron algo a mi coche para que me perdiera la boda de mi prima. Habría podido matarme en un terrible accidente en el túnel de Dartford.

—¡Santo Dios, qué espanto! ¿Y está usted segura de que son ellas las responsables?

—Ya se lo he dicho: no tengo ninguna prueba concluyente, pero sí, estoy segura de que fueron ellas. Desde que llegaron al colegio no han parado de armar líos. ¿No se ha dado cuenta? Deberíamos expulsarlas.

La directora titubeó. Lo que acababa de decir la señorita Young era completamente cierto. Hasta que las cuatrillizas Wilt llegaron a Saint Barnaby's, en el

colegio nunca había habido problemas graves, sólo unas cuantas discusiones sin importancia y alguna pelea: cosas que ella podía controlar fácilmente y, desde luego, nada que mereciera castigarse con una expulsión.

—Quizá tenga usted razón —admitió—. Pero a menos que tengamos pruebas determinantes, no veo cómo vamos a expulsarlas. Si conseguimos esas pruebas y echamos a las cuatrillizas, ¿volvería usted? Con el aumento de sueldo que ya he mencionado, por descontado.

La señorita Young dijo que se lo pensaría y colgó el auricular. La directora se puso a pensar qué hacer a continuación. No podía expulsar a las cuatrillizas sin una buena razón, y pese a sus crecientes sospechas de que habían sido ellas quienes habían puesto aquellos repugnantes objetos en su cama, no conseguía imaginar por nada del mundo de dónde los habían sacado. Al mismo tiempo, estaba decidida a conservar a la señorita Young. Tendría que encontrar alguna forma de echar a las malditas cuatrillizas sin expulsarlas formalmente. Pero ¿cómo demonios iba a hacerlo? Ya había escrito a la señora Wilt para advertirle que si sus hijas no corregían su comportamiento y su lenguaje, se vería obligada a pedirle que se las llevara del colegio.

Decidió preparar otra carta diciendo que, debido al aumento de los gastos, el colegio iba a tener que aumentar sus tarifas de nuevo; la enviaría inmediatamente, y también les entregaría una copia en mano a los padres de aquellas pequeñas delincuentes cuando fueran a recogerlas.

Sin duda, así persuadiría a los padres para que se las llevaran, pensó recostándose en la butaca y esbozando una sonrisa.

Estaba convencida de que la familia Wilt ya tenía serias dificultades para pagar las cuotas escolares de sus hijas. Habían apuntado a las chicas a todas las becas que ofrecía el colegio, incluida la de familias monoparentales; la señora Wilt había argumentado que su marido era tan inútil que podía considerarse que sus hijas dependían únicamente de ella. No les habían concedido ninguna beca, por supuesto, aunque Penelope había estado a punto de conseguir una con un minucioso dibujo de sus tres hermanas con todos sus detalles anatómicos, para la clase de Ciencias Naturales, que había impresionado enormemente a uno de los miembros del consejo escolar. Por fortuna, el miembro en cuestión había tenido que renunciar a su cargo cuando, poco después, lo detuvieron y lo acusaron de comportamiento lascivo después de exhibirse en un parque público.

¡Qué muchachas tan repugnantes! La señora Collinson no quería ni pensar en cómo debía de ser su padre, un hombre capaz de engendrar no a una sino a cuatro hijas diabólicas.

* * *

En Sandystones Hall, Wilt estaba totalmente ajeno a las diatribas de la directora del colegio de sus hijas. Tenía que reconocer que su estancia en la mansión estaba resultando más interesante de lo que él esperaba, si bien también más peculiar. La primera mañana se había levantado y se había enterado de que Sir George iba a pasar todo el día en el juzgado y que Lady Clarissa estaba encerrada en su habitación con lo que la señora Bale denominó una «indisposición general», lo cual Wilt sospechaba que tenía alguna relación con el consumo de alcohol. Y, una vez más, no había ni rastro del esquivo Edward. Como resultado de todo ello, Wilt pudo explorar la casa y los jardines a su antojo, y se alegró de saber que no tendría que pasar todo el día escuchando a su anfitrión despotricando de su hijastro, al que llamaba «el tonto del culo», ni tratando de preparar al tonto del culo para el examen de Historia. Es más, Sir George le había prestado a Wilt una bicicleta vieja y le había dicho que, si le apetecía, podía ir al pueblo y cenar en un restaurante.

—Tampoco hace falta que me diga nada cuando vuelva —había añadido para regocijo de Wilt. Su deleite disminuyó un tanto cuando Sir George añadió que quizá Wilt tropezara con el capullo de Edward, que podía estar merodeando por la finca, y le aconsejó que, en ese caso, estuviera atento por si le lanzaban algún misil.

Así que Wilt estaba disfrutando de algo muy parecido a unas vacaciones, y había decidido empezarlas explorando la casa con más detenimiento. La mansión resultó aún más extraña de lo que los retratos de los antepasados que adornaban la escalera y las enormes camas le habían hecho pensar. Entró en la biblioteca en busca de algo interesante para leer esa noche, pues estaba harto de las causas de la Primera Guerra Mundial. Era una habitación inmensa, con las cuatro paredes recubiertas de estantes. Los estantes estaban llenos de libros viejos y polvorientos que, a juzgar por su aspecto, nadie había abierto desde hacía años.

Pero lo que más le llamó la atención fueron los muebles. Eran todos indios, y no de esos contemporáneos, fabricados en Birmingham o en algún taller de metales del centro de Inglaterra, como los que había visto a veces en casas de urbanizaciones de las afueras y en tiendas con pretensiones de elegancia. Se trataba de muebles del siglo XIX auténticos: aparadores oscuros de teca, montones de biombos de calado muy ornamentados y hasta sillones extensibles de ratán o de bambú, que más tarde la señora Bale tuvo a bien explicarle que se llamaban «fornicadores de Bombay» porque podían extenderse lo suficiente para que se tumbaran en ellos dos personas.

En el suelo, entre las sillas y los biombos, había gran cantidad de estatuillas en miniatura de elefantes y otros animales, y Wilt tuvo la impresión de que paseaba por un museo de reliquias imperiales. Esa extraña colección de animales salvajes resultaba tan inquietante visualmente como el exterior de la mansión.

Se dio la vuelta y examinó con tesón los estantes en busca de algo ligero para leer, pero aquella familia parecía obsesionada con la historia militar, con especial

énfasis en el conflicto de 1757 entre británicos y franceses.

Sintiendo que necesitaba escapar de allí, Wilt salió por la puerta principal. Cruzó el puente levadizo y recorrió el huerto, rodeado por un muro, y llegó a la casita de invitados en la que iba a alojarse con su familia. La casita en cuestión le pareció aceptable pese a ser, en su opinión, un poco pequeña. Se preguntó si podría convencer a los Gadsley de que era mejor que él se quedara en la mansión y no en la casita con Eva y las cuatrillizas. Al fin y al cabo, él iba a estar ocupado con una tarea importante —suponiendo que algún día encontrara al esquivo Eddie, claro— y no convenía que lo molestaran y lo distrajeran cuatro chicas escandalosas. O, mejor dicho, cinco mujeres escandalosas, pues Eva era tan ruidosa y exigente como las cuatrillizas, que ya estaban muy creciditas. No, no iba a poder ocuparse de la educación del chico si tenía que soportar su horripilante música y sus violentas peleas día y noche: se lo expondría a Clarissa cuando la viera, y estaba convencido de que ella lo comprendería.

Una vez tomada esa decisión, Wilt optó por no tocar la bicicleta y salió a dar un paseo por el bosque. Fue allí donde descubrió una caravana muy bien escondida cerca del muro que separaba la mansión del camino, detrás de unos matorrales y unos abetos jóvenes. Oyó a alguien en el interior, y entonces una mujer muy gorda y bajita salió con un montón de ropa que colgó en un tendedero improvisado. Cuando la mujer volvió a entrar en la caravana, Wilt se marchó sigilosamente por donde había venido. El hallazgo de aquella caravana, medio camuflada, le había hecho sentirse incómodo, y decidió no volver a acercarse por allí. En lugar de eso, atravesó una extensión de césped hasta el lago; se sentó en la orilla y se quedó contemplando el espeluznante espectáculo arquitectónico que componía la mansión.

Pasó media hora disfrutando del sol; luego volvió a la casa y se dirigió a la cocina para hablar con la señora Bale. La encontró supervisando a dos jóvenes sorprendentemente rollizas que limpiaban la escalera y los pasillos. Aquellas tres mujeres, juntas, ocupaban tanto espacio que Wilt no podía rodearlas para llegar a su habitación, así que tomó una decisión apresurada:

—Buenos días, señora Bale. ¿Le importaría decirme si Lady Clarissa se ha levantado ya?

—Me temo que no, señor Wilt. La señora ha sufrido una terrible pérdida… Aunque no estaría bien que yo se lo contara, puesto que no me gustan los cotilleos. El caso es que creo que tardaremos aún un buen rato en verla, señor Wilt. Estaba muy disgustada anoche cuando volvió, tarde, y a juzgar por el estado del minibar yo diría que se tomó un par de copas… para consolarse. Ya sabe usted que a mí no me gustan los cotilleos…

—Por supuesto que no —se apresuró a decir él pensando que, a ese ritmo, quedaría atrapado para siempre en el pasillo—. ¿Una terrible pérdida, dice usted?

Cuánto lo lamento. Espero que no se trate de su tío. —Y rápidamente, antes de que la señora Bale pudiera confirmar o desmentir el dato, continuó—: Bien, en ese caso, ¿puedo preguntarle si Sir George ha regresado ya y, en caso afirmativo, si le importaría hablar un momento conmigo?

—Sí, el señor ya ha vuelto, y estoy segura de que se alegrará de hablar con usted, siempre que no sea de su hijastro. —La señora Bale se dio la vuelta, no sin cierta dificultad, para separar a las dos limpiadoras, que se habían quedado atascadas en el umbral. Wilt fue al estudio por el camino más largo y llamó a la puerta.

—¡Pase! —dijo Sir George, y, al ver entrar a Wilt, lo miró con cierta desaprobación—. Si se trata de mi hijastro… —empezó, pero Wilt negó con la cabeza.

—No, no. Me ha parecido que debería usted saber que hay una especie de caravana aparcada en el bosque. Está medio camuflada entre arbolillos y matorrales.

—¿Una caravana? —dijo Sir George, poniéndose muy colorado—. No sé nada de ninguna caravana. ¿Dónde dice que está?

—En el bosque, más allá del huerto y la casita de invitados.

—Que me aspen si la veo —dijo Sir George, mirando por la ventana con unos prismáticos.

—Es que está en pleno bosque —explicó Wilt, señalando en la dirección correcta —. Y, como le he dicho, me ha parecido que la habían camuflado.

—Pues iré allí y echaré inmediatamente a esos condenados intrusos de la finca. Usted quédese y asegúrese de que las limpiadoras no entran aquí. Estoy harto de decirle a la señora Bale que no las deje entrar, pero es evidente que está confabulada con ellas. Me lo ordenan todo, y luego no encuentro lo que busco. Y no es que no me guste verlas a cuatro patas, no vaya a creer. —Hizo una pausa y miró inquisitivamente a Wilt, quien a su vez sacudió la cabeza. No tenía ni idea de adónde demonios quería llegar Sir George—. Limpiando, claro. Usted ya me entiende.

Al ver a Wilt tan sofocado, Sir George suspiró y fue hacia un armario metálico que había cerca de la mesa. Lo abrió y sacó una escopeta de calibre doce.

—Cuando se trata de echar a intrusos, es mejor ir bien preparado —explicó al salir de la habitación.

Después de marcharse Sir George, Wilt miró dentro del armario y quedó horrorizado con la cantidad de armas que había dentro. Como mínimo debía de haber treinta de diferentes formas y tamaños, y todas parecían mortales. Se sintió terriblemente culpable por haberle hablado a Sir George de la presencia de aquellos intrusos.

Desde la ventana, Wilt vio caminar a su anfitrión por los jardines. Sin embargo, una vez que Sir George se perdió de vista, Wilt salió del estudio. Le daban pánico las armas de fuego y no quería quedarse a solas en una habitación donde había un armero

abierto. Es más, estaba seguro de que dejar un armero abierto era ilegal. Decidió subir a su habitación y repasar sus notas sobre las relaciones entre Austria y Serbia por enésima vez.

Pero cuando estaba a punto de abrir la puerta de su dormitorio vio que había otra escalera que partía del rellano y terminaba frente a una puerta cerrada. Resultó que esa puerta daba a un pasillo idéntico al que Wilt acababa de dejar en el piso de abajo, con otra escalera que conducía a la parte delantera de la casa.

«Podría ir a investigar adónde lleva esa escalera», se dijo Wilt, preguntándose cómo podía ser que la mansión le hubiera parecido un poco pequeña la primera vez que la vio. De pronto se encontró en una torrecilla con vistas al jardín, al lago y, más allá, a la derecha, al huerto con su tapia. Estaba mirando por una ventana, tratando de discernir dónde estaba situada exactamente la caravana, cuando de pronto vio a un joven que atravesaba el jardín. Debía de ser el chico al que tenía que conseguir hacer entrar en Cambridge. Le pareció más joven de lo que esperaba. Cuando torció hacia la casa, a Wilt le sorprendió comprobar que Edward —si es que se trataba de Edward — parecía normal y corriente, pese a todo lo que le habían contado de él. Desde aquella distancia no podía estar muy seguro, pero no parecía peor que cualquier otro adolescente con granos.

Wilt se apoyó en el alféizar de la ventana y reflexionó sobre la afirmación de Sir George de que su hijastro era un «inútil rematado». Desde aquel ángulo, el chico no parecía ni especialmente desastroso ni muy interesante, la verdad. Con todo, si Lady Clarissa estaba dispuesta a pagarle mil quinientas libras por semana para instruir a aquel gilipollas, Wilt estaba dispuesto a dar lo mejor de sí. Decidido a llamar al chico y quedar con él en la biblioteca, Wilt salió por el balcón, que daba a un tejado plano. Por primera vez vio que aquello sólo era la torrecilla delantera, y que alrededor de la circunferencia del tejado había otras torrecillas que aparentemente no obedecían a ninguna regla arquitectónica ni estructural. Más extraordinarios aún le parecieron los antiguos cañones que apuntaban hacia el jardín desde todos los lados del edificio, colocados de manera que no se vieran desde el jardín, detrás de un pequeño parapeto. El taxista tenía razón cuando había afirmado que el tipo que había diseñado aquella casa debía de estar chiflado o enganchado al opio.

Wilt se volvió hacia el balcón y cometió el error de mirar directamente hacia abajo por encima del muro. Al verse a mucha más altura de lo que él creía, y como tenía vértigo, Wilt se arrodilló y entró a cuatro patas por el balcón, presa del pánico. Decidió bajar cuanto antes y buscar al chico. Y desde luego nunca volvería a salir a aquel espeluznante tejado.

Nada más llegar a la planta baja, tropezó otra vez con la señora Bale.

—Lady Clarissa dice que lo espera en el comedor dentro de una hora. Se encuentra mucho mejor, aunque todavía está muy afectada, la pobre. Lamenta mucho

no haber estado aquí para recibirlo y para enseñarle la casa, pero como es lógico, con su pobre tío muriéndose…

—Ah, pero ¿es su tío el que ha muerto? Lo siento mucho, y estoy seguro de que mi mujer también lo sentirá. ¿Significa eso que irán todos a Ipford para el funeral? Si es necesario, puedo llamar por teléfono a Eva y decirle que no venga.

—No, no. Por lo visto van a traer el cadáver aquí.

—¿Aquí? Qué cosa tan rara.

La señora Bale iba a contestarle cuando se oyó un fuerte grito proveniente del estudio.

—¿Dónde está el profesor ése? Lo he dejado aquí vigilando el armero. ¡Y el muy idiota ha desaparecido y lo ha dejado abierto! Y no sólo eso: también han desaparecido las llaves.

—Creo que será mejor que se esfume. Voy a ver si puedo tranquilizarlo —susurró la señora Bale.

Wilt corrió por el pasillo mientras ella le gritaba a Sir George que iba para allá.

* * *

Lady Clarissa, acostada en la cama, se cuidaba una resaca de miedo y esperaba a sentirse lo bastante bien para intentar levantarse. La noche anterior había vuelto muy tarde, y de un humor inesperadamente bueno. Estaba deseando volver a ver a Wilt, y, además, se había dado cuenta de que la muerte del tío Harold suponía cierto alivio. Ni siquiera la perspectiva de pasar todos los fines de semana con Sir George en adelante la inquietaba demasiado. Estaba segura de que encontraría otras oportunidades para citarse con el mecánico, suponiendo que él se recuperara del resfriado, la gripe porcina o lo que fuera.

La noche anterior, había llegado ante las verjas de hierro de la parte trasera de la mansión, las había abierto con el mando electrónico que Sir George había instalado para impedir que algún ladrón de coches le robara el Bentley o, peor aún, el Rolls-Royce antiguo, y luego había guardado el Jaguar en el garaje. Al entrar en la casa había encontrado la cocina vacía, así que se había dirigido al estudio de su marido.

—Llegas muy tarde —observó Sir George mientras le sacaba brillo a un rifle. La baqueta estaba en el suelo.

—He llamado a tu secretaria. ¿Qué pasa, no te ha avisado?

—La señora Bale nunca me avisa de nada agradable. Eso sí: me ha servido la cena, por llamarla de alguna manera.

—¿Y el señor Wilt? ¿A él también le ha servido la cena?

—Supongo. En la cocina. Yo nunca ceno con los sirvientes.

—¿Y qué tal se llevan Edward y el señor Wilt?

—No tengo ni idea. No le he visto el pelo al chico y dudo que Wilt lo haya visto tampoco. Vas a tener que leerle la cartilla a Eddie.

—No lo llames Eddie. Se llama Edward. Supongo que necesita acostumbrarse de nuevo a estar en casa.

—Que Dios nos asista —masculló Sir George.

Lady Clarissa hizo caso omiso del comentario.

—¿Qué hacías con ese rifle? —preguntó a su marido.

—Sólo le sacaba brillo, querida. Nunca se sabe cuándo se va a necesitar un arma en condiciones. Esta mañana, sin ir más lejos, cuando me dirigía al juzgado, unos gamberros han atacado mi coche en el semáforo. Han pasado una esponja mojada por todo el parabrisas y luego han tenido el descaro de pedirme dinero. Parecían salteadores de caminos. Te aseguro que me habría gustado llevar un arma encima.

—¿Y se puede saber por qué no los has hecho detener?

—Es que estaba de buen humor. Siempre estoy de buen humor cuando vas a Ipford a visitar a tu condenado tío.

Lady Clarissa suspiró.

—He llamado a la señora Bale y le he contado que mi tío se había muerto. Supongo que eso tampoco te lo ha dicho.

—Ya te he dicho que es mi secretaria. No se entromete en tus asuntos familiares. Sabe que no me interesan.

—Pues mira, mi tío se ha muerto, y supongo que te alegrarás de no tener que gastar más dinero en él. Aunque la verdad es que he tenido que extender un cheque muy sustancioso para que lo traigan aquí.

—¿Para que lo traigan aquí? ¿Qué demonios dices? ¿Cómo puedes ser tan estúpida?

—Van a traerlo aquí para que lo enterremos en la finca, por supuesto. Al fin y al cabo, es pariente mío.

Era evidente que Sir George estaba de un humor de perros.

—¡Tu tío no era un Gadsley, y no pienso celebrar una ceremonia aquí por alguien que ni siquiera era de mi familia! No me importa lo que digas: me niego a que entierren a ese viejo chiflado aquí. Puedes incinerarlo, como dijiste que harías.

—Eso lo dije antes de hablar del asunto con mi tío. Él quería que lo enterraran en Kenia, donde nació. Bueno, eso habría sido totalmente imposible, desde luego. Y le dije que saldría demasiado caro y que nadie iría a visitarlo allí…

—Pues yo también te diré algo. Aquí tampoco va a venir nadie a visitar su tumba. Haz lo que haría cualquier persona sensata y organiza algo con el párroco en el pueblo. Creo que allí tienen un cementerio. O eso, o lo incineras, como siempre dijiste que harías.

—Ya sé que lo dije, pero me lo he pensado mejor.

—¿Cómo vas a pensártelo mejor, si tú no piensas? —gruñó su marido—. Métete esto en la cabeza: no pienso profanar el cementerio enterrando en él a alguien que no pertenece a la familia. Y es mi última palabra sobre el asunto.

Dicho eso, había ido a acostarse muy indignado, y Clarissa pudo ahogar sus penas con ayuda del bien abastecido minibar.

17

Al día siguiente, la noción de ahogamiento seguía en el pensamiento de Clarissa cuando por fin consiguió levantarse y vestirse, aunque no sabía si prefería ahogar al asqueroso de su marido por su horrible actitud la noche anterior o ahogarse a sí misma por el terrible dolor de cabeza que tenía. Pero el foso no era lo bastante profundo. En una ocasión, Edward había intentado demostrar cuánto podía aguantar una persona sin respirar, empleando a algún pobre desgraciado del pueblo. Y, por suerte, aquel infeliz había aguantado bastante bajo unos diez centímetros de agua.

Como Wilt no apareció a la hora convenida, Lady Clarissa fue a buscarlo y lo encontró saliendo del huerto. Resultó que venía de charlar con el anciano que lo cuidaba, que le había recordado a su amigo Coverdale en su huerto municipal.

—Ah, está usted aquí —dijo Lady Clarissa cuando vio que Wilt cruzaba el puente levadizo de madera para reunirse con ella—. No sabía dónde se había metido.

—Estaba buscando a Edward. Antes lo he visto, pero ha vuelto a esfumarse.

—No creo que tarde en aparecer.

—Me he enterado del fallecimiento de su tío, lady Clarissa. Mi más sentido pésame.

—Gracias, Henry. Agradezco mucho sus condolencias. No todo el mundo ha sido tan considerado como usted. ¿Le apetece dar un paseo alrededor del foso? Quiero preguntarle una cosa.

—Me parece muy bien. ¿Qué quiere saber?

—La señora Bale me ha contado que vio usted una caravana en el bosque. ¿Era una caravana de gitanos?

—No sabría decirlo. Estaba en gran parte oculta por la maleza y los árboles.

—¿Vio a alguien dentro?

Wilt caviló un momento.

—Pues sí, vi a una mujer gorda y de escasa estatura tendiendo ropa en un tendedero. Volví corriendo a la mansión y se lo conté a Sir George; él dijo que debían ser intrusos y fue para allá con una escopeta. A mí no me gustan las armas, así que salí del estudio y subí al tejado, y fue entonces cuando vi a Edward desde una torrecilla.

—¿Una mujer gorda y de escasa estatura?

—Sí. De hecho, por aquí hay unas cuantas mujeres gordas, si no le importa que lo mencione. Con excepción de usted, por supuesto, Lady Clarissa. Supongo que eso se deberá a lo que llaman la buena vida, ¿no? En fin, me llamó la atención que incluso las intrusas fueran… obesas, por decirlo así.

Lady Clarissa se sonrió. Estaba casi segura de quién era la mujer que estaba en aquella caravana, y dudaba mucho de que la presunta intrusa hubiera corrido peligro

alguno por la escopeta de Sir George. Siguieron paseando en silencio alrededor del foso, y al cabo de un rato se sentaron y se quedaron contemplando las verdes aguas. Wilt trató de pensar en algo que decir, pero parecía evidente que Lady Clarissa estaba pensando en sus cosas, y no quería interrumpirla. La horrenda mansión se alzaba junto a ellos y proyectaba su sombra sobre el jardín. Lady Clarissa rompió por fin el silencio:

—Me parece que voy a subir otra vez a mi habitación a echar una cabezada. ¿Por qué no me acompaña?

Wilt se quedó de piedra. No podía ser que Lady Clarissa estuviera insinuando lo que parecía. Lo que debía de querer decir era que por qué no hacía él lo mismo. Sacudió la cabeza.

—No suelo dormir por la tarde —dijo Wilt—. Además, creo que debería buscar a Edward y empezar a trabajar con él. Tengo que ganarme la manutención. Y me da la impresión de que Sir George está un poco enfadado conmigo por dejar desatendido su armero.

—Sir George deja muchas cosas desatendidas —masculló Lady Clarissa, poniéndose en pie y sin entrar en detalles—. Tengo los libros de consulta que necesita en mi habitación. ¿Por qué no sube conmigo y se los doy?

Wilt no entendía por qué Lady Clarissa tenía los libros en su habitación cuando disponía de una biblioteca. Sin embargo, no podía negarse, puesto que ella era quien le pagaba por darle clases particulares a su hijo. La siguió dócilmente por la larga escalera y entró con ella en su habitación.

Lady Clarissa le indicó por señas que se sentara en un diván de color rojo chillón que había en un rincón y dijo que iba a buscar los libros.

Wilt notó que se sofocaba. El rojo intenso de la tapicería le estaba afectando como le habían afectado las bragas de Eva, y comprendió que tenía que escapar de allí cuanto antes sin ofender a Lady Clarissa. Pero al cabo de un momento ella salió de la habitación contigua en bragas y sujetador.

Esas prendas también eran de un rojo intenso, con reborde de encaje negro, y no dejaban nada a la imaginación, dado que Lady Clarissa no tenía precisamente un cuerpo de huérfana desnutrida. Se apoyó en la puerta, con una mano sobre el marco y una pierna cruzada por delante de la otra.

—¿Cuánto mides, grandullón? ¿Cinco pies y nueve pulgadas? Vale, pues hablemos de las nueve pulgadas, que son lo que me interesa.

Wilt tenía suficiente cultura general para saber que Lady Clarissa estaba citando a Mae West. Al ver que Wilt la miraba boquiabierto, ella insistió:

—Cuando soy buena, soy muy mala. Pero cuando soy mala, soy muy buena.

»¿Y bien? —añadió con cierto enojo, ya que Wilt seguía mirándola con la boca abierta y con gesto de perplejidad—. ¿Investigamos un poco juntos?



—Esto… De pronto me he acordado de que… tengo que llamar a Eva para explicarle cuál es el mejor camino para llegar hasta aquí. —Y, dicho eso, se largó a su habitación y cerró la puerta con llave.

18

En Ipford, Eva se preparaba para ir a Sussex a recoger a las cuatrillizas. Esa mañana había llegado la carta de la directora con el aviso de que las tarifas del colegio iban a aumentar una vez más. Esa noticia había alarmado tanto a Eva que hasta había estado a punto de llamar a Sandystones Hall para preguntar si podía hablar con su marido. Al final había decidido no llamar, porque él diría que la culpa la tenía ella por sacar a las niñas del Convento, y que con las mil quinientas libras semanales que él estaba ganando apenas iban a poder cubrir los costes de una sola hija, y ya no digamos los de las cuatro.

Por el fondo de su mente también revoloteaba un recuerdo de cómo había mirado Lady Clarissa a Wilt durante la comida. A Eva aquellas miradas no le habían gustado nada. Parecía evidente que la señora había encontrado sexualmente atractivo a su marido. Si así era, cuanto antes llegaran Eva y las cuatrillizas a la mansión, mucho mejor. Había advertido a Henry que no quería juegos sucios, y lo había dicho en serio.

Y no es que él fuera muy aficionado al «trato carnal»; ni siquiera le gustaba esa expresión. Afirmaba que era una abominación y se empeñaba en referirse a la corrección política como «la destrucción del idioma inglés». Pasaba lo mismo con la palabra «gay», que Wilt se negaba a utilizar. O sea, que estaba decidido a ser anticuado y a hacer pasar vergüenza a Eva. Ella intentaba contraatacar, pero muchas veces se le había escapado la palabra «sexo» en lugar de «trato carnal» cuando hablaba demasiado deprisa. El caso es que Wilt no era aficionado a aquello, lo llamaran como lo llamaran. Si Lady Clarissa intentaba seducirlo, o comoquiera que fuera la expresión políticamente correcta, se iba a llevar un buen chasco. Seguro que Wilt huía despavorido.

Además tenía que contar con la presencia de Sir George —aunque ¿qué le había contado Wilt? ¿Que ése no era su nombre real?—, quien, según Lady Clarissa, tenía muy mal genio. Seguro que él pondría fin rápidamente a los juegos sucios. Y además, por supuesto, Wilt estaba ganando mucho dinero extra, además de su sueldo de la universidad, y las cuatrillizas y ella, de paso, iban a disfrutar de unas vacaciones gratis en la playa. Eso también les ayudaría a ahorrar. Mucho más animada, Eva terminó de hacer las maletas y las llevó al coche, se tomó una taza de té y preparó unos bocadillos para el camino. Luego, ya de mejor humor, partió hacia el colegio. Pensándolo bien, iba a tener que darse prisa si quería llegar a tiempo a Saint Barnaby’s.

Mientras conducía, trató de decidir qué iba a decirle a la directora para disuadirla de echar a las niñas del colegio. Iba tan absorta en esos pensamientos y en no sobrepasar el límite de velocidad que hasta que llegó a Hailsham no se dio cuenta de

que se había equivocado de carretera ni de que se estaba quedando sin gasolina. Paró en una estación de servicio, llenó el depósito y, después de pagar, preguntó al empleado cómo llegar a East Whyland.

—Se ha desviado usted mucho de ese pueblo. Está prácticamente en Kent.

—¿A qué distancia de aquí?

—A unos sesenta kilómetros, pero por carreteras secundarias. Lo mejor que puede hacer es volver a Heathfield y allí tomar la A265 hacia Burwash. Una vez allí, vuelva a preguntar.

El empleado se volvió hacia el siguiente cliente, mascullando: «La gente que no tiene ningún sentido de la orientación no debería circular por las carreteras. O al menos debería tener el sentido común de llevar un GPS».

Era evidente que no conocía a Henry, quien prefería buscar el camino mediante la alineación de las estrellas en el cielo nocturno que gastarse un montón de dinero en una caja de trucos electrónicos cuando un mapa de carreteras funcionaba igual de bien. Aunque a Eva se le daban fatal los mapas.

Avergonzada, se sentó en el coche y se puso a estudiar el mapa. Seguía sin poder localizar East Whyland. El siguiente problema con el que se encontró fue que tuvo que dar media vuelta para volver a Heathfield, y había una cola de coches que le impedía cruzar hasta el carril opuesto. Transcurrida media hora lo consiguió gracias a un hombre educado que la dejó pasar. De todas formas, entonces Eva quedó una hora más atrapada en el atasco, y no llegó a Heathfield hasta las seis. Torció a la derecha y tomó la A265.

Cuando llegó a Burwash, Eva empezaba a lamentar no haber escuchado a Wilt todas las veces que él había intentado enseñarle a interpretar un mapa, pero de eso hacía muchos años, cuando estaban recién casados y Eva estaba enamorada de su marido. «¿Para qué quiero saber interpretar un mapa? —le decía entonces—. ¿Cómo voy a perderme si no sé conducir?». Y cuando finalmente aprobó los exámenes y se sacó el carnet, Wilt estaba tan exasperado con ella que habría sido mucho más probable que se hubiera dedicado a enseñarle a perderse que a no perderse.

Pues bien, Eva se había perdido. La última vez que había ido al colegio de las niñas, conducía Wilt, y ella iba tan entretenida diciendo a las niñas que dejaran de pelearse en la parte de atrás que no se había fijado en el camino. Paró en el arcén de la carretera y estaba estudiando el mapa sin grandes esperanzas cuando una mujer salió de una casa cercana y caminó hacia ella. Eva salió del coche y lo rodeó.

—Perdone, ¿podría ayudarme? —dijo cuando llegó junto a ella—. Voy al colegio Saint Barnaby's para señoritas, pero me he perdido. Está en East Whyland.

—¿East Whyland? Nunca lo había oído nombrar. Es que yo no vivo aquí. Soy de Essex. He venido a visitar a mi sobrina, y ella sólo lleva un mes viviendo aquí, así que tampoco servirá de nada preguntárselo. Lamento no poder ayudarla.

La mujer se marchó; Eva volvió a consultar el mapa y maldijo al empleado de la estación de servicio de Hailsham. La única solución que se le ocurría era buscar un hotel en Heathfield, y no le importaba que le costara más que un *bed and breakfast*, porque estaba harta de dar vueltas y muerta de cansancio. Y, para colmo, tenía un hambre voraz. Pasaría la noche allí después de llamar por teléfono a Saint Barnaby's para decirle a la directora que se le había pinchado una rueda y que no llegaría hasta el día siguiente. Si encontraba un hotel agradable, podría cenar como es debido y tomarse una copa de vino decente. Con el dinero que estaba ganando Wilt, bien podían permitirse ese lujo.

A la mañana siguiente, provista de unas instrucciones que el portero del hotel había anotado concienzudamente, Eva encontró el colegio y pasó una hora discutiendo enconadamente con la directora, quien le exigió que se llevara inmediatamente a las cuatrillizas de su centro y se planteara seriamente buscar una alternativa.

—¿Qué han hecho esta vez? —preguntó Eva, furiosa.

—¿Que qué han hecho? Mire, permítame decirle que, a menos que se las lleve ahora mismo de aquí, es muy probable que acaben demandándola por los daños infligidos por sus hijas en los vehículos del profesorado y en los edificios del colegio. Si todavía no he llamado a la policía ha sido únicamente porque no quería que las detuvieran aquí, puesto que tengo que velar por la reputación del colegio. Lo único que le digo es que será mejor que tenga usted en cuenta los costes legales si algún miembro del profesorado acaba llevándola a juicio. Hasta ahora he conseguido disuadirlos de que lo hicieran, pero si sus hijas no se van de aquí enseguida, quizá cambien de opinión. Una de mis mejores profesoras ya ha dimitido por culpa de sus hijas. Acabó en el hospital como consecuencia de no sé qué chapuza que le hicieron en el coche. Espero haber expuesto claramente la situación.

Eva dijo que sí y salió del despacho de la directora convenientemente escarmentada. Recogió a las cuatrillizas de la enfermería, donde las habían recluido. Ya empezaba a temer el viaje de regreso.

* * *

Al día siguiente, Sir George parecía estar de un humor ligeramente más afable.

—¿Dónde se ha metido ese hijo tuyo? —preguntó a su mujer durante el desayuno.

—¿Para qué lo preguntas? Apartándose de tu camino, supongo. Me he propuesto que no veas mucho a Edward, por no decir nada. Va a pasar la mayor parte del tiempo estudiando con Henry.

—¿Con quién? Si te refieres a Wilt, te agradecería que lo llamaras por su apellido,

y no por su nombre de pila. Al fin y al cabo, no es más que un sirviente culto. Yo no voy por ahí llamando a mi secretaria Doris o comoquiera que se llame. La llamo señora Bale. Ahora que lo pienso, puedes llamarlo señor Wilt.

Clarissa le lanzó una mirada cargada de veneno.

—Lo llamaré como me apetezca —le espetó—. Todavía estoy esperando que te disculpes.

—¿Que me disculpe? ¿Por qué, si puede saberse?

—Por ser tan desagradable conmigo respecto a mi tío. Sigo sin entender por qué los miembros de mi familia no pueden ser enterrados aquí. Soy tu mujer, ¿no?

—Así es, desgraciadamente. Pero dejarás de serlo si sigues por ese camino.

Permanecieron en silencio; sólo se oía a Sir George masticando la tostada quemada que había untado con montones de mantequilla.

—Qué modales tan lamentables —comentó Clarissa—. Menos mal que no está el profesor particular de Edward y no puede oírte. Por cierto, ¿dónde está?

—En la cocina, por supuesto. Allí es donde come la señora Bale.

—En ese caso, desayunaré en mi habitación para que puedas hacer el cerdo a tus anchas. Al fin y al cabo, a mí también me tratas como a una sirvienta.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta. Detrás de ella, Sir George masculló:

—Adiós y buen viaje. Por mí, te puedes ir a desayunar al cubo de la basura.

Lady Clarissa se volvió hacia él y dijo:

—Si hay en esta casa alguna basura, es eso que te estás comiendo. Tiene una pinta lo bastante mortal para hacerte acabar en la morgue. ¡Ése sí que sería un buen final para ti! —Y se marchó dando un portazo.

Sir George fue al aparador y se sirvió otra ración de grasiento beicon del calientaplatos. Las únicas nubes que veía en el horizonte eran las de los familiares de Clarissa. Por nada del mundo iba a permitir que enterraran a aquel viejo insoportable en los terrenos de la familia Gadsley. Y en cuanto al retrasado del hijo de su mujer… Si alguien había robado las llaves del armero tenía que ser Edward. Menudo imbécil. A Wilt iba a costarle lo suyo meter a aquel patán en Cambridge. Bueno, Sir George no pensaba tener al chico molestando en la mansión mucho más tiempo, eso seguro. Estaba decidido a hacerle la vida imposible al pequeño Eddie para que se mantuviera alejado de su padrastro o, mejor aún, para que se buscara un empleo y se marchara de una vez por todas de la mansión. Pero ¿quién iba a ofrecerle un empleo? Sir George analizó el problema y llegó a la conclusión de que su hijastro quizá pudiera trabajar vaciando cubos de basura. Estaba riéndose por lo bajo de esa idea cuando la señora Bale entró en la habitación y le recordó que tenía que ver un caso al cabo de veinte minutos.

—¿Cuál es la acusación? —preguntó.

—La del taxista al que unos borrachos se negaron a pagar y dieron una paliza después de que los llevara a su pueblo.

—Ah, ya sé. Lo multaré por alteración del orden público.

—¿Multar al taxista? ¿Por qué no multa a los gamberros borrachos? Al fin y al cabo, fueron ellos quienes empezaron.

—Usted no entiende la patética debilidad del sistema legal del siglo XXI. No hay suficientes cárceles, y no nos dejan utilizar las celdas policiales como cárceles porque cuestan demasiado dinero. Es mucho mejor y más económico enseñar al taxista a que, en adelante, no permita que los borrachos suban. Cuando vea que lo condeno no protestará: se considerará afortunado por no haber acabado en prisión. Debería conocer usted a los otros miembros de la judicatura. ¡Son más blandos que un higo! En fin, tráigame la chaqueta, por favor.

La señora Bale dio un suspiro y salió de la habitación preguntándose por qué trabajaba de secretaria de Sir George. Su difunto esposo solía citar una máxima: «Los jueces son gilipollas»; pero si había que juzgarlos tomando como ejemplo a Sir George, eran mucho peores: estaban locos de remate. Cogió su gabardina y esperó a que Sir George bajara al garaje. Como siempre, pulsó los botones y le abrió las puertas automáticas.

* * *

Lady Clarissa y Wilt estaban en la casita de invitados. Esa mañana, Wilt había pasado tres horas intentando enseñarle a Edward los conceptos básicos de la historia europea del siglo XX, pero había comprobado que el chico era tan corto y lerdo como él temía. La única contribución que había hecho a la clase de la mañana había sido establecer una absurda conexión entre la Primera Guerra Mundial y el polaco que limpiaba las ventanas de la mansión, y al ver que no regresaba después de una interrupción para ir al baño, Wilt había decidido dejarlo para otro día.

Wilt había intentado mencionarle el tema a Lady Clarissa, pero ella se había negado a escucharlo y lo había arrastrado hasta la casita de invitados. Wilt temió lo peor, sobre todo cuando ella intentó cogerlo del brazo, lo que llevó a una serie de torpes movimientos de ambos, pues él fingió no darse cuenta de lo que ella pretendía. Pero después de ese único intento Lady Clarissa dejó las manos quietas y Wilt se preguntó si habría desistido, después del desengaño que se había llevado en su dormitorio. Eso esperaba Wilt, desde luego. Ya tenía suficiente con pararle los pies a Eva, y sólo le faltaba tener que vérselas con otra ninfómana. Siguieron caminando en silencio.

—Quiero estar segura de que a su mujer le gustará esto —explicó la señora, y se sacó la llave de la casita del bolsillo—. No quisiera que se sintiera sola.

Wilt decidió no mencionar a las cuatrillizas. Las probabilidades de que Eva se sintiera sola mientras sus hijas estuvieran por allí eran equivalentes a las suyas de que le tocara la lotería y se retirara a España convertido en millonario. Es decir, nulas: la última vez que había comprado un número de lotería había sido cuatro años atrás, y Eva se había puesto hecha un basilisco y lo había acusado de irresponsable y ludópata.

—Estoy seguro de que no se sentirá sola. Durante el curso, paso todo el día fuera de casa —dijo.

—Por supuesto. Pero la mansión puede ser un sitio triste. Condenadamente triste, se lo aseguro.

Clarissa se sorbió la nariz, y Wilt hizo como si mirara el suelo mientras esperaba a que ella volviera a atacar.

—¿Qué le parece si, después de inspeccionar la casita, me enseña dónde estaba aparcada esa caravana que vio? Me dijo que esa mujer era bajita y muy gorda. Creo que sé quién es.

Entraron en la casita, que estaba construida con los mismos ladrillos de color claro de los muros del jardín. La rodeaban una estrecha franja de césped y un pequeño jardín con rosales y malvarrosas, bordeado de lavanda.

—Antes era la casa del jardinero —aclaró Lady Clarissa—, pero ahora la utilizo para alojar a las visitas a las que no les resulta agradable la compañía de mi marido. Francamente, yo también lo encuentro insoportable la mayor parte del tiempo. Su pasión por la comida lo va a llevar a la tumba, y no puedo decir que vaya a lamentarlo mucho el día que eso suceda. Quizá le parezca demasiado dura, pero trata a Edward con verdadera crueldad. —Consultó su reloj—. Bueno, ahora debe estar haciendo de las suyas en el juzgado, así que podemos aprovechar para ir a ver a esa especie de campista.

—Entonces, ¿dónde vive ahora el jardinero?

—Ah, en el pueblo. No lo sé exactamente. Se sentía muy solo aquí después de la muerte de su esposa, y estaba demasiado lejos de su pub favorito. Ahora viene una empresa a cortar el césped; esto es demasiado grande para el pobre viejo. Bueno, ¿qué le parece la casita?

—Me parece una alternativa maravillosa a vivir en la India.

—No sabía que hubiera vivido usted en la India.

—No, no conozco la India, aunque es como si hubiera estado allí. Me refería a la mansión.

Clarissa rió.

—Yo procuro no mirar siquiera la fachada de la casa. Siempre entro por la parte trasera, donde aparcamos los coches. Sir George dice que la fealdad del edificio ahuyenta a los ladrones. El foso y el puente levadizo también ayudan, desde luego.

—Y las armas.

—¿Se refiere al cañón o a las escopetas y pistolas que hay en el armero?

—Me refería al armero. Nunca había visto tantas armas juntas. Aunque supongo que los cañones también acobardan lo suyo.

—A George le encanta alardear de sus armas; seguramente quería impresionarlo con ellas. Pero le advierto que no le faltan enemigos reales. Personas inocentes a las que ha impuesto penas de prisión. Eso le encanta. Tampoco le gustan los cazadores furtivos ni los intrusos. De hecho, hay un montón de gente a la que le gustaría verlo muerto. Se lo digo muy en serio: yo en su lugar no me pasearía por el bosque de noche mientras esté aquí. Podrían confundirlo con George.

—Lo tendré en cuenta.

Salieron de la casita y echaron a andar por el bosque, donde vieron las huellas de neumáticos de un vehículo pesado, conservadas en una polvorienta pista sin asfaltar que había a la derecha. Lady Clarissa se llevó un dedo a los labios y susurró:

—No se mueva. Voy a bajar yo sola. Si no me equivoco, cerca de aquí hay un claro. Seguro que es allí donde mi marido ha instalado a esa fresca.

Se quitó los zapatos y se los dio a Wilt, que la vio avanzar en silencio por la pista. Al cabo de un rato, se sentó bajo un árbol lamentando haberse dejado meter en aquel lío. Hasta esforzarse por superar la estupidez de Edward era preferible a verse mezclado en los *affaires* de los Gadsley. Y estaba seguro de que la palabra «affaires» era la más exacta.

Lady Clarissa tardó veinte minutos en volver; se calzó y guió a Wilt hasta la mansión. Entonces dijo:

—Tal como me imaginaba: es Philly. Lo que no sabía es que había una puerta en el muro del jardín por la que se accede a los terrenos de pastoreo que hay al otro lado. Así es como ha entrado en el bosque. Bueno, como seguro que tendrá que salir tarde o temprano, voy a ir al pueblo a comprar un buen candado para asegurarme de que no pueda. Si le apetece, puede acompañarme.

—Prefiero quedarme aquí. Tengo que revisar unos datos sobre la carrera armamentística del siglo XX —alegó Wilt; no tenía ni idea de quién era Philly, y prefería no saberlo. De hecho, lo único que quería era permanecer al margen de lo que estuviera pasando. Y desde aquel último encuentro estaba decidido a no quedarse atrapado en espacios cerrados con Lady Clarissa—. ¿Le importa que vuelva a la mansión? Me gustaría llamar por teléfono a Eva para decirle las ganas que tengo de verla. —Wilt sabía que si le decía eso a su mujer, ella pensaría que se le habían cruzado los cables. O eso, o que estaba borracho.

—Como si estuviera usted en su casa. —Lady Clarissa recogió su bolso y fue hacia el coche.

Wilt la vio alejarse y se encaminó hacia la casa. A medio camino, oyó una fuerte

detonación y, por un angustioso instante, pensó que se acercaban los enemigos de Sir George; pero entonces comprendió que era el Jaguar, que petardeaba al subir por el camino. Cuando entró en la casa, tropezó con la señora Bale, que salía del estudio de Sir George.

—Iba a llamar a mi mujer para ver si ya ha vuelto del colegio de Sussex —explicó Wilt—. Ha ido allí a recoger a nuestras hijas.

—Si quiere un consejo, mejor será que la haga venir cuanto antes. La señora se comporta de forma extraña. Está…, bueno, si fuera un animal, diría que está «en celo». No sé si me explico. Y no se lo reprocho. El jefe también tiene una amante.

—¿En serio? No será una mujer gorda y bajita, ¿verdad? —preguntó Wilt, a quien empezaba a caerle bien la señora Bale por su buena disposición a aclarar los misterios de la familia.

—Como solía decir mi difunto esposo: «En boca cerrada no entran moscas».

Sonrió con coquetería a Wilt y entró en la cocina. Wilt decidió llamar a Eva más tarde y siguió a la señora Bale.

Mientras empezaba a preparar la comida, ella dijo:

—Si busca a Edward, lo encontrará en el estudio. Se va derechito allí cada vez que se marcha Sir George.

—¿Y qué demonios hace en el estudio? Dudo que se dedique a revisar los papeles del viejo. ¿Qué puede haber allí que le interese?

—Las armas, por supuesto —contestó la señora Bale arqueando las cejas—. Le apasionan esas cosas horribles.

—Pero Sir George debe tener otro candado para el armero, ¿no? No creo que sea conveniente dejarlo abierto. Eso debe ser ilegal, ¿no? Las armas…

—Ya, pero ¿quién representa a la ley por estos lares? Pues Su Majestad, y si usted cree que deja entrar a la policía en su estudio para comprobar la seguridad de sus armas, se equivoca. Además, si necesitan una orden judicial o algo parecido, siempre lo llaman antes de venir.

—En ese caso, creo que no iré al estudio todavía. Las armas no me interesan lo más mínimo. —Wilt hizo una pausa y entonces decidió lanzarse—: ¿Qué opina usted realmente de Edward?

—No tiene dos dedos de frente. O mejor dicho, ni uno. Lo expresaré de otra forma: si yo hubiera sabido que iba a tener un hijo así, habría abortado. Y no soy partidaria del aborto, así que imagínese. Por suerte, yo sólo tuve una hija. Es madre soltera, pero eso es mejor que estar casada con un gilipollas fachendoso, y le ruego que disculpe mi lenguaje. Creo que la señora comentó que usted también tiene hijas, ¿no es así?

—Sí, así es —confirmó Wilt, y se disponía a añadir que preferiría tener una docena de hijas que fueran madres solteras a los cuatro demonios que por desgracia

había engendrado, cuando por encima del hombro de la señora Bale vio que se abría la verja trasera y que el Jaguar entraba por ella—. Veo que Lady Clarissa ha terminado sus compras. Creo que desapareceré del mapa un rato.

Se escabulló hacia la biblioteca y fingió buscar un libro. Había dejado la puerta entreabierta para oír lo que diría Lady Clarissa en el pasillo cuando descubriera dónde estaba su hijo. No tuvo que esperar mucho. Tras un apresurado diálogo con la señora Bale en la cocina, Lady Clarissa corrió por el pasillo y entró en el estudio.

—¡Pero, Edward! ¿Cuántas veces te he dicho que no entres aquí y que no juegues con esas horribles armas? Si se enterara George, se pondría furioso. ¿Por qué nunca me haces caso? —gritó Lady Clarissa.

—Porque me gustan las armas y él no me deja tener las mías.

—Mira, guarda ahora mismo esa cosa en el armero. ¡Y deja de agitarla así! Podría estar cargada.

—No la agito, apunto con ella por la ventana, y claro que está cargada. ¿Qué sentido tiene tener una escopeta sin una bala en el cañón?

—Bueno, pues descárgala ahora mismo y sal de aquí.

Al pasar los dos frente a la puerta de la biblioteca, Wilt se preguntó qué demonios iba a hacer. Ahora comprendía que el ruido que había tomado por el petardeo de un coche cuando volvía a la casa era, casi con toda seguridad, el disparo que Edward había hecho apuntándolo a él, y apostaba algo a que el chico había hecho caso omiso de la orden de su madre de descargar la escopeta. A Wilt, desde luego, no le atraía la perspectiva de pasarse el verano tratando de dar clases particulares a un muchacho retrasado que, evidentemente, estaba mucho más interesado en disparar por la ventana con escopetas cargadas que en preparar su examen. La Historia quedaba definitivamente descartada, o, al menos, daba la impresión de que Wilt tendría que concentrarse únicamente en las batallas si pretendía que el chico le prestara atención.

¿Y Eva y las cuatrillizas? No le preocupaba su seguridad —ellas sabían cuidar muy bien de sí mismas—, pero la combinación de sus hijas y Edward, un loco de las armas, le producía pavor. Tendría que llamar a Eva y avisarla de que no fuera a la mansión. Por otra parte, no podía telefonear desde allí, porque sin duda alguien oiría la conversación. A menos que la señora Bale consiguiera meterlo en el cuarto de baño privado de Sir George, y Wilt no estaba seguro de que ése fuera un riesgo que mereciera la pena correr. No, tenía que bajar al pueblo y llamar desde allí. No podía salir por la verja de la parte trasera de la maldita casa, porque quedaba a la vista de cualquiera que estuviera en la mansión. Así que tendría que tomar aquel terrible camino que atravesaba el bosque y que tan alarmante le había parecido cuando lo había recorrido con el taxi. No le quedaba otro remedio.

* * *

Wilt cruzó el puente levadizo, torció a la izquierda, y diez minutos más tarde caminaba con mucho cuidado por las cerradas y peligrosas curvas que le habían hecho cagarse de miedo el día de su llegada. En dos ocasiones oyó disparos a lo lejos, y pasó unos largos minutos en una cuneta después de que un campesino se le cruzara de improviso, matándolo casi del susto. Tras perderse varias veces al tomar desvíos equivocados, tardó tres cuartos de hora en llegar a la carretera principal, y, agotado, consiguió por fin llegar al pueblo más cercano.

La primera cabina telefónica que encontró se había convertido en una cosa que sólo enviaba correos electrónicos, y la segunda la habían destrozado los gamberros. Hacia media tarde, Wilt empezó a preguntarse si sería el único habitante del planeta que no tenía teléfono móvil; pero al final encontró una cabina que funcionaba, aunque sólo aceptaba tarjetas de crédito, y no las monedas de diez peniques que él, optimista y previsor, se había metido en el bolsillo. Pasó al menos quince minutos tratando de contactar con el teléfono móvil de Eva, pero no obtuvo respuesta.

Al final, Wilt se cansó y decidió buscar un pub. Hacía calor, y necesitaba urgentemente una copa —a ser posible, varias— y algo de comer. Se bebió una cerveza; luego pidió otra y unos sándwiches de jamón. La camarera se marchó y volvió enseguida con unos gruesos sándwiches de pan blanco en un plato.

—Usted no es cliente habitual —comentó después de llevarle la segunda cerveza —. ¿Está de paso?

—No exactamente. Trabajo en la mansión. Es un sitio extraño.

—¡Y que lo diga! Antes mi padre les llevaba brandy, pero ahora ya no se acerca por allí. Será mejor que tenga cuidado… No quiero decir nada más.

—¿Por qué no? —preguntó Wilt, pero acababan de entrar dos clientes en el pub, y la camarera fue a atenderlos, y después de servirles las cervezas se quedó charlando con ellos. Wilt se terminó los sándwiches y cruzó la puerta cuyo letrero rezaba «Lavabos», donde orinó para liberar a su vejiga de la cerveza, calculando que ésta había tardado unos veinte minutos en recorrer todo su cuerpo. Cuando salió, había media docena de clientes en la barra, y la camarera estaba ocupada. Wilt sacó un billete de cinco libras y le hizo señas indicando que quería pagar.

—También tiene los sándwiches —dijo ella mientras pulsaba las teclas de la caja —. En total son siete libras noventa.

Wilt le dio tres libras más y le dijo que podía quedarse el cambio. La camarera lo miró con cierto desdén y le devolvió la moneda de diez peniques, agregando que, por su aspecto, se notaba que él los necesitaba más que ella.

—Bueno, no me ha contado por qué no le gusta ir a Sandystones Hall —le recordó Wilt mientras se guardaba la moneda en el bolsillo.

—Esa gente me pone los pelos de punta. Están todos… Bueno, no quiero hablar más de la cuenta. Al fin y al cabo, usted trabaja para ellos.

—¿Chiflados? —sugirió Wilt, y echó un discreto vistazo al bar, como si no quisiera que los oyeran.

—Bueno, podríamos decirlo así —concedió la mujer—. ¿Por qué me lo pregunta?

Sin saber muy bien por qué, Wilt adoptó acento *cockney* al contestar:

—Bueno, me han contado cosas. En fin, no creo que pida trabajo fijo allí.

—No se lo reprocho. Yo, en su lugar, me largaría de esa casa en cuanto pudiera. Sólo es un consejo, y además es gratis. —Miró con desprecio a Wilt, que tuvo la gentileza de sonrojarse.

La camarera se desplazó por la barra y fue a atender a un cliente que acababa de entrar y que sin duda parecía mucho más prometedor. Wilt dio un último sorbo de cerveza. Cuando se la hubo terminado, volvió a la cabina telefónica e intentó llamar a Eva, pero ella seguía sin contestar. Wilt miró la hora y vio que era más temprano de lo que creía, pero decidió no seguir llamando, porque estaba harto de intentar hablar con su mujer. En cierto modo, había desaprovechado el día; pero ése era un problema sin importancia comparado con su verdadera preocupación: la peligrosa combinación de Eva, las cuatrillizas y un Edward armado hasta los dientes. ¿Cómo demonios podía solucionarlo? Eva los había metido en aquel lío, desde luego, con la única intención de seguir llevando a las niñas a aquel maldito y carísimo colegio y así poder satisfacer su inherente esnobismo. ¿Por qué no se relajaba y dejaba que ella solucionara la situación?

Para entonces, Wilt volvía a estar en el camino sinuoso y lleno de maleza de la mansión. De pronto se paró y se agachó detrás del tronco de un roble enorme. Había visto a Edward un poco más allá, después de un recodo del camino. El muy capullo llevaba una escopeta, pero por suerte no miraba hacia donde estaba Wilt, sino hacia el bosque del otro lado del camino. Unos momentos más tarde, Wilt oyó un disparo y algo que caía al suelo con un ruido sordo. Atisbó con cuidado asomándose por detrás del tronco del árbol y vio a Edward caminando hacia la pobre criatura que evidentemente acababa de abatir. Wilt confiaba fervientemente que no fuera aquella tal Philly, aunque Lady Clarissa quizá no pensara lo mismo, por supuesto.

No esperó más y echó a andar en diagonal hacia la mansión alejándose de Edward, con la esperanza de que las agujas de pino que cubrían el suelo amortiguaran el ruido de sus pasos. Pasados veinte minutos, salió del bosque y llegó a un pequeño sendero que conducía hasta la parte trasera de la casa. Plantado allí, vio cómo la enorme verja metálica empezaba a abrirse lentamente hacia fuera. Wilt se puso a gatas y se desplazó hacia el extremo más alejado de la verja, ocultándose detrás de ella.

19

Cuando el Bentley de Sir George pasó por delante de Wilt y empezó a cerrarse la verja, Wilt cruzó el patio por detrás del coche y entró en el garaje, donde permaneció un rato escondido. Lo único que tenía que hacer era llegar a la puerta trasera, y ya estaría a salvo dentro de la casa. Pero seguro que aquel viejo diablo se pondría hecho una fiera al enterarse de que faltaba una de sus escopetas, y debía de haber oído los disparos al llegar con su coche. Wilt se sacudió los pantalones lo mejor que pudo, subió los escalones que conducían a la cocina y salió al pasillo por donde se llegaba a la parte principal de la casa. Lo único que quería era llegar a su habitación y adecentarse un poco, pero para eso tenía que pasar por delante de la puerta del estudio. Bueno, no había más remedio. Echó a andar y encontró a Sir George plantado en el umbral con un vaso en la mano. Su actitud no habría podido ser más jovial.

—Pase y tómese un whisky. Juraría, por su aspecto, que lo necesita. Ha estado tratando de esquivar los disparos de Eddie, ¿verdad?

Wilt asintió y se dejó caer en la butaca más cercana.

—Podríamos expresarlo así, sí —confirmó. El juez de paz le sirvió un whisky escocés sin hielo y se lo ofreció; a continuación se sentó enfrente de Wilt—. ¿Le ha disparado al azar ese joven cabronazo?

—No, por suerte lo he visto antes de que él me viera a mí. Pero le ha dado a algo. A algo pesado, a juzgar por el ruido que ha hecho al caer —contestó Wilt, sorprendido de lo relajado que parecía Sir George pese a saber que su hijastro corría por la finca disparándole a cualquier cosa que viera moverse.

—Seguramente se habrá escapado algún ciervo o algún jabalí de una granja cercana donde los crían. De vez en cuando se cuela alguno en el bosque. Pero, bueno, por algo se empieza. La próxima vez, con un poco de suerte, le dará a un ser humano. —Sir George sonrió pensando en esa posibilidad y le guiñó un ojo a Wilt, que en ese momento estaba dando un sorbo de whisky y se atragantó—. Si quiere que le dé un consejo —continuó Sir George, y cogió la licorera—, quédese en la casa cuando el pequeño Eddie salga a deambular por ahí. Aunque pronto se le van a acabar los paseos, porque el día menos pensado va a matar a alguien. —Y pese a las protestas de Wilt, que no quería más whisky, Sir George le llenó el vaso casi hasta el borde y luego volvió a llenar el suyo—. Verá, le he puesto una tentación irresistible en el camino dejando el armero abierto. ¡Salud!

Hizo una pausa y luego empezó a explicarse:

—La idea me la dio usted cuando se marchó corriendo y dejó el armero abierto. Si ese bruto dispara y mata a algún pobre desgraciado, será un placer para mí detenerlo y enviarlo a que lo procesen. Con suerte, al Old Bailey, el Tribunal Penal

Central.

Volvió a coger la licorera. Wilt sacudió la cabeza, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Como usted quiera. Bien, como le iba diciendo, nunca he aprobado el sistema judicial moderno. Cuando mi padre era juez de paz, colgaban a los asesinos por el cuello hasta que morían. Vale, abolieron la pena de muerte, y eso me parece correcto, porque de vez en cuando descubrían que un pobre diablo era inocente cuando ya era demasiado tarde. Entonces sustituyeron la pena de muerte por la cadena perpetua, que resultaba mucho mejor por tres razones. La primera era que ya no había ninguna posibilidad de que condenaran a un inocente a la horca. La segunda, que una cadena perpetua significaba, en teoría, el encarcelamiento hasta el momento de la muerte, con trabajos forzados incluidos. Trabajo del duro, como partir rocas y picar canteras. Eso no le hacía ningún daño a nadie, se lo aseguro. Y la tercera, que es la mejor de todas, ¡porque la horca era demasiado rápida, maldita sea! En cambio, los tipos que pasaban el resto de sus días en la cárcel tenían mucho, muchísimo tiempo para arrepentirse de sus crímenes.

»Las cosas no se torcieron hasta que llegó esa pandilla de remilgados. ¿Qué significa hoy en día “perpetua”? Nada. La mayoría de las veces sólo son doce o quince años, y con eso que llaman buen comportamiento, esos canallas pueden estar en la calle después de ocho años o incluso menos, y ésa es la causa principal de que haya tantos asesinos sueltos.

Volvió a coger la licorera. Wilt aprovechó el silencio momentáneo para pensar algo que responder a aquella diatriba, pero Sir George todavía no había terminado.

—Respecto a este maldito gobierno… Se gastan millones en cosas como submarinos y en hacer una guerra que no tiene nada que ver con nosotros, pero en cambio no tienen dinero para construir suficientes prisiones. Este país se ha venido abajo. Dan ganas de perderse en una isla desierta.

Sir George fue tambaleándose hasta su escritorio y se puso a mirar unos documentos. Wilt no tenía ninguna intención de provocar otro arrebato. Oyó a Lady Clarissa y a la señora Bale hablando en la cocina. Salió de puntillas del estudio y subió la escalera, pero prescindió de la dudosa seguridad de su dormitorio y prefirió encerrarse en el cuarto de baño que había enfrente. No le apetecía seguir hablando con la señora de las probabilidades de que Edward entrara en Cambridge. Eran nulas, evidentemente. Tenía tantas posibilidades de aprobar el examen de acceso como de volar. De hecho, era increíble que pudiera escribir siquiera su nombre. Wilt echó el cerrojo de la puerta y apagó la luz por si Lady Clarissa subía a buscarlo.

No le había gustado nada el comentario de la señora Bale de que su anfitriona estaba «en celo». Bueno, en realidad lo incomodaba toda la situación en general. En cuanto Edward hubiera guardado la escopeta en el armero, Wilt tenía intención de

averiguar qué quería hacer realmente aquel condenado muchacho. Por otra parte, se alegraba de haberse llevado aquellos vídeos sobre Verdún y la batalla del Somme. Quizá con ellos consiguiera atraer la atención del chico a corto plazo, pues la masacre sistemática seguramente le interesaría. Y, sobre todo, Lady Clarissa tendría la impresión de que el gilipollas de su hijo estaba recibiendo clases particulares.

Wilt esperó media hora y, sin hacer ruido, bajó por la escalera trasera hasta la cocina. Tras comprobar que la señora Bale estaba sola, le preguntó en un susurro dónde estaba Lady Clarissa, y se enteró de que se estaba atiborrando de *dry martinis* en su habitación.

—Aquí tiene la cena —dijo el ama de llaves, y le puso delante un plato de pollo frío y ensalada—. A la señora le llevaré la suya cuando grite. Está de mal humor porque su novio, el del garaje, todavía tiene la gripe, aunque seguramente eso será sólo una excusa, todo el mundo sabe que está harto de follar a todas horas y de no poder beber, los fines de semana, porque tiene que llevarla con el coche. A mí no me gustan los cotilleos. Y aunque la señora, en el fondo, se alegra de que su tío haya muerto, creo que también se siente un poco culpable. Estoy convencida de que se quedará dormida sin haber cenado nada.

—Lo que pasa es que es alcohólica —comentó Wilt.

La señora Bale sonrió.

—Y ninfómana. ¡Por eso le ha echado el ojo! Ya le dije yo que estaba en celo. Verá, el viejo no puede ayudarla en ese sentido, porque la encuentra demasiado delgada, y además él también bebe como un cosaco. Y come unas porquerías espantosas. Él jamás se comería nada como eso a menos que el pollo estuviera relleno de algo y fuera acompañado de patatas fritas en grasa de cerdo.

—Qué horror. Pues mire, será mejor que la señora no intente nada conmigo. —Wilt consideró oportuno no mencionar a la señora Bale el encuentro que ya había tenido con Lady Clarissa—. Eva, mi mujer, la mataría. Ya me ha avisado de que no quiere ni oír hablar de «juegos sucios». Lo que todavía no me explico es por qué sigue usted aquí.

—Como ya le dije, desde que murió mi marido apenas tengo ingresos. Lo único bueno que puedo decir de los Gadsley es que, como son ricos, me pagan bien. Por eso aguanto su mala educación. Además, y pese a todo, le tengo cierto cariño a la señora. Quizá sea por cómo murió su primer marido…, o, mejor dicho, por cómo murió el mío. Lleva una vida muy triste, créame.

—Estoy deseando hablar con Eva para decirle que no venga a esta casa de locos, pero no quiero que me oiga ninguno de los dos.

—Entonces, ¿por qué no usa el teléfono del cuarto de baño privado de Sir George? Si quiere, puedo abrírselo y vigilar por si viene alguien.

Pese a sus recelos, Wilt aceptó la proposición de la señora Bale.

Después de cenar, se encerró en el cuarto de baño privado de Sir George, que estaba equipado con un teléfono y un ordenador, tal como le habían prometido, y también con un gran archivador cerrado con candado. Wilt vio, horrorizado, que las paredes estaban forradas con dibujos obscenos de mujeres obesas haciendo cosas que no quiso ni imaginar. Pensó que iba a resultarle difícil hablar con Eva desde allí, rodeado de unos dibujos tan espeluznantes. Pero se preocupaba en vano, porque, una vez más, Eva no contestó el teléfono.

Salió del cuarto de baño y le dio las gracias a la señora Bale con un ademán. Se dirigió al recibidor y abrió la puerta principal; se quedó de pie en el puente levadizo y contempló, pensativo, la capa de verdín de la superficie del foso. ¿Dónde demonios se había metido su mujer? Estaba anocheciendo; seguro que ya había recogido a las cuatrillizas.

Decidió esperar en los escalones de la puerta a que volviera Edward. Quería hacerle una pregunta muy importante. Al poco rato vio al chico cruzar el jardín, balanceando con descuido la escopeta que llevaba en una mano, y con la otra metida en el bolsillo trasero del pantalón. Wilt empezó a retroceder con cautela hacia el interior de la casa.

—Tranquilo, no pasa nada. Este cacharro no tiene recámara y me he quedado sin munición. Le he dado a un jabalí o algo parecido, pero no lo he matado. No he podido verle la cabeza. Pero lo he abatido, eso seguro. Creo que le he dado en una pata.

Wilt salió de nuevo al puente levadizo.

—¿Por qué no dejas esa sucia escopeta en el armero? Si tu padre te encuentra con ella, se va a armar la gorda. Además, quiero preguntarte una cosa.

—¿Qué pasa, le dan miedo las armas? Además, no está sucia. Siempre las limpio antes de devolverlas a su sitio.

Edward entró en la casa —Wilt supuso que había ido al estudio—, y cuando regresó, todavía iba balanceando la escopeta junto al costado.

—¿Qué quería preguntarme?

—Esto, sencillamente: ¿quieres ir a la universidad? Porque si quieres…

—Claro que no. Eso ha sido idea de mi madre. Ya lo pasé bastante mal en el colegio, salvo por el deporte. Boxeaba bastante bien hasta que me prohibieron hacerlo porque decían que me pasaba con los pequeños. No, para mí la universidad es el infierno. Ya sé que ella se pasa el día gimoteando por eso, pero nunca conseguiré entrar.

Wilt dio un suspiro de alivio.

—Al menos eres sincero —dijo—. Entonces, ¿a ti qué te gustaría hacer para ganarte la vida?

—Entrar en el ejército. Al fin y al cabo, tengo buena puntería, y supongo que los

Comandos me aceptarán. He estado practicando el rappel, y la natación contracorriente en el río Teme a su paso por Ludlow. También hago carreras de fondo. No me interesa entrar en un regimiento de esos finos; a mí me interesa la acción de verdad. Y matar a gente.

Wilt tiró la toalla. Si Edward quería ser soldado en algún regimiento, no iba a ser fácil impedírselo, aunque daba la impresión de que sus motivos merecían ser examinados minuciosamente. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que Lady Clarissa iba a pagar para que le dieran clases particulares, al menos él tenía que aparentar que se ganaba el sueldo. Wilt informó al chico de que tener aprobados un par de exámenes de acceso a la universidad quizá le ayudara a asegurarse una plaza en la unidad de Comandos. La verdad era que no estaba muy seguro de qué requisitos pedían los Comandos. Lo único que le importaba era conseguir interesar lo suficiente a Edward para que dieran algunas clases. Tenían que hacer ambos lo que fuera para aguantar unas semanas, y así Eva podría hacer sus vacaciones con las cuatrillizas y Wilt podría ganar unas cuantas libras para ir tirando hasta que se le ocurriera la forma de seguir pagando los costes del colegio.

—Vale —dijo—, vamos a ver qué temas te interesan, y así podré preparar un programa diario de trabajo.

—¿Cómo? ¿Ahora?

—Sí, ahora —contestó Wilt con firmeza—. Antes de que vuelvas a desaparecer. Pero, primero, baja esa escopeta, por favor. Aunque no esté cargada.

Edward se sentó junto a un pequeño escritorio, pero dejó la escopeta a su lado y no quitó el dedo del gatillo. De vez en cuando seguía apretándolo, y cada vez que oía el clic, Wilt daba un respingo.

—¿Qué sabes de la guerra de las Malvinas? ¿Y de la guerra del Golfo?

—Eh, que yo veo la tele.

—¿Y de la Segunda Guerra Mundial?

—De ésa sé mucho. Era Alemania contra Inglaterra, y murieron muchos judíos, quizá dos millones —declaró Edward, orgulloso de poder presentar semejante estadística.

—Bueno, en realidad en la guerra murieron más de seis millones de judíos, y a medida que avanzaba, casi todos los países importantes del mundo se aliaron con Gran Bretaña contra Alemania —lo corrigió Wilt, disimulando su desesperación. ¿Cómo demonios iba a meterle algún conocimiento en el cerebro a aquel mocoso homicida, y cómo iba a poder convencer a Lady Clarissa de que se había ganado el sueldo? Probó con otra táctica—. ¿Por qué no hacemos otra cosa, Edward? ¿Por qué no me cuentas tú lo que crees que sabes?

—Sé mucho de Bravo Dos-Cero.

—¿Bravo Veinte? —Wilt frunció el entrecejo. Nunca había oído hablar de ese

conflicto.

—¿Bravo Veinte? —preguntó Edward, extrañado—. Eso no me suena de nada… Yo sólo sé de Bravo Cero Dos. ¿O era Cero Bravo Dos? Da igual, pero demuestra lo anticuado que está usted. Entre nosotros dos hay una brecha generacional. ¿Por qué no se pone al día y luego volvemos a charlar? Entretanto, practicaré un poco más mi puntería. Es incluso mejor hacerlo por la noche, cuando no se ve nada. ¡Hasta luego!

Y Edward se marchó silbando, con la escopeta apoyada en un hombro.

Wilt sacudió la cabeza con pesimismo. Tenía la impresión de que su alumno se había aprovechado de él, y con mucho descaro. Pero, bueno, de todas formas, era un caso totalmente perdido. Lo único que tenía que hacer Wilt era pasar unas horas con el chico, dejar que lo vieran ganándose el sustento. No había ninguna posibilidad de que volviera a visitar aquella casa. Y, en cuanto a Bravo Veinte, ni siquiera pensaba tomarse la molestia de averiguar qué era. Seguro que Edward lo había soñado después de leer alguna revista bélica.

* * *

Eva también lo estaba pasando mal, aunque esta vez no se había perdido. Ni se había quedado sin gasolina. Pero para evitar que la aplastara un camión enorme que circulaba a mucha más velocidad de la permitida al tomar una curva cerrada por el carril contrario de la calzada, había tenido que apartarse hacia el arcén, había subido por un terraplén, había atravesado un seto y había pasado por encima de una zanja, yendo a parar a un campo de trigo, donde el coche no podía verse desde la carretera. Las cuatrillizas se habían puesto a chillar, asustadas, y se habían comportado como si aquello fuera el fin del mundo, pero nadie había resultado herido.

Mientras trataba de no hacer caso de los tacos y los chillidos de sus hijas, Eva había intentado poner el coche en marcha, pero sin éxito. Metió la mano en el bolso para coger su teléfono móvil, y cuando por fin lo encontró, debajo del asiento trasero, descubrió que no funcionaba. Las niñas se habían pasado todo el viaje enviando mensajes —era un misterio a quién, porque al parecer no tenían ni un solo amigo— y en consecuencia, la batería estaba completamente agotada.

Haciendo caso omiso de las protestas de las cuatrillizas, las cuales aseguraban que si les permitieran tener sus propios teléfonos móviles sabrían calcular mejor la duración de la batería, Eva las obligó a salir del coche y las hizo seguirla hasta la carretera; se coló por la brecha que el coche había abierto en el seto y se quedó esperando a que pasara alguien y la ayudara. Por desgracia, no era una carretera muy transitada. Pasada media hora, apareció el primer coche, que pasó de largo sin verlas: una hazaña que a Eva le costaba creer, dado que para entonces las niñas se divertían tomando el sol en topless en el arcén, pese a las súplicas de su madre de que se

taparan. El segundo coche que pasó lo conducía un hombre mayor que iba muy concentrado en la curva cerrada que tenía delante, aunque sí se mostró un poco impresionado ante la visión de tanta carne expuesta y, al final, estuvo a punto de estrellarse. Para cuando las niñas se habían vestido, entre protestas de que con-una-madre-tan-mojigata-jamás-conseguirían-un-bronceado-decente, y de que ellas-nunca-habían-pedido-que-las-llevaran-a-una-mansión-de-mierda-en-el-culo-del-mundo, habían pasado dos coches deportivos descapotables a toda velocidad, evidentemente haciendo carreras entre ellos. Por último, tras otra hora de espera, llegó un Mini y el conductor se detuvo. Pero al ver a las cuatrillizas, declaró que no cabían todas en el asiento trasero de un coche tan pequeño; sacudió la cabeza y siguió su camino.

—Tendremos que ir andando hasta una cabina telefónica —anunció Eva a las cuatrillizas, que, cansadas de esperar de pie, se habían tumbado en el arcén, aunque afortunadamente esta vez completamente vestidas.

Se levantaron de mala gana y echaron a andar, arrastrando los pies y caminando tan despacio que al final Eva recurrió al chantaje y prometió comprarles un teléfono móvil —eso sí, con servicio de prepago— para las cuatro con la condición de que se dieran un poco de prisa.

Un kilómetro más allá encontraron por fin a un hombre que cortaba las ortigas del arcén opuesto con una hoz. Eva cruzó la calzada y le preguntó a qué distancia estaba el siguiente pueblo.

—Calculo que a unos diez kilómetros —respondió él—. Quizá un poco más. ¿Son senderistas?

—No, nuestro coche está en un campo de trigo porque un camión enorme tomó una curva por el lado contrario de la calzada y…

—Ya he visto a ese salvaje. Cualquier día va a matar a alguien. Deberían retirarle el carnet. El muy capullo iba a más de cien, seguro.

—Casi nos mata —dijo Eva con amargura—. ¿Hay por aquí cerca algún sitio desde donde pueda llamar a un taller? ¿Una granja o una cabina telefónica?

El hombre negó con la cabeza.

—Por aquí cerca no. ¿A quién se le ocurriría vivir en un lugar tan apartado? Esto está en el quinto pino. Bueno, sí, antes había una cabina telefónica, pero la quitaron hace mucho tiempo. A tres kilómetros en la dirección por donde han venido ustedes hay una granja, pero la señora Wornsley tuvo un bebé hace tres días y todavía no ha vuelto del hospital de Fenscombe. Y su marido ha ido a verla. —Eva miró alrededor y contempló una llanura de campos de trigo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Todo el paisaje era llano; sólo los árboles que bordeaban la carretera rompían la monotonía. A la derecha vio la torre de una iglesia y algo que parecían tejados, pero todo eso quedaba muy lejos. Se volvió hacia el hombre, que seguía cortando ortigas.

—¿Y usted cómo ha llegado hasta aquí? —le preguntó.

—Bueno, yo trabajo aquí y vivo en una casita junto a la de los Wornsley. Soy su porquero. El señor Wornsley me lleva al pueblo una vez por semana para que compre mis provisiones. Y también tengo una bicicleta.

Entonces se interrumpió y miró hacia la carretera. Un tractor con un remolque detrás se acercaba por la curva. El hombre cruzó la calzada y paró el tractor sin necesidad de ningún alboroto.

—¡Hola, Sam! Eres precisamente la persona que necesito. Ese loco que conduce como si hiciera carreras ha sacado de la carretera a esta mujer. Ya sabes, el desgraciado ése del camión enorme. El coche de la señora ha ido a parar al campo de Volly y no puede sacarlo de allí. Tú vas hacia allí; sé bueno y llévalas a ella y a sus cuatro hijas, ésas que están ahí y que son tan igualitas. A ver si puedes sacarles el coche del campo. —Se acercó un poco más al conductor del tractor y, en voz baja para que no lo oyera Eva, añadió—: Seguro que te recompensará.

—De acuerdo, no hay ningún problema. ¿Se ha metido en el trigo, señora? Diga a sus hijas que suban al remolque. Le advierto que al viejo Volly no le haría ninguna gracia ver que le han estropeado el trigo. Es un viejo cascarrabias.

Veinte minutos más tarde, con ayuda del grueso cable de remolque del conductor del tractor, habían conseguido arrastrar el viejo Ford de los Wilt a través del seto hasta la calzada, un poco arañado pero sin grandes desperfectos. Al principio, el motor seguía sin querer encenderse, pero después de que Sam abriera el capó y husmeara dentro, tosió un poco.

—Será mejor que las baje hasta el taller de Jim Bodle para que le eche un vistazo al coche —dijo Sam—. Es un manitas con los motores. Yo, en cambio, no.

Las cuatrillizas volvieron a subir al remolque y el tractor arrancó remolcando el Ford. Cuando ya habían recorrido unos kilómetros, Sam se metió en el patio delantero de un garaje. Un hombre vestido con un mono azul salió del taller mientras las cuatrillizas desaparecían en la tiendecita que había al lado.

—¿Qué pasa? —preguntó el mecánico.

—No lo sé. El motor no se enciende. No hacía el más mínimo ruido hasta que lo he toqueteado un poco, pero sigue sin arrancar. Se ha metido en el campo de trigo de Volly, pero yo no veo nada que le impida ponerse en marcha.

—¿Y qué hacía en medio de un campo de trigo?

Entonces intervino Eva:

—He virado bruscamente para evitar que me mataran —dijo—. Un camión enorme tomó la curva por el carril contrario, e iba a toda velocidad, así que me salí de la carretera y atravesé el seto, y este hombre tan amable ha venido con su tractor y ha remolcado el coche. —Mientras hablaba, el hombre llamado Jim abrió el capó del Ford y escudriñó en el interior.

—Aquí está todo en orden. Quizá el daño esté debajo. —Revisó los bajos del

vehículo con una linterna. Cuando se levantó del suelo, estaba sonriendo—. La próxima vez que saques un coche de un campo, Sam, engánchalo por delante en lugar de abrir un surco con él como si fuera un arado remolcándolo por detrás. El tubo de escape se ha llenado de tierra y paja. Esto lo arreglo yo en un momento.

Eva fue a buscar a las cuatrillizas. Veinte minutos más tarde, después de pagar diversos desperfectos en la tienda y de devolver casi todos los artículos que las niñas habían escondido entre su ropa, se pusieron de nuevo en camino, y Sam y Jim habían recibido veinte libras cada uno. No así el tendero, que tuvo que cerrar durante el resto del día para recuperarse del suplicio que había tenido que soportar. Cuando el coche arrancó, vio a las cuatrillizas riéndose en el asiento trasero del coche. Las niñas habían aprendido otra manera de dejar un vehículo fuera de combate temporalmente, y ya se habían retrasado tanto que iban a verse obligadas a pasar la noche en algún sitio. Aquellas vacaciones estaban superando sus expectativas, y desde luego eran muchísimo mejores que las aburridas vacaciones de todos los años en Lake District.

20

Lady Clarissa se levantó de la cama sintiéndose ligeramente mejor tras un largo sueño inducido por el alcohol y se metió en el cuarto de baño, repasando mentalmente cómo muchos de sus problemas se estaban resolviendo solos. De hecho, si conseguía que George aceptara que enterraran al tío Harold en la finca, le quedarían muy pocas preocupaciones. Ahora que Henry Wilt le estaba dando clases particulares a Edward, estaba segura de que a su hijo lo admitirían en algún *college* de Cambridge. Y a juzgar por los ratos que había pasado con él desde su llegada, estaba convencida de que el profesor particular tenía interés por ella y, lo que era más importante, sería un buen amante. Al menos sería más interesante que el mecánico, un tipo poco imaginativo excepto cuando se trataba de motores de coches. Y según le había contado Wilt, por lo visto Eva estaba excesivamente obsesionada con sus hijas.

Clarissa no podía creer que los Wilt tuvieran una vida sexual satisfactoria como matrimonio. Tampoco creía que tuvieran mucho dinero. Se había fijado en cómo se le habían iluminado los ojos a la señora Wilt cuando le había dicho que su marido recibiría mil quinientas libras por semana, además de una bonificación si Edward conseguía entrar en Porterhouse. Económicamente hablando, la muerte del tío Harold la había beneficiado bastante: había pagado mucho más por hospedarse en el Black Bear los fines de semana de lo que le pagaba a Wilt por una semana de trabajo. Y no es que el dinero le importara mucho. Al fin y al cabo, se había casado con Gadsley por su riqueza, y la muerte de su primer marido la había dejado en una posición muy acomodada. Salió de la bañera, se secó y se vistió; estaba de un humor excelente.

* * *

No podía decirse lo mismo de Eva, que estaba de un humor de perros. Además de las crisis que había tenido que superar para ir y para volver del colegio, había tenido que pasar otra noche en un hotel. Pese a que las cuatrillizas habían prometido portarse muy bien y Eva se había asegurado de que el minibar de su habitación estuviera cerrado con llave, a primera hora de la mañana la despertaron unos chillidos espeluznantes. Tardó un rato en comprender de dónde provenían los gritos, y aún más en convencer a la pobre mujer que se había despertado y había encontrado a cuatro niñas reptando por el suelo de su dormitorio de que no llamara a la policía. Las niñas aseguraron que habían bajado para ver si encontraban algún libro para leer y que al subir se habían equivocado de habitación, pero eso no explicaba por qué Josephine llevaba puesto el maquillaje de aquella mujer y Penelope uno de sus collares.

Eva había pasado el resto de la noche tratando de dormir en una butaca de la habitación de sus hijas, y por la mañana había tenido que pagar la cuenta de la

habitación de aquella mujer además de la suya. Media hora más tarde, cuando miró por el espejo retrovisor y vio que las niñas habían robado todas las toallas del hotel y dos almohadas, casi estuvo tentada de seguir su camino, pensando que al menos habían recuperado el dinero que se habían gastado, pero al final se lo pensó mejor y dio media vuelta.

Para colmo, tuvo que conducir por el camino de la mansión, deliberadamente tortuoso. Eva había olvidado por completo las instrucciones de Wilt de utilizar la entrada trasera, y había tomado el camino que conducía a la entrada principal. Había tomado muchos desvíos equivocados, y continuamente se había encontrado en caminos sin salida; había tenido que retroceder tantas veces que hasta las cuatrillizas se habían quedado calladas.

Cuando por fin cruzó el puente levadizo, les ordenó que se quedaran en el coche mientras ella iba a llamar al timbre. Suponía que Lady Clarissa iría a recibirla a la puerta principal, pero en su lugar salió un joven armado con una escopeta. El joven le preguntó qué quería en un tono que revelaba su convicción de que Eva había ido allí a venderles algo.

—Soy la señora Wilt. Nos han invitado.

—Nadie me ha dicho nada —replicó Edward—. Iré a buscar a la señora Bale. Ella debe estar al corriente. —Desapareció en la mansión, y al poco rato, tras contemplar con cierta alarma el agua del foso, Eva oyó pasos que se acercaban. Cuando levantó la vista, se alegró de ver a una mujer de aspecto sensato, si bien muy corpulenta. La señora Bale se presentó y se disculpó por no haber ido ella misma a abrir la puerta.

—Espero que Edward no haya sido grosero con usted —dijo observando a las cuatro niñas que esperaban en el coche.

—Ah, ¿ése era Edward? Creía que sería algo más joven. Bueno, la verdad es que no ha sido muy educado —dijo Eva—. Creo que ha pensado que venía a venderles algo.

—Él es así. Cree que todo el que llama a la puerta es un vendedor y que tiene que ahuyentarlo. En fin, venga conmigo a la cocina. Acabo de preparar el té.

—Gracias. Me vendrá muy bien una taza. Y quizá un poco de limonada o zumo de naranja para las niñas. Pero ¿Y mi marido? ¿Cómo es que no está con Edward? ¿Y Lady Clarissa?

—En la cama, me temo —respondió la señora Bale mientras recorrían el pasillo; las cuatrillizas las seguían, observando los retratos antiguos colgados en las paredes.

—¿En la cama? ¿Cómo es eso? ¿Con quién? ¿Qué ha pasado?

—Verá, a mí no me gustan los cotilleos, pero… pronto lo descubrirá usted misma. Demasiado alcohol, como de costumbre.

—¡Oh, no! ¡Qué vergüenza! No sé qué decir. Lo siento mucho. ¿Qué pensará Sir

George?

—Bah, seguro que vocifera un poco, pero ya se le pasará. Pero no se sulfure. Estas cosas pasan. Sobre todo en esta casa.

—¡No puedo tolerarlo! ¡Esto no tiene perdón!

—No se disguste, por favor. No tiene ningún sentido. De hecho, creo haber oído ruidos hace un rato. Supongo que la señora se levantará en cualquier momento y que vendrá enseguida a verla.

—Pero ¡cómo! ¿Lady Clarissa también está en la cama? —dijo Eva, un tanto alarmada, preguntándose qué demonios estaba pasando—. ¿Han bebido mucho los dos? Ay, no me diga que están en la cama juntos, por favor… —De pronto se interrumpió y se dio cuenta de que las niñas escuchaban con gran interés.

—¿Cómo dice? Pues claro que Lady Clarissa está en la cama. ¿De quién creía que hablaba? Ah, ya entiendo. La señora está en la cama sola, por supuesto. Bueno, a menos que Sir George esté con ella, lo cual me extrañaría mucho.

—Qué estúpida soy —dijo Eva cuando entraron en la cocina; las niñas asintieron detrás de ella—. En fin, lo lamento por Lady Clarissa.

—Verá, es que acaba de perder a un pariente próximo. Su tío. Y se ha estado consolando con *dry martinis* y cosas por el estilo.

—Oh, cuánto lo siento. Debe estar haciendo el duelo.

La señora Bale asintió.

—Eso me temo. Un duelo inacabable. Le aseguro que no sé cómo se las ingenia para conservar la figura. Y el hígado, por cierto.

Llegados a ese punto, Eva abandonó y se puso a beber el té en silencio. Cuando terminó, la señora Bale dijo:

—Será mejor que le enseñe dónde van a alojarse sus hijas y usted. Creo que es una suerte que no se queden en la casa. Allí abajo se está más tranquilo, y he preparado la nevera y la cocina, aunque espero que esta noche cenen aquí conmigo. Su marido siempre lo hace. No le gusta el ambiente que hay en el comedor.

—Me alegro de oír eso —dijo Eva—. Pero si no está en la cama, ¿dónde está él? Porque no está en la cama, ¿verdad? —se apresuró a añadir—. Esperaba que viniera a recibirme.

—La última vez que lo he visto, iba caminando por el jardín, más allá del lago, y se estaba quitando la camisa. Supongo que habrá ido a darse un chapuzón.

Tras inspeccionar la casita de invitados, Eva se disculpó ante la señora Bale y fue con prisas hasta el lago, dejando que las niñas dieran un paseo por el bosque. No tardó en ver a Wilt, que leía tumbado en la hierba, y corrió hacia él muy agitada.

—¡Ay, Henry! —gimoteó—. Ha pasado algo terrible.

—Ya lo sé. Se ha muerto su tío.

—No, algo mucho peor que eso. Parece ser que van a expulsar a las niñas

definitivamente de Saint Barnaby's.

Wilt le lanzó una mirada asesina.

—Como te he dicho repetidamente, tarde o temprano tenía que pasar. Deberían haberse quedado en el Convento. Bueno, ahora ya no tengo ninguna obligación aquí.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Pues sencillamente que ya no tengo que perder el tiempo tratando de explicarle Historia Moderna de Europa a un inútil que apenas sabe leer y cuya única ambición es matar gente. Lo cual, curiosamente, parece ser también la ambición que su padrastro tiene para él.

—¡Pero qué egoísta eres! Acabamos de llegar, y las niñas esperan ansiosas sus vacaciones. Además, ¿y las mil quinientas libras semanales que te pagan? Tendríamos que devolverlas.

—Ah, no. He tenido la prudencia de no aceptar ningún pago hasta haberle echado un buen vistazo a ese adolescente tarado. Pero cuéntame, ¿por qué van a expulsar a las niñas? Eso me interesa más.

Eva se puso colorada.

—No tengo ganas de contártelo —masculló.

—Ya, pero yo quiero saberlo. Es más, insisto.

Eva seguía vacilando. Incluso a la directora le había dado demasiada vergüenza decírselo, y le había entregado otra carta en el momento de marcharse.

—Adelante —dijo Wilt, impaciente.

—Por ultraje contra la moral pública —susurró.

—No me extraña. Pero eso no lo han aprendido de mí ni de mi familia. Por lo que me has contado de esa tía tuya que trabajaba en un pub cerca de una base aérea americana, tengo la impresión de que esa mujer era una…

—¡Te prohíbo que hables de ella!

—Está bien. Entonces dime por qué ultrajes contra la moral pública van a expulsar a las cuatrillizas.

—No lo sé exactamente.

Eva seguía indecisa.

—Según la directora, tuvo algo que ver con un condón.

—¿Algo que ver con un condón? Sólo se me ocurre una cosa que pueda tener algo que ver con un condón, y espero que no fuera eso. ¿Te dijo ella qué?

—No quise preguntárselo. La mujer estaba muy enojada.

Del bosque llegó el ruido de un disparo.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Sólo es Edward, que está disparando por ahí.

—Pero ¿cómo? ¿Con munición de verdad?

—Pues claro. Llevo veinticuatro horas tratando de comunicarme contigo para

impedir que vinieras aquí con las niñas, pero tu maldito teléfono no funcionaba. Ese chico está armado hasta los dientes, es un peligro, y vosotras deberíais marcharos de aquí cuanto antes. Si quieres que maten a las niñas (y, tal como están las cosas, no sería mala idea), sólo tienes que quedarte por aquí.

—No digas tonterías, Henry. ¿Pero se puede saber contra qué dispara? ¿Y cómo es que a un chico de su edad le permiten tener armas?

—Le permiten tener armas porque su padrastro es un descerebrado, igual que su hijastro. Y, respecto a la otra pregunta, le dispara a cualquier cosa que se mueva. Te lo digo por experiencia propia. Cuando volvía del pueblo lo vi en plena acción. Ni siquiera sabía contra qué había disparado. Le dijo a Sir George que era un ciervo, o quizá un jabalí.

—¿Un jabalí? ¿Pero esos bichos no son muy peligrosos?

—No son ni la mitad de peligrosos que Edward —contestó Wilt, poniéndose en pie. De pronto se oyeron una serie de disparos.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo no nos ha avisado Lady Clarissa? —chilló Eva, atemorizada, y se agarró a su marido—. Las niñas han ido a jugar al bosque. ¿Cómo has podido permitir que pasara esto? —Se calló al oír unos fuertes gritos. Las cuatrillizas salieron del bosque y corrieron hacia donde estaban sus padres.

—¿Y yo qué sabía? Si me hubieran avisado de que ese hijo de puta chiflado iba por ahí disparándole a todo, no me habría acercado por aquí. —Tuvo que interrumpirse ante la llegada de las cuatrillizas.

—¡Mamá, alguien nos ha disparado! —gritó Emmeline, metiéndose entre sus padres.

—¡Entrad en la casita! —les ordenó Eva—. ¡Rápido!

Wilt y Eva corrieron tras las niñas.

—Y ahora empezad a hacer las maletas. No vamos a quedarnos aquí ni un minuto más.

—¡Pero si acabamos de deshacerlas!

—Bueno, pues así tendréis menos trabajo, ¿no?

Wilt sonrió para sí. Estaba encantado de largarse de allí.

—Nos vamos a casa. Conduciré yo, porque tú debes estar agotada.

—De eso, nada. Buscaremos un hotel bonito junto al mar y nos quedaremos aquí.

—¿Te das cuenta de que eso significa que las niñas tendrán que volver al Convento? Suponiendo, por supuesto, que la dirección no se entere de que iban a expulsarlas de otro centro por ultraje contra la moral pública, y, lo que es aún peor, por algo relacionado con condones. ¿Estás segura de que podemos pagar un hotel? —preguntó Wilt, animado, pese a todo, ante la perspectiva de perder de vista aquel manicomio.

—¿Qué estás insinuando? Yo no he dicho que tú vayas a dejar de darle clases a

ese condenado. Sólo he dicho que las niñas y yo nos vamos. Tú te quedas aquí ganándote esas mil quinientas libras semanales.

—¡Estupendo! ¡Marchaos y dejadme aquí! —replicó Wilt con enojo—. Yo sólo soy el sostén económico de la familia. Y total, si me pegan un tiro, te convertirás en una viuda rica.

—Bueno, tienes un seguro del ayuntamiento. Así que supongo que me quedaría bastante apañada. Y, además, podría demandar a los Gadsley y sacarles una fortuna por daños y perjuicios.

—¡Vaya, muchas gracias! Creo que voy a buscar a ese capullo ahora mismo y a pedirle que me mate.

—¡Henry! ¡No digas tacos delante de las niñas!

—¡Que no diga tacos! En cambio, te parece normal hablar de asesinar a su padre delante de ellas, ¿no?

—Eso son meras especulaciones. La culpa la tienes tú por haber sacado el tema.

Wilt se quedó callado. Habría podido decir lo que pensaba: que Eva era la que le había hecho la pelota a Lady Clarissa y la que le había conseguido aquel empleo infernal, por llamarlo de alguna forma. De hecho, si las niñas o él resultaban heridos, la responsable sería Eva, pero de momento se reservaría su opinión y confiaría en que no pasara nada. Eva estaba de muy mal humor. Cuanto antes se marcharan ella y las niñas, mucho mejor.

21

Lady Clarissa iba hacia la cocina cuando oyó la descarga de disparos, aunque no reconoció lo que presagiaban. Estaba acostumbrada a que Edward se paseara por la finca disparando, pero de todas formas se asomó a la ventana del rellano, y se llevó una sorpresa al ver a cuatro niñas idénticas que se metían a toda prisa en la casita del jardinero, seguidas de Eva y de Wilt. Tras un primer momento de desconcierto, comprendió a qué se refería Eva cuando hablaba de «las niñas», cuyos nombres sólo había mencionado de pasada. Clarissa no había caído en la cuenta de que los Wilt tenían cuatrillizas.

La presencia de las niñas agravaba el problema de Clarissa con su marido. Como no tenía hijos propios, Sir George odiaba a los jóvenes en general. Desde luego nunca había disimulado la antipatía que le tenía a Edward, y solía referirse a él como «ese piojoso hijo tuyo»; en una ocasión particularmente infame hasta había expresado sus esperanzas de que «el muy canalla se cayera desde lo alto de una torrecilla». Lady Clarissa no quería ni imaginar cómo reaccionaría cuando viera que había cuatro adolescentes idénticas chillando y correteando por la finca. No quería ni pensarlo.

Iba a tener que recalcarles mucho a los Wilt que las niñas no debían ni acercarse a la mansión. Pero cuando llegó a la casita de invitados le sorprendió no encontrar a nadie allí. Tampoco había nada que indicara que hubiera habido alguien: ni maletas, ni objetos personales. De nuevo en la casa, fue a preguntar a la señora Bale.

—Se han marchado a toda prisa —le explicó el ama de llaves—. La señora Wilt ha dicho que no quería que Edward matara a sus hijas a tiros.

—Pero ¿cómo? Edward no puede haberles disparado.

—Supongo que debía estar disparando desde el otro lado del camino. Lo hace a menudo…

—¿Qué me dice? ¿Cuando pasa gente? Podría matar a alguien.

—Eso es lo que tememos todos —dijo la señora Bale haciendo gala de una paciencia monumental—. ¿Por qué cree que siempre bajo al pueblo por la parte de atrás, donde hay casas? Pues porque es mucho más seguro.

—Bueno, claro. Tendré que hablar de ello con Edward. Cuanto antes se marche a la universidad, mucho mejor. Espero que el señor Wilt no se haya marchado también.

—No lo creo. He subido a su habitación hace unos minutos y sus cosas siguen allí. Supongo que eso significa que piensa volver. La última vez que lo he visto, se llevaba a su familia en el coche, con todo su equipaje. Y parecía muy disgustado.

Después de tomar varios desvíos equivocados, y de aguantar a las cuatrillizas, que no pararon de protestar en el asiento trasero diciendo que ellas también querían una escopeta y que los chicos gozaban de toda clase de privilegios, Wilt llegó con Eva y sus hijas frente al hotel que había a la salida del pueblo. Tenía vistas al mar y una

playa de arena fina.

—Pues a mí me parece que debe ser muy caro —comentó cuando Eva dijo que era exactamente la clase de hotel donde le apetecía hospedarse.

—Seguro que lo es —replicó ella—. Pienso enviarle la cuenta a la madre de ese salvaje.

—¿Qué dices? ¿A Lady Clarissa? ¿Acaso crees que la pagará?

—Si no la paga, se arrepentirá, te lo aseguro.

Wilt dio un suspiro. Estaba acostumbrado a las amenazas de Eva, que normalmente iban dirigidas hacia él, pero aquello era el colmo. Lo irónico del asunto era que su mujer llevaba meses haciéndole la pelota a Lady Clarissa para conseguir que invitara a la familia Wilt a pasar las vacaciones en Sandystones Hall.

—¿Y qué esperas que haga yo? —preguntó mientras subían las maletas por la escalera principal y entraban en el hotel—. ¿Que me pase el día atado con las niñas en la playa?

Eva se volvió hacia él.

—¿Atado? Pues claro que no. ¡No permitiré que las ates, por muy mal que se porten! Además, como ya te he dicho, tú tienes que volver y ganar tus mil quinientas libras semanales dándole clases a ese patán para que lo admitan en Cambridge.

—¡Y un cuerno! Para empezar, Edward jamás conseguirá entrar en Cambridge ni en ninguna otra universidad. Y, segundo, no quiero que ese idiota me dispare. Métete eso en la cabeza.

—No te atrevas a hablarme en ese tono —le espetó Eva.

Pero Wilt ya se había hartado.

—Te hablaré como me dé la gana. Fuiste tú quien nos metió en este lío enviando a las fieras a un colegio que no podemos pagar, y ahora que amenazan con expulsarlas, esperas que me pase todo el verano con un psicópata.

—Tendrás que hablar con los Gadsley y convencerlos para que hagan algo con su hijo. No deberían permitir que se comporte así. Y debería estar estudiando contigo.

—Intenta explicarle eso a Edward. Desde que llegué, lo único que ha hecho es deambular por el bosque buscando algo contra lo que disparar. El día después de mi llegada, estaba pensando en mis cosas cuando lo vi atacar algo que estaba escondido entre la hierba, sin saber siquiera qué era. Y ya has oído a ese cabrón disparando a mansalva cuando las niñas estaban cerca. ¿De verdad pretendes que vuelva a esa casa de locos?

—Pues sí. Es más, insisto en que vuelvas cuanto antes. Necesitamos ese sueldo. Me he gastado todo nuestro dinero para venir aquí, y ahora vamos a tener que pagar este hotel. Tú ya llevas una semana aquí, así que te deben mil quinientas libras. Tienes que quedarte, al menos hasta que te paguen.

Wilt se rindió. Nunca había visto a Eva en ese estado. Estaba demasiado cansado

para explicarle que si se marchaban todos a casa no tendrían que pagar ninguna cuenta de hotel.

—Está bien, está bien. Si quieres quedarte viuda, adelante, pero luego no me eches la culpa —masculló, y volvió a meterse en el coche.

—Y, ahora, ¿adónde crees que vas? —le gritó Eva.

—A donde tú quieres que vaya, adónde si no. De vuelta al manicomio —le gritó mientras se alejaba. Su mujer entró muy decidida en el hotel y pidió dos habitaciones, pero le dijeron que no quedaba ninguna libre.

—En el pueblo hay algunas pensiones. Si quiere, puede probar allí —le dijo la recepcionista con desdén.

* * *

Wilt paró en el pub donde se había tomado una cerveza y unos sándwiches y pidió un whisky con soda, haciendo caso omiso de la mirada asesina de la camarera. ¿Qué podía hacer? Dejar a Eva y a las cuatrillizas a salvo en un hotel a todas luces carísimo no era mala solución, pero no le hacía ninguna gracia volver a la mansión y exponerse a que el maldito Edward le pegara un tiro, ni pasar las semanas siguientes esquivando las insinuaciones de su madre. Además, ¿qué sentido tenía que Eva le endilgara una cuenta de hotel astronómica cuando ellos tenían un hogar estupendo al que volver en Ipford? Por no pensar en la que aquellas endemoniadas podían liar en la playa: seguro que se gastaban una fortuna en máquinas expendedoras y en bikinis, y era muy probable que acabaran recibiendo una multa cada una por conducta antisocial por molestar a los pensionistas en las paradas de autobús.

Mientras comía en el pub, siguió intentando decidirse. Tenía que haber alguna forma de salir de aquel lío en que lo había metido Eva. Si aquella condenada mujer hubiera parido un solo hijo… Pero no, como todo lo que hacía, había exagerado y había tenido cuatro hijas diabólicamente ingeniosas, y todas a la vez. Tras pensar una vez más que había cometido una locura casándose con aquella mujer, obsesionada con el sexo, Wilt se planteó su futuro. Era evidente que tendría que volver a Sandystones Hall, aunque sólo fuera para recoger la ropa y las cosas que había dejado allí. Y una vez más, por mucho que odiara a Eva en esos momentos, no podía abandonarlas a ella y a las cuatrillizas en aquel hotel pijo sin nada con que mantenerse. A saber lo que debía costar allí una habitación. La amenaza de Eva de enviarle la cuenta a Lady Clarissa era, con toda probabilidad, un farol; pero aunque no lo fuera, podía salir mal y dejar a la familia gravemente endeudada. Tenía que haber alguna forma de impedir que eso pasara. Wilt no paraba de darle vueltas al asunto.

Pidió otro whisky con soda con intención de reunir el valor necesario para volver

y decirles a los Gadsley cara a cara que el idiota de Edward no tenía ni la más mínima posibilidad de aprobar el examen de acceso a la universidad, y mucho menos de entrar en un *college* de Cambridge. Al menos estaba seguro de que Sir George le daría la razón, aunque Lady Clarissa montara un numerito. Wilt pagó la comida y soportó otro comentario sarcástico de la camarera cuando, para redondear, dejó una propina de cincuenta peniques.

Se metió en el coche y se dirigió a la mansión por el camino seguro, el trasero. Pero se llevó una sorpresa al ver que la verja principal estaba abierta y que había un gran coche negro que se disponía a entrar por ella. Wilt no tenía ninguna intención de seguirlo, así que pasó de largo y miró hacia otro lado deliberadamente, por si dentro iba algún Gadsley. Detuvo el coche un rato y luego, tras asegurarse de que no había moros en la costa, entró por la verja trasera; al poco rato estaba en la cocina hablando con la señora Bale del gran coche negro que había visto tomar el peligroso camino que recorría el bosque.

—Ah, debe ser el ataúd —dijo ella, jovial—. ¿No lo sabía usted?

—¿El ataúd? No, no sabía nada. ¿Le ha disparado Edward a algún pobre desgraciado?

La señora Bale rió.

—Bueno, sí que le dispararon, pero hace mucho tiempo. Es lógico que usted no sepa nada.

—A ver si lo adivino… Por casualidad no se tratará de un coronel con una pierna ortopédica, ¿verdad?

La secretaria se quedó mirándolo con la boca abierta y luego soltó una carcajada.

—Pues ha acertado usted. ¿Cómo lo ha adivinado?

—La verdad es que oí a Lady Clarissa rogándole a Sir George que le dejara enterrar al tío Harold en la finca, y al caer en la cuenta de que ese coche negro era un coche fúnebre, he atado cabos.

—No sabía que hubiera conocido usted al tío. El pobre hombre no soportaba esa residencia donde lo metió la señora.

—Yo no lo conocí, pero sé bastante de él porque mi mujer es una chismosa de miedo. Y, además, una esnob. Le encantaban sus pequeños *tête-à-tête* con Lady Clarissa. Si no, ¿cómo cree que acabé yo aquí, tratando de inculcarle algún conocimiento a su hijo retrasado mental?

—Claro, ya lo entiendo. Deduzco que no le ha dicho a su mujer que ellos no tienen ningún título auténtico, ¿verdad?

—¡Madre mía, no! Si Eva se enterara de eso, seguro que querría comprarse uno. No se cansaría hasta conseguirlo.

—¿Ha regresado su mujer a Ipford?

—Qué va. Las cuatrillizas y ella se están gastando una fortuna en un hotel muy

elegante que hay a la salida del pueblo. Al menos, eso se disponían a hacer cuando me han enviado de nuevo aquí para ver si me matan de un tiro.

La señora Bale arqueó las cejas.

—No parece usted muy satisfecho con ella. ¿Siempre lo mangonea tanto?

—Pues sí, desde que nacieron las niñas. Aunque no siempre obedezco sus órdenes. Bueno, voy a subir a mi habitación a reflexionar un poco. —Fue hacia la puerta y entonces se dio la vuelta—. ¿Está Lady Clarissa en casa? He decidido contarle la verdad sobre las posibilidades de Edward de entrar en una universidad.

—La última vez que la he visto iba hacia el cementerio familiar, supongo que a esperar a que llegara el ataúd.

22

Al final, Eva había encontrado dos habitaciones libres en una pensión. Ya estaba maldiciendo a Wilt por haberse llevado el coche, porque sin él estaba atrapada. Mientras que el hotel tenía, al menos, un restaurante y servicio de minibús, en la pensión no había nada, y tampoco había cerca ningún restaurante al que se pudiera ir a pie. Por no tener, Eva ni siquiera tenía el número de teléfono de Sandystones Hall para decirle a Henry que tendría que buscar habitación en otro sitio. Había llamado a información y le habían proporcionado dos números; había llamado varias veces a los dos, pero siempre comunicaban. Por si fuera poco, la dueña de la pensión ya había subido dos veces a quejarse del jaleo que estaban armando las cuatrillizas en su habitación.

—Si no hace que esas niñas dejen de hacer tanto ruido, me temo que tendré que pedirle que se marche —la advirtió—. Tengo una huésped permanente, una anciana que hace poco se sometió a una operación muy delicada de la que todavía está recuperándose.

—Dios mío —masculló Eva, tratando de pensar qué demonios podía hacer. Todo apuntaba a que tendría que volver a Sandystones Hall, aunque sólo fuera para recoger el coche, ya que no podía hablar por teléfono con Wilt para pedirle que se lo llevara a la pensión. Pero ¿qué demonios iba a hacer con las cuatrillizas? Si las dejaba en la pensión, lo más probable era que al volver descubriera que las habían echado del establecimiento. Lo único que se le ocurrió fue dejarlas frente a la verja de la mansión y confiar en que la esperaran allí durante media hora sin meterse en ningún lío.

Una vez tomada esta decisión, hizo callar a las cuatrillizas por enésima vez y pidió un taxi para volver a Sandystones Hall. Sin embargo, cuando llegó allí ya había cambiado de opinión respecto a sus hijas. Las niñas se habían pasado todo el trayecto enfurruñadas por no haberse podido quedar solas en la pensión, y ahora amenazaban con volver a su casa haciendo autostop si aquellas vacaciones iban a ser tan aburridas como parecía. Eva pidió disculpas al taxista por los pésimos modales de sus hijas, y procuró ocultar con su chaqueta el desgarrón que habían hecho en el asiento.

—¿Le importaría entrar por la puerta trasera? Quiero recoger nuestro coche y salir cuanto antes de aquí, a ser posible sin que nos vean.

—Si no sabe el código de seguridad, no podrá entrar —la previno el taxista—. Son muy estrictos con esas cosas, y yo no lo sé. Será mejor que entremos por la puerta principal.

Eva accedió de mala gana.

—Pero vaya despacio —le pidió—. El camino es peligrosísimo.

El taxista replicó que eso lo sabía muy bien, y que su taxi tenía varias abolladuras

que lo demostraban. Al oír eso, Eva se sintió un poco mejor respecto a los daños del interior del taxi: al menos, el coche no estaba nuevo.

Un cuarto de hora más tarde habían llegado a la mansión y contemplaban con cierta sorpresa el coche fúnebre que estaba aparcado delante; en su interior se apreciaba el contorno de un ataúd.

—Por lo visto, al final ha caído alguien —masculló el taxista—. Ya lo decía yo… Deberían haber hecho algo drástico con ese maldito maníaco. Un niño mimado, eso es lo que es. Usted me perdonará, pero es que están todos un poco chiflados.

Se apeó del taxi y se acercó a uno de los portadores del féretro para hablar con él.

Eva sabía perfectamente quién iba en aquel ataúd, pero dejó que las cuatrillizas siguieran pensando que habían disparado y matado a alguien de la finca. Quizá eso contribuyera a calmarlas un poco.

* * *

Para Wilt, la llegada del coche fúnebre no había cambiado nada. Al menos, el que Eva se hubiera instalado en el hotel le permitiría recuperarse a solas en su casa de los horrores vividos la semana anterior. Tras buscar en vano a Lady Clarissa para informarla de que ya no podía más, había decidido dejar simplemente una nota y su número de teléfono. Después se había dedicado a hacer el equipaje y a prepararse para alejarse para siempre de aquella casa y de sus excéntricos habitantes. Bajó a la cocina y le dijo a la señora Bale que se marchaba, aunque no adonde.

—No se lo reprocho, la verdad. Yo también me largaría si tuviera dinero y perspectivas de encontrar un trabajo mejor por aquí cerca, pero tengo una casa muy pequeña con una hipoteca, y no puedo venderla. Además, a mi edad ya tengo buenos amigos aquí, y nunca he vivido en otro sitio. De todas formas, lamento que se marche usted. ¿Se marcha su esposa con usted?

—He intentado hablar con ella por teléfono, pero no contesta. Seguro que está muy entretenida y pasándolo en grande con las cuatrillizas en ese hotel de lujo. He decidido dejar que sea ella quien le explique a Lady Clarissa por qué me voy: fue Eva quien me metió en esta situación tan absurda. Por cierto, ¿ha venido ya el párroco? Acabo de ver llegar un taxi.

—Ah, no —dijo la señora Bale, riendo—. Ellos no quieren saber nada de párrocos. Al menos, siempre ha sido así desde que yo trabajo aquí. Sir George se pone un alzacuello y toda la parafernalia y dirige él mismo el oficio. Dice que tiene derecho, como cabeza de familia, a oficiar ceremonias en la capilla familiar. Yo no sabría decir si eso es legal o no.

—¿De verdad van a limitarse a meter al pobre viejo en un agujero? A mí no me parece bien —dijo Wilt.

—A mí tampoco, pero, por lo visto, ésa es la tradición familiar. Bueno, no entierran a desconocidos en el cementerio, por supuesto; sólo a parientes próximos.

—Extraordinario. Desde luego, eso hace que este lugar resulte aún más interesante… Pero me temo que no lo suficiente para tentarme a quedarme. Y si quiere que le dé un consejo, si de verdad piensa quedarse aquí, cómprese un chaleco antibalas.

Wilt se despidió de la señora Bale. Sin sentir más que una pizca de culpabilidad por marcharse sin avisar a los Gadsley, llevó su maleta al coche y recorrió el sendero hasta trasponer la verja y salir al camino.

Detrás de él, estaban sacando del coche fúnebre el ataúd del difunto coronel Harold Rumble y lo estaban llevando al cementerio familiar. Al llegar a la verja, a Wilt le pareció oír a alguien cantando el himno «Abide With Me», pero decidió que debía de habérselo imaginado.

Wilt salió de la mansión por el camino trasero mientras Eva entraba por el delantero tras hacer jurar a sus hijas que la esperarían sentadas en la hierba. Ya en la casa, se dirigió a la cocina, donde la señora Bale, al verla, casi soltó la taza de té que tenía en las manos.

—Lo lamento, pero si busca al señor Wilt, llega usted tarde.

—¿Que llego tarde? ¿Le ha dicho adónde iba?

—No, me temo que no.

—¿Y usted no se lo ha preguntado?

—No, me temo que no.

—¿Por qué no?

—Pues… porque no es asunto mío.

—Pero ¿ni siquiera ha mencionado si iba a vernos a mí y a las niñas?

—No, no lo ha dicho. Se lo estoy diciendo —replicó la secretaria con aspereza. La actitud de Eva le resultaba de lo más antipática, y empezaba a entender el resentimiento latente de Wilt. Una cosa era que Sir George tratara de intimidarla (al menos, ella recibía un buen sueldo por aguantar sus groserías), pero no estaba dispuesta a seguir contestando las preguntas impertinentes de aquella mujer tan detestable, que rayaban en el interrogatorio policial. Y la siguiente pregunta de Eva le pareció el colmo:

—¿Se ha acostado mi marido con Lady Clarissa? Quiero que me diga la verdad.

La señora Bale decidió resarcirse por aquella impertinencia.

—Pues claro que sí. Al fin y al cabo, dormían en habitaciones contiguas, y su marido es un hombre atractivo. No pensará que Sir George tiene edad para satisfacer, sexualmente, me refiero, a una mujer tan hermosa como la señora, así que ¿qué esperaba? ¿Que ella le pagara un sueldo fabuloso por darle clases particulares a su hijo idiota? Eso no es lo más probable, ¿no le parece?

Muda de rabia, Eva subió precipitadamente las escaleras y abrió de golpe la puerta del primer dormitorio que encontró. Y sí, allí estaba Lady Clarissa, mirándose en un espejo inmenso.

Iba en bragas y poca cosa más. Al ver a Eva reflejada en el espejo, se volvió y la miró cara a cara.

—¿Qué demonios quiere? —le espetó.

—¡Se ha acostado con mi marido, so puta! —farfulló Eva, y por desgracia lo dijo fijándose en los pechos de Lady Clarissa.

—¿Cómo se atreve a irrumpir aquí haciendo acusaciones? ¿Y se puede saber qué demonios mira? ¿Acaso nunca ha visto un par de tetas? No será bisexual, ¿verdad?

—¡Pues claro que no! Es usted francamente asquerosa. —Eva titubeó un instante —. Quiero saber dónde está Henry. Es evidente que acaba de levantarse de su cama, así que debe saber dónde está.

Lady Clarissa no se molestó en sacarla de su error.

—No tengo ni la más remota idea de dónde está el desgraciado de su marido, pero si se cuidara un poco, como hago yo, quizá le resultaría más fácil retenerlo a su lado. Y ahora márchese o llegaré tarde al funeral.

Eva bajó despacio las escaleras. Sus peores temores acababan de confirmarse: Henry era un adúltero. Buscó a la señora Bale, pero la secretaria-ama de llaves se había esfumado. Estaba harta de la señora Wilt.

Eva salió a recoger a las cuatrillizas para llevárselas a la casita de invitados, pero pese a las promesas de las niñas, no había ni rastro de ellas. Preguntó al taxista, pero éste dijo que debían de haberse ido cuando él estaba de espaldas hablando con los portadores del féretro, y además, qué caray, él no era ninguna niñera y era ella quien debía ocuparse de sus hijas.

Aquello fue el colmo. Eva, acongojada, se sentó en el suelo y rompió a llorar.

* * *

Las cuatrillizas se habían hartado de mirar más allá del jardín, hacia el seto de tejo, y de preguntarse qué estaría pasando al otro lado. Nunca habían visto un entierro; a lo sumo, algunas breves secuencias en la televisión, en las que se veía cómo bajaban los ataúdes con ayuda de unas cuerdas y los introducían en unos hoyos alargados junto a una iglesia, o cómo los desenterraban cuando había que realizar la autopsia al cadáver porque se sospechaba que se había cometido un asesinato. Esa vez, sin embargo, tenían la oportunidad de ver un entierro de verdad. Así que mientras Eva buscaba a Wilt, ellas bajaron con cautela hasta el cementerio familiar, teniendo en cuenta la afición de Edward a disparar contra cualquier cosa que viera moverse.

Entraron en el huerto, saltaron la tapia y pasaron al campo que había al otro lado.

Desde allí, fueron a gatas por detrás de la casita de invitados y de un seto, hacia el pinar que había más allá del lago, y bordearon el cobertizo de los botes. Avanzaban con mucha cautela y hablando poco y en susurros. Por fin llegaron a la parte de atrás de una diminuta capilla no consagrada que también quedaba oculta tras el seto de tejo que rodeaba el cementerio. Aun así, las niñas tomaron la precaución de tumbarse en el suelo por turnos y vigilar la entrada del cementerio mientras las otras examinaban el ataúd. Pronto se cansaron de sólo mirarlo. Empezaron a preguntarse si la tapa del ataúd estaría cerrada con clavos, y se llevaron una gran alegría al comprobar que no. Cuando, tras provocarse e incitarse unas a otras, abrieron la tapa, vieron un cadáver dentro.

—¡Maldita sea! No puedo creer que lo hayan dejado abierto.

—Deben haberlo hecho para que la gente pueda despedirse de él debidamente. Ya sabes, como en la televisión. Dios mío, pero qué feo es. Y mirad, tiene una pata de palo, ¿no?

—Apuesto algo a que es ese viejo tío del que mamá nos habló en Ipford —especuló Josephine, un tanto desencantada. Habría preferido que fuera alguien a quien hubieran matado de un tiro en la finca. O, al menos, algo que ya estuviera en proceso de descomposición.

—Es un coronel del ejército.

—Era. No creo que pueda librar muchas batallitas más.

—No entiendo cómo podía combatir con esa pata de palo —observó Samantha—. Además, es demasiado viejo.

Entonces Emmeline salió corriendo de su escondite junto al seto.

—¡Rápido, cerrad la tapa! Vienen dos personas peleándose a gritos.

Al cabo de un momento, las cuatrillizas habían cerrado el ataúd y estaban tumbadas en el suelo, bien escondidas detrás de la capilla, donde no podían verlas pero desde donde podían oírlo todo. El hombre, que sin duda debía de ser Sir George, estaba de muy mal humor.

—No era un Gadsley, ¿cuántas veces tendré que repetírtelo? No pienso celebrar una ceremonia por alguien que no pertenece a la familia. Y no quiero ni oír hablar de traer al párroco del pueblo; no voy a permitir que entierren a ese viejo chiflado aquí y punto. Debiste hacerlo incinerar, como te aconsejé. Es más, he pensado que podríamos prenderle fuego a esa condenada caja aquí mismo. Aunque eso significaría que sus cenizas podridas reposarían en la finca.

—¡No seas ridículo! Alguien podría ver el humo y preguntarse qué pasa. No sé por qué eres tan desagradable, George. Es mi tío, y yo soy tu mujer, así que él pertenece a la familia. Lo próximo que me dirás es que Edward tampoco pertenece a la familia.

—¿Eddie? Dios mío, pues claro que no pertenece a la familia —farfulló Sir

George, furioso—. Si perteneciera a mi familia, lo habría hecho castrar hace años, para asegurarme de que sus genes inútiles no perpetuaran el linaje. A él tampoco lo enterraremos aquí, si llega el día afortunado de que nos libremos de él.

»Escúchame bien, Clarissa: harás lo que haría cualquier persona sensata en tu lugar y organizarás algo con el párroco en el pueblo. O eso, o haces incinerar a ese cabrón. Era lo que siempre decías que harías cuando llegara el momento.

—Qué cruel eres, George. Ya sé que lo dije, pero he cambiado de idea.

—Tú no tienes ideas, y por tanto no puedes cambiarlas —gruñó él—. Métete esto en la cabeza: no voy a profanar el cementerio enterrando a un intruso en él. Y ésa es mi última palabra al respecto.

Las cuatrillizas se asomaron por detrás de la capilla y lo vieron marchar dando grandes zancadas.

Lady Clarissa, apoyada sobre el ataúd, lloró de manera audible durante cinco minutos, y luego siguió a su marido. Cuando ambos se hubieron marchado, las cuatrillizas salieron de su escondite.

—Lady Clarissa estaba llorando —comentó Emmeline—. Y a ese hijo de puta no parecía importarle lo más mínimo.

—Bueno, ella también es asquerosa —replicó Josephine—. Oí cómo esa gorda le decía a mamá que ha estado acostándose con papá. Todas las noches —agregó para adornar la historia y hacer que pareciera más jugosa—. ¿Por qué no les damos una lección a ambos?

—¿Cómo?

—Robemos el cadáver. Así él pensará que su mujer lo ha hecho enterrar aquí, en el cementerio, y ella pensará que su marido le ha prendido fuego.

—Está bien, pero ¿dónde vamos a esconderlo?

—Supongo que podríamos enterrarlo. Así, ninguno de los dos lo encontrará, y se armará la gorda.

—Pero no podremos cavar una tumba lo bastante grande para meterlo —objetó Emmeline—. Ese ataúd es enorme.

—Podríamos sacar el cadáver, y así parecería que lo han robado.

—¡Qué asco! ¡Yo no pienso tocar el cadáver!

—No seas tan cobarde —intervino Samantha—. Lo único que necesitaríamos serían unos guantes de plástico o algo así. De esa forma no habría necesidad de tocar el cadáver, y no dejaríamos nuestras huellas dactilares, por si luego alguien lo encuentra.

—Sigo sin ver cómo vamos a cavar la tumba.

—No tenemos que cavarla —dijo Josephine—. Podemos llevárnoslo al bosque, formar un gran montón y hacer lo que quería hacer Sir George.

—¿Quemarlo? Qué horror.

—¿Qué tiene eso de horroroso? En este país se queman cadáveres todos los días. Mucha gente especifica en su testamento que no quiere que la entierren. Quieren que esparzan sus cenizas por su jardín. O por un sitio bonito.

—Eso es verdad. El otro día leí algo sobre un tipo que quiere que lo lleven a la Luna y que esparzan sus cenizas allí cuando estire la pata.

—Qué gilipollas. Si hacen eso, saldrá flotando, ¿no?

—Vale, lo quemamos. Pero vamos a necesitar cerillas.

—Vigilad por si se acerca alguien mientras voy a la casita de invitados. En la cocina he visto un paquete de guantes de plástico, y seguro que también encuentro cerillas —dijo Samantha a sus hermanas.

Se puso en marcha cuidando de que no la vieran, y veinte minutos más tarde había regresado con cuatro pares de guantes desechables y una caja de cerillas.

Desde la puerta del cementerio, Josephine gritó:

—Pasa algo raro allí, junto al puente levadizo. Hay dos camiones de muebles y unos hombres están descargando mesas y sillas. Parece como si estuvieran preparando una fiesta en el jardín.

—¿Para un funeral? No digas tonterías.

—Bueno, pues venid a verlo.

Las otras tres se acercaron, y se tumbaron una tras otra junto a Josephine. Luego se pusieron todas detrás del seto.

—Deben ser deudos que vienen al funeral que no se va a celebrar.

—¿Con sombrillas de colores?

—Ya. He de admitir que queda raro —concedió Emmeline—. Si fueran negras, tendría mucho más sentido.

—Seguro que son los que llevan la comida, y no los deudos. Primero tendrán que montarlo todo, y necesitarán paraguas por si llueve.

—Bueno, no importa —dijo Samantha—. Tenemos que sacar el cadáver rápidamente y esconderlo en algún sitio. Luego podemos volver y quitarle el uniforme.

—Qué truculento. ¿Por qué no podemos quemarlo con el uniforme puesto? —preguntó Penelope.

—Porque las medallas, la hebilla del cinturón y la insignia de la gorra son de metal y no se queman.

—¿Qué haremos con la ropa y con la pata de palo? —quiso saber Emmy.

—No podemos dejarlas por aquí cerca, porque podrían encontrarlas.

—La pata de palo sí arderá, ¿no, idiota? Y, en cuanto a la ropa, supongo que podríamos llevárnosla a la playa en una bolsa de plástico y tirarla al mar atada a una roca. Allí nadie la encontraría —propuso Josephine.

—Excepto un submarinista —replicó Samantha—. O alguien que pescara con

caña y anzuelo.

—Por favor, ¿por qué no nos ponemos manos a la obra antes de que venga alguien y nos descubra? Además, no podríamos llevarnos todas las cosas de este hombre a la casita de invitados sin que mamá nos viera. Tendremos que enterrarlo todo en algún sitio donde a nadie se le pueda ocurrir mirar. Pero no hace falta que lo decidamos ahora.

—¡Oye, no te pongas tan autoritaria! Vale, vamos a ver si podemos moverlo.

Levantaron al difunto coronel del ataúd sin muchas dificultades y desaparecieron con él en el denso pinar que había detrás de la capilla.

23

En la mansión, Eva se había quedado afónica de tanto llamar a las cuatrillizas, y estaba empezando a pensar que quizá hubieran ido a ver dónde estaba la playa. Había tenido que pedirle prestado dinero a la señora Bale para pagar al taxista, que se había puesto bastante antipático cuando Eva le había dicho que le pagaría en cuanto regresara su marido.

—Lo único que le digo es que voy a añadir todo este tiempo de espera, y le aseguro que ordenaré a mi abogado que actúe si…

No hizo falta que continuara. Eva había ido corriendo a la cocina, donde encontró a la señora Bale, y le preguntó si Wilt había regresado. La señora Bale contestó que lo dudaba mucho, dado que su coche no estaba aparcado en el patio. Iba a añadir que entendía perfectamente por qué, con una esposa como Eva, pero al final no lo hizo, porque la mujer estaba al borde de las lágrimas. Un momento más tarde, Eva lloraba sin disimulo y las lágrimas chorreaban por sus mejillas.

—No sé dónde están mis hijas, y Henry se ha llevado el coche, y no tengo dinero… Nunca debimos venir aquí.

—Mire, le prestaré dinero de la lata de la cocina para pagar el taxi, pero tendré que decírselo a la señora. Quizá ella quiera deducirle esa cantidad a su marido del sueldo de este mes. —Eva dio otro gran sollozo y la señora Bale se sintió aún más culpable por haberle mentido respecto a Lady Clarissa y Wilt—. No se preocupe, todo se arreglará. Mire, ya va siendo hora de que usted y yo comamos algo. Tengo un pastel de carne y riñones que sólo hay que calentar, y usted se sentirá mucho mejor después de tomarse un gin tonic. A mí también me sentaría bien.

Tras pagar al taxista, Eva dejó que la señora Bale la condujera hasta una butaca y, por una vez, agradeció la ginebra que le sirvió, exageradamente fuerte y con sólo una gota de tónica. De hecho se tomó tres, y después se sintió muchísimo mejor. Tanto es así que se olvidó por completo de la desaparición de las niñas y dejó que la señora Bale la ayudara a subir al dormitorio de Wilt, donde no tardó en quedarse dormida.

En su estudio, Sir George seguía sumamente enojado. De regreso a la mansión había decidido que su violenta discusión con Clarissa en el cementerio debía ser retomada con mayor decoro en la casa. No quería que la señora Bale lo oyera gritar, así que esperó a que su esposa lo alcanzara y, una vez los dos dentro, cerró la puerta del estudio con llave. Clarissa seguía manteniendo que, como se había casado con un Gadsley, se había convertido en miembro de la familia, y Sir George seguía manteniendo que no.

—George, hasta ahora nunca había querido sacar este tema a colación, pero te estás portando tan mal conmigo que me veo obligada a hacerlo. La señora Bale me contó que ni siquiera tú eres un Gadsley.

—¡Qué tontería! —le gritó Sir George olvidando bajar la voz—. ¡Despediré a esa desgraciada por impertinente! Yo soy más Gadsley que los Gadsley.

Clarissa se preguntó qué demonios podía querer decir con eso, pero antes de que pudiera preguntárselo, él continuó:

—Conozco mejor que nadie la historia de la familia. Pregúntame cualquier cosa. Vamos, pregúntame.

—No tengo ningún interés en preguntarte nada. Eres horrible y estúpido.

—Está bien, pues te lo diré yo. Te diré todo lo que quieres saber sobre el cementerio donde pretendes enterrar a tu maldito tío. Lo creó un Gadsley Blisett después de la batalla de Hastings y su existencia se mantuvo en secreto para impedir que los normandos lo profanaran enterrando en él a sus muertos. ¡Y no voy a permitir que lo profanen ahora! —Miró con odio a su mujer, antes de añadir—: Se ha mantenido en secreto y en privado desde entonces. Es más, las lápidas siempre se colocaron horizontalmente, a nivel del suelo, para que no resultara tan evidente que debajo de ellas había tumbas; ése es un pequeño detalle que podrías haber observado tú misma si no hubieras estado tan ocupada fastidiándome.

—¿Y la capilla? ¿Está consagrada? —preguntó Lady Clarissa pensando que si conseguía tranquilizarlo al menos quizá pudieran mantener una conversación racional.

—Ahora por supuesto que no, pero lo estaba cuando se construyó, en el siglo XVI. Hoy en día es meramente ornamental, pero la familia la reconoce como cementerio.

Eso le hizo recordar la discusión original, y dio un golpe tan fuerte en la mesa con el puño que la señora Bale corrió hacia el estudio creyendo que la llamaban. Sir George, avergonzado, abrió la puerta y dijo que tenía que hacer una llamada, una llamada importante y confidencial para la que necesitaba que ella tomara notas, y tras echar a Clarissa de la habitación telefoneó a información. Cuando le contestaron, dejó el auricular encima del escritorio y se sirvió una copa enorme de brandy antes de volver a coger el auricular e iniciar una falsa conversación sobre acciones con su inexistente asesor financiero. De vez en cuando hacía una pausa de un par de minutos y continuaba. Al final colgó el auricular, despachó a la perpleja señora Bale y se sirvió otro brandy.

Habría necesitado unos cuantos más si hubiera sabido lo que estaban haciendo las cuatrillizas en el bosque.

* * *

Las niñas habían arrastrado el cadáver del coronel hasta el borde de la plantación, donde una franja de coníferas maduras que se extendía desde la densa y extensa masa boscosa ayudaba a ocultar la mansión de las miradas de los curiosos que pasaran por

la carretera principal. Doscientos metros más allá de esas coníferas, en una extensa pradera, pacían unas vacas y otro animal que tenía un sospechoso parecido con un toro.

—De momento lo taparemos y nos adentraremos un poco en el bosque para recoger palos y hojas con que formar una pira —propuso Samantha a sus hermanas, que se habían sentado en el suelo, agotadas después de arrastrar el cadáver por encima de las ramas caídas—. Aquí ya hay muchas hojas secas. Pero antes hemos de quitarle todo el metal que lleve en el uniforme.

—¿También las monedas de los bolsillos? —preguntó Emmeline.

—Dudo que tenga monedas en los bolsillos. Si no se las han cogido sus familiares, lo habrán hecho los enterradores. Deben considerarlo la propina, como la que le das a un taxista o a un camarero.

Entraron en el pinar y empezaron a recoger palitos y ramas, deteniéndose de vez en cuando para comprobar si se oían voces. Mientras trabajaban, se preguntaban qué podían hacer con el ataúd.

—Lo que está claro es que no podemos llevarlo a cualquier sitio y esconderlo.

—¿Por qué no? —preguntó Josephine—. No pesa tanto como parece. Y sin el cuerpo dentro aún pesará menos.

—Y eso hará sospechar a los tipos que lo llevan. Es una pena que no podamos quemarlo también.

—La madera arde bien —aportó Samantha—. Es lo que vamos a utilizar para librarnos del coronel cuando le prendamos fuego, ¿no?

—Es una lástima que el ataúd no tenga cerradura y llave. Si las tuviera, podríamos cerrarlo y tirar la llave.

—Pero ¿qué decís? Creía que lo que queríamos era que Lady Clarissa lo encontrara vacío y pensara que ese Sir no sé qué, su marido, se había llevado el cadáver, ¿no?

Pero a Josephine se le ocurrió otra idea.

—¿Por qué no metemos algo pesado dentro? No demasiado pesado, claro. El Coronel no pesaba mucho. Así, cuando abran el ataúd para echarle un último vistazo, se llevarán un susto aún mayor.

—Ésa sí que es una buena idea. Separémonos y busquemos un tronco grande —propuso Samantha, la líder del grupo.

Cuando por fin encontraron una rama rota que cabía en el ataúd perfectamente, empezaron a temer haberse ausentado demasiado rato y que Eva o Wilt hubieran montado una partida de rescate. Se lavaron a toda prisa en el lago, mojándose deliberadamente el pelo, y volvieron a la cocina, donde Eva, un poco adormilada, estaba sentada frente a un café solo tratando de despertar del todo.

—¿Dónde demonios estabais? —preguntó.

—Hemos bajado a la playa —mintió Josephine.

—Y, por lo que veo, os habéis bañado con la ropa puesta. La tenéis empapada.

Hubo un breve silencio, y entonces Samantha dijo:

—Había un niño de unos cinco años que no tocaba el fondo, y como no sabía nadar, hemos tenido que meternos en el agua y sacarlo.

—¿Dónde estaban sus padres?

—Su padre no estaba en la playa, y su madre…, bueno, supongo que era su madre…, estaba histérica. Por eso hemos tenido que quedarnos un rato más, para tranquilizarla. Lo sentimos mucho, mamá.

Eva suspiró. No se creyó ni una palabra, pero en ese momento no se sentía con fuerzas para averiguar qué habían estado haciendo.

La señora Bale se llevó a las niñas a su habitación para secarles el pelo y dejó a Eva preguntándose qué había hecho ella para merecer aquello.

—Esto ya está mucho mejor —dijo cuando volvieron todas. Detrás de ella, la señora Bale se sonrió. La blusa de Emmeline no olía a agua de mar; había tocado la mancha de humedad con la mano y había comprobado que era agua corriente, y no había encontrado ni rastro de sal en su dedo cuando se lo había chupado. Estaba convencida de que las niñas no habían ido a la playa.

* * *

Sentado en la playa del hotel, Wilt se preguntaba dónde diantre estaría su mujer. La recepcionista le había jurado que no había ningún huésped apellidado Wilt, y además el hotel estaba lleno y no había habido ninguna entrada en toda la semana. No debería haber dejado a su familia allí, pero Eva lo había puesto tan nervioso que él no se había parado a pensar en las consecuencias.

Estaba preguntándose qué podía hacer cuando, para su sorpresa, la camarera del pub del pueblo se sentó a su lado.

—Vaya, vaya. ¿Qué hace usted por aquí? —le preguntó.

—Pues mire, tengo algunas horas libres, ¿sabe? De hecho, vengo de una entrevista en este hotel tan pijo. Estoy harta de trabajar en el pub y de no conocer a nadie que valga la pena. O de conocer sólo a hombres como usted, demasiado tacaños hasta para dejar una propina decente.

—Bueno, pues yo ya me iba. Creo que no debo quedarme más tiempo aquí —se apresuró a decir él, y se puso en pie.

—¿Cómo es eso? Tranquilo, por mí no se marche.

—Ah, no, no es eso. Es que estoy preocupado por mi mujer y mis hijas.

—¿Por qué? ¿Están enfermas?

—No, no. Pero creía que estaban en este hotel, y resulta que no.

Al ver la cara de perplejidad de la camarera, Wilt volvió a sentarse y le contó toda la historia.

—Así que se marcharon de la mansión después de que les dispararan, ¿no? Y entonces su mujer insistió en quedarse en este hotel, pese a que a usted no le hacía ninguna gracia.

—Bueno, es que me parecía un hotel carísimo. No quiero ni pensar lo que le estaba costando.

—¿Y qué? Si ellas no están aquí, no tiene que pagar nada.

—Teóricamente, no. Pero si lo estuvieran, Eva había amenazado con enviarle la cuenta a Lady Clarissa.

—Deduzco que esa tal Lady Clarisa habría podido pagar fácilmente la cuenta, ¿no?

—Ya, pero ¿y si se negaba a pagarla? ¿Qué habría hecho yo entonces?

—¿Qué quiere decir, que va a tener que pagar una cuenta astronómica? O, mejor dicho, habría tenido que pagarla si su mujer y sus hijas hubieran estado alojadas aquí. Pero no lo están —insistió la camarera, lamentando no haberse ido directamente a su casa después de la entrevista.

—Peor aún: Eva dijo que pensaba demandar a los Gadsley si no le pagaban la cuenta del hotel. Y si los demandara, ellos contratarían a los abogados más caros y expertos. Y si nosotros perdiéramos, que es lo más probable, los gastos del juicio nos dejarían arruinados. Bueno, no es lo más probable: es lo que pasaría, sin ninguna duda. Y lo que de verdad me cabrea es que Eva le hizo la pelota a esa condenada mujer porque creía que era una aristócrata y mi mujer es una esnob sin remedio. ¡Y ahora resulta que Lady Clarissa ni siquiera es una señora!

—No, desde luego no lo parece.

—No, me refiero a que no tiene título de Lady.

—Sí, ya le digo que no lo parece —dijo la camarera, cada vez más desconcertada.

Wilt empezó a lamentar haber iniciado esa conversación. Se quedaron un rato callados, y entonces la camarera dijo:

—Estaba pensando en ese adolescente de la escopeta. ¿Usted cree que tiene licencia de armas?

—Supongo que no. Pero su padrastro seguro que sí la tiene. Tiene un armero lleno a rebosar de toda clase de armas…, aunque yo no le he visto usarlas mucho. Bueno, una vez sí lo vi salir armado, cuando le dije que había visto una caravana en los terrenos de la finca y a una mujer tendiendo ropa en una cuerda. Salió con una escopeta, porque está obsesionado con los intrusos. Pero no le disparó a esa mujer, no vaya usted a creer.

—¿Y ese armero lo tiene cerrado con llave?

—Ese día no. Yo me escabullí, porque no me gustan las armas.

—Lo que quiero hacerle ver es que ese hombre dejó el armero abierto, y cuando usted salió de la habitación, cualquiera habría podido robar una de esas escopetas. Porque según dice usted hay muchas, ¿no?

—Nunca las he contado, pero yo diría que cerca de una docena, quizá más —replicó Wilt—. ¿Por qué quiere saberlo?

—No importa. Enseguida entenderá adónde quería llegar.

—Si usted lo dice… Yo lo único que sé es que Eva está volviendo a meterme en un berenjenal y que yo no puedo hacer un carajo.

—Nada de eso. Se encuentra usted en una posición mucho más fuerte de lo que cree. Primero: ¿qué hacía un adolescente con un arma de fuego para la que no tiene licencia? Segundo: ¿por qué Sir George Gadsley lo dejó a solas en su estudio con el armero abierto? Tercero: ¿por qué echaron a Eva y a sus hijas de Sandystones Hall? Hágase esas preguntas y obtendrá la solución de todas sus preocupaciones.

—Ellas se marcharon, como ya le he dicho, porque alguien, seguramente ese joven maníaco, disparó contra las cuatrillizas, o cerca de ellas, cuando estaban en el lago y las asustó.

—Exacto. Si plantea la situación así, ni el abogado más hábil del Reino Unido podrá demostrar que es usted culpable de nada. Añada el armero abierto y será Sir George quien tenga problemas con la ley y quien pierda su licencia de armas o tenga que pagar una multa. Ya lo creo. Tiene usted a los Gadsley cogidos por los huevecillos.

Wilt suspiró y dijo que esperaba que así fuera, aunque en secreto se preguntó cómo había acabado metido en aquella conversación, cada vez más complicada y confusa.

—Olvida una cosa —prosiguió Wilt, sin poderlo resistir—: Sir George es juez de paz, y debe tener influencia en los círculos jurídicos.

—¡Pues eso lo pone en una posición aún peor! Primero viola la ley dejando el armero abierto. Y, segundo, sabe que su hijo…, bueno, su hijastro…, maneja un arma sin tener licencia, porque usted le dijo que el chico había matado un ciervo.

—Dijo que debía ser un jabalí que se había escapado de una granja donde crían esos animales.

—Pues ya está. No tiene nada de que preocuparse.

Wilt no estaba en absoluto seguro de que lo que estaba diciendo la camarera tuviera ninguna lógica, pero le agradeció el apoyo. Hasta lamentó no haberle dado más propina, pero pensó que no quedaría bien ofrecerle dinero en ese momento. Le dio las gracias, se levantó y se ofreció para acompañarla hasta el pub en coche, pero ella dijo que prefería quedarse un rato allí.

Mientras conducía hacia la mansión, Wilt se sintió un poco más animado. Pediría ayuda a la señora Bale y llamaría a todos los hoteles de los alrededores: estaba

convencido de que Eva y las cuatrillizas no podían haber vuelto a casa sin él. No podía costarle mucho localizarlas, porque, una vez vistas, no se las olvidaba nunca. Y, una vez vistas y oídas, no se recuperaba uno nunca de la experiencia. Aparcó en el patio trasero y entró en la casa por la cocina.

—¡Ah, es usted! Su mujer ha venido a buscarlo —le dijo la señora Bale—. Quería el coche.

—¡No puedo creerlo! ¿Por qué demonios no me ha llamado por teléfono esa estúpida? Llevo horas sentado enfrente del hotel como un idiota, esperándola. ¿Y ahora adónde ha ido?

—Verá, Lady Clarissa y su mujer han mantenido una violenta discusión porque Lady Clarissa y usted se habían acostado juntos.

—Pero ¿qué dice? ¡Nosotros nunca nos hemos acostado juntos!

—Ya lo sé —dijo la señora Bale, abochornada—. Pero antes de que la señora Wilt se diera cuenta de que se equivocaba, ya había dicho tantas cosas horribles que Lady Clarissa tuvo que ir a echarse un rato para recuperarse.

—¡Ay, Eva! ¿Qué has hecho esta vez? —murmuró Wilt; veía aumentar por momentos la minuta de los abogados.

—Para reparar el daño que había hecho, se ha ofrecido a ir hasta la vicaría y organizar el funeral del Coronel.

—Creía que iban a enterrarlo aquí, en la finca, y que todas esas mesas de caballete y esos paraguas eran para la recepción de después del funeral.

—Ah, no. Sir George se niega a que lo entierren en el cementerio privado de la familia. Hemos tenido que despachar a los deudos en la puerta principal, y los del *catering* están recogiendo sus cosas. Bueno, no eran deudos de verdad, no vaya a creer usted. Sólo una pandilla de curiosos del pueblo que habían venido a contemplar la casa.

Wilt se quedó mirándola, atónito.

—¿Y mi mujer ha ido a organizar un funeral alternativo? ¡Qué cosa tan rara!

—Creía que a estas alturas ya habría reparado usted en que por aquí todo es tirando a raro.

—Sí, desde luego. Esto es un auténtico manicomio, lleno de lunáticos.

—Bueno, yo ya se lo advertí. Aunque pensé que era usted el último caprichito de la señora.

—Gracias por el cumplido —dijo Wilt.

—Ahora que conozco a su mujer, me doy cuenta de lo equivocada que estaba. No me gustaría tener que pelearme con ella.

—A veces Eva me hace pasar las de Caín, es verdad, pero ya estoy acostumbrado a eso. Pero si Eva ha ido al pueblo, ¿dónde están las niñas?

—¡Quién sabe! Han dicho que querían bajar otra vez a la playa. Pero si quiere

saber mi opinión, creo que todavía no la han pisado. Esas cuatro niñas deben darle muchísimo trabajo.

—Y que lo diga —dijo Wilt con amargura—. Será mejor que vaya a buscarlas. Le apuesto lo que quiera a que traman algo peligroso.

24

En el cementerio, las cuatrillizas habían metido una rama del tamaño idóneo en el ataúd, envuelta en una manta que se habían llevado de la casita de invitados. Tras volver a colocar la tapa del ataúd, regresaron por el pinar, aunque esa vez tomaron otra ruta para no dejar un rastro que condujera hasta el cadáver; a continuación se pusieron los guantes de plástico y le amontonaron más hojas y ramas secas alrededor.

Cuando Samantha estaba a punto de encender una cerilla para comenzar la incineración, oyeron a Wilt, que las llamaba por el bosque.

—¡Mierda! —exclamó Josephine—. Ahora sólo faltaría que nos encontrara.

Se quedaron muy quietas hasta que la voz de su padre empezó a alejarse.

—Mirad, aquí estamos demasiado expuestas. Podría vernos cualquiera. Y será mejor que vayamos a decirle algo a papá antes de que nos encuentre.

—Pero si no pasa nada —dijo Samantha, enfadada. Estaba ansiosa por empezar y harta de tantos retrasos.

—No, Josephine tiene razón —coincidió Emmeline—. Tapémoslo otra vez y busquemos algún sitio donde nunca se les vaya a ocurrir mirar. Propongo que nos separemos y que busquemos el grupo de pinos jóvenes más tupido, un sitio por donde a los adultos les resulte difícil pasar. Mejor aún si también nosotras tenemos que pasar a gatas.

—Pero ¿qué clase de sitio buscamos? —preguntó Samantha con fastidio—. Sigo pensando que deberíamos continuar aquí mismo.

—Un sitio que no esté demasiado lejos pero que sea muy denso, con muchas agujas de pino, para que podamos tapar el cadáver con ellas y para que cualquiera que lo vea piense que es un tronco caído.

—Pero si los troncos no se caen en los pinares recién plantados.

—Pues claro que no. Pero ¿no has visto esos troncos cortados de pinos mucho más viejos y más grandes que usan como leña en la mansión? Esos pinos arrojan cientos, miles de agujas, y podrían cubrir fácilmente cualquier cosa.

—Suponiendo que alguien que vaya buscando por ahí no lo pise. Les sorprendería pisar un tronco blando.

—Bueno, muy blando no está, ¿no? Tiene *rigor mortis*.

—Sí, pero espera y verás. Con el calor que hace, empezará a pudrirse en cualquier momento, y entonces se pondrá blando como un calamar, por no mencionar el tufillo que empezará a echar.

—Si lo tapamos bien, con muchas agujas de pino, nada de eso importará. Vosotras dos —dijo Emmeline señalando a Josephine y a Penelope— id por allí; nosotras iremos por este lado, donde los árboles están mucho más juntos. —Un minuto más tarde, las cuatro niñas habían desaparecido entre los arbolillos.

Pasada media hora, Emmeline había encontrado una pequeña hondonada llena de hojas caídas y de agujas de pino. Se la enseñó a Samantha, que se puso muy contenta. Sobre todo porque quedaba disimulada por un denso sotobosque de árboles jóvenes.

—Esto es justo lo que necesitábamos. Iremos a buscar a Josephine y a Penelope y traeremos al Coronel hasta aquí. De momento podemos dejarlo en esta hondonada.

—¿No sería mejor retirar todas estas hojas y preparar el sitio antes de ir a buscar al Coronel? ¿Y qué me dices de la hoguera que tenemos que preparar? La gente se preguntará para qué es.

—¿Qué gente? Aquí no sube nadie. Pensarán que es para la noche de Guy Fawkes o algo por el estilo. En fin, cuanto antes metamos el cadáver en esta hondonada, mejor. Ve a buscar a Penelope y a Josephine y nos reuniremos junto a la hoguera. Sacar todo esto no me llevará mucho tiempo.

De nuevo en la hoguera, las cuatro hermanas empezaron a arrastrar el cadáver del Coronel hasta la hondonada; Penelope no paraba de quejarse de que aquello no era tan divertido como ella había previsto. De pronto se oyó un disparo, y una bala pasó rozando a las niñas y se incrustó en el tronco de un árbol cercano. Tres de ellas se agacharon instintivamente y se quedaron tumbadas entre las piñas y los helechos del suelo del bosque. Samantha, sin embargo, se escondió detrás de un árbol, y así pudo ver a Edward caminando hacia ellas. El muchacho cargó de nuevo el rifle y siguió disparando, esa vez contra el cadáver, que yacía donde las cuatrillizas lo habían dejado, apoyado contra un árbol.

—¡Te he matado, capullo! —bramó Edward, acercándose al cadáver—. ¡Así aprenderás a entrar en propiedades privadas, alemán de mierda!

—¡Norte y noroeste! —susurró Samantha; era su código para indicar que podían ir en cualquier dirección excepto el norte o el noroeste. Pero no habría hecho falta que se preocupara, pues el idiota de Edward no sabía distinguir el norte del este ni del oeste. Siguió adelante sin ver a las tres niñas que estaban agachadas fuera de su línea de fuego.

Samantha había recogido unas cuantas piedras y las estaba lanzando para distraer a Edward, pero una más grande que las otras le dio accidentalmente en la cabeza. Edward se sobresaltó y empezó a caer hacia atrás: al tratar de ponerse a salvo, tropezó con la raíz de un árbol que sobresalía; entonces se le disparó el arma, y el tiro le dio entre los ojos. Se produjo un silencio.

—¡Mierda! —exclamó Samantha. Sus hermanas se levantaron y fueron junto a ella.

—¡Su puta madre!

—Y que lo digas. Ahora sí que la hemos cagado.

—¡Bueno, no importa! Rápido: cambio de planes. Ayudadme a levantar a Edward y a ponerlo más cerca del cadáver del Coronel —dijo Penelope, y así lo hicieron.

Entonces Penelope recogió el rifle de donde había caído y le pegó unos cuantos disparos más al cadáver del Coronel; a continuación volvió a meter el rifle bajo el cadáver de Edward para que pareciera que se había caído encima después de que éste se le disparara—. Ahora parece que haya sido Edward quien ha robado el cadáver y que lo ha utilizado para hacer prácticas de tiro antes de tropezar y matarse. Que es exactamente lo que ha hecho, claro.

—Genial —dijo Samantha—, sólo que ahora ya no tenemos nada que quemar, lo cual es una pena.

—No te lamentes. Venga, sigamos antes de que se acerque alguien a ver a qué venía tanto alboroto.

Media hora más tarde, las cuatrillizas habían borrado todo el rastro que habían dejado al arrastrar el cadáver desnudo entre los pinos y habían llegado a la mansión tras enterrar las medallas y la ropa del Coronel en la hondonada.

* * *

Poco antes de que sucediera todo eso, y ante la insistencia de Sir George, los portadores se habían llevado el ataúd del cementerio familiar y lo habían devuelto al coche fúnebre. Al salir el coche fúnebre por la verja hacia el camino principal, Sir George vio a Eva meterse en un taxi y seguirlo.

—No olvide insistir en que lo incineren —le dijo—. No quiero volver a oír hablar de enterrar a ese hombre en la finca.

Eva asintió; pero había prometido a Lady Clarissa que a su tío no lo incinerarían, sino que lo enterrarían.

Muy cohibida, siguió al coche fúnebre hasta la vicaría; una vez allí, se apeó y llamó a la puerta. Al cabo de un momento, una mujer abrió la puerta y miró a Eva inquisitivamente.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

Eva dijo que había ido a ver al párroco, pero la mujer ya había visto el ataúd.

—Bien, le diré a mi marido que es urgente, aunque está muy ocupado escribiendo el sermón del domingo —replicó, y entró en la casa. Al poco rato salió un anciano con gafas y alzacuello.

—Tengo entendido que quiere que celebre un funeral. ¿Es el difunto vecino del lugar?

Eva negó con la cabeza.

—No, no es de aquí.

—Y, por su acento, veo que usted tampoco —comentó el párroco.

Eva explicó que ella vivía en Ipford, pero que le habían pedido que acompañara el ataúd hasta la vicaría.

—Era un coronel del ejército. Luchó en la guerra y tenía una pierna ortopédica —añadió incoherentemente.

El párroco la miró por encima de las gafas.

—Se lo pregunto porque el cementerio está casi lleno, y sólo podemos enterrar en él a los vecinos de por aquí. ¿Dónde vive usted exactamente?

—Es que no vivo aquí. Iba a quedarme a pasar el verano en la mansión, pero…

—¿En Sandystones Hall? —preguntó el párroco, sorprendido.

Unos años atrás, había jugado a golf con Sir George, y le habían molestado mucho las palabrotas que había soltado al írsele una pelota a un bunker. También desaprobaba la costumbre de Sir George de dar continuamente sorbos de whisky de la petaca de plata que llevaba en el bolsillo. Pero, por encima de todo, el párroco censuraba la negativa de los Gadsley a asistir a los oficios religiosos de los domingos o de cualquier otro día de la semana, y sabía perfectamente que el resto de habitantes del pueblo también los detestaba.

Acababa de decidir que cualquiera que pasara el verano en Sandystones debía compartir todos los atributos objetables de los Gadsley cuando Eva interrumpió sus reflexiones.

—Los cuatro portadores que han traído el ataúd hasta aquí ya se han marchado —explicó—. Si no lo lleva usted a la iglesia, no sé qué voy a hacer con él. Es evidente que yo sola no puedo llevármelo.

—Me temo que no puedo ayudarla. No puedo meter un ataúd tan grande en mi coche, y además lo tengo en el taller. —Hizo una pausa; luego entró en la casa y llamó a la estación de servicio.

—¿Podrían enviar un camión a la vicaría, recoger un ataúd y llevarlo a la mansión? —preguntó.

—¿La ha espichado alguien allí arriba? —preguntó, esperanzado, el hombre que se había puesto al teléfono—. ¿Acaso ese cabronazo de Sir George?

—Le agradecería mucho que no empleara ese lenguaje tan obsceno —le espetó el párroco—. Le llamo desde la vicaría…

—¡Caramba! Lo siento, señor —se disculpó el mecánico, que estaba al corriente de las opiniones del párroco sobre el empleo de palabrotas. Colgó el auricular y se volvió hacia el otro empleado de la estación de servicio—. Tendrás que coger la camioneta y llevar un ataúd a la mansión. Se ve que la ha palmado alguien. Ojalá sea el capullo de Gadsley.

El aprendiz cogió la camioneta y fue hasta la vicaría. El ataúd estaba junto a la entrada, y Eva, angustiada, montaba guardia a su lado. Pero el mecánico no podía levantar el ataúd, ni siquiera con la ayuda de Eva. Al final fue a la puerta principal de la vicaría y preguntó si había alguien que pudiera ayudarlo a subirlo a la camioneta. A esas alturas, el párroco había terminado de escribir su sermón y accedió a ayudar al

joven. Cogieron el ataúd uno por cada extremo, y Eva intentó levantarlo por el medio, pero aun así pesaba demasiado.

—El difunto debía ser muy corpulento —observó el párroco.

—Bueno, para traerlo hasta aquí hicieron falta cuatro hombres —aclaró Eva.

—Creo que será mejor que abramos el ataúd, saquemos al difunto, quienquiera que sea, y volvamos a meterlo dentro cuando hayamos subido el ataúd a la camioneta.

Eva pensó que a Clarissa no le haría ninguna gracia saber que habían estado paseando a su tío por allí, pero recordó que Sir George se pondría furioso si volvían a llevar el ataúd a la mansión. Ella no tenía la culpa de nada. Se apartó mientras los dos hombres levantaban la tapa, cogían el bulto envuelto en una manta y lo sacaban del ataúd.

—El finado pesa menos de lo que esperaba —admitió el párroco—. Y está mucho más rígido.

Para cuando lo pusieron en la parte de atrás de la camioneta, la manta había resbalado.

—¡La hostia! —exclamó el joven mecánico, y por una vez, no le reprendieron por decir palabrotas. El párroco estaba demasiado atónito también para importarle lo que pudieran decir los demás.

Todos sus pensamientos estaban concentrados en aquella rama y en los motivos que podía tener la persona que lo habría convertido en un imbécil sacrílego si hubiera llegado a celebrar un oficio religioso por un trozo de madera muerta. Cuando se le hubo normalizado el pulso y pudo volver a pensar con claridad, estaba convencido de que sabía quién le había tendido aquella trampa maligna. El párroco sabía exactamente quién era su enemigo: el monstruo de Sir George Gadsley. Nunca se habían llevado bien, y aquello era el deplorable intento de aquel hombre de convertir al párroco en el hazmerreír del pueblo.

Sin prestar atención a los gritos de horror de Eva, y decidido a volverle las tornas a Sir George, fue a su estudio y llamó a la policía.

—Tengo motivos para pensar que se ha cometido un crimen de la máxima gravedad —dijo al sargento que contestó—. Quiero que vengan cuanto antes y que vean las pruebas.

—Vamos para allí, padre.

El clérigo colgó el auricular y sonrió. Empezaba a pensar que cabía la posibilidad de que se hubiera cometido un crimen en la mansión. Muchas veces había oído disparos en los jardines de la finca, y los vecinos del lugar se negaban a acercarse por allí a menos que fuera para recoger a alguien en taxi o para entregar grandes cantidades de alcohol y otros artículos de lujo por los que valiera la pena arriesgarse.

Cuando el sargento y un agente llegaron a la vicaría, se hallaba allí, además del

párroco, uno de los vecinos que había transportado el ataúd en el coche fúnebre. Dijo que él iba a menudo a la mansión porque lo habían contratado para cortar el césped de la mitad del jardín todas las semanas, siempre y cuando «el cabronazo ése de la escopeta» (así fue como lo llamó) se encontrara dentro de la casa y con la prohibición expresa de salir al jardín antes de que él se hubiera marchado.

—Una vez le vi dispararle a un ciervo —le había explicado al párroco—, y no me extrañaría que también disparara contra otras cosas. Antes se limitaba a tirarle piedras a la gente, pero veo que ha subido de nivel.

El párroco le transmitió esa información al sargento, que asintió mientras lo anotaba todo en un bloc. Ya había tenido otras experiencias con las fechorías del chico, pero todo parecía indicar que esa vez el caso era demasiado grave para que interviniera nadie, juez o no juez.

—Y ahora querrá ver el supuesto cadáver —anunció el párroco—. Y puedo corroborar que en la mansión suelen oírse disparos. Hace cosa de un mes, iba andando por el camino y una bala me rozó la cabeza. Pero venga a ver lo que hemos encontrado en el ataúd.

Salieron al patio, donde el párroco guardaba su coche.

—Ábralo, ábralo —dijo. Había puesto la tapa para aumentar el efecto sorpresa cuando el policía la levantara. Seguro que lo último que esperaba encontrar era un cadáver de madera.

—¡Caray! ¡Pero si no es un cadáver! ¿Por qué han traído un trozo de leña hasta aquí?

—Les ordenaron traer el ataúd y no tenían ni idea de qué había dentro.

—Vinieron con una mujer que dijo ser de Ipford, pero eso queda muy lejos de aquí —aportó el mecánico.

El párroco volvió a intervenir:

—Sí, me dijo que era de Ipford. También me contó que había venido a pasar el verano en la mansión, y que por eso acompañaba al desconocido que debería estar dentro del ataúd. Gadsley le pidió que organizara el entierro.

—¿Y dónde está esa mujer ahora?

—Se esfumó en cuanto vio el tronco ése —respondió el mecánico—. Ahora que lo pienso, ojalá yo hubiera hecho lo mismo. Si llego a saber que esto iba a llevarnos tanto tiempo, yo también me las habría pirado.

—Sí, claro. A estas alturas ya podría haber llegado a Sandystones Hall. Creo que debería comprobarlo. Puede utilizar mi teléfono —dijo el párroco lanzándole una mirada de desaprobación al mecánico.

—¿Sabe cómo se llama? Porque no puedo preguntar por la mujer que iba a quedarse allí a pasar el verano y que ha traído un ataúd a la vicaría.

—¿Por qué no? Seguro que le dan su nombre y su dirección aunque haya vuelto a

Ipford —replicó el párroco, ansioso por montarle un escándalo a Sir George. El agente le ayudó anunciando que había encontrado lo que parecía un agujero de bala en el tronco.

—Sí, lo parece, desde luego —corroboró el sargento, con gran alegría del párroco —. Tendremos que esperar a que los forenses hagan la autop…, bueno, un examen detallado del tronco.

El párroco estaba ya emocionadísimo. El hecho de que el sargento hubiera estado a punto de decir «autopsia» era algo que recordaría mientras viviera. Decidió que había llegado el momento de hacer intervenir a un oficial de rango superior para que se ocupara de la investigación. Así, el escándalo iría a más, y el nombre de Sir George aparecería en la primera plana de todos los periódicos sensacionalistas. Lo mejor que podía pasar era que la policía encontrara una víctima de asesinato real, aunque el párroco era demasiado piadoso para desear activamente que así sucediera.

Optó por proponer discretamente que se informara de lo ocurrido a las autoridades superiores.

El sargento le dio toda la razón. Se sentía muy raro contemplando aquella rama y tratando de explicar su siniestra presencia en el ornamentado ataúd. Entonces la mujer del párroco salió al patio y preguntó si alguien quería té o café. El sargento negó con la cabeza y le dio las gracias. Lo que necesitaba era algo mucho más fuerte, como un brandy, pero no le pareció apropiado confesarlo. Sí aceptó, en cambio, utilizar el teléfono del párroco, y llamó al comisario, quien tardó un rato en persuadirse de que el sargento no estaba loco, tomándole el pelo o, más probablemente, borracho o sufriendo algún tipo de morbosa alucinación.

—Nadie en su sano juicio mete un leño en un ataúd tan caro y espera que un párroco respetable lo entierre —bramó.

—Pues eso es precisamente lo que han hecho. Y, para colmo, resulta que el leño presenta una herida de bala.

—¿Una herida de bala? ¿En un tronco? Usted me toma el pelo. Un tronco no puede… Bueno, supongo que sí, si se trata de un árbol pequeño.

—No lo es. Bueno, no lo era. Es la rama desmochada de un árbol de tamaño mediano.

—¿Desmochada? ¿Qué es eso, su opinión profesional? ¿Qué es usted, sargento, un policía o un jardinero?

Media hora más tarde, llegaron unos agentes de paisano en dos coches patrulla y aparcaron sin ningún disimulo enfrente de la vicaría, para gran enojo del párroco, que se preguntó qué rumores sobre él empezarían a circular por el pueblo. Por otra parte, el comisario ya no dudaba de la cordura del sargento. El leño que había en la parte trasera de la camioneta demostraba que le había dicho la verdad. Ahora el párroco le estaba contando que, el miércoles anterior, un joven armado con una escopeta le

había disparado cerca de la mansión y había estado a punto de alcanzarlo.

—Sin siquiera considerar el peligro para la seguridad pública, por lo visto Sir George anima al chico a utilizar armas letales contra gente inocente que pasa cerca de la mansión —continuó el párroco en tono condenatorio—. O tiene muy mala puntería, o apunta deliberadamente por encima de la cabeza de sus dianas. Sospecho que lo hace porque la familia está decidida a impedir que entren intrusos en su propiedad. De hecho, siempre han sido así. Cualquier día matará a un transeúnte, ya verá.

—¿Y qué edad cree que tiene ese chico?

—No puede tener mucho más de diecisiete años. Quizá menos, según mis cálculos —exageró el párroco.

—Por lo que usted dice, debe ser el mismo chico que ya ha tenido problemas otras veces, sólo que ahora usa un rifle, y muy potente, por cierto. Eso podría explicar la profundidad del agujero de bala de esa rama —observó el comisario.

—De eso no cabe duda, pero para demostrarlo tendremos que comparar la bala con el rifle, y eso podría llevarnos tiempo —comentó el sargento—. Espero que ese chico no cause más daños mientras tanto.

El párroco se mostró desconcertado.

—¿Por qué no retiran la bala y se la llevan con ustedes cuando vayan a la mansión? No nos costará mucho —añadió—. Tengo una sierra eléctrica excelente y montones de formones. La extraeremos en un periquete.

Pero el comisario sacudió la cabeza.

—No, tenemos que dejarla tal como está. Es una prueba, ¿entiende? Por eso no podemos tocarla.

—Bueno, si no puede tocarla, ¿cómo demonios piensa identificar el arma?

—Tranquilícese, padre. Por lo que me ha contado sobre los tiros al azar por encima del muro y demás, calculo que tenemos suficientes pruebas para trincar a esos amigos suyos.

El párroco, indignado, casi saltó de la silla.

—Le aseguro que no son amigos míos. Ese endemoniado me odia desde hace años.

—Sólo era una manera de hablar, padre. Pero yo creía que ustedes eran amigos de todo el mundo. ¿No se supone que tienen que amar al prójimo? —preguntó el comisario.

—Sí, desde luego. Y yo amo al prójimo, pero hasta cierto punto —protestó el párroco, cada vez más furioso—. Pero sepa usted, agente, que ese hombre siempre se ha negado a dejarme celebrar funerales cristianos en su cementerio privado.

—¿Pero ha enterrado a alguien allí? —El comisario parecía especialmente interesado en seguir hablando de ese asunto.

—Que yo sepa, no. Pero ¿no lo ve? Debe ser por eso por lo que nos ha enviado este ataúd con un tronco dentro: para ponerme en ridículo porque escribí un artículo en el periódico local afirmando que los cementerios privados no habrían de existir.

El sargento y el comisario se miraron.

—¿Hay algo más, padre?

—Pues no. Desde que apareció ese artículo no ha vuelto a saludarme. Y no es que eso me importe mucho. Pero después empezó a hacer circular rumores muy escandalosos sobre mí…

—Si son rumores desagradables, como insinúa, ¿por qué no lo ha denunciado? Parecería lo más lógico.

—Porque los vecinos le tienen tanta manía a Sir George que nadie le creyó. Además, no quiero que una acusación como ésa salga publicada en los periódicos.

—¿Qué clase de acusación? Quizá podríamos llevar a juicio a Sir George.

—Bueno, lo típico: que soy un pervertido que abusa de los niños —dijo el párroco.

El comisario reflexionó unos momentos sobre eso.

—¿Y es verdad, padre?

—¡Cómo se atreve! ¡Por supuesto que no! Si no me cree, puede preguntárselo a mi mujer. Ni siquiera me gustan los niños, esas criaturas salvajes. Ni los más creciditos.

El comisario estuvo a punto de recordarle de nuevo al párroco el concepto de amor cristiano, pero se lo pensó mejor. Hubo un breve silencio y entonces anunció:

—Creo que ya va siendo hora de que conozca a Sir George Gadsley. Entretanto, sargento, ¿puede llevarse esa rama a Ligneham y guardarla en la sala de pruebas? Veamos, padre, ¿hay algo más que debamos saber?

—Pues, sinceramente, creo que debo advertirle que Sir George puede ser una persona difícil. Bebe como un cosaco, igual que su mujer, a la que, por cierto, le encantan los hombres. Francamente, si no fuera poco caritativo, la llamaría algo peor.

—¿Cómo la llamaría?

—La verdad es que para describirlo sólo hay una palabra —dijo el párroco, encantado—: ninfómana.

—Bueno, padre, tenga cuidado, o la próxima vez tendremos que llamarle la atención a usted por divulgar rumores maliciosos.

El clérigo se ruborizó, pero no pudo contenerse y dijo:

—Creo que no, comisario, porque todo lo que le he dicho es absolutamente cierto. Si quiere, puede preguntárselo a ese chico que está ahí fuera. Trabaja en el taller.

El comisario se despidió de él —seguía pensando que aquel clérigo no era tan bueno como lo pintaban— y fue a interrogar al aprendiz de mecánico sobre la mujer que había acompañado el ataúd. El joven le dijo que no la conocía de nada.

—Cuando se ha marchado parecía muy asustada, y ha dicho algo de que necesitaba volver con sus hijas. No sé, a mí me parece que no está muy bien de la cabeza, cuando ha visto la rama, se ha alterado mucho. No paraba de decir que era una pierna. Cuando era evidente que sólo era una rama. Y desmochada, para más señas.

25

En la mansión, Wilt tenía la impresión de llevar horas recorriendo el bosque. Pese a que había gritado y proferido tacos, y a que luego había recurrido a lanzar chantajes y promesas, las cuatrillizas no se habían materializado. Encontró la rebeca de una de las niñas y un par de calcetines al borde del lago, y por un momento se preguntó si les habría pasado alguna desgracia. No parecía probable que se hubieran ahogado las cuatro a la vez, pero tampoco podía descartar esa posibilidad. Por otra parte, era más probable que hubieran fingido su muerte y que en ese momento estuvieran escondidas por allí cerca, riéndose de su padre. Wilt experimentó con la táctica de darse la vuelta bruscamente, con la esperanza de sorprenderlas, pero sólo recibió miradas de extrañeza de los empleados del *catering*, que estaban recogiendo sus cosas.

Se puso muy nervioso al oír disparos a lo lejos, seguidos de unos chillidos, pero cuando volvió a reinar el silencio, llegó a la conclusión de que Edward debía de haberse cargado otro animal salvaje.

Wilt debía de ir por la quinta o sexta ronda por los terrenos de la mansión cuando encontró la caravana semiescondida. Aunque no le pareció probable que las cuatrillizas se hubieran refugiado allí, creyó oportuno echar un vistazo dentro. Al acercarse, vio moverse las ramas de los árboles que rodeaban la caravana, que se zarandeaba también.

«Deben ser las niñas», se dijo. Se acercó con sigilo a la ventana, decidido a darles el susto que se merecían. Pero el que se llevó el susto fue Wilt, cuando ante él apareció el trasero de Sir George, dando botes sobre lo que debía de ser la intrusa.

Por suerte, ambos estaban demasiado ocupados para ver a Wilt asomado a la ventana. Wilt se apartó rápidamente y decidió volver a la mansión.

La señora Bale salió a su encuentro en la puerta de la cocina.

—Menos mal que ha regresado —dijo—. Su mujer está alteradísima.

—Mi mujer siempre está alteradísima. ¿Qué le pasa ahora? Si se trata de esas malditas niñas, puede decirle que llevo horas buscándolas. Pero no ha servido de nada: están oficialmente desaparecidas.

—¿Las niñas? No, no. Se trata del tío. El que no está es él.

—Ya sé que nos ha dejado, pobre hombre, y lo siento mucho por él. Pero no sé qué tiene eso que ver con Eva ni conmigo, la verdad.

—No, no. Cuando digo que no está me refiero a que no lo encuentran. Ha desaparecido. Se ha esfumado. Evaporado. La señora Wilt está muy conmocionada, y muy preocupada porque no sabe cómo va a explicárselo a la señora.

Dicho eso, la señora Bale entró precipitadamente en la cocina; Wilt la siguió y oyó los sollozos histéricos de Eva. Su instinto no le había fallado: aquella casa era un

maldito manicomio.

Wilt tardó un buen rato en tranquilizar a Eva, y entretanto, las niñas habían vuelto a la casa y habían declarado que sólo habían ido otra vez a la playa y que no sabían a qué venía tanto jaleo. Wilt, al ver sus caras de culpabilidad, por no mencionar las agujas de pino que llevaban enganchadas en la ropa, no se creyó ni una sola palabra, pero dado el estado en que se encontraba Eva, decidió no decir nada. Iba a preguntarles si habían oído los disparos cuando se oyó un bramido procedente del estudio. Sir George había vuelto, y por lo visto estaba de mal humor. La señora Bale se levantó precipitadamente y salió de la cocina, pues consideró que lo mejor que podía hacer era ir con Lady Clarissa. Wilt cerró la puerta y se sentó junto a su mujer. No quería saber cuál era el motivo de aquella nueva pelea.

Las cuatrillizas, en cambio, estaban convencidas de que ya lo sabían, y salieron con sigilo al pasillo para escuchar a hurtadillas. Pronto descubrieron que estaban equivocadas: por lo visto, todavía no habían encontrado los cadáveres. Sir George, furioso, reprendía a un comisario de policía y le decía a voz en grito que debía de estar loco para acusarlo de meter un leño en un ataúd.

—¿Por qué coño iba a hacer una cosa así? Miente usted como un bellaco. ¡Lárguese ahora mismo de mi casa!

Hubo una pausa, que las cuatrillizas aprovecharon para colarse en la biblioteca y esconderse detrás de la puerta abierta, desde donde podían escuchar la conversación entre Sir George y el comisario.

—Por si le interesa saberlo, el párroco encontró el leño cuando abrieron el ataúd —reveló el comisario.

—¿Y usted se cree lo que dice ese viejo idiota? Está completamente chiflado. ¿Un leño en un ataúd? ¡Eso es absurdo!

—Quizá sea absurdo, pero tenemos testigos.

—¿Y qué le hace pensar que ese leño o lo que sea ha salido de aquí?

—Pues que eso dicen los portadores que se lo llevaron. También había una mujer con ellos; dijo que estaba pasando el verano en la mansión.

—¡Cojones, esa zorra! ¡La señora Wilt!

—Tengo que hacerle otra pregunta, Sir George. ¿Siempre tiene cerrado ese armero?

—Por supuesto. Pero ¿a usted qué le importa?

—Entonces, ¿por qué estaba abierto cuando me han traído aquí y usted todavía no había vuelto de dondequiera que estuviera? Dejar abierto un armero va contra la ley. Espero que tenga usted licencia de armas.

Sir George le aseguró que la tenía, y sacó una de un cajón de su escritorio. Se estaba poniendo un poco nervioso al ver lo sereno que permanecía aquel policía de paisano pese a que le habían gritado y le habían ordenado que se largara de la maldita

mansión. La siguiente pregunta del comisario aún lo inquietó más:

—¿Qué edad tiene su hijastro?

—No tengo ni idea. No soporto a ese muchacho.

—¿Le gusta mucho disparar? Es decir, ¿tiene escopeta?

Sir George titubeó un momento, y luego dijo que no se había fijado.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque el leño que hay en el ataúd tiene un agujero de bala, y he pensado que quizá haya alguna relación entre un chico armado y ese agujero —respondió el comisario—. ¿Cabe la posibilidad de que «no se haya fijado» en que en el armero falta una escopeta? Permitir que menores de edad sin licencia utilicen potentes armas de fuego es un asunto muy grave.

Sir George estaba empezando a sudar. Aquella conversación no iba como él esperaba.

—No sé de qué me habla. Aquí no ha habido ningún funeral, así que ¿cómo quiere que hubiera un ataúd? Hace más de mil años que no se celebra ningún funeral…, salvo por los descendientes de la familia, claro; pero del último hace ya una eternidad. Estoy seguro de que el párroco ya le habrá explicado todo eso.

—Así es, pero también hemos hablado con todos los sepultureros de los alrededores, y nos han confirmado que vieron un coche fúnebre de Ipford que se dirigía a la mansión. Se fijaron porque no les habían encargado el trabajo a ellos, claro.

—Deben haberse equivocado. Aquí no se ha muerto nadie. Y ahora ¡lárguese de mi casa! —ordenó Sir George.

—Tenemos un coche fúnebre y un ataúd, pero no tenemos cadáver, y eso me da muy mala espina. Por eso queremos registrar la finca.

Sir George sabía que tenía que contenerse, pero no pudo.

—¿Registrar la finca? ¡Ni hablar! ¡Ni loco voy a permitir que unos policías se paseen por mi casa! —gritó.

—Sólo seremos unos cuantos y los perros. Perros rastreadores. Si el cadáver está en los jardines, los perros lo encontrarán —dijo el comisario con una sonrisa en los labios—. Hasta ahora no han fallado nunca.

—¡Al cuerno con sus perros rastreadores! Esto es una propiedad privada, y usted no la va a registrar.

El comisario se encogió de hombros.

—Si no cambia de actitud, tendré que pedir una orden de registro —dijo—. Volveré mañana por la mañana. —Salió por la puerta principal y se metió en su coche.

26

Las cuatrillizas salieron al jardín por la cocina, y desde allí vieron cómo el coche patrulla enfilaba el camino, arañando uno de los retrovisores laterales al tomar mal la primera de las difíciles curvas. Emmeline soltó una carcajada y se ganó una mirada asesina del policía que conducía; luego fue a sentarse en la hierba con sus hermanas.

—¡Perros rastreadores! ¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Josephine—. Espero que no vengan olfateando hasta nosotras, después de tanto trajinar los cadáveres. Debemos apestar a muerto.

—No, porque después nos hemos lavado bien —le recordó Emmeline—. Pero supongo que los perros encontrarán los cadáveres.

—Sí —coincidió Penelope—. Y cuando los encuentren, ¿qué pasará con las medallas, la ropa y todo lo demás? Si los perros lo encuentran también, será difícil explicar por qué todo eso estaba enterrado cerca de donde está Edward.

—No lo encontrarán, estúpida. Seguro que seguirán allí por siempre jamás.

Samantha reflexionó un momento y dijo:

—No estés tan segura. ¿Te acuerdas de aquel programa de televisión donde unos sabuesos seguían el rastro de unos pedazos de tela con los que habían frotado un zorro, para que pudieran olerlo y perseguirlo?

—Pero la caza del zorro es ilegal. Ahora ya no pueden hacer eso —objetó Penelope.

—Ya sé que no pueden cazar zorros. Pero pueden perseguirlos.

—¡Basta ya, por favor! ¿Eso qué tiene que ver? Nosotras no nos vamos de cacería. Mirad, no importa que encuentren los cadáveres, el uniforme o lo que sea, ¿vale? Lo que importa es que crean que Edward lo hizo todo y que no sospechen que fuimos nosotras.

Hubo un breve silencio. Entonces Emmeline dijo:

—A lo mejor, si tardan en encontrarlo hay menos posibilidades de que sirva como prueba forense.

—¿Prueba forense?

—Sí, ya sabes, cosas que demuestran que nosotras estuvimos allí y que no lo hizo todo él.

—Creo que deberíamos poner muchas pistas falsas para confundirlos y que no puedan demostrar nada —sugirió Josephine.

—¿Como qué?

—No sé, si la policía va a traer perros rastreadores, de esos que encuentran cadáveres y cosas perdidas, tenemos que confundirlos. Si cogemos toda la ropa del Coronel, las medallas y los zapatos y lo esparcimos todo por el bosque, los perros perderán el rastro.

—Ahora soy yo la que está confundida —dijo Penelope—. ¿No deberíamos preocuparnos de nuestra coartada, y no de los perros rastreadores?

—¡Dios mío! Tienes razón: también hemos de pensar en eso. Pero seguro que podemos convencer a papá para que diga que estábamos en algún sitio con él.

—¡Anda ya! ¿Por qué iba a decir eso? Papá preferiría que estuviéramos en la cárcel que molestándolo. Una vez le oí decirle a mamá que éramos unas pequeñas psicópatas y que algún día acabaríamos entre rejas.

—Porque le diremos que si no dice que hemos estado todo el tiempo con él, le contaremos a mamá que es verdad que se ha acostado con Lady Clarissa. Podemos hacerle creer que lo hemos visto.

—Pero no lo hemos visto. Y no se ha acostado con ella, ¿verdad?

—No, pero él sabe que mamá nunca se lo creería.

Satisfechas con su plan, las cuatrillizas volvieron a la mansión, donde descubrieron que los mayores habían decidido que todos pasarían la noche allí en lugar de volver a la pensión. Las niñas se quedarían en la casita de invitados con Eva, y Wilt se quedaría en su habitación de la mansión. Les sorprendió saber que Sir George y Lady Clarissa ya se habían acostado, pero cuando las cuatrillizas comentaron que debía de ser porque querían tener relaciones sexuales, la señora Bale les dijo que era más probable que vieran pasar cerdos volando.

Por la noche, al comentar Eva que todavía le daba miedo que Edward le pegara un tiro, la señora Bale reparó en que nadie había visto al chico en todo el día. Ya estaba demasiado oscuro para hacer nada más que una somera inspección de los jardines, así que, creyendo que el chico se habría escondido en algún sitio, le dejó unos sándwiches preparados y fue a acostarse.

En la casita de invitados, las cuatrillizas siguieron despiertas hasta muy tarde, tratando de dar con una buena coartada por si la necesitaban; pero sus susurros no molestaron a Eva, que se había tomado un somnífero y roncaba estrepitosamente. Wilt, en cambio, dormía a ratos y mal. En los intervalos en que estaba despierto, pasaba la mayor parte del tiempo sin poder olvidar el primer bramido furioso de Sir George y el sosegado interrogatorio posterior del comisario. No lograba dejar de pensar que las cuatrillizas debían de tener algo que ver con el asunto del ataúd con la rama dentro. Pero no, no las creía capaces de trasladar un cadáver. ¿Y qué diría Lady Clarissa por la mañana, cuando se enterara de que su tío había desaparecido y de que un leño ocupaba su lugar? Cuando por fin consiguió dejar de darle vueltas al ataúd vacío y a la supuesta implicación de las cuatrillizas, empezó a pensar en Edward, el chico desaparecido. Sin duda Eva insistiría en que siguiera perdiendo el tiempo dándole clases particulares al chico, cuando Wilt sabía perfectamente que la educación de Edward era una causa perdida.

Siguió dándole vueltas y más vueltas, pensando en aquel muchacho inútil, en la

expresión de culpabilidad de las cuatrillizas, en el cadáver desaparecido, en los aterradores gritos provenientes del estudio que había oído…

Era evidente que Sir George era un hombre sumamente peligroso. Su colección de rifles lo demostraba, y además tenía un genio incontrolable. Wilt no quería ni imaginar lo que sería capaz de hacer si se enteraba de que los había visto a él y a la intrusa por la ventana de la caravana.

Sobre las cinco de la mañana, Wilt desistió de conciliar el sueño y decidió salir a dar un paseo. Pensaba ir por el camino de la parte trasera, cerca del muro que se alzaba en el otro extremo del bosque y que impedía ver la horrenda mansión. Como había una densa masa de árboles a un lado y un alto muro al otro, estaría a salvo de Edward y de su maldita escopeta si el chico había salido a practicar puntería de noche, aunque desde la tarde anterior Wilt no había oído ningún disparo. De todas formas, recordó que Sir George le había advertido que su hijastro disparaba contra cualquier cosa que viera moverse, así que abrió mucho los ojos por si veía a aquel bruto. Al menos no podría abrir fuego desde el muro sin ser visto fácilmente.

Media hora más tarde, Wilt había llegado al alto seto detrás del cual había visto la caravana la vez anterior; se acercó a la verja por la que debía de haber entrado la caravana y comprobó que ya no había ni rastro de ella. El candado que había puesto Lady Clarissa estaba destrozado; bien podría ser que le hubieran disparado. A su derecha, Wilt tenía la entrada del cementerio familiar; fue hacia allí —para lo cual tuvo que recorrer un corto tramo de terreno despejado— y se sintió más protegido. Podría esconderse en el tupido pinar que había al final de la cuesta del cementerio. Siguió el sendero que conducía entre los árboles hasta el final de la cuesta, y sin darse cuenta pasó al lado del árbol contra el que estaba apoyado el cadáver del Coronel; el cadáver de Edward estaba tendido a escasa distancia, boca abajo, sobre los helechos.

Llegó junto a lo que parecía una pequeña hondonada; miró colina abajo y sólo alcanzó a ver una esquina del tejado de la capilla. Sintiéndose tranquilo, por fin, en medio de un paisaje tan apacible, Wilt siguió remontando la cuesta, y una vez arriba se detuvo para descansar en un pequeño claro entre los pinos.

Se sentó y se puso a pensar en todo lo que había pasado; su pensamiento volvía una y otra vez a la desconcertante desaparición del cadáver del Coronel. Ese misterio podía convertirse fácilmente en una obsesión, pues apenas había dejado de pensar en él desde la primera vez que oyera los rumores. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba Wilt de que el Coronel debía de estar en algún lugar del bosque, aunque, al mismo tiempo, era consciente de que esa convicción no tenía ninguna justificación, sino que se basaba meramente en la intuición y en la seguridad de que, siempre que algo salía mal, aquellas endemoniadas hijas suyas tenían algo que ver con la fuente del problema.

Desanimado, Wilt caviló sobre su futuro. Faltaban años para que se librara de las

cuatrillizas. Sabiendo la mala suerte que tenía, seguro que, cuando terminaran sus estudios en algún colegio que se aviniera a aceptarlas, las niñas querrían ir a la Universidad de Fenland, porque de ese modo podrían seguir viviendo en casa y ahorrar dinero. Wilt no soportaba pensarlo.

Se apoyó en un tronco y, cada vez más abatido, se quedó contemplando cómo el sol aparecía poco a poco por detrás de las copas de los pinos.

27

En el estudio, Sir George y Lady Clarissa mantenían una discusión especialmente acalorada. Lady Clarissa la había iniciado durante el desayuno, para gran bochorno de la señora Bale, que había ido a informar de que el chico seguía sin aparecer.

—¡Seguro que Edward se ha escapado por lo mal que lo tratas! —le gritó Clarissa a su marido—. Nunca te ha caído bien, y no me importa lo que digas. Además, la culpa de que le guste disparar la tienes tú. Fuiste tú quien lo animó a aprender.

—Yo no hice tal cosa. Eso es mentira, y lo sabes muy bien.

Lady Clarissa montó en cólera:

—¡No pienso permitir que nadie me llame mentirosa, y tú eres la persona menos indicada para hablar de mentiras! Anoche oí lo que le decías a aquel policía, aunque no quieras explicarme a qué vino. Cuando vuelva, le diré que siempre dejas ese armero abierto a propósito. Por eso Edward puede usar tus escopetas siempre que quiere. Sí, sí, ya me he fijado en la expresión de odio de tu cara cada vez que Edward sale armado. ¡Ojalá no me hubiera casado contigo!

El rostro de sir George estaba tornándose morado.

—¿No te olvidas de que te casaste conmigo por mi dinero? Sabías que era muy rico, y yo, idiota de mí, te encontré encantadora y te di una asignación muy generosa, además de regalarte un anillo de boda. Desde entonces, lo único que has hecho ha sido gastarte mi dinero en ese coronel viejo y apolillado y en esos pendejos a los que te follas. O, mejor dicho, a los que pagas con mi dinero para que se acuesten contigo. Si hubiera sabido lo zorrona que eres, no me habría acercado a ti por nada del mundo. ¡Eres una ramera!

—¡Serás cabrón! —le gritó Clarissa—. ¡Mi tío acaba de morir, y mira cómo me consuelas! Ni siquiera dejas que lo entierren en el cementerio familiar y tendré que ir al pueblo cuando quiera visitar su tumba. Y ahora, para colmo, echas de aquí a mi hijo con tus insultos y tus comentarios crueles. Que sepas que voy a hacerte pagar por todo esto, aunque sea lo último que haga. Y no creas que no puedo arruinarte. Llevo un registro de todos los tinglados financieros en que has participado, por no hablar de tus pequeñas y repugnantes perversiones. Y no soy la única que te odia: a estas alturas, ya deberías saber cómo te detesta todo el servicio, por no mencionar a los lugareños.

Todavía se estaban gritando el uno al otro cuando un furgón policial llegó al puente levadizo y sacaron de él a los perros rastreadores. Detrás de ellos había dos agentes que sostenían unas prendas de ropa, y un tercero armado con un rifle. A continuación llegó el coche del comisario, quien se apeó y cruzó el puente, donde casi tropezó con las cuatrillizas, que habían ido corriendo para ver quién llegaba primero a la puerta y la habían abierto de par en par antes de que el comisario llamara

al timbre.

—¡Malditos sean esos condenados policías! —gritó Sir George al verlos llegar desde la ventana; Lady Clarissa, en segundo plano, sollozaba y gemía por su querido hijito.

Lady Clarissa salió del estudio cuando llegó el comisario, escoltado por la señora Bale, las cuatrillizas y Eva, que había ido a ver qué diantre estaba pasando.

—Buenos días, Sir George.

Sir George lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Como juez, supongo que comprenderá lo que implica esta situación —dijo el comisario con la misma serenidad de que había hecho gala la noche anterior—. Traigo una orden judicial para registrar los jardines y la mansión, y los agentes de Ipford a los que pedí que comprobaran unos datos han determinado que, en efecto, se envió un cadáver a la mansión: el de un anciano que, según tengo entendido, estaba emparentado con usted.

—No, no era pariente mío —gruño Sir George.

—Como usted diga, señor, pero también hemos conseguido unas prendas de ropa de ese caballero. Muy pronto averiguaremos si su cadáver se encuentra aquí, en la finca.

—No diga estupideces. Claro que no está en la finca, imbécil. Y, por cierto, ¿tiene usted idea de con quién está hablando? Basta con que llame por teléfono a sus superiores para que lo pongan otra vez a dirigir el tráfico. Y si no me cree, espere y verá.

—¿Es una amenaza? —preguntó el comisario, que ya se había hartado de las peroratas y los delirios de Sir George—. Voy a ponerle una denuncia por corrupción. Veamos de qué otros cargos puedo acusarlo antes de que termine el día, ¿le parece?

Las cuatrillizas estaban revolucionadas con aquel drama, que estaba resultando muchísimo mejor de lo que ellas habían imaginado. No sabían si quedarse en el estudio y escuchar a Sir George y al policía o salir a ver qué estaba pasando fuera, donde oían ladrar a los perros y la señora Bale iba preguntando a todo el mundo si quería una taza de té. Al final decidieron separarse por parejas. Josephine y Penelope salieron al jardín y vieron cómo los policías dieron a oler unas prendas de ropa a los perros, que empezaron a tirar de las correas y a ladrar para que los soltaran, ansiosos por echar a correr en busca del rastro.

En el estudio, el comisario seguía informando a Sir George.

—Veamos, también necesitaremos hablar con su hijastro. Tenemos el certificado de nacimiento del chico y no tiene la edad suficiente para manejar un rifle tan potente. Los forenses han pasado toda la noche trabajando, y la bala extraída del leño ha resultado ser una calibre 303 de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y qué? —lo interrumpió Sir George—. Mi padre se la quedó de recuerdo.

—Entonces, ¿admite que esa bala se disparó con su escopeta? ¿Y que fue su hijastro, con toda probabilidad, quien realizó el disparo?

—Sí, por supuesto. Seguramente disparaba contra algo en el bosque, el muy gilipollas. Es a él a quien tiene que detener, no a mí. Yo no le dije que podía coger la escopeta.

—Pero siempre dejabas el armero abierto, ¿no? —intervino Lady Clarissa, que había vuelto a entrar en la habitación en el preciso momento en que Sir George proclamaba su inocencia—. Lo animabas a disparar contra la gente y contra las propiedades, y estoy dispuesta a testificar ante un tribunal.

—Cierra el pico, estúpida. Mire, es evidente que el chico ha robado la escopeta —prosiguió Sir George mientras abría las puertas del armero para mostrarle que faltaba un arma—. Seguro que se la llevó para practicar puntería por la noche en el bosque; debió darle a esa maldita rama, y luego es muy probable que se haya fugado para alistarse en el ejército.

—A mí lo que me parece es que usted permitió a su hijastro emplear un arma peligrosa ilegalmente. Ésa es la primera infracción. La segunda es que tenemos testigos que aseguran que el chico disparaba desde lo que usted llama su propiedad privada hacia el otro lado del camino, que es una vía pública. Y no olvidemos su amenaza de causarme problemas, un delito aún más grave; así que, de momento, ya tenemos tres. —El comisario se dirigió al sargento, que estaba detrás de él—. Pongan a trabajar a los perros rastreadores —ordenó; se volvió de nuevo hacia Sir George, que había palidecido ostensiblemente, y añadió—: Vamos a determinar dónde han enterrado el cadáver del Coronel, si dentro de la finca o cerca de ella. Nos cuesta creer que no se haya producido ningún acto delictivo, por no decir un asesinato. Como mínimo, seguramente podremos acusarlo de enterrar un cadáver en terreno no consagrado.

Lady Clarissa estaba muy aturdida, pues no tenía ningún motivo para creer que el cadáver de su tío estuviera en algún otro sitio que no fuera la vicaría.

—¡Yo no he hecho nada parecido! Tan sólo envié su maldito ataúd al pueblo. En nuestro cementerio sólo enterramos a miembros de la familia.

—¿Qué pasa, George? ¿Dónde está el tío Harold?

—Veo que va a tener que darle ciertas explicaciones a su esposa, Sir George. Los dejo tranquilos, de momento. Cuando hayamos terminado con los jardines, volveremos para registrar la casa.

El comisario salió de la habitación seguido de cerca por las dos cuatrillizas que se habían quedado allí. Fuera, en el patio, los dos perros rastreadores —ambos cruces de collie— habían terminado de olfatear unos objetos personales y unas prendas de ropa del Coronel. Una vez sueltos, los perros deberían ser capaces de encontrar al muerto aunque estuviera a treinta kilómetros de allí. Sin embargo, para sorpresa de sus

adiestradores, empezaron a correr describiendo círculos, hasta que uno de los perros se dirigió hacia donde estaban las cuatro niñas y el otro fue derecho hacia el bosque. Los policías estaban atónitos. Al poco rato, el que se había quedado atrás apartó a su perro de las niñas y echó a correr detrás de su compañero. Las cuatrillizas se quedaron un poco asustadas, pero al cabo de un momento siguieron al policía.

En el estudio, Lady Clarissa se encaró con su marido.

—¿Me puedes explicar qué es todo eso del leño acribillado a balazos y hallado dentro de un ataúd? ¿Y por qué sospecha el comisario que le has hecho algo al tío Harold?

Pero Sir George se había desplomado en su butaca, incapaz de contestar a Lady Clarissa. No entendía ni torta de lo que estaba pasando, pero sabía que se había metido en un buen lío y que había un montón de circunstancias incriminatorias en su contra.

* * *

Wilt, que seguía sentado en el suelo, apoyado en el tronco de un árbol, había estado cavilando sobre la conversación que había mantenido con la señora Bale la noche anterior. Ella le había comentado lo furioso que estaba Sir George de pensar que la policía volvería con una orden judicial para registrar la mansión y los terrenos de la finca.

—Quienquiera que haya puesto ese leño en el ataúd sabía que iba a provocar una pelea tremenda. Lady Clarissa se pondrá hecha un basilisco cuando se entere.

—Sí, supongo que la desaparición del cadáver de su tío le provocará un gran disgusto.

—¡De eso nada! La disgustará mucho más la idea de perder toda la fortuna de Gadsley si él llega a divorciarse de ella. Antes de que llegara la policía mantenían una acalorada discusión. Él la ha amenazado con reducirle la asignación y demandarla por adulterio, y podría hacerlo perfectamente. Al fin y al cabo, ella no iba a Ipford todos los fines de semana sólo para ver a su tío… Es más: me consta que ni siquiera le caía bien ese pobre hombre.

La señora Bale paró de cotillear mientras preparaba el té. Fue Wilt quien rompió el silencio.

—Si he de serle sincero, Sir George me parece una persona detestable. Tiene un grado de violencia contenida que no había visto jamás en nadie. No alcanzo a imaginar cómo será como juez, pero desde luego no me gustaría que me juzgara.

—Ahora entenderá por qué en el pueblo todo el mundo lo odia. Ese hombre es un monstruo —coincidió la señora Bale, ofreciéndole a Wilt su taza de té—. Aunque, sinceramente, ambos son tal para cual.

—¿Cuándo cree que le revelará a Clarissa que el cadáver de su tío ha desaparecido?

—Si todavía le queda un poco de buen juicio, nunca. Confiemos en que aparezca antes de que las cosas se pongan aún más feas.

Wilt no dijo nada, pero opinaba que las cosas no podían ponerse mucho más feas cuando ya tenía cuatro hijas terribles que no paraban de dar problemas en el colegio y de las que él estaba destinado a ser el responsable el resto de su vida, una responsabilidad de la que, por desgracia, no podría librarse divorciándose.

Sentado en el bosque, pensó por enésima vez que nunca debió casarse con Eva, y que si no lo hubiera hecho no habría tenido a aquellas cuatro fieras. Rememoró aquella lamentable ocasión y se recordó que en realidad él no le había propuesto matrimonio a Eva: había sido ella quien se lo había propuesto, aprovechando que él estaba borracho y que no sabía lo que hacía. Ahora se daba cuenta.

El primer perro rastreador lo sacó de golpe de su ensimismamiento al aparecer ladrando por un recodo del camino, muy excitado, con tres policías de paisano detrás. Antes de que Wilt hubiera entendido qué hacía el animal, éste se había metido en una densa masa de pinos jóvenes.

—Meteos ahí a ver qué ha encontrado el perro. Yo me quedaré aquí y le preguntaré a ese hombre si sabe algo —dijo uno de los agentes, y se sacó un bloc del bolsillo—. ¿Puede decirme su nombre y su domicilio, señor?

—Me llamo Henry Wilt. Me alojo en la mansión de Sir George. Él puede confirmarle mi identidad.

—¿Cómo se escribe su nombre?

Wilt empezó a deletreárselo y entonces se oyó un grito proveniente del pinar.

—¡Ha encontrado un cadáver desnudo con una pata de palo! ¡Y salimos cagando leches!

—¿Por qué?

—¡Porque huele que apesta!

Dos minutos más tarde, los otros dos adiestradores salieron precipitadamente de entre los árboles tapándose la nariz y la boca con sendos pañuelos. Estaban pálidos.

—¡Mierda! ¡Hay dos!

—¿Dos qué?

—¡Dos cadáveres! Uno tumbado boca abajo en el suelo y el otro apoyado contra el tronco de un árbol. Yo creía que sólo buscábamos uno.

—Bueno, es que sólo buscábamos uno. Pero al menos hemos hecho lo que nos ha ordenado el jefe. Y debería estar especialmente satisfecho de que no hayamos encontrado uno sino dos. ¿Dónde está el perro?

—Vomitando, seguramente. Cinco minutos más allí y yo habría sacado hasta la primera papilla. A ver, ¿dónde está ese hombre que estaba aquí cuando hemos

llegado?

Pero Wilt había aprovechado los gritos y la confusión para bajar corriendo hasta el cementerio y se había escondido detrás del altar de la capilla. Ya había tenido demasiados encuentros con polis que intentaban atribuirle crímenes que él no había cometido. Se había marchado antes de oír que habían encontrado dos cadáveres y antes de que aparecieran las cuatrillizas, perseguidas por el primer perro rastreador, acompañado del segundo animal, que parecía incapaz de dejar de olfatearlas.

Pasados tres cuartos de hora, Wilt estaba tan incómodo que salió a gatas de su escondite y se alejó del cementerio. Se mantuvo cerca del muro que había junto al camino hasta que llegó a la verja trasera y pudo meterse corriendo en la zona de aparcamiento. Por primera vez esa mañana, se sintió a salvo tanto de las balas como de la policía. Cruzó el patio y entró en la cocina, donde la señora Bale estaba tomándose una taza de té, como de costumbre.

—Me parece que a usted también le sentaría bien un té —dijo la mujer—. ¿Y dónde se había metido? A juzgar por su aspecto, en una jungla de abetos.

—Tiene razón en lo de la jungla, y sí, me sentará bien una taza de té. Acabo de ver cómo la policía encontraba el cadáver completamente desnudo del Coronel, que apestaba como el demonio.

La señora Bale se estremeció.

—No me sorprende. Lo que no entiendo es por qué lo han encontrado desnudo. Aunque tampoco tiene mucho sentido que lo hayan escondido en el bosque. ¿Y por qué meterían un leño en su ataúd?

Wilt se encogió de hombros y admitió que no tenía ni idea.

—Por aquí hay alguien que está loco. ¿Qué dice Sir George?

La señora Bale vaciló un instante antes de responder:

—Bueno, cuando ha oído lo del ataúd vacío, ha pensado que habían sido usted o Edward quienes se habían llevado el cadáver.

—¡Eso es absurdo!

—Yo no digo que lo haya hecho usted, sino que eso es lo que piensa Sir George. Pero ¿seguro que se trata del Coronel? ¿Tenía una pierna ortopédica?

—¿Quién iba a ser si no? Y sí, tenía una sola pierna, según el agente al que he oído gritar.

—Entonces no cabe duda: es el Coronel. Lady Clarissa se pondrá fuera de sí, aunque podría haber sido peor: al menos han encontrado el cadáver, ¿no? Mire, estoy harta de verla paseándose por la casa con esa cara tan mustia.

—¿Se refiere a que le ha afectado mucho la muerte de su tío?

La señora Bale rió.

—¡Qué va! Lo que pasa es que ahora no tiene ningún pretexto para ir a Ipford todos los fines de semana y acostarse con el mecánico.

—Ya, claro —dijo Wilt, a quien todavía le resultaba muy violento hablar de la vida sexual de Lady Clarissa—. Será mejor que vaya a decirles que han encontrado el cadáver.

Salió de la cocina y recorrió el pasillo hasta el estudio, donde encontró al comisario con Sir George y Lady Clarissa, que berreaba como una cría.

El comisario miró a Wilt con recelo.

—¿Y usted dónde se había metido? —quiso saber—. Y ahora que lo pienso, ¿qué hacía usted tan cerca de los cadáveres? Según mis hombres, cuando ellos han llegado usted estaba sentado a sólo cuarenta metros.

Wilt pensó que el comisario tenía una manera muy pintoresca de expresarse, abusando de los plurales; seguramente pretendía impresionar a Sir George. Miró con nerviosismo a Lady Clarissa, y se preguntó por qué estaría tan disgustada si por fin habían recuperado el cadáver de su tío.

—¿Y qué pasa? Yo no podía saber que había una tumba cerca de allí. Ya les he dicho a los agentes que sólo había salido a dar un paseo matutino, lejos de ese imbécil al que tengo que dar clases particulares. Quizá no se haya enterado, pero el chico se dedica a disparar contra lo primero que ve moverse. Por eso sólo puedo salir a pasear a primera hora de la mañana. Y por eso mi mujer se marchó con las cuatrillizas.

—¿Con las qué?

—Con nuestras cuatro hijas gemelas —trató de explicar Wilt por encima del ruido de los gemidos de Lady Clarissa, cada vez más sonoros.

El comisario decidió cambiar el enfoque de su interrogatorio.

—¿Y el olor? Los hombres que han estado en la escena del crimen dicen que era repugnante, absolutamente asqueroso. ¿Cómo podía estar usted relajándose por allí, sin sospechar nada? ¿Estaba a sólo cuarenta metros y no olió nada? El perro rastreador detectó el olor nada más llegar.

—Yo no soy un perro rastreador. Me senté a descansar y a contemplar el paisaje. Además, soplaba viento del este, y seguramente se llevaba el olor en la dirección opuesta. Si el cadáver hubiera apestado tanto como para que se oliera desde donde yo estaba, sus hombres no se habrían metido allí. Salieron a toda velocidad, se lo aseguro.

—Eso es cierto —admitió el comisario, desesperado. Aquel cabronazo tenía una respuesta lógica para todas sus preguntas—. Ya, pero… —añadió, entornando mucho los ojos y tratando de aparentar astucia y profesionalidad—, ¿qué me dice del segundo cadáver, el que no olía?

28

Mientras oía al comisario someter a Wilt a un aluvión de preguntas, Sir George empezó a atar cabos. Dios, cómo maldecía el día en que se había casado con una mujer atractiva con la moral de una puta barata y con un hijo al que jamás aceptarían en ninguna universidad. ¡Y ahora esto! No tenía ninguna duda de que había sido aquel joven imbécil quien había vaciado el ataúd y se había llevado el cadáver, seguramente para hacer prácticas de tiro con él. ¡Y luego el muy inútil se había disparado por accidente! Clarissa, que a esas alturas ya estaba inconsolable, se las haría pagar a su marido, de eso estaba seguro.

Sir George estaba convencido de que Edward se había buscado la ruina él solito, pero empezó a pensar una forma de evitar el escándalo que estallaría y que sin ninguna duda lo señalaría a él. Sí, esta vez aquel maldito párroco iba a tener algo con que regodearse. Si Sir George conseguía cargarle la muerte de Edward a Wilt, quizá tuviera posibilidades de salir del atolladero… Y, pensándolo bien, si acusaban a Wilt, Clarissa no podría culpar a su marido, dado que había sido ella quien había llevado al profesor a la mansión.

Sir George creyó que también tendría al comisario de su parte, pues por lo visto encontraba a Wilt sumamente sospechoso y su interrogatorio ya estaba tomando un tono particularmente desagradable.

—¿Qué otro cadáver? —preguntó Wilt, perplejo.

—Mi querido Edward, mi hijo y heredero. ¡Mi amado Edward! —berreó Clarissa, transida de dolor—. Todo es culpa tuya —gritó, volviéndose hacia su marido—. Nunca te gustó. Le dejabas usar tus armas y lo animabas a disparar.

—Eso no es cierto. Yo no tengo la culpa de que Eddie fuera estúpido. Además, la culpa la tiene Wilt.

—Espere un momento —protestó Wilt—. ¿Qué está insinuando? Yo no tengo nada que ver. ¿Acaso Edward está también muerto?

Sir George no le hizo caso y siguió gritándole a su esposa:

—Fuiste tú quien lo trajo aquí para enseñar al idiota de tu hijo, y me consta que le ha estado enseñando historia de la guerra. Eddie ha debido exaltarse y ha robado el cadáver de tu tío para practicar puntería con él. Por lo que sabemos, hasta es posible que Wilt le haya ayudado a trasladar el cadáver al bosque.

Wilt palideció y se desplomó en una butaca.

Sir George, aparentemente satisfecho con su argumento, continuó:

—¿Y cómo es que el Coronel murió tan oportunamente, si se puede saber? Precisamente cuando iba a venir Wilt. Y no creas que no sé que estabas deseando tirártelo…

—¡Hijo de la gran puta! —replicó Clarissa entre sollozos—. A ti te importó un

cuerno la muerte de mi tío. Ni siquiera permitiste que lo enterraran en el cementerio familiar. Y ahora te atreves a insultar a mi difunto hijo. Y eres tú quien ha matado a Edward, no yo. ¡Sí, tú! Sólo para asegurarte de que no quede nadie que no lleve sangre de los Gadsley.

—De eso nada, querida. Tu querido Wilt y tú debéis haber actuado juntos.

Wilt no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Hable con el inspector Flint de Ipford. Él puede dar fe de mi inocencia —insistió.

—Ya hemos hablado con él —intervino el comisario, y en ese preciso instante llegó Flint y se unió a la fiesta.

—¡Flint! —exclamó Wilt—. ¡Cuánto me alegro de verlo! Dígales que soy incapaz de matar ni una mosca.

El inspector permaneció impasible y dijo:

—Es que esta vez quizá lo haya hecho. Lo que pasa es que hasta ahora nunca había podido acusarlo de nada. Pero todo parece indicar que por fin lo hemos pillado con las manos en la masa.

Wilt comprendió que estaba en un apuro y que estaba solo. La situación empeoraba por momentos y amenazaba con convertirse en una pesadilla. Wilt sabía a quién culpaba él de todo: a Eva. Todo aquel jaleo lo había organizado ella, y cuando consiguiera salir del lío, pensaba plantarle cara. Para empezar, las cuatrillizas volverían al Convento.

—Pero ¿por qué iba yo a querer matar a Edward?

—Porque usted también lo consideraba un imbécil y porque el chico disparaba al azar contra sus hijas —contestó Sir George.

—Bueno, sí, pero…

El comisario tenía la impresión de que estaba perdiendo el control de la situación.

—Lady Clarissa, tengo que preguntarle si ha mantenido usted…, esto…, relaciones con el señor Wilt, como asegura su esposo.

—¡No intentes cargarme esto a mí! —gritó Lady Clarissa, furibunda, mirando a Sir George.

—A ver si nos tranquilizamos todos un poco —intervino Flint en tono sereno pero firme, tratando de ejercer su autoridad y tomar las riendas de la situación—. Wilt, ¿niega usted haber estado cerca de la escena del crimen?

—No, yo no he dicho eso. Estaba cerca del sitio donde encontraron los cadáveres, porque suelo ir a pasear por allí.

—Entonces, ¿admite estar implicado en el crimen?

—¡Por supuesto que no! Como acabo de decir, estaba cerca de la escena del crimen, pero eso no significa que esté implicado en el crimen en sí, ni que supiera que se había cometido un crimen.

—Si no está implicado, pero admite que estaba allí…, ¿por qué estaba allí? —Flint empezaba a experimentar la sensación de bloqueo mental incipiente que siempre padecía cuando se enfrentaba a Wilt.

—Mire, yo no tenía ningún interés en matar a Edward. ¿Qué interés podía tener, si acepté este empleo porque necesitaba el dinero que iban a pagarme por darle clases? Ahora que Edward ha muerto, ya no se requerirán mis servicios docentes.

—¡Ya! Pero eso le deja la puerta abierta para empezar a dispensar servicios de otro tipo —gritó Sir George, tratando a la desesperada de cargarle de nuevo el muerto a Wilt.

—¡Yo no pensaba pagarle por eso! —saltó Lady Clarissa, sin poder contenerse.

—Entonces, ¿por qué pensaba pagarle? —inquirió Flint.

—No pensaba pagarle por nada. Iba a pagarle Sir George.

Wilt, Flint y el comisario se volvieron a la vez y miraron fijamente a Sir George.

—¿Cómo? Yo no he organizado nada, se lo aseguro. Fue Lady Clarissa quien decidió que Wilt viniera aquí. ¡Fue ella!

Wilt, Flint y el comisario se volvieron a la vez y miraron fijamente a Lady Clarissa.

—Pero ¿qué insinúas? ¿Me crees capaz de enredar a Wilt para que matara a mi pequeño Edward? ¡Wilt sólo tenía que darle clases particulares para que pudiera entrar en Cambridge!

A Flint le pareció que la historia no era muy verosímil, teniendo en cuenta lo que había oído contar del chico. Con todo, a esas alturas ya estaba totalmente perdido respecto a quién había organizado qué con quién, y dónde encajaba Wilt exactamente en lo que, a todas luces, era un plan meticulosamente preparado, al menos antes de que se torciera por completo. ¿O no? Flint no entendía nada y estaba completamente desconcertado.

—Miren, no estamos aclarando nada. Vamos a descansar un rato y a interrogar al resto de los habitantes de la casa, por no decir a la señora Wilt y a esas cuatro niñas —propuso.

El comisario, el agente y él fueron a la cocina a ver si alguien podía prepararles una taza de té, pero la encontraron vacía y tuvieron que contentarse con servirse unos vasos de agua del grifo.

La señora Bale entró en el estudio por la otra puerta; llevaba una taza de té para Wilt, a quien había adivinado que le hacía mucha falta, y un vaso de whisky para Sir George. Lady Clarissa se sirvió ella misma un coñac.

Wilt se bebió el té deprisa y luego salió del estudio para ir a buscar a Eva y a las cuatrillizas y decirles que se prepararan para marcharse de allí, con o sin él. Las encontró sentadas al borde del foso; el segundo perro rastreador se había unido al primero, y de vez en cuando ambos tocaban con la pata a las cuatrillizas, pese a los

esfuerzos de Eva para repelerlos.

—Mamá, ¿van a detener a papá? —preguntó Emmeline.

—Sería injusto que lo detuvieran. Ese estúpido se disparó a sí mismo —añadió Samantha.

Wilt se quedó mirándola.

Fue en ese momento cuando de pronto Wilt comprendió que sus endemoniadas hijas tenían que estar implicadas en aquellas vacaciones gratis convertidas en tragedia. ¿Cómo no lo había visto antes? No podía dejar que Flint ni los otros policías se acercaran a las niñas: tenía que mantenerlas al margen de aquello a toda costa. Les dijo que no hablaran con nadie, que se metieran en el coche y que lo esperaran allí, y como ellas no querían hacerle caso, tuvo que darles dos billetes de diez libras. Entonces las cuatrillizas se marcharon corriendo, felices de librarse de los olfateos y los golpes de pata de aquellos perros. Wilt ordenó a Eva que lo siguiera, sin contestar a sus preguntas. Ella lo miró a los ojos, le obedeció por una vez en la vida y entró con él en la casa.

Sir George y Lady Clarissa, que se habían quedado a solas en el estudio, se miraban con odio por encima de sus respectivas copas de licor.

Sir George sabía que no podría salir de aquella crisis sin el apoyo de su mujer, pero al mismo tiempo no sabía cómo obtenerlo. Eddie estaba muerto, y él había sido imprudente con su armero precisamente porque confiaba en librarse del chico propiciando que se matara o que matara a alguien.

Lady Clarissa sollozaba entre sorbo y sorbo. Se sentía culpable por no haber tratado al tío Harold con el debido respeto, y estaba convencida de que sus ideas concupiscentes de seducir a Wilt debían de haber provocado la muerte de su amado hijo.

Por primera vez en mucho tiempo, Sir George se acercó a Lady Clarissa y la abrazó como si pretendiera consolarla. Las situaciones drásticas exigían medidas drásticas, así que dijo:

—Siento mucho lo de Eddie, querida. Perdón, lo de Edward. Yo no quería que le pasara nada malo, sólo quería que se divirtiera con mis escopetas porque eso era lo único que parecía gustarle. Si te sirve de consuelo, puedes enterrarlo aquí. Aunque, estrictamente hablando, él tampoco pertenece a la familia Gadsley… —Se interrumpió porque Lady Clarissa empezó a llorar aún más fuerte—. Tendremos que enterrarlo cerca de aquí, por supuesto. Y te compraré un billete de avión para que vayas a Kenia con las cenizas de tu tío, para que se cumpla su última voluntad. Y, aprovechando que vas allí, ¿por qué no te tomas unas largas vacaciones?

Lady Clarissa no se chupaba el dedo. Volvió el rostro, surcado de lágrimas, hacia su marido y le preguntó:

—¿Y qué tengo que hacer a cambio de esta exhibición de generosidad?

—Nada en absoluto. Salvo decir a esos policías que Edward sabía dónde estaban guardadas las llaves del armero. Y te juro por la tumba de mi madre que jamás deseé que tu hijo se matara. Fue un trágico accidente, pobre chico.

Fue una interpretación muy convincente por parte de Sir George. No fue hasta mucho más tarde, una vez en el avión —en primera clase, por supuesto—, cuando Clarissa recordó que la madre de Sir George era uno de los pocos Gadsley que no estaban enterrados en el cementerio familiar. Es más: Sir George nunca supo qué había sido del cadáver de su madre después de que se la llevara una ola gigante durante unas vacaciones de la familia en la Costa Brava. O eso les había contado su padre.

* * *

El inspector Flint y el comisario volvieron al estudio con renovada determinación y con un claro objetivo: llegar al fondo de aquella muerte, o de aquellas dos muertes, o de aquellos dos asesinatos, o de un asesinato y una muerte o de lo que fuera.

En la habitación encontraron una atmósfera muy diferente a la que reinaba allí apenas media hora antes. Era evidente que Sir George había hecho las paces con su mujer, y, contritos, ambos intercambiaban sonrisas de reconciliación.

—Comisario… Inspector… —empezó Lady Clarissa con solemnidad—, lamento mucho que hayan perdido el tiempo investigando lo que evidentemente ha sido un terrible accidente. Seguramente, mi pobre hijo —hizo una pausa para sorberse ruidosamente la nariz— sólo pretendía ayudarme ocupándose del cadáver de mi tío después de que mi marido cometiera el error de no reconocerlo como miembro de la familia. Supongo que Edward pensó que podría enterrarlo él mismo aquí, que tropezó mientras lo intentaba y que se le disparó el arma.

—Pero ¿por qué le quitó la ropa al cadáver? —preguntó Flint.

—Eso sólo puede saberlo Edward —respondió Sir George al mismo tiempo que rodeaba con el brazo los hombros de su mujer en señal de apoyo—. Pero supongo que quería devolverle a su pobre madre las medallas de su tío para que pudiera recordarlo.

Se interrumpió al ver entrar a Wilt; Eva iba detrás de él. Eva, que por lo visto había olvidado el grosero comportamiento de Lady Clarissa, dijo que lamentaba mucho el trágico fin de Edward, y añadió que seguramente lo mejor para todos sería que los Wilt se marcharan cuanto antes de la mansión. Ya arreglarían cuentas más adelante, cuando la policía hubiera terminado sus investigaciones.

—¿A qué se refiere con eso de «arreglar cuentas»? —inquirió Flint.

—Al dinero que Lady Gadsley le debe a Henry por darle clases particulares a Edward —contestó Eva—. Dadas las circunstancias, nos olvidaremos de todos los

otros gastos en que hemos incurrido por el camino.

—Entonces, ustedes pagaban a Wilt por darle clases particulares a su hijo, y no por… —balbuceó Flint.

—Ya se lo dije, pero usted no me creyó —intervino Wilt—. Y ahora que ya tiene el cadáver del Coronel, podrá comprobar si lo mataron o si murió por causas autoinfligidas. La familia tiene mucha afición al alcohol. Si descubre circunstancias sospechosas, ya sabe dónde encontrarme.

»Dígame, Flint, ¿de verdad cree que me habría quedado en un sitio donde había alguien que disparaba con fuego real? Usted me conoce demasiado para pensar eso. Del mismo modo, era muy improbable que yo hubiera matado a alguien. Me ha decepcionado usted mucho por considerar siquiera esa posibilidad.

De tener tres sospechosos, Flint y el comisario se habían quedado únicamente con uno. Pero al comisario le quedaba un as en la manga:

—Quizá la muerte de Edward sea un caso de muerte accidental, pero de todos modos voy a denunciarlo, Sir George, por infringir la ley dejando un armero abierto, una negligencia en el cumplimiento del deber que ha conducido al fallecimiento de un joven.

Al oír eso, Lady Clarissa sacó su pañuelo y, sollozando convincentemente, declaró que Sir George siempre tenía el armero cerrado, pero que Edward debía de haber encontrado las llaves y debía haber cogido la escopeta.

El comisario dejó caer los hombros. Iba a tener que marcharse de allí sin acusar a nadie de nada, ni siquiera al repelente Sir George; ya veía disolverse su sueño de ponerle las esposas a aquel engreído pseudoaristócrata y de que el jefe de policía le diera una palmadita en la espalda.

Los Wilt se marcharon y, una vez más, dejaron a Flint vencido y deprimido. Estaba tan convencido de que esa vez Wilt no se saldría con la suya… Pero el muy canalla había vuelto a librarse. Sin embargo, todavía quedaban muchas preguntas por resolver…

¿Por qué habían metido el leño en el ataúd?

¿Por qué habían desnudado al Coronel sólo para quitarle las medallas?

¿Por qué Wilt siempre estaba por allí cerca cuando aparecía un cadáver?

¿Y por qué era Flint el desgraciado cuyo camino se había cruzado con el de Wilt?

29

Enterraron a Edward en el cementerio familiar, y Sir George ofició la ceremonia. Al Coronel lo incineraron, pero sólo después de que la autopsia demostrara que en el cadáver no había rastro de ningún veneno ni sustancia sospechosa. Metieron sus restos en una urna y se los entregaron a Lady Clarissa. Al final, un perro rastreador que Sir George pidió prestado a la policía local a cambio de renunciar a su cargo en la judicatura, había encontrado las medallas, y las habían metido en la urna para que el Coronel pudiera reunirse simbólicamente con su antiguo regimiento.

Clarissa viajó a Kenia al día siguiente con la urna y con exceso de equipaje. Pasó tres meses de vacaciones en varios hoteles de cinco estrellas. El mecánico la acompañó al aeropuerto y luego, misteriosamente, desapareció durante doce semanas. Cuando Lady Clarissa regresó a Sandystones Hall, tenía un semblante luminoso, pero, como se oyó comentar a la señora Bale con el cartero, ni rastro de bronceado.

Durante la ausencia de Lady Clarissa, Sir George volvió a pedir prestado el perro rastreador y buscó la caravana de su amada Philly. Hizo volver a la cocinera a su cocina, y de allí a su cama. Sir George murió repentinamente dos meses más tarde, pero dijeron que tenía una amplia sonrisa en los labios cuando llamaron al médico para dictaminar su muerte. Nadie sabrá nunca si la culpa la tuvo un cochinillo de más o alguna otra actividad extenuante que sus obstruidas arterias no pudieron soportar. La lectura de su testamento reveló que, tal como era de esperar, se lo había dejado todo a su mujer, con excepción del ordenador, el fax y el teléfono del cuarto de baño secreto: eso se lo dejaba a la señora Bale, junto con la linterna de infrarrojos.

* * *

Las cuatrillizas fueron readmitidas de mala gana en su colegio privado: Lady Clarissa aflojó la bonificación además de la paga semanal que le debía a Wilt, pues, como dijo, en realidad él no tenía la culpa de que Edward no hubiera aprobado el examen de acceso a la universidad. La directora se alarmó tremendamente al ver llegar a las niñas provistas de teléfonos móviles y iPods, pero, por lo visto, las amenazas de Wilt de confiscarles todo el material electrónico si no se portaban bien estaban surtiendo efecto.

En Ipford, Wilt y Peter Braintree fueron a tomarse una cerveza al Hangman’s Arms y a ponerse al día de novedades antes del inicio del curso. Peter estaba ansioso por compartir las últimas noticias con Wilt, y éste no decepcionó a Peter y se quedó completamente estupefacto al enterarse de que iban a cerrar la Universidad de Fenland y que en su lugar volverían a abrir una escuela politécnica. Wilt, boquiabierto, se recostó en la silla.

—Dios mío, jamás creí que viviría para ver algo así —dijo—. De verdad. Es increíble… y absolutamente maravilloso. Esa maldita universidad no debió existir nunca, y nunca habría existido de no ser por ese lunático de Mayfield y su colega Vark.

—Te olvidas de Pinson, ese canalla multimillonario que quería entrar en la Cámara de los Lores y donó un billón a los dos partidos políticos principales para asegurarse el ingreso. Así fue como permitieron a Fenland construir unos edificios tan horrendos y salirse con la suya.

—Y hablando de dinero, ¿qué va a pasar con nosotros? He vuelto a enviar a las cuatrillizas al internado, y me cuesta una fortuna.

Peter pensó un momento antes de responder:

—Supongo que tendremos que esperar a que las autoridades nos expliquen qué quieren que hagamos. O mejor dicho, qué piensan hacer. Quizá quieran contratar a profesores nuevos. O quizá quieran poner asignaturas nuevas con profesores viejos, como nosotros.

—¿Crees que volverán a poner Humanidades? Me gustaba ser jefe de ese departamento, y estoy harto de los malditos ordenadores —dijo Wilt.

—Quién sabe, aunque al gobierno le preocupan mucho las elevadas cifras de desempleo y la falta de trabajadores cualificados, así que me sorprendería que no siguieran llegando jóvenes dispuestos a matricularse en alguno de esos programas que se sacan de la manga. Bastaría con que el gobierno volviera a aplicar algo parecido a la ley de 1944, que incluía una hora semanal obligatoria de Humanidades, para que recuperaras tu antiguo cargo. Pero ya eres jefe de Informática, así que, pase lo que pase, dudo mucho que prescindan de ti.

—Bueno, todavía hablamos inglés, más o menos, así que tú tampoco estás en peligro. Quizá nos paguen un sueldo mejor a todos como compensación por bajar de categoría al dejar de ser profesores «universitarios».

—Sí, ya. En libras devaluadas. Ya ves —suspiró Braintree—. Voy a pedir otra ronda.

Al oír eso, Wilt se sintió optimista.

Ya se las apañaría con Eva y las cuatrillizas cuando surgiera la siguiente crisis. Porque no tenía ninguna duda de que surgiría, pero confiaba en que tardara un tiempo en llegar.



TOM SHARPE. (Thomas Ridley Sharpe; Londres, 1928 - Llafranch, España, 2013) Novelista inglés autor de populares novelas humorísticas. Fue profesor en Sudáfrica, de donde fue expulsado por sus posiciones políticas. Su principal influencia en la prosa fue Saki, maestro del humor y de las situaciones imprevisibles.

En 1971 publicó *Reunión tumultuosa*, en la cual una mujer británica blanca y de abolengo mata a un negro: el gobierno sudafricano se da a la tarea de encontrar un chivo expiatorio para ocultar la verdad, lo que desencadena una trama burlesca. En *Lo peor de cada casa* (1996) muestra a un *yuppie* de la era Thatcher que se enriquece a pesar, o con el concurso, de su estupidez. Sharpe declaró sobre este personaje: «Es un *zombie*, producto de una sociedad esquizofrénica que lo encumbra».

En la primera etapa de su trabajo utilizó el estilo ornamental de la tradición inglesa cómica. Luego encontró un lenguaje más directo y personal. Él mismo declaró ser «un escritor burlesco». Otras de sus novelas son *Exhibición impúdica* (1973) y *Zafarrancho en Cambridge* (1974).

Pero fue su conocida serie de novelas protagonizada por Henry Wilt, un infeliz y frustrado profesor que ha de vérselas con el primitivismo de sus alumnos, la volubilidad de su esposa y la estulticia de su entorno social, la que le valió la consagración internacional. A la primera entrega, titulada *Wilt* (1976), que fue adaptada con igual éxito a la gran pantalla, le siguieron, entre otras, *Las tribulaciones de Wilt* (1979), *Ánimo Wilt* (1985) y *Wilt no se aclara* (2004). Desde 1995 solía pasar

los inviernos en la localidad catalana de Llafranch, en la Costa Brava, donde falleció.

Nota

[1] *Hog* significa «puerco». (*N. de la t.*) <<